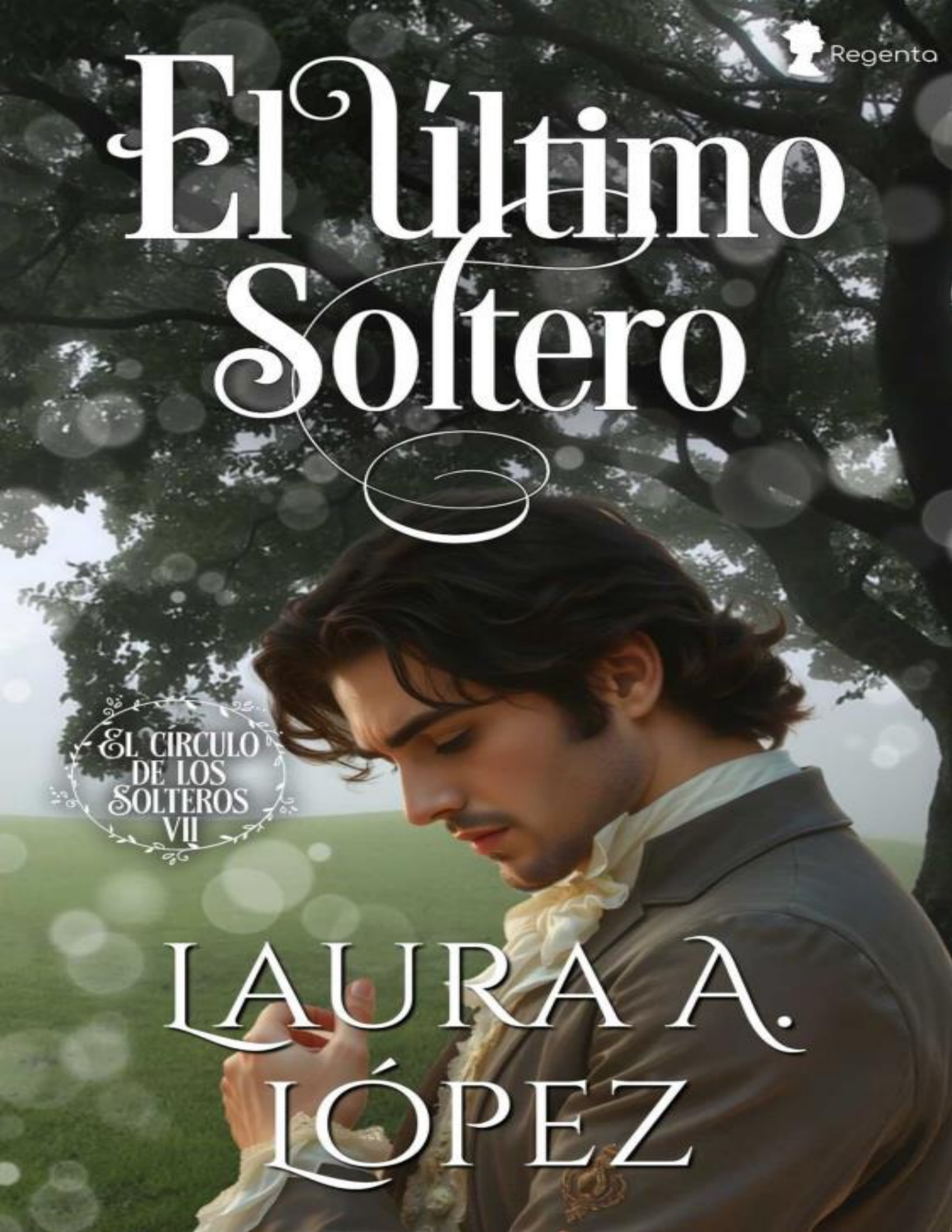
Regenta

El Último Soltero



El Círculo de los Solteros VII

Laura A. López



Contenido

Contenido
Capítulo 1
Capítulo 2

Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Epílogo
Conoce la próxima novela de la serie de Las damas Hess
Si te gusta el romance contemporáneo, podría gustarte…
Si te gustó El último soltero, podría gustarte…
Biografía

El último soltero

Laura A. López

© TODOS LOS DERECHOS RESERVADOS.

SAFE CREATIVE: **2412130364484**

CORRECCIÓN: SANDRA GARCÍA

Regla N° 7

«Para un soltero enamorado no existen reglas».

Capítulo 1

Unos días antes...

Charles Coldwell, conde de Tyne, vivía cómodamente en la residencia de su padre en Londres. Durante los últimos años, su vida se había vuelto un poco aburrida, pues no podía seguir levantando falsos testimonios ni decir mentiras de su media hermana para evitar un matrimonio, pues eso ya había ocurrido como cinco años atrás. Su tan querida hermana cayó en manos de uno bueno para nada, al menos para él lo era. Su relación con lord Baltimore era la de arrojar serpientes por la boca. Ambos no tenían paz cada vez que se encontraban, eran como enemigos declarados, pero a la vez se respetaban por lo único que los unía: Dorothea.

Si había algo a lo que él le tenía afecto era a sus adorables sobrinos, aunque nunca quería recordar cómo habían sido concebidos.

—Lord Tyne... —habló su ayuda de cámara para despertar al conde que estaba durmiendo en el salón con un libro en la mano.

Él se levantó de aquel sillón y miró a su alrededor como si estuviera esperando algo, pero lo único que vio fue su libro en el suelo. Una vez que comprendió que se había quedado dormido, cogió lo que se había caído y miró a su sirviente.

—¿Qué pasó?

—Disculpe que lo despertara. Ha venido lord Northland, solo que aún no lo he atendido.

—Está bien. Has seguido mis instrucciones. Últimamente, Steven se ha comportado de manera muy extraña hasta me ha propuesto que me casara con su prometida.

—¿Cree que ha tomado opio?

—Si fuera eso no estaría preocupado, pero Steven comienza a asustarme cuando hace las cosas estando sobrio.

—¿Le abro la puerta?

—Sí. A estas alturas ya debió contar los caballos y ver el carruaje, no tiene sentido decir que no estoy.

—Todavía puedo decir que usted fue a pie, milord.

—Bruce, no me tientes a mentir. Hazlo pasar —decidió.

El sirviente de lord Tyne se acercó a la puerta y Steven, conde de Northland, lo miró con suspicacia.

—Tardas demasiado, Bruce —lo reprendió Steven que fue caminando hacia el salón.

—Estaba ocupado, milord, disculpe la tardanza. ¿Le sirvo un poco de whisky?

—Mejor un té y trae algo para acompañarlo en buena cantidad.

—Sí, milord.

—Te sirves como si fuera tu casa, Steven —reprochó Charles.

—Este lugar es casi mi casa, si paso más tiempo aquí que en la mía y no puedes quejarte, también vas a la mía, Charles. —Steven se sentó y cogió una botella de whisky, le quitó la tapa de cristal, olfateó el contenido, rodó los ojos y después volvió a cerrarlo.

—Llévatelo, no quiero eso aquí con tus flemas. —Charles volvió a su asiento—. ¿Qué quieres pedirme? De un tiempo a esta parte, tus visitas o invitaciones son para alguna barbaridad.

—¿Piensas que vengo a proponerte cosas malas?

—Depende de qué considere cosas malas. Si vas conmigo a visitar a Wendy y a Juliet, es algo malo, pero bueno.

—Lo que quiero pedirte es algo sencillo.

—Mi respuesta es no.

—¿Te niegas antes de escucharme? ¿No le harás un favor a un amigo?

—Si ese favor pondrá en peligro mi soltería, por supuesto que no lo haré.

—Jamás se me ocurriría hacer algo semejante.

—¿Y tu propuesta de que me case con lady Camila Winchester?

—Fue en un momento desesperado. Escucha, sabes que milady terminará huyendo mañana por la noche. Lo único que necesito es tu compañía por si llegara a ocurrir algo.

—¿Y qué puede llegar a ocurrir? ¿Que se arrepienta y te lleve al altar? Sería lo más sensato. ¿Qué crees que le espera a una dama que huye?

—Huye hacia algo seguro. Tiene alguien que la ama, que ha intentado salvarla del lugar en donde está, pero su familia lo envió lejos.

—Es un mozo.

—Sí, es un mozo, ¿eso importa?

—Eso importa. Deja tu egoísmo a un lado y piensa un poco. Tu cabeza no es solo para lucir tu cabellera canosa. Solo porque quieres comprometerte con lady Berenice, no puedes abandonar a tu prometida...

—Sí puedo...

—Pero no debes. Si todo esto resulta ser una farsa...

—Ya hemos hablado de esto y te lo diré otra vez: no es nuestro asunto.

—No, no, no. No es mi asunto.

—Entonces deja de preocuparte y ven conmigo solo para cuidar mi espalda como el buen amigo que eres. ¿Te interesa cuidar de mí?

—No.

—Oye... Esa palabra se está apoderando de tu vocabulario. Es un «no» aquí, es un «no» allá... Pareces una pistola disparando «noes» a mansalva. Deberías considerar cambiar eso.

—¿Quieres que disfrace lo que pienso? Bien, lo haré. Mi respuesta es tal vez.

—¿Tal vez?

—Sí. Ahora solo te queda saber qué significa eso. —Charles cogió un cigarro y lo encendió. Se relajaría mientras se negaba a ceder.

—¿Acaso quieres verme muerto?

—Tal vez.

—Charles...

—Dijiste que cambiara esa palabra horrible de mi vocabulario. Adivina lo que significa.

—Está bien, no volveré a pedirte eso. Acuéstate con todas tus negativas. ¿Irás conmigo? —curioseó colocando sus ojos como si fuera un animal herido a la vera del camino.

El conde de Tyne miró a Steven que no hacía más que observarlo con suspicacia, intentando que él cediera. Gracias a Dios no tenía corazón para sentir culpa.

—No. Estoy en desacuerdo con que esa joven pierda su oportunidad.

—Eso parece tan falso viniendo de alguien que mentía para que su preciosa hermana no se casara porque vivía o tal vez viva enamorado de ella.

—Ahí vamos de nuevo... —farfulló sabiendo que ese sería su eterno problema. Todos pensaban que él estaba enamorado de su hermana, pero la realidad era que la amaba más de lo que debería.

—Hiciste lo que pudiste para evitar que cualquiera se casara con ella y ahora vienes a darte baños de pureza... Eres una alimaña.

—¡No tienes una hermana, por eso no lo entiendes!

—No te sirvió de nada, Adam se casó con ella y le seguirá dando hijos...

—Es suficiente... Iré contigo. No quiero seguir oyendo esto.

—Sé que te lastima, pero debía hacer algo para convencerte. Me alegra que tengas un poco de empatía por mi prometida. Todo saldrá bien.

—Espero que esto no sea un error. Entiende que no me arrastrarás a tus locuras —masculló lord Tyne.

Bruce regresó al salón con un té y varias masas para consentir al amigo del conde.

—Gracias, Bruce —musitó Steven, que se propuso devorar lo que aquel había llevado para él—. No quiero arrastrarte a ninguna cosa extraña. Lo único que espero de ti es compañía.

—¿Por qué siento que no es así?

—Porque tienes delirios. Nadie te odia, nadie te persigue. Deja de lado la paranoia. Solo soy alguien que tiene buenas intenciones.

—Tú no tienes buenas intenciones, eres egoísta, ruin, vil...

—Oye, ¿no te parece que estás exagerando un poco? Si sigues por ese camino, se me quedará atorado este festín. Cuida tus palabras. Además, recuerda que no puedes santificarte con mis defectos. Tú boicoteaste el futuro de tu hermana, no lo olvides.

—Si lo repites como un ave, no lo olvidaré. Fue un desliz del pasado. Estaba preocupado por Dorothea. La cuidé desde pequeña y no es fácil pensar en que algún sinvergüenza pudiera tocarla.

—Si de ti dependiera, ella seguiría soltera.

—No es del todo cierto. Tal vez alguien hubiese sido un mejor candidato que la rata que tengo como cuñado —farfulló.

A Steven le gustaba meter el dedo en la llaga, pero solo por molestar y conseguir lo que quería. Sabía que Charles había superado la etapa de celos por cualquier pantalón que se le acercara a su hermana.

—¿Quieres un poco? —preguntó Steven ofreciéndole lo que estaba comiendo.

—Si lo tocaste es como si lo hubiese mordido el diablo.

—Me tienes en el peor concepto posible, Charles. Cambia de actitud. Vendré a por ti mañana por la noche. Iremos en un carruaje de alquiler. No pueden vernos con el tuyo o con el mío, pues ella debe ir a los confines de Inglaterra, en Carlisle.

—¿Hasta Carlisle? Será un viaje largo e incómodo.

—Por eso no habrá problema. Le daré mucho dinero para que pernocte cómodamente en varios lugares durante el viaje. Lo tengo todo resuelto.

—Me alegra saber que tienes el asunto resuelto para desgraciar a una mujer. Es una joven bonita, ¿por qué mejor no te casas y soportas tus elecciones?

—Porque no es más hermosa que lady Berenice y tampoco me ha conquistado como sí pudo hacerlo la otra. Ella me ha convencido de ser la felicidad para mi vida. Sabes lo que me ha animado a tener que comprometerme con una desconocida. Estaba acorralado, pero por lo general la gente encuentra el amor donde menos se lo espera. George lo encontró en una mujer que quería que él fuera su tutor, Wilburg lo hizo con la vecina de su propiedad, Adam con una mujer que lo había encontrado en la calle y porque tenía los dientes completos, John con una facinerosa y Herbert en su institutriz. ¿Qué cosas más extrañas pueden pasar? Yo me enamoré de la niña a la que mi cochero atropelló. Inglaterra ya parece un pañuelo.

—Pues Dios me libre que me pase algo así. Me divierto con Wendy y no pienso dejarla en corto tiempo. No contemplo la idea de una esposa y si llegara a hacerlo, será una mujer de nuestra clase, con la educación para ser una marquesa. Considero que somos capaces de tolerar a cualquier dama, no necesariamente existe una especial. Las únicas mujeres especiales son las de una familia, madre, hijas, hermanas, tías y primas.

Steven le sonrió a su amigo. Sabía que aquel estaba equivocado. Quizá aún fuera inmaduro para entender lo que en verdad era el amor y no el cariño fraternal.

Después de soportar a Steven hasta la hora del verdadero té, Charles suspiró. No sabía en qué lío estaría metido al día siguiente con Steven. Lo único que deseaba era ir a casa de su hermana, sin importarle que su cuñado pudiera poner cara de pocos amigos. Casarse con Dorothea era como también haberse casado con Charles de manera inconsciente.

Se preparó y fue en su carruaje a casa de su hermana. Cuando iba a ese lugar, pese a la tensión entre su cuñado y él, se sentía feliz, porque compartía tiempo con Alexander y Winfred, el último que había llegado a la familia un par de años atrás, pero con Alex tenía una conexión diferente, era casi idéntico, pelirrojo y en un futuro, un joven atractivo. La sangre de su hermana había pesado mucho más en aquel niño que la de su padre y de cierta forma eso representaba un alivio.

Harry, el sirviente de lord Baltimore, abrió la puerta y ahí vio al cuñado del conde.

—Buenas noches, milord —saludó.

—Buenas noches, Harry, ¿he llegado para la cena? —Charles le entregó su capa, su bastón y su sombrero.

—Para desgracia de lord Baltimore, sí.

—Eso es lo que me agrada: frustrarlo un poco.

—¡Charles! —exclamó su hermana Dorothea, al verlo entrar al salón.

—Thea... —pronunció cariñoso, correspondiendo al abrazo que ella le daba.

—Estoy encantada de que vinieras. ¿Te quedarás a cenar?

—Es mi cometido. No es agradable comer solo.

—¡Me haces tan feliz!

—¡Tío Charles! —gritó Alexander al ver a lord Tyne.

—Pero tú no paras de crecer. Pronto me dejarás mordiendo el polvo, jovencito.

—Winfred es un enano, tío, ni siquiera deberías mirarlo.

—¿Dónde está el pequeño Winfred?

—Está con su padre. Sabes que no se despega de él —respondió Dorothea.

—Es por eso por lo que Alexander es mi consentido. ¿Cuándo dejarás que pase una temporada en mi casa?

—Quizá cuando me muera, Charles —masculló Adam que llegaba al salón.

—Me oíste llegar, Adam.

—Más bien, te olí desde que entraste. La osamenta se huele cuando estás aquí.

—Es tu aliento el que huele así...

—¿Van a empezar? A ustedes les hace falta pasar juntos una temporada de cacería —dijo Dorothea.

—¿Y sabes quién será la presa, querida? —cuestionó Adam.

—Soy más rápido que tú, mentiroso —lo acusó Charles.

—¿A quién llamas mentiroso?

—A ti, mentiroso... —gruñó.

Ambos intercambiaron miradas combativas, pero Dorothea se colocó entre los dos y sonrió.

—Seamos buenos y aprendamos a compartir —pidió lady Baltimore para calmar los ánimos. Esa era su rutina cada vez que Charles los visitaba.

Capítulo 2

Un día antes de la huida...

Lady Camila Winchester trataba de no abrir la boca para decir sandeces, cosa que en verdad era su especialidad. Después de haber conocido el enamoramiento en las caballerizas de su casa, solo tuvo golpes y castigos que su institutriz, la señorita Clapton, cumplía a cabalidad. Su familia no tenía intención de golpearla, solo de dar ideas creativas para que sufriera. La primera medida fue enviar a Matthew tan lejos como podían y ella desconocía el lugar en donde estaba su amado.

Lord Northland, su actual prometido, había averiguado su ubicación y estaba dispuesto a llevarla hasta ahí. Sabía que no era un acto desinteresado de su parte, sino que era algo orquestado para que él pudiera quedarse con la mujer que amaba. No lo culpaba, pues había sido muy generoso al saber que ella también tenía un amor en la lejanía. Creía que Matthew debía estar sufriendo de amor tanto como la misma Camila, pues él moría por casarse con ella y se lo había dicho en incontables ocasiones antes de que Julian, su hermano mayor, los descubriera. Ese sentimiento era incondicional. Los dos se amaban y querían estar juntos.

Agradecía haber tomado la opción que le dieron sus padres de escoger a un soltero de la lista que le habían dado. El conde de Northland era conocido por sus escándalos, por lo que Camila llegó a considerar que a él no le importaría mucho tenerla como esposa y no le pediría cumplir con sus deberes maritales si tenía muchas amantes por todos los pasillos de la ciudad. También se le había ocurrido que aquel le daría libertad, pues «libertino» derivaba de la palabra libertad.

Tenía la gracia de que la madre de aquel joven se interesara en la hija de un marqués. Todo estaba perfectamente alineado para que ambos se conocieran y ella pudiera quitar un beneficio importante que era librarse de la señorita Clapton.

Cuando estaba colocándose la media, sintió que una herida de las que tenía en su rodilla supuraba, traspasaba cualquier tela que pudiera para impedir que eso ensuciara su falda. Estaba segura de que pronto se curaría y dejaría de ser dolorosa y molesta en su rodilla.

Camila oyó la llave dentro del cerrojo, eso significaba que la señorita Clapton había ido hasta ahí. Ella entró a la habitación en compañía de una doncella que dejó la cena de la joven sobre el escritorio de la habitación. Al menos el castigo no era matarla de hambre.

—¿Cuándo será el día en que mis padres querrán volverme a invitar a su mesa? —preguntó Camila para conversar con aquella culebra que era su institutriz.

—No creo que tengan muchas ganas, no hasta que su prometido sea invitado a cenar.

—Todavía no ha insinuado nada de eso.

—A lo mejor pronto se lo insinúa usted misma. Se ve tan entusiasmada con él que me alegra que dejara de pensar en tonterías con un mozo. No me hubiese perdonado que siguiera relacionándose con ese cazador de dotes.

—Matthew no es un cazador de dotes, señorita Clapton, solo era alguien empático que me hablaba de lo hermoso que es el mundo fuera de estas cuatro paredes y que, además, existe la palabra libertad.

—Tonterías que le ha vendido ese infame. Lo único que ese hombre quería era beneficiarse de la dote que usted tiene. Dios no permitió que mis mejores años aquí se desperdiciaran con un matrimonio con alguien que malgastaría la dote de la hija de un marqués. Ahora tiene a un conde que cumplirá con su labor. No será el mejor candidato, pero tiene dinero y una excelente posición.

—Al menos aprecio que usted piense que hice una mejor elección.

—Tuvo suerte de que la madre de ese hombre quisiera casarlo a toda costa, él ni siquiera imagina que está con una cabra descarriada.

—No es la mejor manera de referirse a su pupila, señorita Clapton, pero como usted tiene más poder que la hija del marqués, ¿quién soy para cuestionarla?

—Lo entiende a la perfección. Parece que se ha vuelto inteligente al estar encerrada aquí. Ahora coma, no queremos que la encuentren desmayada por culpa del hambre.

La mujer la dejó sola después de esa corta conversación para que pudiera cenar.

No perdió el tiempo. Se sentó frente a la ventana con vistas al cielo londinense. A cada estrella le pedía un poco de tranquilidad y felicidad. Estaba a poco tiempo de tener su libertad, solo era cuestión de sobrevivir un día más bajo el mismo techo que su familia y eso no era ningún esfuerzo, pues como estaba castigada y no podía verlos, todo era más sencillo.

Lo único que Camila debía resolver era salir de esa casa sin ser vista. Para eso, había pensado en usar sábanas para bajar hasta el jardín y correr despavorida hacia la salida. Lo único que especulaba era en lo bueno que le esperaba después de salir del infierno.

Durante mucho tiempo estuvo pensando en lo infeliz que sería casada con alguien por obligación, pero después de las torturas, consideró que un esposo no sería tan horrible como seguir viviendo con su familia. De los males prefería el menor, por lo que actuó guiada por el miedo a continuar bajo la tiranía.

Mientras cenaba, parecía contar las horas que pasaban más lento que nunca cuando lo que ella deseaba era que pasara volando para disminuir sus temores y acabar con la zozobra que la consumía.

Para cuando terminó, regresó la señorita Clapton, pero solo para llevar la bandeja con las sobras de la cena. Le dio las más falsas buenas noches que podía y se acostó en la cama para seguir pensando en el campo por el que jugaría a las carreras con Matthew. Cuando se casaran, haría lo posible por exigir la dote que le correspondía a su esposo, pues eso sería destinado a vivir mejor. Sabía que con lo que ganaba un mozo jamás podría tener la vida con la que había sido criada en el aspecto económico, pero sería bendecida al tener otra vida sin malos tratos.

Al día siguiente, el día transcurrió con la normalidad de otra jornada de encierro. Se peinaba

y se arreglaba como lo haría una dama, pero para mirar a través de la ventana y no para salir a lucirse. Lord Northland no la visitaría, pues como era el último día, no había razón para mantener la farsa por un día más.

Confiaba ciegamente en que ese hombre cumpliría, ya que los dos estaban tan desesperados, que no concebía que alguno de ellos fallara. Cualquiera diría que estaba loca y que era muy arriesgado escapar de su casa por algo incierto. Era un hecho, su institutriz pensaba lo peor de Matthew solo por no tener dinero, pero estaba segura de que él no era así. Era honesto, honorable y en verdad estaba enamorado de ella. No en vano habían compartido tiempo cepillando caballos y hablando sobre la vida, solo unos besos los habían condenado a separarse. Si todo hubiese seguido su curso normal, quizá estarían casados, mas no sabían en donde lo harían porque su padre no lo aprobaría en ningún pasado, presente o futuro. Él era muy anticuado. No creía en el romance o en el amor, para el marqués todo era conveniente o inconveniente. Un mozo cualquiera ni siquiera era una mosca; sin embargo, Matthew lo había estorbado demasiado. Él solo pensaba en su buen nombre y en que, si se relacionaban con alguien así, la desgracia los perseguiría.

Para pasar el tiempo y no parecer sospechosa, cogió un lienzo para pintar un poco. Lo único que tenía cerca era un florero con una flor marchita. Comenzó a hacer sus trazos para darle forma a su pequeña diversión.

La señorita Clapton entró a su habitación en varias ocasiones para apreciar el trabajo que hacía. Aquella le había enseñado muy bien cómo debía pintar. Además, la instruyó con los instrumentos musicales y eso le gustaba. En aquellos tiempos de aprendizaje, ella era severa, pero no había llegado a los grados correctivos que tenía en estos últimos años. En lugar de parecer su pupila, parecía su enemiga a quien debía destruir y no le quedaba claro la razón para tanto desprecio, pero a eso solo le quedaban horas y lo único que volvería a ver de ella sería ese florero que terminaría y se lo dejaría en la recámara.

***

Había llegado el día en que Charles arriesgaría su pellejo por nada. No ganaría ni siquiera un gracias y lo sospechaba.

—Lord Northland ha venido, milord —anunció el sirviente.

—¿Crees que todavía puedo arrepentirme?

—No, usted ha dado su palabra.

—No recuerdo haberlo hecho, pero si tú lo dices lo más probable es que sí debí hacerlo en un momento de locura. Te pido que, si sigo con vida, me impidas caer en este tipo de asuntos que no me competen.

—Por supuesto, milord. Para otra oportunidad seré más rápido para impedirle tener buen corazón.

—Gracias.

No tenía mucho que hacer más que resignarse a lo que había dicho. En lo posible debía evitar cualquier peligro. Sacó su arma que guardaba en el cajón del escritorio y la guardó entre su frac y su pantalón.

Todavía pensaba en cómo lo había convencido Steven para unirse a semejante tontería. No entendía cómo lo había hecho.

—¿Tan elegante para salvar a una dama? Tú eres un verdadero héroe, Charles —alegó Steven, burlón.

—¿Y tú? Eres el verdadero héroe, el más egoísta de la historia, por cierto —replicó lord Tyne.

—Jugaremos a las cartas mientras esperamos la hora. También tengo un poco de whisky. Lo pasaremos bien...

—Por supuesto, bien en medio del probable peligro de muerte.

—No, no, no, querido. No pienses así. —Steven cogió a Charles del brazo y cruzó el suyo con el de él para caminar juntos.

—¡Por Dios! ¡Evita tocarme! —Charles lo empujó sin remordimientos. No le gustaba la gente tan apegada y sabía que Steven tenía una especie de enamoramiento con él y no podía ponerle límites porque no le importaban.

—Solo quiero que entiendas que yo estaré contigo, cuidándote.

—Eso es lo que más miedo me da.

—Sé que no quieres insultarme.

—Estás equivocado, claro que quiero hacerlo. No vuelvas a meterme en tus tonterías. Tampoco quiero ser padrino de tus hijos, ¿escuchas?

—¿Qué culpa tienen mis hijos que no han nacido? Cambiarás de opinión más adelante.

—No cambiaré de opinión.

Ambos salieron de la residencia de Charles y subieron al carruaje de alquiler. Tenía un mal presentimiento, tal vez fuera alarmista, pero una corazonada le decía que ni siquiera debía bajar de ese carruaje.

El rostro confiado de Steven no le daba buena espina, lo hacía desconfiar, porque tenía algo que lo hacía pensar en que no estaba siendo sincero del todo. Sus nobles intenciones, además de no ser tan honorables, podrían ser una gran forma de meterlo en un problema. Mientras el carruaje iba por las calles de Londres, Charles pensaba en qué podría estar ocultándole su amigo.

Al llegar cerca de la residencia, Steven repartió las cartas y sonrió al hacerlo. La desconfianza de Charles se acrecentaba. Nadie podía estar tranquilo con lo que estaban a punto de hacer. Se llevarían a una dama y eso solo podía acarrear problemas en cuanto su familia se

diera cuenta de la ausencia. No quería ni pensarlo, pero ahí estaba su mente haciendo cálculos de todo lo que podría salir mal, con Steven eso era un asunto convencional. Se acostumbró a pasar vergüenza en su compañía, por lo que no había mucho que hacer respecto a su amigo.

Las cartas sirvieron para que se distrajera por un juego y el whisky también hacía lo suyo, aunque él no pensaba emborracharse como quizá Steven esperaba que hiciera, pues la situación no lo ameritaba. Todos los sonidos debían mantenerlos alertas.

Así pasaron un par de juegos hasta que se acercaba la hora de la verdad. Ya estaba ahí, lo único que debía hacer era tomar al toro por los cuernos y soportar lo que había tomado como decisión al apoyar a ese hombre sin juicio que era lord Northland.

Capítulo 3

—Estamos a solo unos diez minutos para la medianoche —dijo Steven que recogió las cartas después de terminar de jugar con Charles.

—Sigo pensando que esto es una equivocación y no una cualquiera, una muy grande, demasiado. ¿Sabes a lo que se expone una dama al huir?

—Sí, pero si a ella no le importa, a mí tampoco debería importarme, ¿o no?

—Ciertamente, tienes razón, pero eso no quita que ambos están equivocados. Tu madre pegará el grito al cielo.

—Mientras no sea la tuya, considero que está bien.

—Mi madre está muerta.

—Menos mal... Toma un trago.

Charles cogió la botella de whisky y bebió un sorbo con desconfianza. Estaba ahí arriesgando su vida por una desconocida en lugar de estar en compañía de su amante de turno, comiendo y bebiendo a voluntad.

—Iré a por ella, fingiré ser un ave y... —habló Steven.

—Y te pillarán, estaremos en medio de una lluvia de balas. —La mente de Charles solo podía concebir desastres en compañía de ese hombre.

—¿Por si acaso has traído tu arma?

—Sí, no soy idiota.

—Si tienes miedo, quédate aquí con el arma en la mano.

—¿Y tú no tienes miedo?

—Le tengo más miedo a casarme sin amor y a la infelicidad eterna.

Charles negó con la cabeza al oír a Steven, aquel era un joven trastornado. Lo vio salir del carruaje e irse con prisa hacia la residencia de la joven.

Sacó el arma de su frac y no perdió la vista de su amigo por si necesitaba ayuda. No era ningún cobarde para quedarse ahí con los brazos cruzados. Actuaría si la ocasión lo requería.

***

En su casa, Camila acomodó la pintura que había hecho en el día para poder esperar al conde con tranquilidad. Habían quedado en que su prometido imitaría a algún animal para no llamar demasiado la atención. Ella tenía todo listo para irse de aquel lugar sin remordimientos.

La paciencia jugaba un papel preponderante en esos momentos, pues temía que la señorita Clapton fuera otra vez, aunque no lo creía tan posible, pues ya habían retirado la bandeja de la cena.

Camila oyó la señal del conde. No llevaba con ella más que un abrigo, y lo tenía puesto sin importar que debajo estuviera sudando a causa de los nervios más que por la alta temperatura.

Cerró los ojos y ató las sábanas a la pata de la cama para bajar. No sabía si resistiría su peso, pero lo importante era no morir al descender desde la ventana.

Cuando abrió la abertura y arrojó las sábanas anudadas, escuchó que alguien abría la puerta de su habitación. La institutriz estaba ahí, viéndola hacer lo que se suponía que debía ser un secreto, pero que la descubrieran era una opción.

—¿Qué se supone que está haciendo? —increpó la institutriz.

—No estoy haciendo nada, señorita Clapton.

—No soy una tonta. Supongo que está intentando huir, pero eso no ocurrirá.

La joven vio que la señorita Clapton quería impedir que se fuera, pero no estaba dispuesta a quedarse y sufrir más. Lo único que quedaba era enfrentarla.

—Usted no hará nada —alegó decidida.

—¿Y quién lo impedirá? ¿Usted? —increpó sarcástica.

En la búsqueda de una solución, Camila observó a su mano derecha, sobre un mueble estaba un candelabro. Se hizo a un lado para que la otra creyera que la había asustado; sin embargo, cogió aquello y lo guardó a su espalda. Era algo arriesgado, mas era ella o la institutriz. No pensaba sacrificarse por nadie.

—No impedirá que busque mi felicidad lejos de aquí —declaró Camila al ver que la señorita Clapton cerraba la ventana.

—¿De qué habla?

—Que estoy cansada de sus abusos. Ya no podrá conmigo... Es una maldita...

Al terminar de decir eso, Camila golpeó a la mujer en repetidas ocasiones, como si necesitara desquitarse por el daño que le había hecho durante ese tiempo. No la había corregido, la había torturado.

Le quitó el manojo de llaves y aseguró su puerta. Nadie más entraría ahí. Cuando ellos supieran de su huida, ella estaría lejos.

Siguió con su plan de bajar por la ventana. Miró hacia el oscuro jardín y ahí distinguió a su cómplice. Le daba paz y tranquilidad saber que no estaría sola.

Cuando estaba descendiendo, la soga de sábanas se soltó y ella cayó afortunadamente sobre

su prometido. Esperaba no haberlo lastimado mucho.

—Lord Northland, perdóneme —murmuró avergonzada.

—No pasa nada —afirmó Steven que se levantó del suelo rengueando y jorobado.

Los dos emprendieron su huida hacia la muralla y se apresuraron a saltarla.

Una vez que dejó aquel sitio, Camila observó la casa que para ella fue de terror. Estaba saliendo de un infierno para alcanzar una felicidad que creyó que se le había negado para siempre.

—No es momento de sentir nostalgia —reprochó su prometido que la cogió del brazo para llevarla hacia el carruaje en el que estaba esperando Charles.

—No siento nostalgia, más bien es alivio...

Dentro del carruaje, él distinguió que dos personas se acercaban a toda prisa, entonces abrió la portezuela del carruaje para que no tuvieran que esperar.

—Suba, milady —ordenó Steven—. Charles, pásame la botella de whisky.

Ver a un extraño en el carruaje cogiendo la botella para dársela a lord Nortland, no le pareció algo convencional. Ese hombre no estaba en los planes.

Una vez que Charles le entregó la botella a Steven, este cerró los ojos e hizo un gesto con la boca que indicaba dolor.

—Eres la única persona en la que confío y sé que harás las cosas bien. —Steven se dirigió a Charles.

—No es momento de ponerse romántico —masculló lord Tyne.

—Lo siento...

—¿Qué cosa?

—Esto... —Steven le propinó un golpe en la cabeza a Charles con aquella pesada botella de vidrio.

Lady Camila tapó su boca con ambas manos al darse cuenta de lo que había hecho Steven. ¿Qué estaba ocurriendo?

—Suba, milady. —Él cogió la mano de ella y le entregó la botella—. Si se despierta, lo vuelve a golpear.

—¿Por qué lo ha hecho?

—No la dejaría ir sola con alguien desconocido. Charles es de mi confianza, pero poco colaborativo. Él tiene el dinero, la dejará en su destino y después regresará.

Obedeció al conde y subió, mientras aquel acomodaba a su amigo para que no viajara más incómodo de lo que ya iría.

—Gracias por todo... —habló Camila, sonriente, aunque nerviosa por dentro al compartir el carruaje con alguien inconsciente.

—Sea feliz, porque yo lo seré gracias a que usted es una buena persona. Adiós... —declaró su prometido que cerró la portezuela y se fue. Unos minutos después, el carruaje se puso en marcha, rumbo a Carlisle, en donde se encontraba Matthew.

El carruaje iba más rápido de lo normal, aunque Camila entendía que estaban en una huida, no podía pedir que dejara de balancearse tanto.

Pese a que se sentía dichosa por haber conseguido su objetivo, el hombre golpeado frente a ella era una gran preocupación, pues no sabía si aquel comprendía en qué estaba involucrado. No creía que fuera una mala persona, lord Northland confiaba en él y ella no tenía razones para desconfiar del hombre que la había salvado. Sería una tontería hacerlo solo por haber visto cómo golpeaba a ese hombre. Consideraba que habían sido demasiados golpes para un solo día, entre los que le dio a la señorita Clapton y los que había recibido este caballero.

De repente se fijó mejor en el hombre y vio que este tenía un arma. Su mente trabajaba rápido, entonces, pensó que lo mejor era que tuviera eso con ella por si acaso. Alguien iracundo podría hacer cualquier tontería con algo tan peligroso. Esperaba que una vez que despertara, no se pusiera furioso.

Con lentitud, Charles abrió los ojos y sintió un leve dolor en la cabeza. Frente a él iba una dama a la que reconocía como la prometida de Steven. Aquella estaba profundamente dormida. Miró por la ventanilla del carruaje y se dio cuenta de que iban como si estuviesen contrarreloj. Ese fue el momento en que supo que él estaba viajando con esa dama, solos, sin una carabina o sin alguien que se encargara de cuidar a la joven. Si alguien llegara a saberlo, siquiera a sospecharlo, estaría en serios problemas. Ahí estaba la razón de su desconfianza hacia Steven. Desde un principio, aquel a quien todos creían un tonto, tenía calculado hasta el más mínimo movimiento, como un mentecato. Todavía no podía creer que había caído como si fuera un jovenzuelo inexperto.

Las señales siempre habían estado ahí, gritando para que ignorara a Steven, pero la estupidez era más fuerte. Lo único que debía hacer era irse, bajar de ese carruaje. No creía que estuviesen tan lejos de Londres, incluso podía regresar caminando si fuese necesario.

Golpeó el techo del carruaje para que este se detuviera, pero había sido en vano. Ni siquiera amagó pararse. Entonces, Charles abrió la ventana de comunicación con el cochero.

—Quiero que se detenga para que pueda regresar a Londres —ordenó, confiado en que el hombre acataría el pedido.

—Quien me contrató dijo que no parara hasta estar muy lejos de Londres...

—¿Y?

—Estamos a unas cinco horas de Londres, caballero. La otra orden de lord Northland fue clara.

—Es un maldito, al igual que él. —Cerró la ventanilla de comunicación y trató de no perder la calma. Estaba rumbo a Carlisle, que estaba junto a la frontera con Escocia.

Por supuesto que este asunto terminaría ahí. No iría ni una milla después de que amaneciera. Esa mujer no era su responsabilidad y no se martirizaría por ella. Siempre tuvo razón sobre que esto que hacía Steven era una verdadera locura que no lo llevaría a buen puerto y lo estaba comprobando.

Se acarició la cabeza en el lugar en que había sido golpeado sin consideración y esperaba ver los primeros rayos del sol, a la vez que observaba a la mujer que estaba frente a él. Ella había sido influenciada por las ideas dementes de Steven. No podía juzgarla, ni culparla, aunque corría peligro, no por lo hermosa que pudiera ser, sino por lo que la gente podría decir sobre su desaparición coincidente con la de una joven. Quería pensar que tal vez estaría equivocado con ese pensamiento; sin embargo, Charles era un hombre lógico sin demasiados secretos, se consideraba tan básico como respirar. No era nada especial, quizá su carácter dejara un poco que desear, pero era alguien sencillo de entender.

El ritmo del carruaje se hacía más lento. Los caballos necesitaban descansar, entonces, él quería aprovechar la oportunidad para bajar y encontrar la forma de regresar y estar seguro en su residencia, con la simpleza de su existencia.

Una vez que el coche se detuvo, el conde bajó con presteza y se estiró un poco. Miró hacia el horizonte y solo podía ver verde, naranjado y amarillo.

—Por un demonio... —maldijo Charles, estaba en medio de la nada.

Camila despertó al sentir que el carruaje no se movía. Vio la portezuela abierta y el hombre que la acompañaba estaba afuera, dando vueltas en círculos, como si estuviese nervioso. Entonces, decidió bajar para hablar con él.

—Buen día, caballero —saludó con cierta inocencia, creyendo que aquel se comportaría como un hombre atento, respondiendo de la misma manera.

—Serán buenos para usted que ha dejado sus problemas atrás, pero no para mí —replicó, Charles, molesto.

—Quisiera preguntar la razón de su enfado, pues no lo conozco.

—¿La razón? Se llama Steven, y fui engañado para acompañarlo a salvarla anoche. ¿Acaso no se da cuenta de eso por sus últimas palabras?

—Supongo que tiene cierto grado de razón.

—¡Tengo toda la razón del mundo! ¡Estoy aquí por su culpa! —Él señaló a la joven.

Ella quedó sorprendida al ver que la señalaba.

—¿Mi culpa?

—Por supuesto. Usted, al igual que él, no usa su cabeza para algo más que hacerse peinados. ¿Cómo una dama de su casa se escapa para buscar a un mozo? Es incoherente —reprochó.

—¿Para usted es incoherente buscar el amor?

—El amor es absurdo y patético. Usted no debería andar pensando en cuentos de gente de escasa educación. Debería preocuparse por su futuro, ¿qué cree que le ofrecerá un mozo?

—¿Está juzgándome? No creo haberle dado autoridad para que opine de mi vida.

—Se dejó convencer por un rufián como Steven, ¿no se da cuenta?

—De lo único que me doy cuenta es que de que usted tampoco goza de una inteligencia inmaculada, pues es amigo de ese rufián, como lo llama. Tenga cuidado de apuntar su arma, puede terminar disparándose.

Él recordó su arma y no la tenía en su frac.

—Mi arma...

—Supongo que se refiere a esta. —Camila le enseñó que tenía ese objeto en su posesión.

Capítulo 4

—Sí, me refiero a esa. Devuélvala.

—Mmm... No considero que sea prudente que lo haga. Para mí usted es un desconocido del cual lord Northland no ha mencionado nada. Se ha descuidado y ahora esto me pertenece, al menos hasta que llegue a mi destino en Carlisle.

—Lo que me faltaba...

—Lord Northland dijo que usted era de su confianza. Demuéstrelo llevándome a mi destino y le devolveré su arma. Y si no quiere hacerlo, deje aquí la pistola y busque un carruaje. Con esto podré defenderme si llegara a cruzarme con salteadores de caminos. No necesito un hombre que me defienda cuando puedo hacerlo sola.

—Perfecto, estoy secuestrado por usted.

—¿Secuestrado por mí? El golpe debió ser muy duro en realidad. Puede reclamarle cualquier cosa a lord Northland. No tengo nada que ver con sus pensamientos absurdos. Solo quiero una vida y usted con sus berrinches no me lo va a impedir.

—Pero ¡qué oigo! —expresó con molestia al ser enfrentado por Camila—. Usted ni se imagina lo que encontrará en Carlisle, pero yo sí imagino lo que encontraré en Londres. Mi buen nombre en el fango por su culpa.

—¡Nunca hemos cruzado palabras y tampoco lo he notado como un caballero!

—¡Y usted es solo un problema del cual Steven se deshizo! Y lo más probable es porque no la cree lo suficientemente hermosa para dejar a lady Berenice.

Aquello le resultaba ofensivo, pero podría ser verdad. Tal vez no fuera tan bonita como lady Berenice y quizá ella tampoco anduviera amenazando a la gente con matar a sus familiares o en quedarse con un arma, como ella hizo y estaba haciendo. No se arrepentiría de nada de lo que había hecho, pues gracias a eso podía ser libre para encontrar su felicidad junto a quien deseaba. Sería absurdo lamentar perder a alguien que en realidad nunca la quiso ni siquiera como prometida.

—Quédese de este lado de la vera del camino y yo de este otro mientras descansan los caballos. Puede quedarse a esperar a que pase algún carruaje o puede regresar a Londres, porque este es mío. Ahora, deme el dinero que lord Northland le dio para mí.

—Necesitaré parte de ese dinero para regresar a Londres.

—Aparte de ofenderme con sus palabras, pretende despojarme del poco dinero que puedo llegar a tener. No es más que un cobarde.

—No subiré a ese carruaje con usted y me quedaré con unas monedas. No dije que la despojaría de todo. Además de tonta, es sorda.

Camila se alejó del hombre y fue al otro lado del carruaje. No se quedaría ahí a ser ofendida. Aquel era un caballero despreciable, del cual no podía esperar nada bueno. Lamentaba que lord Northland confiara en alguien así para custodiarla hasta Carlisle. Lo más probable sería que ella se presentara sola en aquel lugar, pues este caballero no volvería al carruaje.

Por su parte, Charles consideraba que había sido demasiado grosero con alguien que no tenía la culpa de lo que había hecho Steven, solo fue tan tonta como él para caer en los engaños de aquel astuto conde.

—¿A cuánto tiempo de aquí está el pueblo más cercano? —preguntó lord Tyne al cochero.

—Unas dos horas, caballero.

—Me dejará ahí y veré cómo regresar a Londres.

—¿Está seguro de que no desea acompañar a la dama? Es un trayecto largo y peligroso.

—Ese no es asunto mío. Tengo más cosas que atender en Londres y no puedo perder el tiempo aquí con una chiquilla caprichosa que quiere destruir su vida, más de lo que ya está. Me he preocupado por esta desconocida egoísta, manipuladora y violenta, para que diga que ni siquiera me notara como a un caballero. ¿Cómo un pelirrojo podría pasar desapercibido?

—Tampoco es tan pelirrojo, es rubio, milord.

—Eso no importa. No quiero respirar el mismo aire que esa víbora.

—Lo mejor que puede hacer es caminar un poco hasta que se canse para continuar el viaje.

Eso mismo pensaba Charles que debía hacer no solo para cansarse, sino también para despejar su mente, porque si no se tranquilizaba, era capaz de arremeter contra la joven que lo acompañaba. Cuando la recordó, buscó hacia donde ella había ido y la vio recogiendo hierbas en la pradera.

Negó con la cabeza por haber dicho tonterías, pero no podía disculparse, eso era un signo de debilidad, ni siquiera se había disculpado con su hermana por haber frustrado posibles matrimonios en su momento.

Después vio a Camila quitarse el abrigo que llevaba para poder disfrutar un poco del sol. En la parte de atrás de su vestido, pudo ver marcas que rompían la armonía de su tez pálida. Lo más probable era que Steven no viera todas las marcas. Aquellas de la espalda eran difíciles de distinguir si ella no hacía movimientos como los que estaba haciendo. Esa mujer había pasado cosas horribles y él era aún más horrible que todo lo que le pasó en su propia casa.

La joven recogía lo que encontraba en aquella pradera para evitar mirar al desagradable y amargado hombre que estaba ahí. Debió hacerle caso a lord Northland y golpearlo otra vez para mantenerlo callado. Le incomodaba que estuviera observándola, pues era un caballero de mirada penetrante y con un rostro severo. Se veía atractivo, quizá un poco más que el mismo lord Northland a quien creía muy guapo. No obstante, su belleza no compensaba una personalidad tan desagradable y agraviante, aunque quizá lo mejor fuera ponerse en los zapatos de aquel y

entender que no estaba ahí por gusto en comparación a ella. Su molestia era entendible, pero no era razón para decirle que su atractivo no era suficiente para que el conde hiciera el terrible sacrificio de cumplir su palabra y abandonar a lady Berenice.

Si bien, Camila y Steven fueron cómplices, solo fue por un objetivo común que no era casarse entre ellos, sino hacerlo con las personas que realmente deseaban. Lo único que ella quería en ese momento es encontrar con vida a Matthew para que también pudieran continuar con lo que habían dejado pendiente.

Pese a su incomodidad inicial, ella no estaba dispuesta a que le arruinaran la felicidad de haber dejado el infierno que representaba vivir con sus padres. Ese caballero era más soportable que vivir en las constantes torturas solo por decir o hacer lo que creía correcto. Dirigió su mirada hacia su compañero de viaje buscando intimidarlo para que dejara de mirarla.

Aquel cruce de miradas hacía que Charles pensara en que aquella buscaba espantarlo, pero no le tenía miedo a una dama, tampoco él dejaría de desafiarla con los ojos. Cada vez que la observaba, notaba un detalle nuevo. Notaba el temor y una postura a la defensiva. Era probable que, gracias a él, la joven lo mirara de esa manera, ya que se había puesto a la ofensiva, atacándola, cuando a quien debería atacar era a Steven. Su amigo ni siquiera podría contar su versión de los hechos cuando lo encontrara, porque lo mataría. Necesitaba escribirle a Dorothea y saber cómo estaban las cosas en Londres. Ella era la única persona confiable que no lo traicionaría y sería sincera sobre la situación. Solo no quería que lo relacionaran con esa joven por su seguridad, puesto que, si la familia de la joven los encontraba recorriendo el país, sería un escándalo que Charles tendría que tapar para evitar otro escándalo mayor como la muerte.

De todas las ideas que había considerado, esta no estaba en sus planes. En ningún momento creyó que fuese posible que ellos estuvieran solos. Todas las posibilidades más descabelladas siempre incluían a Steven porque era el responsable de la joven y por eso estaba en cada una de las locuras que se le ocurría como probabilidad.

Después de un cuarto de hora de descanso, el cochero colocó a los tiros de vuelta en su sitio, debían partir.

Camila se acercó al carruaje y quiso subir sin la ayuda de nadie, pero vio que frente a ella se colocó la mano de aquel hombre amargado.

—¿No le parece que es un poco tarde para comportarse como un caballero? —Al decir esa frase hizo a un lado la mano y subió como mejor pudo.

—¿Piensa que por ofrecerle mi mano he cambiado de parecer sobre usted y su decisión absurda de huir? —la reprendió al subir tras ella y sentarse.

—No sé si a usted no le queda claro lo que ha ocurrido... —Ella intentaba recordar su nombre o su título, pero nadie se lo había dicho—. ¿Quién es usted?

—Veo que con Steven solo hablaron de escapar y no de personas cercanas. Charles Coldwell, conde de Tyne y futuro marqués.

—Ah, ya entiendo de dónde viene tanta arrogancia. Soy lady Camila Winchester, hija de un

marqués.

—Me permito decir que ahora sé de dónde viene tanta arrogancia —la emuló—, pero yo debo decirle que sé más de usted que de cualquier otra dama de Londres, aparte de mi hermana. Steven sí ha conversado conmigo sobre su persona.

—Si me conociera, sabría mi situación y mis motivos. Con el rechazo de lord Northland quedaría sin posibilidades de casarme. ¿Quién se casaría con alguien que fue abandonada? Lo que a mí me esperaba era una muerte segura.

—Tal vez, pero ahora le espera otra muerte segura: de hambre.

—No soy una tonta, milord.

—Deje que lo dude un poco. Alguien que deja Londres por un mozo de cuadra, ¿le parece razonable?

—No entiende...

—¿Es razonable? —insistió.

—Quizá no.

—Todavía está a tiempo de...

—¿A tiempo de qué? ¿Cree que regresaré a mi casa y me recibirán con los brazos abiertos? Me esperarán con arreadores para matarme y no estoy exagerando.

—¿Por qué la golpeaban?

—Por ser rebelde, por tener ideas propias, por enamorarme de un mozo.

—La última sí amerita una paliza.

—No puedo creer que piense que golpear a una dama sea correcto.

—Tampoco puede creer que desperdiciar el dinero de su familia en su educación sea correcto. Sabe que en nuestro círculo social lo importante es formar vínculos de intereses, unir familias y fortunas. No estamos para alimentar gente desafortunada.

—Esa gente a la que llama desafortunada, tiene más corazón que usted, que es un ser egoísta.

—Fui criado de la misma manera que cualquier otro noble y considero que, si en algún momento, tuviese una hija como usted, no la golpearía, la dejaría que hiciera su voluntad, pero dejaría de ser parte de mi familia para siempre. No seguiría invirtiendo en su educación ni en sus vestidos. ¿Usted piensa que ese mozo le comprará los vestidos a los que está acostumbrada?

—No, no podrá hacerlo, pero me tratará bien.

—Usted no ama a ese hombre, lo único que quiere es salvarse sin pensar con detenimiento

que la miseria será su futuro. No vivirá, ni comerá del amor, ¿lo ha considerado? Un buen trato tampoco calla el estómago ni paga deudas. ¿Y si aquel hombre es un jugador o tiene vicios?

—¿Lo que quiere es asustarme para que regrese a casa de mis padres? Lamento decirle que eso no ocurrirá. Para lo único que regresaré será para exigir la dote que le corresponderá y con la cual pretendo vivir.

—La gente de bajos recursos gasta el dinero apenas lo ve. No sea tonta.

—Y si usted tuviese razón, ¿qué cree que ocurrirá? Nadie se casará conmigo.

—Exigirá a mi buen amigo para que responda y deje de lado la estupidez de creer que el amor es lo más importante.

—Es muy importante.

—Por favor, no creo en eso.

—¿Porque es un libertino cree que eso es absurdo? Usted es una persona hueca, sin sentimientos.

—Prefiero ser hueco de corazón que de mente. Rezaré por usted cuando vaya al oficio de los domingos.

—A la gente como usted, Dios le escupirá en la cara.

—Ya me escupió con la muerte de mi madre, pero después me recompensó con la vida de Dorothea, aunque volvió a castigarme con el matrimonio de mi media hermana con un hombre que no la merece —escupió.

Capítulo 5

—Ah, entonces sí hay un corazón en ese frío pecho que tiene —musitó burlona.

—Un corazón custodiado por la desconfianza y la incredulidad. Como oyó, mi hermana se ha casado con un hombre inconveniente, lo que me demuestra que elegir por amor es una mala elección.

—¿Y qué tiene de inconveniente el esposo de su hermana? ¿Acaso carece de fortuna?

—Tiene mucho dinero.

—Si no es el caso, ¿por qué lo rechaza?

—Eso es asunto mío.

—Mmm... Un hermano celoso, esos son los peores, como el mío, Julian. Él fue quien me condenó a que me golpearan por cotillo. Son odiosos.

—No es mi caso. Adoro a mi hermana e hice cosas buenas que parecían malas... —La joven lo miró con una expresión confundida para que continuara—. Espanté candidatos diciendo mentiras acerca de ella.

—Oh, menos mal que ha dicho que la amaba, no quisiera imaginar lo que hubiera hecho si la odiaba. Difamar a su hermana no merece perdón.

—No me arrepiento, es todo lo que tengo que decirle.

Camila sonrió al darse cuenta de que aquel no quería discutir cuando las cosas no iban a su favor.

—No me parece que usted sea una buena persona si hizo eso con su hermana. No es apto para dar consejos a nadie.

—Era por su bien...

—¿Cómo lo hubiese solucionado si ella no llega a casar por su culpa?

—Me haría cargo de ella. No siento atracción por el matrimonio ni por emparentar con personas desconocidas, cuyas familias dejan mucho que desear.

—Usted sabe que su posición le exige un matrimonio.

—Sí, y lo tendré cuando quiera. Escogeré a una de las mujeres del montón que sea más educada, refinada y obediente. No cualquiera puede ser marquesa. Mi padre ya cometió ese error con su segunda esposa, pero al menos Thea ha salido maravillosa y todavía no puedo creer que esa señora la parió.

—Tiene una vida interesante, lord Tyne. Tendré un poco de entretenimiento para el camino.

—No se encariñe conmigo. Me quedaré en el pueblo más cercano y regresaré a Londres. No dejaré que me relacionen con usted.

—Ni siquiera pensaba en encariñarme con alguien como usted. Sería el último hombre sobre esta tierra al que querría como compañero de algo —escupió visceral al sentir el efusivo rechazo del conde. Ella estaba dispuesta a rechazarlo por el doble de lo que él le dijera o hiciera.

—He logrado borrar esa sonrisa burlona de su rostro, milady. Pronto ninguno de los dos tendrá que soportarse en pocas horas más. Ah, y otra cosa, tampoco la desposaría ni si fuera la última mujer, porque me desagradan sus pensamientos rebeldes y su razonamiento poco saludable para una dama.

—Es mejor que cada uno mire su lado del camino y nos repartamos el dinero, la mayoría para mí y una miseria para usted.

—Lo que sea que me dé me alcanzará para otro carruaje de alquiler... Cualquiera menos este.

Decidió ignorar las provocaciones de ese caballero tan apático. No podía creer que existiera alguien que repudiara tanto a una desconocida, solo por no pensar igual que él. Estaba segura de que ese hombre jamás se casaría con nadie. Su antipatía era incompatible con cualquier persona. Pobre de la mujer que tuviera las cualidades que había dicho aquel para la mujer que sería su esposa.

Durante el trayecto ella se quedó dormida, aferrándose con fuerza al arma. Charles quería recuperar lo que le pertenecía, pero creía que no sería algo bueno arrebatarle lo que no le pertenecía a Camila, aquella podría asustarse y dispararle por accidente. Lo mejor sería darse por vencido y que se quedara con la pistola o esperar otra oportunidad en que su vida no corriera riesgos innecesarios solo por capricho. Podía comprar otra arma, pero no otra vida.

También el mismo Charles se quedó dormido. El traqueteo del carruaje se sentía como si fueran acunados. Pese a la incomodidad, los dos se habían rendido ante el cansancio y la fatiga.

El coche se detuvo y el cochero fue a abrir la portezuela. Encontró a los dos jóvenes dormidos. Carraspeó su garganta para que despertaran. El primero en abrir los ojos fue Charles.

—Hemos llegado a una posada, milord. Aquí podremos comer algo.

—Gracias —dijo Charles, después miró a su acompañante y con la peor intención de todas le dio unas delicadas patadas para despertarla.

—¡Auch! —exclamó al sentir la punta de la bota de alguien. Cuando despertó y vio a Charles, supuso que no podía ser nada caballeroso para despertarla. Si pudiera lo arrojaría del carruaje de una patada.

—Sus ronquidos no me dejan dormir. —Él se desperezó y salió del coche.

—¿Mis qué? Una dama no ronca. —Estaba indignada. Fue a bajar tras él y vio que lord Tyne extendió su mano para ayudarla a descender.

—Podemos comer algo aquí... —comentó Charles, esperando que ella bajara.

—Hasta la comida puede ser un veneno viniendo de usted, por solo respirar el mismo aire podría quedar envenenada. —Ella volvió a ignorar la mano de Charles.

Él sonrió e hizo una mueca de molestia. Aquella mujer no tenía intención de torcer su postura, su orgullo era mayor que su inteligencia. No le importaba quién era él, ni mucho menos seguir alguna regla o costumbre. Por algo se pasaba llorando en esa casa que dejó atrás. Nadie podría tolerar tales comportamientos, aunque también daba la posibilidad de que él mismo Charles la provocara con su forma de ser, porque necesitaba hacerle entrar en razón sobre lo que estaba haciendo mal a su parecer, solo que ella lo refutaba con argumentos sólidos. Camila prefería pasar hambre que regresar a su casa en donde no solamente sería humillada por un compromiso roto, sino quizá también golpeada hasta la muerte. Charles debía entender que el mundo de las mujeres no era como el de los caballeros. Mientras que, en Londres, tal vez a Steven lo estuvieran consolando por haber sido abandonado, a ella la estaban lapidando con comentarios y suposiciones. Esperaba que no ataran cabos entre el amigo de lord Northland y su prometida.

Notó que lo que había hecho desagradó al tal lord Tyne. Su sonrisa socarrona ya no estaba en su cara, solo fingía para no parecer un estúpido. Todavía le costaba creer que un hombre con atractivo fuera tan grosero y de escasos modales para una dama. Por más que no tuviera razón, él debía guardar silencio y no juzgarla. Primero parecía entender las cosas y después, todo lo entendido se le había olvidado.

La posada no era un lugar exclusivo, todo tipo de gente se encontraba ahí; no obstante, lo único importante para ella era comer y seguir su camino para que no la hallaran, aunque su familia desconocía el lugar al que iría. No deberían tener una sola idea para iniciar una búsqueda. Por ese lado debía mantenerse tranquila.

Para su mala fortuna, los asientos escaseaban y ella tuvo que sentarse junto a Charles, mientras esperaban que les sirvieran algo de comer. Debía preguntar si podrían quedarse ahí, pues ya era después del mediodía.

—¿Hay dinero suficiente para que pueda quedarme aquí esta noche y buscar un poco de ropa? —indagó la joven.

—Usted puede gastar el dinero como quiera...

—Entonces reserve una habitación para mí y otra para usted mientras espera que alguien venga a salvarlo de mis garras.

Charles rio ante lo que ella había dicho.

—Pues sí. Le preguntaré al posadero si hay dos habitaciones para que me quede a la espera de una diligencia.

—Me parece perfecto.

Una vez que el posadero se acercó con los platos de aquellos dos, Charles carraspeó su

garganta antes de preguntarle lo que deseaba.

—¿Tiene habitaciones disponibles? —preguntó.

—Solo una, caballero —respondió el hombre.

Las miradas de Camila y de lord Tyne se cruzaron queriendo llegar a un consenso de quién de ellos se quedaría con la habitación.

—Quiero esa habitación... —habló Charles.

—Por supuesto. Se la reservaré a la dama —concluyó el posadero, sonriente, creyendo que cumplía la voluntad de un caballero y se retiró.

Los labios de Camila se doblaban porque quería reír hasta deshacerse de risa al ver la cara de Charles.

—¿Por qué mejor no se ríe de lo que cree que es gracioso, milady? —increpó Charles.

—No le darán la habitación a usted, sino a mí, milord.

—Porque soy un caballero. Espero que aproveche y descanse. Usaré su habitación una vez que se vaya de aquí con su cochero —escupió.

—No me parece justo que ambos, que nada tenemos que ver el uno con el otro nos enemistemos —dijo con seriedad—. Lamento que no tengan más habitaciones disponibles.

—No lo lamenta, se burla porque dormiré en el carruaje.

—Sé lo incómodo que es, por eso en verdad lo lamento...

Charles decidió concentrarse en la comida de la posada. No era lo mejor ni lo peor que había comido, cumplía a la perfección con su requerimiento de callar su estómago que rugía. De soslayo distinguió a su compañera que también disfrutaba de lo que le habían llevado para comer. Con el hambre que llevaban, aquello era un manjar, mas ella guardaba sus modales con un poco de prisa para no alterar su educación. Camila era la elegancia y gracia de aquel lugar tan impropio para alguien como ella. La necesidad los impulsaba a estar ahí.

Acabada la comida, el posadero llevó a la joven y al conde hacia la habitación y abrió la puerta.

—Es una habitación más grande para la pareja —insinuó aquel que se hizo a un lado para que ellos pasaran.

Tanto Charles como Camila se sonrojaron ante lo que había dicho. El posadero pensaba que estaban casados solo porque habían llegado juntos. Ese era el principio de un verdadero desastre. Si aquel desconocido pensaba eso, los demás pensarían lo mismo. Se estaban exponiendo juntos. Lo mejor era que Charles se fuera de ahí lo más pronto posible. Si permanecía en compañía de ella, el daño sería irreparable.

—Nosotros no...

—Gracias, señor —pronunció Charles que interrumpió a Camila antes que dijera alguna cosa que los dejara peor.

—Con permiso...

El hombre se retiró cerrando la puerta a su espalda.

—¿Dejará que crea que estamos casados? —increpó Camila que fue a sentarse en la cama para quitarse los zapatos.

—No aclare porque oscurece, milady. Sería peor que nos dijeran que somos dos personas que huyen de Londres y que buscan ir a Gretna Green. Carlisle queda en el límite con esa ciudad escocesa. Pueden creer que la rapté. De todas maneras, la situación es complicada y lo mejor que puedo hacer es permanecer lejos de usted y regresar a Londres.

—Es lo que hará pronto. Mañana partiré con el cochero y usted será libre.

—¿También liberará a mi arma?

—No, porque la necesito. Tal vez se la lleve a Londres una vez que esté casada.

—Me sorprenderá saber que usted ha podido llegar a la ciudad sin los recursos necesarios, pues su esposo no le podrá ofrecer más que miseria.

—Ese será mi problema, no el suyo.

Él recorrió el cuarto y después observó que ella se quitó una de sus medias y aquella tenía unas gotas de sangre o de algún líquido rojizo.

—Tiene razón. Por una vez en este desafortunado viaje debo callar para que no entre en razón.

—Debe callar porque no tengo una solución. A Matthew no le crecerá dinero en los bolsillos porque usted diga mil veces la misma cosa, ¿entiende?

—Su lógica no falla.

—¿Usted puede conseguirme vestidos?

—¿Qué piensa que soy? ¿Una doncella?

—Solo le pido eso. Considero que usted necesita prendas. Un caballero siempre debe ir elegante y no parecer un hombre golpeado por la vida.

—Le recuerdo que he sido golpeado y que tengo un chichón doloroso.

—No se tome todo lo que digo de manera literal. Quiero persuadirlo para que no existan problemas entre nosotros. Sea un varón de valor y deje de ser alguien despreciable, al menos por hoy que será nuestro último día juntos.

—No me gusta cómo razona. No se queje si le traigo vestidos de algodón —masculló molesto dirigiéndose a la salida de la habitación.

—Y unas telas para compresas...

—¡Lo que me faltaba! —Charles dio un portazo.

Capítulo 6

Para ella se había vuelto costumbre escuchar a ese hombre decir aquella frase. A Camila le resultaba gracioso, pues dejó que él pensara lo que quisiera de las telas que había pedido, ya que no eran para su sangrado, sino que era para absorber el líquido de su herida en la rodilla. Las hierbas que había recogido cuando pararon eran medicinales y deberían ayudarle a que mejorara lo que no se veía tan bien.

Era una gran aficionada a las plantas y a la botánica. Leyó todos los libros de su casa referentes a esos temas, por lo que podía considerarse una experta en hierbas. La señorita Clapton no le había prohibido leer, pero sí le dijo que eso no le serviría para el futuro, pero discrepaba.

Miró su herida y sospechaba que no iba por buen camino, entonces metió unas hojas en su boca y comenzó a masticar para colocar aquello en el lugar afectado y después acostarse a descansar. Estaba a poco de renguear por estar tanto tiempo en un carruaje.

Al poco tiempo ella se quedó dormida en aquella cama. No sentía tantos deseos de moverse de ahí, aunque se le hacía un poco injusto que disfrutara de esa comodidad, mientras que lord Tyne, que era una víctima colateral de la situación, tendría que dormir en el duro, frío e incómodo carruaje. Era inconcebible. Le propondría que durmieran en la misma habitación, aunque en diferentes lugares.

Mientras que aquella dormía, Charles había regresado al carruaje para poder buscar ropa para los dos. Todavía estaba furioso por tener que comprar telas para esa mujer. Esto era algo humillante y vergonzoso para un caballero. Conseguir un vestido no era mala idea, pero lo otro era algo abusivo y descabellado. Sabía que la joven le había pedido eso para disminuir su hombría o tal vez golpear su orgullo. Él podría responder comprando prendas baratas de algodón para que fuera acostumbrándose a la miseria en la que viviría. Sería como un adelanto de lo que le esperaba si continuaba siendo una mujer demente. Sin embargo, tampoco le convenía que quedara a la deriva. Tenía razón al concluir que no podía regresar a su casa. Cuando salió de ahí, supo que ese ya no era un lugar al cual volver, por lo que tendría que forjarse un futuro de una manera quizá más dolorosa, como Wendy y Juliet.

Al pensar en eso, él cerró los ojos. Pese a que se divertía con Wendy, sabía que no había más para ellos dos. Charles le daba dinero por su tiempo, aunque ella no lo necesitara. Esa mujer le contó cuáles habían sido sus anhelos en el pasado, hasta que no pudo casarse con nadie. Los señores querían codearse con la nobleza y las señoritas como ellas querían casarse con lores. No imaginaba a Camila intentando ser simpática para conseguir unas monedas para vivir. A diferencia de su amante, Camila no tenía dinero, lo que le haría tener que soportar cosas peores y no poder escoger. De cierta forma, le destrozaba los nervios pensar que alguien tan hermosa tendría que pasar penurias peores que si se casaba con un mozo. Dentro de sus males ese era el menor. Las hijas de los aristócratas no estaban preparadas para sobrevivir sin un esposo y él lo sabía gracias a su hermana. Su cuñado podía ser un incordio, pero si Charles fuera un mal hermano, aquel sería lo único que ella tendría para sostenerse.

Cuando el coche se detuvo, Charles también detuvo sus cavilaciones y teorías. Habían llegado a un lugar en el que podía conseguir ropas para Camila.

Él deseaba no bajar del carruaje, pero no podía hacer eso, ella necesitaba la ropa. Por una vez decidió darse prisa para que la humillación fuera rápida y la olvidara de la misma manera.

Ciertamente, él había ido a varias tiendas en compañía de Dorothea en el pasado, por lo que sabía qué tipo de ropa le gustaba a una dama.

Entró al lugar y vio un par de vestidos en exhibición. Eran bonitos, solo esperaba que le quedaran bien a Camila.

—Buenas tardes. Quisiera un par de vestidos y accesorios para damas —mandó al acercarse a una mujer que estaba ahí haciendo un par de costuras a un vestido.

—¡Leyla! —llamó la mujer. Su asistente se acercó con presteza—. Tenemos a un aristócrata. Ofrece lo convencional para las damas a las que frecuentan...

La dueña del lugar había juzgado a Charles tan solo con verlo. Aquella entendía que él fue a buscar un vestido para alguna amante.

—Sí, señora. Milord, acompáñeme... —La asistente señaló hacia un rincón de la tienda que estaba dividida por una cortina gruesa.

Cuando Charles entró a ese lugar pudo ver lo que había. A su alrededor pululaban los vestidos atrevidos, con escotes exagerados y colores que no eran dignos de una dama respetable como lady Camila Winchester. Por primera vez en su vida se sentía escandalizado al darse cuenta de que esas mujeres creían que él compraría cosas para su amante.

—No quiero nada de aquí. Busco vestidos decentes para una dama, no estas cosas inapropiadas —alegó molesto.

—Lo siento, milord. ¿En qué telas las prefiere?

—Seda, satén, camisolas de algodón, medias y telas para... —Charles masculló una ligera maldición al darse cuenta de que debía decir lo de las compresas—, usted sabe...

—Comprendo.

Charles se sonrojó al notar que la joven quería burlarse de él por su pedido.

—Anote todo a la cuenta de lord Tyne en Londres, puede enviarla a mi administrador, el señor Rutherford. Iré a recorrer el pueblo y después regresaré a llevar lo que he pedido.

—¿Algún color en particular para los vestidos?

—No, solo que deben ser decentes y finos, para una dama de clase social elevada.

—Por supuesto...

Salió de ahí más sonrojado que nunca. Quería ahorcar a Camila por avergonzarlo de esa manera tan vil. Sabía que los hombres no compraban esas cosas. Sabiendo todo eso, igual lo envió y él cayó como un verdadero tonto.

Una vez que salió de ese sitio, fue a buscar una tienda para caballeros. Él también necesitaba vestirse de manera decente, aunque no le encontraba sentido a comprar ropa si al día siguiente estaría de camino a Londres y Camila seguiría su viaje en compañía del cochero y con el arma que le dejaría. Ella necesitaba sentirse protegida y si una pistola le ahorraba ese trabajo, no había razones para ir hasta Carlisle, que era algo que no quería hacer.

Pese a que sopesaba el hecho de que comprar algo sería innecesario, optó por hacerlo de igual manera. Gastar dinero era algo que él disfrutaba, pero debía ser suyo lo que gastara. No quería tocar nada de la bolsa de Camila, eso era suyo, aunque sí tomaría un poco para la diligencia, pues aquellos no aceptaban solo un buen nombre, debía ser un pago inmediato.

Para ser alguien tan poco empático, Charles estaba haciendo demasiadas cosas por Camila. Quizá en ella pudiera ver reflejada su hermana, Dorothea, a quien quería demasiado. Era comprensible que empatizara por esa razón, aunque tal vez existieran mil mujeres en la misma posición que ella, pero Camila era la que estaba más cerca y, además, era por el mismo Steven que lo había dejado en una pésima situación. Desde un principio aquel quiso arrojar a esa mujer a sus brazos para librarse de ella y tapar sus propias tonterías. Podía pensar mil cosas, pero no llegaría a una conclusión decente, al menos no a una que lo regresara mágicamente a Londres. Mientras más tardara en regresar, algún rumor malintencionado podría esparcirse como la pólvora.

Al acabar sus compras, regresó a la tienda de vestidos y ahí le entregaron lo que había pedido. Apenas pudo meter todo aquello al carruaje y regresar antes de que se hiciera de noche.

De nuevo en la posada, el aroma de la cena que se estaba preparando lo invadió. No entendía la razón por la cual el hambre se había apoderado de él en ese viaje. Se sentía hambriento, cansado, adolorido y engañado por Steven. Él era el artífice de todos sus males.

Fue hasta la habitación de Camila y golpeó la puerta.

Camila, que había despertado de su larga siesta, fue a abrir y solo vio un montón de cosas, no lograba distinguir quién era.

—Quítese del camino —ordenó Charles con pésimos modales.

—Debí suponer que era lord Encantador. Usted tiene el estigma del encanto en su voz —dijo Camila con un poco de sarcasmo.

Él arrojó lo que llevaba sobre la cama.

—Aquí está su pedido. Agradezca que estoy de buen humor.

—No imagino cuando está de mal humor...

Ella se acercó a mirar lo que él había llevado y miró el vestido un poco asustada. Era de

seda, una ropa cara y fina.

—¿Por qué trajo estos vestidos? —Los revisó todos y eran tan elegantes y caros que no debió quedar nada del dinero que les dio lord Northland.

—¿No le gustan? Me ofrecieron vestidos para mujeres ligeras, pero rechacé la generosa oferta para que usted se viera atractiva y le conseguí estos vestidos finos y recatados de acuerdo con su posición, al menos a la posición que abandonará.

—Son vestidos caros, milord. Lo más probable es que no quede nada para llegar a Carlisle.

—No tenga miedo. Tome esto como un obsequio de mi parte, por su próximo matrimonio y para que recuerde que no volverá a vestirse con seda en el futuro. Lo he pagado con un pagaré a mi nombre, lo enviarán a mi administrador.

¿Cómo rechazar tan bellos vestidos? Camila no dudó en coger uno de ellos y medirlo en sus hombros, ya que sabía el origen de los mismos.

—Gracias por ser tan amable, lord Tyne. Entiendo que, aunque no me tolere, ha sido más amable de lo esperado.

—No se ilusione. La veré en la cena.

—¿Le cuesta dar una sonrisa? ¿No le gusta verme feliz?

—Su felicidad durará poco, disfrútela. Mejor me iré para no arruinarle el momento.

—Necesito que alguien me ayude a cerrar el vestido después.

—Pues contorsiónese como pueda, le hice demasiados favores que ni siquiera haría por mi hermana.

La dejó en la habitación, pero no logró arrebatarle la sonrisa a Camila. Siempre se emocionaba con vestidos nuevos, joyas y cosas de esas. Sabía que no volvería a tenerlos y por eso valoraba mucho poseerlos. Serían sus únicas pertenencias.

Como Charles no podía cambiarse en el mismo lugar que la joven, tuvo que ir al carruaje y esforzarse por vestirse como un hombre decente. Mientras se arreglaba, no podía evitar pensar en Camila y su agradecimiento, aunque también en su sarcasmo. No estaba acostumbrado a hablar mucho con las damas ajenas a su círculo más cercano como su hermana y la misma Wendy. Charles se definía como un hombre taciturno, poco dado a muchas interacciones cuando algo no le interesaba; sin embargo, lo que tenía que ver con Camila casi lo estaba consumiendo por completo. Lo que le daba cierta paz era que al día siguiente no estaría en su compañía y podría continuar con su vida si en un día su reputación no se dañaba. De hecho, al estar en Londres nadie pensaría cosas equivocadas de él.

Al terminar de vestirse, fue al gran comedor de la posada para que le sirvieran la cena, ya que no tenía una habitación. Estuvo sentado durante unos minutos hasta que el posadero lo miró con extrañeza.

—¿Todo bien, caballero? —curioseó.

—Sí, estoy esperando la cena —respondió.

—Una de mis doncellas llevó su cena a la habitación. Acaba de hacerlo.

—Ah, correcto. Iré ahí.

En la habitación a solas con Camila sería algo muy incómodo. Ese hombre pensaba que estaban casados y él no lo sacaba de su error porque sería peor que dijera que huían juntos. Hasta quizá serviría para despistar a posibles buscadores.

Fue hasta el dormitorio y golpeó la puerta.

En la estancia, Camila todavía estaba sorprendida al recibir dos raciones de comida. Al oír los golpes, ella fue y abrió.

—Han traído mi cena aquí —comunicó Charles que entró.

—Creí que el posadero fue gentil conmigo al enviarme dos platos... —bromeó la joven.

—Lamento decirle que no es así. No toque mi cena.

Capítulo 7

—No tenía pensado hacerlo. Solo me ha sorprendido saber que comeríamos solos... —comentó la joven.

—Estoy igual de sorprendido que usted... —Él la observó y vio que tenía puesto uno de los nuevos vestidos.

—Siéntese. Han traído una silla adicional...

Los dos se sentaron en el pequeño escritorio para disfrutar la cena.

—¿No le ha quedado grande? —preguntó Charles refiriéndose al vestido de Camila.

En un primer momento, ella no comprendió lo que él quería decir, pero después concluyó que se refería al vestido.

—No, me ha quedado a la perfección. Debo decir que usted tiene buen gusto. Cuando tenga una esposa, ella será afortunada con un esposo tan servicial y atento... —Ella le sonrió después de decir ese halago.

—Pues ella no sabrá lo que es que le compre ropa de forma personal. Usted ha sido una excepción a la regla. Los caballeros no compramos las prendas a nuestras esposas, es una elección propia. En este caso solo lo hice porque usted ha sido vaga...

—Usted es gracioso, lord Tyne, ¿por qué es incapaz de aceptar un halago?

—¿Qué pretende con eso?

—Agradarlo.

—No conseguirá agradarme, eso es algo difícil.

—No importa que sea cruel conmigo.

—No es crueldad, es la verdad.

—Cuando la verdad se dice con maldad es crueldad. Desde que compartimos el espacio hemos tenido encontronazos. No estoy interesada en pelear, solo en conversar para poder pasar este tiempo. Voy a algo incierto, que a veces me asusta.

Charles la miró a sus ojos ambarinos y suspiró. Esas palabras hacían que de nuevo cayera en el profundo hoyo de la conmiseración. Le daba malestar su situación y no le correspondía ayudarla más de lo que podía. No podía encontrar una solución para su vida, al menos no una que fuera efectiva. No podría casarla con un noble para resolver sus problemas, pues ella estaba enamorada del concepto absurdo del amor por un hombre pobre. Ante eso no podía hacer nada, estaba atado de manos.

—No me interesa sentir empatía por usted. Para mí es importante mi vida y regresar a Londres para continuar con lo que hacía. ¿Sabe lo que estaría haciendo en este momento?

—Desconozco sus actividades por completo, pero me interesa saber a lo que dedica su tiempo ocioso.

—Tengo una amante que se llama Wendy. Es una mujer inteligente y bella que me hace sentir feliz.

—¿Por qué no se casa con ella si le hace sentir feliz? ¿Por qué no le da un lugar más preponderante en su vida?

—El lugar de una esposa está reservada para una dama que deba cumplir ciertos requerimientos con los que Wendy no puede. En un futuro que espero que sea lejano, me convertiré en marqués. ¿Qué piensa de una marquesa de la vida alegre?

—Pienso que siguió sus sentimientos y los apoyó.

Lord Tyne se rio como si le hubiesen contado un chascarrillo divertido.

—Mi inocente lady Camila, esas mujeres no tienen sentimientos y hombres como yo tampoco. A las esposas no se debe amar, solo respetar. La conveniencia hace todo el trabajo. ¿Para qué amar si cualquier dama de su casa está capacitada para ser esposa? Todas son iguales, no hay nada distinto.

—Las realidades son distintas y todas tenemos una personalidad que nos identifica. Lamento que piense que amar es innecesario.

—Con que mi esposa cumpla con parte de lo que me da Wendy, seré más que feliz. ¿Qué le parece si quedamos en que usted hará lo que le place y yo también? Usted tendrá a su mozo y será pobre como desea y yo tendré a la esposa que me dé hijos y que sea eficiente.

—Me parece justo.

No quería discutir con lord Tyne, porque sabía que, si seguía por ese camino, terminarían arrancándose los ojos y en lugar de cenar lo que le habían llevado, acabarían devorándose como animales salvajes. Le costaba creer que alguien con su educación y su intelecto fuera tan básico, sin una ambición por conocer la plenitud del afecto. Él la tenía en el concepto de tonta consagrada por seguir a su corazón. Aquel no le entregaba una sonrisa que no fuera burlona o que indicara un tratamiento de idiota para ella. ¿Era tan repelente para recibir tal ingratitud?

El conde miraba de reojo a su compañera que comía en silencio. Con aquel vestido se veía tan delicada, débil y graciosa, que Charles comenzaba a pensar que tenerla en un concepto grácil era peligroso, pues sentía la estúpida necesidad de proteger a quien no quería ser protegida y aún peor era considerar que ella le resultara atractiva.

Lady Camila Winchester era una clásica jovencita de sociedad que no impresionaba, pero tampoco decepcionaba. Era bella, no deslumbrante, pero vistosa y atrayente. Sus labios eran pequeños y no concordaban con sus ojos grandes y expresivos. Le asustaba darse cuenta de que

pasaba mucho tiempo contemplando a una mujer de belleza extraña que iba directamente a un precipicio.

Terminó su cena y se levantó de la silla para dejar la habitación y que Camila pudiese descansar.

—¿Se va tan rápido, milord? —cuestionó la joven.

—Iré a beber y fumar un poco. Usted debe dormir para salir mañana. Le entregaré el dinero temprano y después ocuparé esta habitación hasta que consiga la diligencia.

—Comprendo... —Camila agachó la mirada al ver que Charles salía de la habitación. A ella le agradaba su presencia, pero a él no parecía gustarle que estuvieran juntos por mucho tiempo y eso era un poco doloroso. Al parecer, lord Northland la había acostumbrado a un trato que otro noble no podría darle jamás.

Al cerrar la puerta, recordó que no le propuso que se quedara a dormir. Entonces, Camila preparó una manta gruesa en el suelo y colocó una almohada para ofrecerle aquel lugar. Podía apostar su vida que eso era más cómodo que el carruaje. Cuando acabó de hacer aquello guardó el arma y fue a buscarlo. En aquel lugar había personas de toda clase, por lo que tomar recaudos era necesario, aunque ella prefirió confiar y no hacer uso de ese instrumento.

Salió del dormitorio y fue hacia el salón comedor en el que muchos hombres bebían y fumaban como si no hubiese mañana. Era evidente que Camila era la única dama de ese lugar y no pasaba desapercibida, por eso apresuró el paso para buscar a lord Tyne y proponerle que durmieran en el mismo lugar.

Charles cogió la botella de whisky que estaba en el carruaje para disfrutar de algo bueno. Lo que vendían en aquel lugar no tenía el sabor que a él le gustaba. Su cigarro lo había encendido en el salón para poder estar tranquilo bajo la noche fría y nublada.

El cochero se acomodó en el establo para dormir y juraba que aquel estaría mucho más cómodo que el mismo Charles.

Exhalaba el humo de su cigarro y después bebía el whisky a pequeños sorbos, para disfrutar de un poco de paz y descanso antes de entrar a aquel carruaje incómodo. También tarareaba una pieza que solía escuchar en los salones. Era divertido estar sin hacer mucho, solo observando la noche y sintiendo el viento curtiendo sus mejillas.

Durante todos esos años, no se había detenido a observar ni la naturaleza ni el clima que le rodeaba. Vivía ensimismado en sus cosas más puntuales como el día a día, sus amistades y su placer. No existía nada más a su alrededor. En medio de todo el trajín de conocer a lady Camila Winchester, él había podido darse unos segundos con la naturaleza. Estar lejos de Londres, en una situación incómoda, le hacía valorar la paz que quizá antes no había notado. La tranquilidad de tener una amante sin compromiso y sin sentimientos de por medio. La joven, que estaba hospedada en esa posada, le hacía pensar más de lo debido, de una forma que le resultaba extraña. Era una dama que le producía muchos sentimientos, desde la ira hasta la compasión más extrema. Se sentía atrapado en un extraño juego de voluntades del cual quería salir de una vez por todas. No era beneficioso para él seguir junto a una joven que no le daba beneficios y que

solo le daba un oficio.

—Lord Tyne… —habló Camila que sorprendió al conde que estaba bebiendo un trago de whisky.

Charles se atragantó con la bebida y comenzó a toser. Camila lo había asustado. Él no había considerado posible que ella fuera a buscarlo ahí.

Camila le dio un par de golpes en la espalda, mientras que el conde tosía como si le faltara el aire.

—¡Ya déjeme! —masculló Charles alejándose de la joven—. ¿Qué quiere? ¿Matarme? Faltó poco para que lo hiciera… —acusó tratando de recuperar el aliento.

—¡Lo siento! —se disculpó con presteza.

—¿Qué demonios hace aquí?

—Solo vine a conversar con usted…

—No quiero hablar con nadie. Este es mi momento de paz y usted no va a quebrantarme con absolutamente nada.

—No es mi intención hacerlo… ¿Qué está bebiendo?

—Orín de buitre…

—¿Orín de buitre? Es la primera vez que oigo algo similar, pero eso parece whisky.

—Si sabe lo que es, ¿para qué pregunta? —Succionó su cigarro y liberó el humo por la nariz hacia Camila.

—¿Cómo hace para sacar el humo de esa manera?

El conde rodó los ojos al oír a Camila. Ella no lo dejaría en paz si no buscaba una idea para que se fuera.

—Me creo chimenea, milady.

—No sea antipático. —Ella recostó su espalda en el carruaje, acomodándose para molestia de Charles. A Camila le gustaba ver su rostro molesto.

—No soy antipático. Solo valoro mi soledad y una buena noche alejado de todo.

—Nunca había apreciado un paisaje distinto al de la ventana de mi casa. Créame que pienso como usted. ¿Me invita un poco de su whisky?

—No es una bebida para damas.

—No le pedí un consejo…

A Charles le costaba trabajo controlar a lady Camila. Aquella era demasiado exigente para ser una joven torturada, víctima de su familia. Lo único que le daba a pensar era que merecía cada golpe. Le daría lo que esperaba, pero se burlaría de su cara cuando la viera pidiendo socorro al sentir cómo se le quemaba el estómago.

—Entonces, adelante si quiere ignorarme. —Le entregó la botella y él continuó fumando.

Lo que Camila buscaba era acercarse a Charles y ni siquiera entendía la razón. Tal vez no quería estar sola y prefería ser víctima de los malos tratos del hombre. Colocó la boca de la botella en la suya y sorbió un poco de whisky. Tragó aquello sin hacer ninguna mueca. El conde la miraba, expectante, con ánimos de burlarse de ella, pero había soportado muchas cosas y un poco de alcohol no le podía hacer daño.

—Delicioso. Qué gran bebida es el orín de buitre, milord —replicó burlona.

El asombro invadía a Charles al darse cuenta de que ella ni siquiera había arqueado las cejas. La verdad que esperaba que Camila gritara, escupiera, bailara o algo similar, pero ni se había inmutado. Esa sonrisa de suficiencia que tenía en la cara era como una bofetada para un caballero.

—Qué vulgaridad. Regrese a dormir —farfulló el otro, enfadado, porque las cosas no le habían salido bien.

—¿No puedo quedarme a hacerle compañía?

—No, no me interesa su compañía.

La joven arrugó el rostro y bebió más whisky, como si este fuese agua.

—¡Oiga! No se lo tome todo. —Charles le arrebató la botella—. Usted no entiende que esto tiene una alta graduación de alcohol, de hecho, es puro.

—Pues es delicioso. No sea mezquino y comparta un poco de lo que tiene. Mañana no estará, así que no le importará lo que me pase después de esta noche.

—No me preocupa lo que le pase, sino que se beba toda la bebida.

—Qué gracioso. Puedo quedarme callada y beber a su lado, ¿qué le parece? No se queje de que no busco una solución para que nos relacionemos. Pese a que usted es amargado, me agrada.

—¿Amargado? Vaya concepto en el que me tiene. No ando riendo a mansalva por el mundo y menos teniendo una carga tan pesada como usted en mis hombros. Debería estar en la cama de Wendy, siendo consentido por sus labios rojos y su silueta esbelta en lugar de estar aquí, con una pequeña arpía que me insulta.

—Considero que usted ha empezado con sus pésimos modales. Le dije que soy rebelde y que por algo ni siquiera le agradaba a mi propia familia.

—Es entendible que la quisieran corregir. Estoy de acuerdo con ellos si siempre se comportaba de esta forma. ¿No entiende la negativa de una persona? No me agrada y si estoy

aquí no es porque la quiera, sino porque no queda otra opción.

Ella le quitó la botella y con una mirada desafiante dirigida al conde, Camila bebió el whisky.

—¿Piensa que las cosas son difíciles solo para usted? Pobre de un caballero de su edad que quiere seguir siendo protagonista de todo, el centro de las infamias, calumnias y castigos. Lo compadezco por todas sus penurias y peripecias que debe pasar para sobrevivir.

Capítulo 8

El sarcasmo había tomado a Camila. Por supuesto que estaba cansada del discurso del conde víctima de las circunstancias, que fue llevado bajo engaños a salvar a una verdadera estúpida. Conocía ese cuento de memoria y era suficiente de seguir oyendo aquello.

—Puede seguir quejándose y revolcándose en su miseria o ser como yo: resignada a lo que Dios tenga para mí. No permito que los malos pensamientos me sigan consumiendo, tengo esperanza de que seré tan feliz como nunca —siguió Camila.

—Usted no tiene ni la edad ni la autoridad para decirme lo que tengo que hacer. Debería aprender a cerrar la boca. ¿No ve que va directamente hacia la miseria? Y lo peor es que lo hace con una sonrisa. Eso solo significa que su inexperiencia es más grande que su inteligencia.

—¿Por qué le molesta tanto que quiera casarme?

—No me molesta que se case, sino con quien lo hace. Alguien le ha pintado pájaros en la cabeza, romantizando la pobreza.

—Sabe que ni usted ni yo podemos solucionar eso. Nadie se casará conmigo. ¿Cuál es su solución? ¿Que venga un aristócrata y me diga que no le importa lo que hice y que acepte su mano? No pasará. Si no encuentro una salida a mis problemas, un precipicio es una buena opción para no regresar jamás a mi casa.

—No sea absurda. ¿Cree que pensar en la muerte es algo sencillo?

—Le temo menos a lo que desconozco que a eso que ya conozco.

—Es más tonta de lo que pensé. —Charles cogió la botella para tomar el whisky.

—Solo me asusta, pero lo desconocido es así.

—Mi madre murió cuando era muy joven. No me gusta que se trate a la muerte sin el debido respeto, pues se ha llevado a alguien demasiado importante para mí.

—Lamento si lo he ofendido, pero la realidad es que a todos nos toca diferente. Yo no la he vivido con alguien que después muriera, salvo yo por los golpes, a veces pensaba que ya podía ver el cielo.

—Es porque le pegaron en la cabeza, no sea tonta.

—Me agrada que siempre encuentra una explicación para mi tontería.

Él le devolvió la botella después de tomar un poco. No entendía lo que ocurría con Camila, pues ella buscaba provocarlo, pero a la vez calmarlo dándole pequeños cumplidos. Era un tira y afloja interesante en la interacción de ellos.

Luego de beber demasiado, Camila comenzó a sentirse alegre y somnolienta.

—Olvidé decirle a lo que he venido... —dijo Camila arrastrando las palabras.

—¿Y toda la parafernalia que ha dicho no era nada?

—Pues no... —Ella sonrió y colocó sus manos en el brazo de Charles y después recostó su cabeza ahí, cerrando los ojos.

Ante eso, Charles se sintió extraño. Le parecía que Camila estaba un poco ebria.

—¿Y qué es lo que tiene que decir? —curioseó mirándola.

—No me parece justo que usted duerma en un lugar tan incómodo como el carruaje. Podemos compartir la habitación. Le aseguro que será más cómodo que estar aquí...

—No es lo adecuado. Prefiero quedarme aquí.

—Entiendo que prefiere cualquier cosa antes que permanecer a mi lado. No se preocupe. Me estoy acostumbrando a los rechazos. Hice lo que debía que era ofrecerle la habitación. Buenas noches...

Le entregó media sonrisa y se dirigió a la posada para ir al dormitorio. Camila tenía un camino largo y un poco movido, puesto que aquel parecía moverse de un lado al otro. Era la primera vez que tenía la sensación de que no poseía el control total de su cuerpo.

Lord Tyne consideró quedarse ahí en el lugar en el que estaba y dejar que la pequeña ebria llegara como fuese a su habitación; sin embargo, era inexperta en todo lo que significaba la vida. ¿Qué podía esperar de una niña que siempre estuvo encerrada? El mundo podía ser peligroso, por lo que decidió seguirla.

—¿Se ha perdido, señorita? —preguntó un hombre que la interceptó en uno de los pasillos de la posada.

—No, no me he perdido. —Quiso seguir su camino, pero aquel se lo impidió.

—¿Está buscando compañía?

—No, caballero. Si me disculpa quisiera pasar a mi dormitorio.

—¿No quiere que la acompañe?

Aquel señor la estiró de la cintura para pegarla a su cuerpo. Los mareos de ella podían esperar, necesitaba defenderse.

—¡Suélteme! —vociferó cuando sintió que ese hombre fue hacia su cuello. Era una sensación horrible.

Charles oyó el grito de Camila y se apresuró a llegar junto a ella. Al verla siendo acosada por otro hombre, sintió que la sangre le hervía. La furia se apoderó de él y cogió al señor de la ropa y lo arrojó a un par de metros.

—¡Milord! —exclamó abrazándose a la seguridad del cuerpo de Charles.

—¡Lárguese de aquí y no toque a mi esposa! —espetó para que la respetaran.

—No sabía que era su esposa si anda sola por los pasillos... —justificó.

—¡Eso no le da derecho a tocarla en contra de su voluntad, ni a ella ni a otra mujer! ¡Lárguese antes de que no responda de mí!

El malintencionado varón se retiró con premura, entonces él pudo corresponder al abrazo de Camila.

—No debería estar lejos de la habitación y para colmo, ebria.

—Me tiemblan las piernas del susto —confesó aferrada a él.

—Entonces tendré que llevarla.

La alzó como si ella no pesara nada, mientras que Camila seguía aferrada a la valiente figura de Charles. Estaba tan impactada por su aparición oportuna que comenzaba a admirarlo. Aquel era un caballero de verdad, alguien que estaba destinado a ser de corazón noble.

—Si yo tuviera el arma... —comentó recostada en su pecho.

—Tendríamos el problema de que se disparó en el pie, y eso sería con suerte. Las mujeres y los ebrios deben estar lejos de las armas y peor aún las damas ebrias.

Para Charles era algo extraño llevar a la joven en brazos, pues el aroma de su piel le llegaba a las fosas nasales, haciendo que él la percibiera algo distinta a todas sus interacciones. Un varón y una mujer, solos y pegados, no era nada bueno.

La llevó hasta su habitación abriendo la puerta con una pierna para depositarla en la cama. Quiso hacerlo con cuidado, pero Camila no bajaba.

—Debo decir que es tan valiente, lord Tyne... —lo halagó con un tono y una sonrisa pícara.

—No agrande la situación. Lo haría por cualquiera.

—Pues me alegro de ser esa cualquiera. Gracias por lo que ha hecho...

—No hice nada...

Las mejillas de Charles ardían de vergüenza porque Camila lo halagaba. Era la ebria más buena que conocía.

—Para mí lo ha hecho todo. Lo único que tengo para usted es un gracias... —alegó Camila que se volvió a aferrar a él, haciendo que el conde bajara su cuello hacia la cabeza de ella.

Camila era una mujer pequeña y evidentemente delicada. Su tono de voz pocas veces se alegraba y la mayor parte del tiempo era dulce y educada, aunque lo mejor era no buscarle el lado malvado, pues comprobó que podía ser endemoniada.

Estaban tan cerca que sus miradas se cruzaron y con lentitud ambos rostros se acercaron para pegar los labios. Aquello era el pico de la locura, la debilidad de cualquier caballero que viajaba a solas con una dama.

Él ni siquiera entendía cómo se había dado ese acercamiento entre ellos, ni por qué estaban besándose, aunque la respuesta parecía muy obvia: atracción, una de la que no se había percatado en ese día que estaban compartiendo. Todo estaba ocurriendo muy rápido para Charles, era confuso. Sus pensamientos, sus sentimientos y hasta sus creencias se veían afectadas por lo que ocurría. Debía odiar a Camila; sin embargo, ahí estaba siguiendo ese beso con ahínco.

Para Camila eso era un beso de verdad, no como el que le había dado Matthew, ese era como el vuelo de una mosca. Lord Tyne era tan desagradable como adorable, apasionado y a la vez tan recatado con su forma de ser. Malvado, pero gran amigo de lo que creía lo justo. La tenía impresionada y envuelta en un mar de sensaciones extrañas. Sus labios pegados a los de ella eran como la tela más suave pegada a su piel, aquello se sentía como plenitud y felicidad.

En lugar de dejar el entusiasmo de lado, Charles devoraba la boca de ella con más ahínco, como si fuera algo adictivo. La suavidad de sus labios estaba a punto de matarlo, quería comérsela entera sin dejar nada. Sabía que era una locura, pero no podía detenerse, no era como besar a Wendy, era otra cosa. Con Camila se juntaba lo prohibido con un cierto rechazo hacia ella, pero todo sin una razón de ser. Aquella lo superaba cuando se trataba de ser racional hasta que lo convenció de que, en realidad, ya no tenía otras opciones ajenas a casarse con alguien de escasos recursos que jamás podría darle la vida que merecía alguien como Camila. Quizá por eso ni siquiera quería encariñarse con ella y mantenía distancia. Lamentaba la crueldad de su destino.

Ambos siguieron inmersos en el beso hasta que Charles la soltó de sus brazos con brusquedad. Ella no debía estar ahí y él tampoco debería estar besando a una mujer ajena.

Al caer a la cama, Camila abrió los ojos con sorpresa y respiró con dificultad, pues necesitaba meter aire en sus pulmones. También miraba a lord Tyne, mientras él iba hacia la ventana. ¿Qué podía decirle a Charles? Lo mejor y más sabio parecía ser que guardara silencio.

Él caminaba con su dedo índice tocando sus labios, como si estuviera pensando algo. Quería que se lo tragara la tierra por lo que había ocurrido.

—Espero que tenga un buen viaje mañana. Con permiso… —Charles salió de la habitación para regresar al carruaje. Sería demente si se quedara a ahí para sufrir cerca de ella.

La joven no había alcanzado a despedirse, él simplemente se fue y no volvería a verlo, seguiría su camino si más que decir como habían quedado. Mientras pensaba en ese beso que la hacía suspirar, se había quedado dormida.

En comparación a Camila, Charles daba vueltas en círculo, pensando en que debía hacer lo correcto que era dejarla ir y que se hundiera en su deseo; no obstante, algo le pedía que la acompañara a conocer al dichoso Matthew para saber si sería un buen hombre para ella. Incluso estaba dispuesto a mantenerla en algún lugar con tal de que aquel no fuera un timador que le desgraciara la corta vida que tenía.

Maldecía la hora en la que tomó la pésima decisión de besarla, ni siquiera sabía la razón por

la que había ocurrido tal cosa. ¿Qué debía hacer? Lo dejaría en manos de las estrellas que no podía ver en esa noche nublada.

Entró al carruaje para intentar dormir, pero no lo conseguía y no solo porque el sitio fuera incómodo, sino porque su mente lo bombardeaba con recuerdos del beso y eso hacía que se avergonzara de lo que había hecho. Las mujeres abundaban, podía tener a la que quisiera, pero ¿por qué besó a lady Camila Winchester? No tenía sentido.

Por la mañana, despertó con la misma incógnita: ¿la dejaría ir sola o la acompañaría para cerciorarse de que quedaría en buenas manos? Podía escoger entre tener una vida normal de regreso en Londres o complicar su existencia de manera estúpida. Iría con ella, estaba decidido. El peligro y la tontería lo tenían preso, debía ir con Camila y cuidar de ella.

Con determinación y dolor de cuello fue hasta el dormitorio que ocupaba ella para comunicarle que seguirían juntos. No mencionaría el asunto del beso. Haría como si este nunca hubiese ocurrido. Golpeó la puerta y esperó con paciencia.

Ella estaba lista para partir, solo le faltaba llevar sus prendas al carruaje. Al oír la puerta, abrió y vio entrar al atractivo conde de Tyne. Camila podía jurar que hasta lo miraba con otros ojos. Su pecho latía con fuerza y su respiración se agitaba como si hubiese corrido.

—Buen día, lord Tyne.

—Buen día, debemos partir temprano para que podamos llegar a una posada nueva en otro pueblo. Hay que moverse. —Él entró al dormitorio y fue hacia donde estaba su arma.

—¿Debemos? —preguntó. Eso era lo que había notado la joven y le entusiasmaba pensar que irían juntos.

—Sí. He decidido acompañarla, por lo que usted ya no necesita portar mi arma, yo la cuidaré. Anoche demostró que es incapaz de cuidar de su vida, entonces tendré que encargarme.

Capítulo 9

Esta vez la emoción recorría todo su cuerpo. Iría tan protegida por un verdadero hombre.

—Me alegra que recapacitara, lord Tyne.

—No recapacité. La llevaré para asegurarme de que seguirá con vida y no se disparará en el pie o algo peor, como beber en exceso y de que un caballero quisiera aprovecharse de su tontería, porque inocencia no es, es estupidez.

—Usted siempre es tan amable cuando amanece, pero no me enfadaré. Admito que ha sido mi culpa… —comentó sonriente, acercándose a él y mordiéndose los labios cuando Charles la miraba. Se sentía tan feliz y juguetona que eso hasta podía nublar su buen juicio.

El conde se sentía un poco intimidado por la mirada pícara de la joven. En sus ojos se notaba un fuego que era capaz de consumir lo que fuera. Comenzaba a temer por su cordura, pues no sabía si ella era consciente de su gracia y belleza.

—Apresúrese —sentenció guardando su pistola.

—Lord Tyne, necesito un baúl para llevar mis pertenencias y también quisiera pedirle que me comprara un cuadernillo y un grafito, me gustaría pintar durante nuestro viaje.

—Lo que me faltaba… A usted le dan la mano y coge el pie.

—¿Me negará el beneficio de guardar silencio en el camino?

—¿Cómo negarme a tal paz? Enviaré al cochero para que compre eso, mientras esté lista para salir en cualquier momento. Debemos avanzar o nunca iré a mi casa.

—Gracias por ser tan considerado y comprensivo, lord Tyne.

—Bien, deje de ser zalamera. La esperaré en el desayuno.

Charles fue junto al cochero y le dio dinero para que él consiguiera lo que Camila le había pedido, pues desayunarían juntos antes de salir.

Durante el desayuno, Charles la miraba de reojo, apreciando su rostro pálido y sus mejillas sonrojadas. Contrastaba a la perfección con lo que había tras ella. No la imaginaba viviendo en una casa que pareciera una taberna, en donde maltrataría sus manos, su piel y su mente. Aquella valoraba más el amor que su propia comodidad.

—¿Sabe que sé dibujar muy bien? —comentó Camila para iniciar una conversación con Charles. Aquel estaba con ella, pero callado, con los labios tensos y demasiado concentrado en lo que comía.

—Es su obligación como dama poder tener esa habilidad. Considero que no es opcional… Mi hermana, Dorothea, también fue educada para saber eso.

—Pero usted sabe que no todas somos iguales. Que pueda pintar un florero no significa que pueda dibujar un paisaje o un retrato. Debo decir que me defiendo con el pianoforte, pero no es lo que más me gusta. La jardinería y la botánica son mis pasiones.

—¿Por eso arrancaba hierbas en el camino?

—Sí. Si algún día le sobran libros en su casa y se relacionan con las plantas, puede dármelos. Estaría encantada de tener nuevo material para deleitar mis conocimientos.

—Hace mucho que no dedico tiempo a la lectura y cuando quiero hacerlo, termino dormido.

—¿Es porque tiene amantes que no lo dejan dormir?

—Pues lo malo sería que mi amante me dejara dormir, ¿o no?

—Si le impide hacer cosas que antes hacía con gusto, algo no está bien.

—No quiero que opine de mi vida.

—Usted siempre opina de la mía.

—Quedemos en algo. No hablaremos de la vida del otro, ¿le parece?

—Tal vez.

—Debía decir que sí o seguirá dando una opinión que nadie le ha pedido. Además, si quisiera un consejo, usted sería la última persona a la que se lo pediría, por múltiples razones.

—Me agrada, milord. No hay nada de malo que le tenga un poco de aprecio a alguien que me ayuda.

—Existen dos cosas a las cuales no le debe tener cariño: a los extraños como yo y a la gente pobre.

—¿Es una insinuación?

—¿Cuál insinuación? Es algo directo para golpearla, pero es solo por diversión, entendí que no puede cambiar su destino.

—No se puede, se acepta de la mejor manera posible.

El cochero se acercó al conde y anunció que había conseguido todo lo solicitado para que pudieran moverse.

—Sube el baúl a la habitación de milady para que ella pueda acondicionar su ropa —ordenó.

—Sí, milord.

De nuevo Camila se mordió los labios. Todo lo que hacía Charles para ella era perfecto, aunque no lo fuera. Lo que más le gustaba era cómo hablaba, siempre intentando ser indiferente,

parecía no desear acercarse, para él la distancia era algo importante. Debía tomar el ejemplo de aquel y no pretender encariñarse con el conde, pues iba a casarse con Matthew, un mozo. Al recordar que aquel era un mozo, sopesó que no podría dar una orden y que las cosas aparecieran a su voluntad como lo había hecho recientemente con Charles. No habría dinero para sus pedidos, las sedas serían un mito en su vida y no volvería a tener joyas nunca más. Todo eso debía sacrificar por la libertad que ese hombre le había prometido tiempo atrás. Lo salvaría, se casarían y de cualquier manera intentaría obtener su dote.

Al acabar con el desayuno, ella regresó al dormitorio y cargó las cosas en el baúl. El cochero se encargaría de bajarlo para colocarlo en el carruaje. Una vez que todo eso estaba listo, ella fue hacia fuera de la posada para que por fin pudieran continuar. Al llegar ahí, encontró a Charles recostado por el carruaje, en una pose de seguridad. Sin poder evitarlo ella le sonrió.

—¿Acaso no me ayudará a subir, lord Tyne? —interpeló.

—Me ha rechazado varias veces cuando quise ser amable.

—Lamento haber sido impertinente, solo fui irracional.

Él correspondió a la sonrisa de la joven y colocó la mano para que ella pudiese apoyarse para subir. No le gustaba el cambio de Camila, pues esa amabilidad no podía ser algo bueno, solo podía llevarlo a un peor destino del que ya tenía.

Ambos actuaban como si aquel beso que compartieron nunca hubiese existido, por comodidad, para que no tuvieran que sufrir recordando aquello, aunque no sabían que ignorarlo, quizá fuera peor.

En el trayecto silencioso, Camila se propuso dibujar a Charles para demostrarle que no era cualquier persona. No sabía la razón por la que deseaba impresionarlo, pero culpaba al beso por su entusiasmo inusitado. Él tenía el rostro serio, mientras miraba por la ventanilla del carruaje. Se veía inalcanzable para cualquiera, aunque dentro de sí Camila podía presumir que lo había más que tocado.

No paraba de dirigir sus ojos al rostro de aquel que parecía posar para que ella captara cada línea de su cara, cada cabello fuera de lugar y la elegancia del nudo de su pañuelo. En verdad que lord Tyne era tan insoportable como atractivo. Era un típico caballero londinense, del cual siempre se quejaba Matthew. Siempre hablaba de lo petulante que era Julian, que lo trataba mal. No le sorprendía, su hermano era alguien que disfrutaba de su posición y de sus privilegios, para él, un mozo no significaba nada. De hecho, disfrutó deshaciéndose de aquel, apenas tuvo la oportunidad de ser descubierto.

Charles evitaba mirar hacia lady Camila, ella lo miraba con insistencia en ciertos momentos y eso comenzaba a crispar sus deteriorados nervios.

—Es suficiente, ¿tiene algún problema con mi cara? —increpó el conde.

Camila levantó la mirada y sonrió como gesto conciliatorio.

—No, pero considero que su ceño fruncido es su rasgo más notable para retratar. Disculpe

que le esté observando, pero he deseado demostrar que puedo dibujarlo.

—Ya imagino mi rostro deforme con nariz aguileña, mis labios curvados hacia abajo, mi cabello desaliñado y la barba larga como la de un anciano. Créame que ya me han hecho esa jugarreta.

—Fue su queridísima hermana, ¿no es así? Yo no le haría una broma, le mostraría lo que puedo ver en usted. Todavía no lo termino, pero si se queda quieto y no me reprocha por mirarlo, acabaré en un rato. Quiero que quede perfecto.

—Me mira como si tuviera dos narices, milady —se quejó al ver que ella solo le sonreía.

—Si no se queda quieto dibujaré una verruga en la punta de su nariz. Deje que haga mi arte y después opine. Nos queda mucho camino y debo invertir mi tiempo en algo.

—Para usted es sencillo ocupar su mente, en cambio, yo solo puedo mirar lo mismo plantas, animales y agua. Aprecio la naturaleza, pero me tiene aburrido.

—En un par de horas verá el cielo nublado y una buena lluvia. No se lo pierda. Considere comprar un libro en nuestra próxima parada para no parecer abandonado.

—Vaya sinceridad disfrazada de preocupación por mí.

—Es la verdad. Yo me he preocupado por mí y usted ha sido atento al cumplir con mis necesidades, pese a haberse casado con su frase tan célebre desde que lo conozco.

—Es lo que se espera de un caballero, no es suficiente con parecer, también hay que serlo.

—Me hubiese gustado conocerlo en otras circunstancias, lord Tyne... —confesó. Esta vez desviando la mirada.

—Yo preferiría no haberla conocido en ninguna circunstancia. La vi en los salones las veces que se acercó a Steven.

—¿Y qué pensó de mí al verme? —curioseó.

—Que estaba cometiendo un grave error, el peor de todos. ¿Sabe que el valiente Steven la ofreció para que me casara con usted? Hasta esa locura ha cometido este demente. No es tan bueno, no es un héroe, es un villano y lo sabe.

—¿Sopesó la idea de casarse conmigo?

—¿Qué pregunta es esa? Ni por un segundo. En mis planes no está casarme en poco tiempo y se lo dije. Mi futura esposa debe tener un par de características. No escogeré mal como mi padre.

Al oír que no la había tenido en cuenta, ella se sintió un poco ofendida y por unos instantes su sonrisa se desvaneció, aunque la recuperó con presteza. Sabía que no podía ofenderse por lo que él le dijera. Tampoco podía exigir nada, si Charles estaba ahí obligado. Alguien golpeado y molesto con la vida no era para que la afectara. Ella también estaría enfadada si un amigo o

amiga le hiciera algo semejante. Lord Northland no era tan bueno, a fin de cuentas.

Lord Tyne notó que ella había cambiado un poco su expresión. ¿Y qué podía decir? ¿Mentiras? Para eso estaba Steven. Él no tenía razones para secundarlo después de lo que le había hecho.

—Lo que sí es que dije que era muy bonita, pero no lo suficiente para que me tentara para alocarme y hacerle el favor de llevar su carga... —Charles se dio cuenta de que era tan mentiroso como su amigo y lo había hecho por no verla triste. Su futuro en sí lo sería pronto, él no tenía razones para adelantar su sufrimiento.

Eso último que pronunció el conde hizo que ella se sonrojara, al menos sabía que le parecía bonita.

—Qué amable. Entiendo que no quisiera arriesgarse. Lord Northland debió contarle que lo amenacé con matar a su madre, pero le aseguro que fue en el momento más desesperado. Hice cosas que nadie debería. Publiqué el compromiso por temor a su abandono. Sabía que iría a un viaje y temí lo que en efecto terminó ocurriendo. Temí por mi vida, por mi seguridad. Sé que no era correcto, ¿quién puede juzgarme? Nadie está en mis zapatos para saber por lo que estaba pasando. Lo que giraba a mi alrededor eran solo rumores de los sirvientes.

—Afortunadamente, esos rumores llegaron a la condesa viuda y ella no dudó en arrojar a su hijo a lo desconocido. Estaba tan ansiosa por un nieto que no le importaba cómo o dónde lo tuviera. Gracias a los sirvientes se ha salvado y alguien ha creído en su versión de los hechos.

—Sí. Lo peor es que amenacé con matar a la persona que me sacaría de esa casa. Considero que esas son ironías de la vida.

—Ahora entiendo la razón por la que no se rinde y lo peor, lo ve como si fuera lo mejor de este mundo. Dentro de todo, es admirable su resiliencia.

Sin querer, Charles estaba halagando las tonterías de la joven. Solo quedaba un hilo muy fino que lo separaba de la estupidez de Steven y esperaba no soltarlo o podría tener problemas.

Capítulo 10

Ella seguía con su dibujo y el conde de Tyne había cambiado de posición al menos unas cuarenta veces, si seguía así pronto desarmaría el carruaje. Entonces, lo vio golpear el techo del coche y este se detuvo. El hombre bajó con presteza y se introdujo entre la maleza. Camila deseaba ver lo que Charles hacía, sin embargo, no alcanzaba a observar nada. Dejó a un lado su dibujo y fue a estirar las piernas hacia donde aquel había ido.

—¿Se siente bien? —preguntó al verlo salir de entre los matorrales.

—¡Qué indiscreta! Por poco y la tengo balanceándose en mi calzón —escupió sonrojado.

—Solo quería saber si tenía algún problema en el que yo pudiera ayudarle.

—En lo que me puede ayudar es a intentar no ver a mi paloma.

—¿A qué se refiere?

—Olvidé que es una joven virginal y futura debutante... ah, no será debutante.

—Sigo sin entender.

—A veces la ignorancia es la mejor compañera. —Él pasó junto a ella.

—¿Por qué habla de forma tan trabada? ¿En qué momento tenía una paloma?

Él rodó los ojos y sonrió.

—No me haga caso. Estoy bromeando. Estaba haciendo mis necesidades entre los arbustos. ¿A usted le gustaría que la estuviese espiando? Supongo que se escandalizaría. Camine un poco y después vaya detrás de esas matas, nadie la notará si necesita hacer algo.

Muchas veces, Charles no podía evitar ser un poco sarcástico o bromista, por algo había tenido una buena relación con Steven. Desde el primer día debió alejarse de él al ver las advertencias que aquel dejaba a su alrededor, pero le parecía gracioso, por lo que hizo caso omiso y se dejó convencer por el hombre más tonto de Londres para tener una amistad. Había soportado todo porque aquel era gracioso, aunque dejó de serlo en el preciso momento en que lo golpeó y lo dejó con Camila.

No podía huir de ella. Siempre estaba cerca de él como perro sin dueño. No le gustaba tenerla tan pegada; sin embargo, debía dejar de ser un ogro y comportarse como lo que era: un caballero. La noche anterior, en un terrible impulso, terminó por besarla y eso hizo que estuviesen camino a Carlisle en lugar de ir a Londres y continuar con su relajada vida. Prefería quemarse las pestañas y acabar con su paz para cerciorarse de que la joven estaría bien con el mozo. Todo le indicaba que ella era demasiada mujer para un simple mozo y eso la llevaría a ser infeliz.

Charles miró a la joven y la veía sonriente y al parecer tarareando algo, mientras caminaba

para que sus piernas no dolieran por andar flexionadas.

Unos minutos después, ambos regresaron al carruaje para continuar el camino y Camila también debía terminar su dibujo del conde.

Una hora más tarde, Camila le dio un último vistazo al dibujo. Sonriente, quiso enseñárselo a Charles, pero aquel estaba dormido. No quería molestarlo para mostrarle lo que había hecho. Tendría paciencia y se lo daría apenas despertara.

Para mala fortuna de Camila, ella también se había quedado dormida por causa del aburrimiento. Eran muchas horas hasta llegar al extremo de Inglaterra. El carruaje tampoco parecía tener mucha prisa por llegar, iban a paso calmado y no como habían iniciado antes.

El conde despertó y observó a Camila. Sobre su regazo estaba su cuaderno con un dibujo y el grafito en el suelo moviéndose de un lugar al otro. La curiosidad invadió a Charles. Quería saber lo que ella había dibujado. Esperaba que no le hiciera pasar una experiencia traumática como el tan espectacular anuncio de su hermana para decirle lo que había hecho para él. Cuando vio aquello, quedó horrorizado por el nulo talento de Dorothea, pero era porque tenía nueve años y todavía le costaban las líneas.

Se acercó para observar la obra de Camila, pues no podía quitársela de las manos para verla. Casi trepaba al techo del carruaje en movimiento para poder observar todo mejor. Quedó impresionado al ver su imagen en blanco y negro en aquel papel. Faltaba tan poco para que ese Charles del dibujo pudiera respirar o pestañear. La joven había captado toda su esencia hasta tenía un aire etéreo en su mirada.

Con eso que había visto, le daba más lástima que todo ese talento se perdiera en los brazos de un mozo que jamás valoraría lo que hacía. Tantos años aprendiendo disciplinas para ser alguien importante y por azares del destino terminaría como una sucia trabajadora del campo. El sol curtiría su piel hasta dejarla morena y esa juventud se desvanecería por las preocupaciones, los hijos y la miseria.

No podía dejar de ser fatalista. Estaba a un paso de impedir que ellos fueran a Carlisle y darle una vida tranquila a Camila como una soltera decente. No quería verla mendigar ni prostituirse como Juliet. Oh, no. Desde que suponía que esa joven podía terminar en el oficio de Wendy, ya no le parecía algo bueno ni apropiado continuar esa relación con aquella mujer. Sabía que conseguiría un amante, pero al menos dejaría de ser cómplice de eso que la mantenía esclavizada, tal vez no a ella, pero sí a mujeres ilusionadas y soñadoras como Camila.

Suspiró y se sentó en su lugar sin dejar de mirar a Camila.

—Demasiado valiosa para un don nadie. Espero que el tal Matthew sea un crápula, así podré salvarte de tu tontería —tuteó a la dama que estaba dormida.

Cuando la joven despertó, vio al conde recuperado de su sueño.

—Aquí en el carruaje parecía estar con un lobo... —insinuó refiriéndose a los ronquidos.

—También creo lo mismo —replicó Charles.

—No ronco, milord —se defendió con presteza.

—Yo tampoco. No le sirve de nada echarme la culpa.

Ella sonrió y levantó su dibujo de su regazo.

—Mire —mandó sonriente.

Él cogió aquello como si no lo hubiese visto antes.

—Por primera vez puedo decir que alguien ha logrado hacer algo diferente conmigo y lo más importante, no cumplió su amenaza de ponerme una verruga.

—Le aseguro que aquí pude capturar su alma. ¿Quiere el dibujo?

—Es mejor que lo guarde de recuerdo, aunque tal vez eso pueda traerle problemas con su mozo.

—No creo que le moleste que me distrajera dibujándolo, es la persona que me cuida.

—Puede no gustarle la idea...

—A quien le tiene que gustar es a mí... Me refiero a la idea de retratarlo —se apresuró a complementar, pues si lo dejaba de la otra manera parecía que ella decía que él le gustaba y eso la avergonzaba, ya que tenía mucho tinte de verdad.

—Se apasiona por el arte, es la única explicación y también que está muy aburrida.

—Por supuesto que me apasiona... ¡El arte! —volvió a acotar. Terminaría avergonzada si seguía de esa forma.

Lo mejor que Camila podía hacer era permanecer callada o se metería en más dichos incómodos que la humillarían. Debía ser una joven decente y no arrojarse de esa manera hacia Charles. Sabía que desde que compartieron el beso las cosas cambiaron y ella no se encontraba tan segura de que Matthew fuera el camino a la felicidad, aunque tampoco lo era lord Tyne. Sabía que no existía otra forma de librarse de su familia, solo por medio del matrimonio lograría la libertad, por más que sabía que el precio era muy alto. Ellos cogieron el gusto de golpearla por nada y no se dejaría ni una vez más.

A Charles le daba risa ver cómo Camila se complicaba sin necesidad que alguien le diera rienda suelta. Debía admitir que entre ellos había surgido algo que era desconocido, pero que los incitaba a buscarse. Que ambos cedieran al influjo de un beso había sido el mayor error que cometieron. Él se culpaba por eso, por haber besado a una joven, quizá dándole esperanzas de algo que jamás ocurriría; sin embargo, Camila era una gran dama, pues fingía que aquello jamás ocurrido, aunque sus actitudes delataban que ese acercamiento todavía era parte de los dos.

—Solo la pasión quita lo mejor del interior de las personas. Yo soy un gran apasionado a las mujeres —comentó Charles para que ella no siguiera sintiéndose culpable de decir tonterías.

—¿Es por eso por lo que me ayuda?

—No, es por obligación. Espero que esta pérdida de tiempo valga la pena.

—Vaya, a veces me afecta escuchar la falta de aprecio, pero no es culpa suya. Sé que no está aquí por gusto, el golpe con la botella fue brutal.

—Sí. Déjeme ver si ha dibujado el chichón. —Él cogió el dibujo para observarlo, pero ella no había puesto nada.

—Solo tiene un moretón, milord.

Él acarició su cabeza y sintió el chichón, no era solo un moretón.

—Tengo una segunda cabeza creciendo aquí. Espero que eso sea sinónimo de más sabiduría.

El trueno de fondo interrumpió a Camila y Charles mientras conversaban. Ella miró a través de la ventanilla del carruaje y se dio cuenta de que pronto llovería y lo más probable fuera que la temperatura descendiera aún más.

Después de unos minutos, una lluvia copiosa los atrapó. El cochero buscó el mejor lugar para poder refugiarse y resguardar a los ocupantes. No quería que el carruaje quedara atrapado en el barro.

—Creo que dormiremos aquí —anunció el conde—. No veo muchas esperanzas de movernos.

—¿Y si bebemos whisky? —preguntó la joven.

—¿En lo único que piensa es en beber?

—No hay más que hacer. Aprovecharemos un poco de lo que pudo coger de nuestra última parada. Tengo pan y queso. Confieso que los cogí dentro del abrigo, pues me avergüenza que pueda escucharse el sonido de mi estómago.

—A las mujeres les importan muchas cosas absurdas.

—No es absurdo, es parte de la educación que recibimos. Debemos ser perfectas.

—Pues usted puede acostumbrarse a estar con el estómago vacío si su esposo será un mozo... —agregó de manera hilarante—. Lo lamento, pero me produce cierta satisfacción sacar eso a relucir.

—En este poco tiempo que llevamos conviviendo pude darme cuenta de eso y, de hecho, no me sorprende, le doy la razón, pues a veces también pienso sobre muchas cosas de las que perderé por continuar por este camino, pero créame que esto que dejará atrás es mejor perderlo. Mejor vivir en la pobreza que temiendo decir algo que no agrade. Discrepar en mi casa es un crimen.

—Habla de la pobreza como algo romántico, pero no lo es.

—Tampoco la riqueza es algo romántico. Es la salida que encontré y a eso me aferro.

—Usted no ama al mozo, ama la idea de librarse de su familia. Se va con el primero que le pintó un mundo distinto.

—No es cierto. Matthew es un hombre atento y preocupado por mí. Buscaba hacerme reír y mantenerme feliz.

—¿Cuándo empezaron sus problemas con la familia?

—Desde siempre, pero los golpes empezaron cuando me enamoré de Matthew y Julian nos descubrió dándonos un beso. —Ella se sonrojó al recordar aquello y se sentía avergonzada—. Mi hermano perdió la cabeza y lo sacó de la propiedad, después mi padre comenzó a amenazarme con que lo mataría si hacía algo que los molestara o si no me casaba con alguien de mi posición, pues yo era algo que no esperaban en su vida. Estaban felices con su heredero y después llegué yo.

—Lamento que se sienta de esa manera.

—No me siento así. Me lo han hecho saber. ¿Para qué quedarse en un lugar en donde me desprecian? Para lo único que regresaría será para pedir mi dote, pues que paguen por mí para que desaparezca para siempre de sus vidas. Todo lo que me dieron fue para que me vaya. Ellos no están ilusionados con un matrimonio mío, solo quieren que deje de existir, de molestar, de ser una carga. Es difícil ser una dama desafortunada.

—No haga que sienta compasión por usted, lady Camila.

—No considero que sea alguien compasivo. Los aristócratas no lo son. La mayoría no tiene sentimientos y no me diga que no es cierto, usted lo demuestra.

Capítulo 11

—Por supuesto que tengo sentimientos, soy un ser sentimental con los caballos, mi hermana, mis sobrinos, mi padre y el pequeño perro de mi madrastra.

—¿Y su madrastra?

—No me llevo bien con ella.

—¿Y por qué?

—No lo sé.

—Quizá no le gusta que reemplazara a su madre.

—Ella era irremplazable. Era una dama y no como la nueva marquesa que no hizo más que preocuparse por su futuro si mi padre moría. Dorothea tenía tantas cosas metidas en la cabeza que casi se vuelve loca, aunque debo admitir mis culpas. Quería ocuparme de ella, pero no de su madre, y eso desataba la locura de las dos. Considero que en las historias no hay buenos ni malos, solo vivencias distintas.

—No lo sé, tal vez usted sea el villano de su vida y yo la víctima de la mía. Quién sabe.

Mientras conversaban, él tenía la botella de whisky en la mano, ella despedazaba una presa de pan y trataba de dividir los cortes de queso en partes iguales.

Charles intentaba no sonreír al verla en algo que quizá no fuera lo suyo, pero lo hacía muy bien. Partía todo con justicia, aunque le sorprendía que ella comiera más que un caballero.

—Aquí tiene lo que podemos compartir como cena con la poca iluminación que nos queda. ¿Cree que pasaremos frío? —curioseó la joven al entregarle la comida.

El conde echó un vistazo fuera del carruaje y todo estaba negro y mojado.

—Esperemos que no. ¿Su abrigo es lo suficientemente caliente?

—Tal vez...

—Esa respuesta no me sirve.

—Entonces depende de la temperatura. Hace rato no sentía frío, pero con la noche y la lluvia...

—Tome el whisky, eso la ayudará a no sentir frío. —Le entregó la botella y esperó que ella bebiera con el mismo rostro que la noche anterior.

—Gracias.

Como Charles supuso, no frunció ni siquiera el ceño, aunque no tenía tanta resistencia para

mantenerse sobria.

—Es cierto, sirve... —dijo acariciándose los brazos. Movió una de sus piernas e hizo una mueca.

—¿Está bien? —preguntó Charles que se percató de aquello.

—Sí. Solo son mis rodillas. Soy joven, pero esa parte de mi cuerpo no responde de la misma manera —dijo como excusa.

Los dos continuaron hablando, comiendo y bebiendo un poco. Después, fueron durmiendo por turnos, pues Charles quería asegurarse de que la joven estuviese cómoda. Al verla moverse varias veces y ver que ella acariciaba su antebrazo a través de la tela, supo que Camila sentía frío.

No era asunto suyo si ella vivía o moría; sin embargo, tal vez el próximo castañeo de dientes no lo dejaría dormir, ya que era lo único que podrían hacer en medio del viaje.

—Milady, ¿quiere mi capa? —indagó para despertarla.

Ella abrió los ojos y dio un bostezo.

—No, no puedo aceptarla. Usted pasaría mal la noche. De hecho, la pasaremos mal, pero sin algo abrigado será peor.

—Entonces lo mejor es acomodarse en el suelo. Venga... —pidió. Él bajó al piso del carruaje y se hizo a un lado.

—Pero no hay espacio para mí, milord.

—Nos acostaremos. No tenga miedo, no pienso morderla y con eso complicar mi vida.

¿Sería tan demente para aceptar tal proposición? Estarían pegados, compartiendo el calor de sus cuerpos después de haberse besado horas antes.

Camila bajó hasta donde él se encontraba y sonrió, nerviosa, al oír los truenos y aquellos vientos que hacían que algunas ramas pequeñas pegaran el carruaje. Después vio que el conde extendía su capa sobre ella para cubrir todo su cuerpo.

—No tiene medias de lana, solo de algodón —alegó Charles justificando el acercamiento.

—Es cierto. Usted es muy detallista, milord. ¿Cree que los sonidos cesarán?

—¿Qué sonidos?

—Los truenos y los golpes. Me ponen un poco nerviosa. Además, el carruaje se balancea.

—Piense en el cochero que debe estar peor que nosotros. Él tiene un pequeño espacio para dormir. Esperemos que no enferme con tanta agua que ha caído. Hizo lo más prudente que fue quedarnos aquí. Esto no es una pequeña lluvia, ha sido copiosa a más no poder y los caminos son

peligrosos. Los puentes pueden ceder o quizá podríamos quedarnos atorados en el lodo.

—Me siento tan egoísta al estar aquí, calentita a su lado...

—Ni crea que haría esto por el cochero, es solo por usted, porque no me dejará dormir si no la cubro con algo. El sonido del chirrido de sus dientes puede ser difícil de soportar para mí.

—Para usted todo debe tener una explicación razonable y estoy de acuerdo. Gracias por su sacrificio, le prometo que lo disfrutaré.

La joven le dio la espalda al conde. Esto, ante los ojos del mismo Charles, era un grave error. ¿Cómo una mujer podía dormir en una posición tan vulnerable? Él solo podía imaginar que la cogía de la cintura y la llenaba con su hombría. Sacudió su cabeza ante tal tontería y decidió darle la espalda a Camila para evitar cualquier tentación que pudiera tener. Era hombre y debía conocer sus puntos débiles para salvarse cuando la ocasión lo requiriera.

Quedaron espalda con espalda y, pese a que el lugar era pequeño, estaban más cómodos ahí que en los asientos acolchados.

Por fin había dejado de sentir frío y cedió ante el sueño. No haría castañear sus dientes para molestar al conde y también pasaría por alto todos los sonidos perturbadores que había en una noche lluviosa en el campo. Estar sin un techo real sobre su cabeza la perturbaba.

Los dos lograron superar la noche, pero la lluvia continuaba, no era excesiva, pero quizá los cauces podrían estar desbordados, debían ir con cuidado.

Lord Tyne despertó por los sonidos de la puerta. El cochero la golpeaba.

Despertó y encontró a Camila usándolo como si fuese una almohada. Su brazo estaba ocupado cumpliendo con esa misión. Con cuidado retiró el brazo para poder abrir la portezuela.

El rostro del cochero era un poema al ver que ambos dormían juntos.

—No diga y tampoco pregunte nada —advirtió Charles.

—Claro, milord. Solo quería comunicarle que continuaremos el trayecto a Carlisle.

Después de que el cochero le dijera aquello, el conde decidió que lo mejor era despertar a Camila para que fueran sentados.

—Despierte, milady. —Charles le tocó el brazo y ella abrió sus preciosos ojos ambarinos con lentitud.

—Buen día, lord Tyne. —Ella bostezó, aunque con cautela, no quería desayunar al conde.

—Buen día. El cochero dice que continuaremos nuestro camino.

—¿Cree que lleguemos pronto a un pueblo? Sería importante tener carbón y más abrigos.

—No se preocupe. De eso me encargaré. Usted acomódese y siga tapada con la capa, el día

está frío.

Ambos continuaron el camino hasta pasar el medio día en que bajaron a estirar las piernas sobre la hierba mojada. Para ese momento, Camila ya comenzaba a renguear por la molestia en su rodilla, pero le quitaba importancia con un par de frases graciosas.

Al poco tiempo llegaron a otra posada en la que pudieron conseguir dormitorios separados. Eso hacía que Charles se sintiera tan aliviado. Llevaba dos días sin dormir en una cama por indecente que fuera. Estaba harto del carruaje, no podría tolerarlo un día más.

El cochero ayudó a Camila con sus pertenencias y Charles había llevado sus cosas solo. Él acostumbraba a hacer todo y pocas veces pedía ayuda a Bruce, para el conde, su sirviente era más como un consejero que un ayuda de cámara. Pasaba mucho tiempo conversando y riendo con aquel cuando no estaban sus amistades. De hecho, él había sido artífice de parte del plan para que Dorothea no se casara, él lo había dicho de broma, pero Charles cogió ese consejo como la única solución ante un inminente matrimonio inapropiado.

Pidieron comida para el almuerzo. Con eso podrían tomar un largo descanso. Los dos se sentaron en la misma mesa para comer.

—Parece que hoy será su noche de suerte… —comentó la joven sorbiendo la sopa que le habían servido.

—Sí, por fin mi cuerpo tocará una cama. Me siento afortunado. Mi cuello está a un paso de abandonarme. El dolor comienza a sentirse. Creo que pediré un caballo para salir a cabalgar.

—Lléveme con usted…

—No escaparé de su yugo, milady. Me comprometí a cuidarla porque usted es inconsciente.

—Me quedaré muy aburrida sin su presencia.

—Acepte que quiero liberarme de usted. Además, iré a buscar un libro. He pensado hacerle caso. No solo compraré abrigos, también algo que sirva para estar menos aburrido. Me espera un largo camino de regreso a Londres.

—Es cierto, pero no huya con el dinero, lo estaré esperando aquí, milord.

Él le sonrió y pudieron continuar con su almuerzo. Una vez que terminaron, él fue a buscar un caballo para poder ir al pueblo más cercano y ella se dirigía a su habitación, pero se dio cuenta de que en aquel lugar pequeño tenían un pianoforte.

—¿Hace tiempo que nadie usa ese pianoforte, señor? —preguntó Camila al posadero.

—Sí, hace alrededor de un año. En ese tiempo no ha pasado alguien que se interesara por distraerse un poco con él, salvo algunos borrachos que querían torturar al resto.

—¿Le molestaría si toco algo?

—Por supuesto que no, salvo que carezca de talento.

—Mi esposo puede decirle que soy talentosa —alegó haciéndole creer al hombre que el conde era su esposo. De esa manera ella estaría segura y no pasaría lo mismo que en la posada anterior.

—Entonces puede hacerlo. También están hospedados aquí los miembros de una orquesta que partirá mañana.

—Tal vez me escuchen y se unan a mí —bromeó la joven, sonriente.

Al obtener la aprobación del posadero, ella no dudó en comenzar con su ejecución del instrumento. Tocaba el pianoforte con mucha habilidad, quizá no fuera la mejor y tal vez tampoco fuera su parte favorita del aprendizaje, pero al menos sabía cómo hacerlo. En eso podría invertir parte de su tiempo. Debía tener sueño para la noche y descansar, aunque no lo lograría si no se cansaba.

Una vez que se aburrió, dejó de tocar y se percató que las personas se habían agolpado cerca de ella. La habían estado oyendo. Se sonrojó, avergonzada por tener tanto público. En su casa la única que la oía era la señorita Clapton, pues a su madre le daba dolor de cabeza el sonido del pianoforte.

Se levantó con la cabeza agachada y después fue a su habitación. Su corazón palpitaba con fuerza ante lo que había hecho. Debía pensar que era probable que aquella fue la última oportunidad de su vida para volver a hacer para lo que había nacido. Matthew no podría comprar un pianoforte para que ella pasara tiempo deleitándolo. Era evidente que esa era una actividad de la gente adinerada y ella ya no lo sería pronto. El cochero le había dicho que mañana llegarían a Carlisle y ahí debían iniciar su búsqueda para encontrar a Matthew. Al pensar en eso su corazón palpitaba de ansiedad, pero no por encontrarlo, sino por dejar a lord Tyne.

Camila se cogió del rostro y estiró su piel como si quisiera olvidar todo y continuar. Estuvo tan segura de lo que deseaba el día que escapó, pero un beso y la convivencia con Charles le habían cambiado la perspectiva. No sabía lo que deseaba en realidad. El conde era todo lo que ella podría desear, tenía un humor tan horrible como encantador.

No quería pensar que sus sentimientos por Matthew se desvanecieron por culpa de un extraño. Lord Tyne jamás voltearía a mirarla. Era un hombre que estaba feliz con su estilo de vida. Destilaba juventud por todos sus poros. Además, ella no le resultaba más que bonita ni tampoco le haría perder la cabeza para que se arriesgara a tenerla. Por la única razón que se encontraba ahí era porque la consideraba incapaz de defenderse. Su honor de caballero era lo que le impulsaba a tolerarla. No debía ilusionarse con alguien como él, de hecho, ya comenzaba a sentir como si aquel estuviera en un nivel inalcanzable, en donde jamás podría estar ella, pese a pertenecer a la misma clase social.

Capítulo 12

Charles pagó por un caballo para ir al pueblo y comprar lo que la joven había pedido. Un buen abrigo y un libro. Apenas consiguió lo último. Después de eso fue hacia el campo a cabalgar y despejar su mente. No dejaba de pensar en Camila.

La había besado y dormido a su lado. Si no fuera por su conciencia de lo incorrecto, quizá hubiese perdido la cabeza, olvidando que ella iba a buscar al amor de su vida. No a cualquier hombre, era alguien a quien apreciaba. Su futura pobreza no era una razón para dañarla de manera irremediable, pues estaba seguro de que Camila no se negaría a un acercamiento. Con el roce de sus labios había comprobado que no le sería fácil llevarla por el camino de la perdición.

En lugar de liberar su cabeza de los pensamientos de su compañera de viaje, él se había complicado aún más. Por un lado, quería que el tal Matthew fuera un desgraciado, una alimaña, un lacayo de Lucifer, pero por el otro, necesitaba que fuera un hombre bueno por el bien de Camila y también por el mismo Charles que no se sentiría bien al dejarla en las manos equivocadas

Regresó a la posada y el posadero lo recibió con una sonrisa.

—Tiene una esposa talentosa, milord —lo halagó haciéndole un guiño.

Todavía no podía descifrar lo que significaba, solo debía seguir la corriente.

—¿Qué ha hecho en esta ocasión? —curioseó.

—Ha tocado el pianoforte. Llevamos tiempo sin deleitarnos con tan finas notas.

—Sí, ella es talentosa.

—Espero que esta noche lo vuelva a hacer.

—Considero que estará cansada, pero hablaré con ella —manifestó antes de seguir su camino.

Por supuesto que hablaría con ella y la reprendería por andar exhibiendo sus habilidades. Si seguía dejando pistas, cualquiera llegaría hasta ellos.

Sin perder tiempo fue al dormitorio de la joven que estaba junto al suyo, golpeó la puerta y esperó unos minutos a que ella le abriera.

—Lord Tyne —habló sorprendida y sonriente.

—Conque soy su esposo —pronunció.

Ella se sonrojó al instante mismo en que escuchó aquello.

—Es que tuve que decirlo para que crean que estoy protegida por un esposo. En la otra

posada no lo dije y ya sabe lo que ocurrió —justificó avergonzada.

—Miente bien, pero no vengo a cuestionarle eso. Lo que quiero que comprenda es que, si estamos huyendo, no deberíamos dejar pruebas del lugar en que nos encontramos, milady. Llegar a usted puede ser más fácil de lo que cualquiera puede pensar.

—¿Qué tiene de malo?

—Se nota que no la han sacado de su burbuja ni por más insurrecta que sea. Los chismes vuelan, van más rápido que una diligencia.

—Pero al decir que soy casada, nadie se dará cuenta. Buscarán a una mujer soltera.

—Pues con solo dar sus características físicas, pueden llegar a usted y a mí. ¿Cuántas parejas pueden llegar camino a Carlisle?

—Bien, no hace falta que se altere. Mañana ya estaremos ahí y será fácil dejarme con Matthew, su responsabilidad está llegando a su fin, no se preocupe tanto —masculló la joven que había dicho aquello con el ánimo de convencerse a sí misma de que el lord Tyne solo esperaba deshacerse de ella, que para él nada los unía.

—Es cierto. Pronto acabará esto. Con permiso.

Charles no se animó a discutir con lady Camila, pues ella simplemente le dejó claro qué significaba en la vida de ella. Fue a su habitación para encerrarse y esperar la cena. Era incomprensible la molestia que le generaba haber escuchado lo último que había dicho la joven. Era absurdo preocuparse por alguien que al día siguiente dejaría de ser su responsabilidad. Encontrarían al mozo, se aseguraría de que fuera un buen hombre y eso sería todo.

Cuando Charles se fue, ella cerró la puerta y se recostó en la madera. Había dicho eso solo porque le ardía el corazón. Estaba a poco de desconocerse, de dejar de lado su educación por un mozo y no se encontraba segura de eso. Antes no había pensado bien las cosas y en ese momento tampoco. No era fácil dejar sus propios prejuicios de lado. Debía entender que después de lo que había hecho no tenía esperanzas de ser una mujer rica. No podía regresar a Londres, ni pensar que alguien la vería por sus sentimientos. Todos sabrán que ella abandonó a lord Northland y la condenarían al ostracismo social. Su familia quizá tratara de matarla por avergonzarlos o tal vez la consideraran muerta.

Suspiró y se sentó en la cama, repitiendo en su mente que ella sí amaba a Matthew, y que la distancia no había logrado romper el vínculo que habían formado. Él debía seguir tan enamorado por lo ansioso que estaba por casarse y esperaba que ella cumpliera con la edad requerida.

Para la hora de la cena, la joven salió de su dormitorio y al hacerlo, vio a Charles que también se dirigía hacia ahí. Ella tardó más tiempo en cerrar su puerta para intentar no coincidir con aquel.

El conde miró de reojo hacia la joven, pero siguió su camino hacia el salón comedor. Para su sorpresa, vio ahí a una orquesta montada.

—¿Y su esposa, milord? —indagó el posadero—. Ellos la están esperando...

El posadero señaló hacia los miembros de la orquesta. Definitivamente, no podría evitar que Camila llamara la atención con el pianoforte si aquellos la estaban esperando, pero, en fin, era un asunto de ella.

Camila sonrió al ver a la orquesta y quiso seguir su camino para sentarse a cenar, pero el dueño de la posada se acercó.

—Milady, los señores de la orquesta la han oído en el pianoforte y estarían encantados de que los acompañara en unas piezas.

—Por supuesto que sí. Estaré encantada. Cenaré con mi esposo y después podré acompañarlos.

—Por supuesto, milady...

Ella se acercó a Charles y tomó asiento junto a él.

—Tocaré con la orquesta... —contó.

—Lo sé. He pensado que puede dedicarse a ser maestra de pianoforte o ser pianista para sobrevivir más adelante. Considero que sus habilidades no se desperdiciarán del todo. Incluso puede ser una institutriz.

—Usted siempre tiene ideas creativas y en esta tiene razón... Lamento si he sido impertinente.

—Usted habla y después piensa, no sé qué debe lamentar. No dijo nada que no fuera cierto. Mañana termina mi trabajo, un trabajo que no pedí y que si pudiera rechazaría.

Fue una tonta al hablar de eso. En ese momento, su herida era más grande y se sentía peor. Ni siquiera debió mencionar nada. No quería estar enemistada con lord Tyne.

—Sé que tengo defectos. Le agradezco su paciencia y buena predisposición para soportarme. Me agrada mucho que, pese a que no es su obligación el que usted esté aquí... —Ella tocó la mano del conde que estaba junto a la suya.

Los ojos de Charles casi salieron de sus cuencas al sentir el contacto. Sintió un fuerte escalofrío cuando sus manos se tocaron. Además de la calidez de su piel, se sumergió en la mirada de Camila. Sin entender la razón, su corazón parecía tener un caballo adentro. Esa sensación era desconocida, pero desde que convivía con ella, lo extraño comenzaba a volverse convencional. Ante todo lo que sentía, separó su mano y la juntó con la otra, ocupándola para que aquella dama no volviera a tomarse esas libertades.

—No abuse de mi buena voluntad tocándome, es inapropiado.

—No sabía que era tan conservador, me resulta gracioso. —Camila guardó su mano y sonrió al sentirse rechazada.

—Mi cuerpo es un templo, no el templo de todo el mundo para que me toquen. Usted es una dama...

—Pero ante los demás soy su esposa...

—Díscola y aprovechada, eso es usted. No puedo creer sus escrúpulos.

—Me divierte demasiado, lord Tyne. Se escandaliza por un sincero agradecimiento de mi parte. Es más anticuado que una dama.

—Dice tonterías...

El dueño del lugar les llevó la cena personalmente. Aquel estaba complacido de que dos personas con tanta clase pasaran por su negocio, aparte de darle vida con un par de notas del pianoforte.

—Aquí tienen la cena... —indicó el hombre, sonriente.

Los dos tuvieron que forzar una sonrisa para agradecer la atención. Después de que aquel se retirara, comenzaron a cenar.

—Le pediré que solo sea una pieza. Finja que está cansada. Dudo que este amable señor la obligue a tocar si usted es una dama —pidió el conde.

—Me parece justo una pieza. He tocado mucho en la tarde y estoy un poco cansada, aunque no para dormir sin cenar.

—Es de buen diente, milady.

—Sí. Agradezco que mis castigos nunca fueran dejarme sin comer. Sabe que una dama demasiado delgada no es tan atractiva, aunque comienzo a dudar de esa afirmación, pues lady Berenice, la amada de lord Northland, es delgada a morir. Considero que soy más voluptuosa, por ende, más bonita, ¿o no lo cree?

Charles dirigió sus ojos al escote de la joven y se sonrojó. Sí, ella era más voluptuosa y sensual que lady Berenice a la que quizá un vendaval podría hacer volar.

—¿Por qué me hace ese tipo de preguntas complicadas? No puedo hablar de la futura esposa de un hombre.

—En la ficción usted es mi esposo. ¿Cree que tiene una esposa atractiva? —curioseó sabiendo que aquel hombre quizá ni siquiera contestara esa pregunta.

—Lo que me faltaba... Responder a sus tonterías. En la ficción usted es hermosa, ¿le complace mi respuesta?

—Tal vez...

—¿Tal vez es un sí o un no?

—Es un tal vez. Puede interpretarlo como guste —alegó poniéndole atención a su cena. Ella sabía que aquel contestaría de una manera que quizá a ella no le gustara. Él parecía estar empeñado en que no le cayera en gracia.

—No puede usar mi explicación en mi contra —espetó Charles.

—¿Cuál explicación?

—El asunto del «tal vez», lo he inventado.

—No sabía. No es el dueño de todas las ideas. Créame que como usted es creativo, yo también puedo serlo.

—Es cierto que puede tener una idea similar a la mía.

—De hecho, somos similares, lord Tyne. Nos llevamos bien y discutimos aún mejor. Eso solo habla de nuestras similitudes.

—Usted ve fantasmas en donde no existen, milady. Siga comiendo. La esperan para que puedan hacerla famosa. Disfrute de su fama de una noche. Lo merece.

—Cuando dice que lo merezco, ¿se está burlando?

—Absolutamente.

—No me sorprende...

Después de acabar su cena, ella fue hacia el pianoforte ante la atenta mirada de Charles. A él le dieron un vino de cortesía para que bebiera, mientras que la que pensaban que era su esposa los deleitara. Se sirvió y esperó oír al conjunto musical.

Llevaba mucho tiempo sin acudir a una velada musical por respeto al arte y por no querer ser torturado por debutantes en busca de atención. Consideraba que hacían esos conciertos para cazar esposos de manera desesperada. Las pobrecitas no tenían la culpa de la locura con la que habían sido criadas, de hecho, Thea perteneció a todo ese mundo de tés, bailes, conciertos y otras tertulias. La vida de una dama era difícil. Encajar era algo demasiado importante.

No perdía de vista a Camila. Se notaba su elegancia al tocar el pianoforte. Su cuello era tan largo y sensual, que quizá ella no se fuera cuenta de lo bella que se veía en aquella posición. Se sentía privilegiado al poder verla, esperaba que oírla también fuera un privilegio.

Cuando oyó los primeros acordes, supo que ella en verdad sabía lo que hacía. De cierta forma, ella le mostraba todas sus habilidades como dama. Lo que un caballero valoraría más. Era evidente que su carácter rebelde no entraba entre lo más valorable y tampoco huir, pero todo eso le ayudaba a ver más allá de lo básico. Ella era determinada, arriesgada, paciente y resiliente. Con todo lo que había vivido, todavía le quedaba buen ánimo para continuar con su vida. Sus esperanzas aún estaban ahí, quizá un poco golpeadas, pero no la dejaban morir en un pequeño rincón. Lady Camila tal vez nació para cosas más grandes, mas la vida le tenía preparadas cosas que le harían cambiar de rumbo.

Capítulo 13

Cuando Camila acabó la pieza, ella se levantó del pianoforte y los demás le aplaudieron.

—¿No nos acompañará con otra pieza? —preguntó uno de los integrantes de la orquesta.

—No, caballeros. Debo ir a descansar. Mañana debemos partir nuevamente hacia nuestro destino —respondió Camila con amabilidad.

—Nosotros seguiremos tocando otras piezas para que la gente se divierta. Descanse —correspondió.

La joven pasó entre los miembros de la orquesta y fue hacia el conde de Tyne que estaba sentado, bebiendo vino en una copa.

—¿Bebe el vino de un lugar como este? —curioseó Camila sentándose a su lado.

—El posadero me ha ofrecido lo mejor que tiene gracias a usted. Creo que se ha enamorado.

—No, está enamorado de lo que cree que soy: su esposa, una condesa.

Ambos guardaron silencio por un instante. Camila se sirvió un poco del vino en la copa de Charles y sorbió el contenido con un poco más de prisa de la necesaria.

—Recuerde que no debe emborracharse. El alcohol y usted no son compatibles en una misma oración —alegó Charles.

—¿Puede dejar de prohibirme cosas por mi bien? Es mi última noche como alguien de clase social elevada y haré lo que las damas hacen.

—Las damas duermen temprano.

—No, también bebemos más de la cuenta y nos divertimos. ¿Escucha la música? Es para bailar. Si usted quiere descansar, puede hacerlo, aquí me quedaré.

—De nuevo con eso… Usted no puede ni cuidar sus pensamientos y cree que puede cuidarse sola. No me haga reír. Me quedaré porque cualquier persona corre peligro con alguien como usted.

—Desconfiado. Nunca bailaré en un salón, ¿no cree que merezca un poco de alegría?

—No sé si juntarse con personas que no pertenecen a su clase sea una buena idea.

—Es la clase a la que pronto perteneceré. Es momento de que me integre. Si alguien me invita a bailar, iré.

—Se supone que tiene esposo. Dudo que alguien se atreva a hacerlo si estoy aquí.

—Entonces no le quedará más que bailar a mi lado.

—No, eso sí que no lo haré. No pienso despeinarme.

—El pobre aristócrata no quiere compartir con la plebe.

Charles chirrió los dientes al oír las provocaciones de lady Camila. Era evidente que había cogido el gusto de provocarlo por cualquier cosa que ella deseara. Él no se arrojaría a bailar frente a esas personas. Era un hombre respetable, que pertenecía a la aristocracia, por supuesto que ni siquiera respiraban el mismo aire.

—Si no quisiera compartir con la plebe, ya la hubiese dejado tirada en un pueblo anterior. Ya se siente tanto como la gente pobre que comienza a actuar como una.

—Eso sonó muy clasista.

—No despierte al aristócrata que habita en mí, porque no le agradará.

—Sé que puede ser grosero, pero es bueno.

—Basta de levantar injurias en mi contra. No quiero ser bueno ni malo. Deje eso apartado. Las acciones de las personas buenas pueden ser malas y viceversa.

—Bailaré con o sin usted. Es todo.

Camila siguió cargando la copa ante la atenta mirada de Charles, que cada vez que podía le sacaba la copa para salvarla de caer en la tontería. Esa mujer estaba enloqueciendo a causa de que terminaría casada con un mozo y él lo sabía.

Un tanto envalentonada, ella se levantó de su silla y Charles la cogió de la muñeca.

—Usted no irá a ningún lugar a pasar vergüenza. Está mareada y…

—Cierre la boca —mandó Camila—. Si no me ayuda, no me estorbe. Usted hace que nadie quiera acercarse a mí para invitarme. Eso es irritante, lord Tyne.

—Bailaré con usted, pero no haga un escándalo.

—Trataré de ser lo más correcta posible.

El conde quería bailar o eso había manifestado; sin embargo, no podía dejar que cualquiera se aprovechara de la estupidez de su acompañante. Por más que creyeran que era su esposa, cualquiera podría irrespetarla en su ausencia.

La música que la orquesta tocaba era una campestre. Todos sabían los pasos, incluso Charles a quien no le gustaban los bailes.

Al coger a Camila de las manos, él se sintió un poco más acalorado que de costumbre. Tal vez fuera la mezcla de la bebida con su rabia.

—No debería estar desempeñando el papel de niñero con una niñata caprichosa como usted… —masculló el conde.

—No importa lo mal que me trate, sé que se preocupa por mí y es suficiente para tenerlo dentro de mi corazón.

—No quiero estar en su corazón. Solo quiero que me respete. Usted es como un Steven en mi vida, que me hace daño con sus tonterías.

—¿Qué daño podría hacerle alguien como yo?

—Se parece a las excusas baratas de Steven y sabe cómo eso acabó. Estoy aquí…

—En lugar de estar con la tal Wendy… Lo que me faltaba… que usted me recordara que se muere sin su maldita amante —escupió molesta. No podía soportar que le hablara de otra mujer.

—¿Le duele la verdad?

—No, me molesta.

—Era mi diversión.

—¿Y no puede divertirse conmigo de la misma manera que lo hacía con ella?

Él se carcajeó como si le hubiesen dicho algo demasiado gracioso. No podía creer lo que escuchaba.

—No sé qué concepto de diversión tiene usted, pero le aseguro que no es el mismo. No puedo meterme bajo su falda y tampoco en su cama. Vamos, usted comprende el amplio significado de la palabra amante. Ellas hacen lo que una esposa no estaría dispuesta y menos una prometida. Para mí es primordial tener una mujer que me haga feliz en el lecho. Las damas son frígidas y moralistas.

—Puedo ser capaz de hacer lo mismo que cualquier otra mujer, y sabe la razón, porque soy mujer. Es tan simple como eso.

—No, no es cierto. A usted la educaron para otra cosa y eso incluye llegar virtuosas al matrimonio. Si usted llegara a tener un desliz con un caballero, sabe que jamás podría recuperarse si ese hombre no le responde.

—Sé que ahora no tengo nada que perder. Entonces, ¿puede divertirse conmigo o no?

A Charles le asustaba que esa joven fuera tan directa con sus pedidos. Ella definitivamente no entendía lo que ocurría.

—Usted me hace reír. Las cosas no son tan sencillas. Wendy no es una aristócrata y cabe destacar que cierta ebria sí lo es. Las cosas nunca serán iguales.

—No responde mi pregunta.

—Es mejor que no la responda. Me debo a mi obligación de llevarla junto a su prometido.

—Ni siquiera estoy comprometida. —Al responder aquello, la danza hizo que se alejaran y tuvieran que integrarse a los demás bailarines.

Lord Tyne no sabía cómo hacerle entender a la joven que nada era como lo imaginaba. Si

ella pensaba que la palabra amante era solo algo agradable.

—No hará que la toque. Usted no entiende las cosas y todo lo que le diré…

Ambos siguieron bailando y eso no ayudaba a los mareos de la joven que estaba enfadada por pensar en que el conde tenía su mente en su amante londinense. Camila quería comprender las razones por las que escuchar cosas referentes a eso la molestaban sobremanera. No deseaba escuchar de mujeres en los labios de lord Tyne, pues al parecer ella no quería que él fuera feliz, pero no por maldad, sino por envidia. Tal vez tuviera sentimientos por aquel hombre, mas no lo admitiría, pues sabía que ella jamás tendría oportunidades, por más que Charles le resultara el hombre más atractivo de Inglaterra. Él no la veía más que como un problema.

Siguieron bailando en la comodidad del silencio hasta acabar la pieza. Charles agradecía que no fuera una pieza que les permitiera conversar demasiado, ya que la joven hablaba hasta por los codos para decir sandeces.

La orquesta también creía que su espectáculo gratuito había terminado y todos podrían irse a dormir, eso incluía a Charles y Camila. El conde tomó la ventaja de unos pasos sobre ella, pero al ver que no lo seguía, él decidió quedarse a esperarla.

—¿Qué ocurre? —preguntó Charles para saber la razón del retraso de Camila.

—Estoy un poco cansada —mintió al sentir un poco de dolor en una de sus rodillas.

—Bien. Venga, apóyese en mí para que podamos avanzar.

—¿Por qué mejor no me carga?

—Usted quiere que le sirva más que un lacayo, pero como tengo sueño le haré caso —farfulló Charles.

Él levantó a Camila, que no perdió el tiempo para abrazarse al cuello de Charles y recostar su cabeza en su pecho. Esa sensación de seguridad solo la podía sentir con aquel hombre que era como un caballero de armadura brillante. Suspiró de tristeza y cansancio en los brazos de Charles.

Antes ya habían pasado por una situación similar, pero esta vez estaba preparado para no caer en un beso con Camila. Se encontraba tan cerca de deshacerse de ella que no podía caer en algún tipo de debilidad. La llevó hasta su dormitorio y ni siquiera amagó entrar. Ese era el límite para evitar cualquier catástrofe.

—Buenas noches, lady Camila —dijo como despedida.

Los ojos de Camila se abrieron con sorpresa y cierta molestia, pero eso no le importó, pese al dolor de rodilla, ella se puso de puntillas y le robó un beso a Charles. Con presteza cerró la puerta, dejándolo fuera, sin capacidad de quejarse o emitir alguna pregunta.

Se quedó de pie, mirando la madera de la puerta de la habitación de Camila. Aquella niña insensata y caprichosa lo besó. Él acarició su boca con cierta confusión. Necesitaba dejarla a ella en Carlisle y regresar, aunque lo mejor era escribirle a su hermana y preguntar sobre cómo

estaban las cosas en Londres después de cuatro días. Eso era lo más razonable antes de poner un pie en ese sitio.

Charles fue a acostarse con los pensamientos perdidos en Camila. Su confusión era tan grande que comenzaba a pensar que ella quería seducirlo. No era tan inocente como quería hacer ver. Era tan endemoniada como cualquier otra dama, aunque esta no tenía escrúpulos ni vergüenza alguna.

Por la mañana, él se preparó para partir y se abrigó mucho mejor que días pasados. Las bajas temperaturas comenzaban a azotarlos.

El cochero también había colocado carbón en el carruaje para que este pudiera mantenerse caliente. Tenían todo lo que necesitaban para viajar más cómodos, por más que fuese un trayecto más corto.

—Buen día —saludó Camila que tenía ambas manos en su cabeza.

—Buen día. ¿Comienza a sentir los efectos de la bebida? —cuestionó Charles, burlón.

—No se haga el simpático. No me siento muy bien. Lo mejor es que nos apresuremos para llegar a Carlisle y que usted pueda seguir con su vida.

Ella se había levantado de pésimo humor. Le había dado un beso la noche anterior, pero eso no había servido para calmar sus inseguridades respecto a las amantes que pudiera tener lord Tyne. Era demasiado atractivo para serle fiel a alguien y menos a una esposa a la que llamaría frígida. No entendía la razón que le preocupaba si ella no tendría que cumplir ningún papel cerca de él en el futuro.

—Se nota que está de malhumorada.

—Pues me duele la cabeza y no quiero escuchar su voz de hombre infiel…

Los ojos de Charles abandonaron sus cuencas. Nadie en su vida lo había llamado infiel.

—¿Cómo que infiel? ¿Está segura? Para ser infiel debería tener una esposa o al menos una prometida. Soy un hombre libre.

—Sí, un libertino de poca monta que se divierte con mujeres de dudosa reputación, pero que no quiere divertirse con damas de su misma clase.

—No, no, no. No volveremos a lo mismo. Le expliqué que no es el mismo caso. Si alguien llegara a saber que nos besamos, ese sería un motivo más que válido para que termináramos casados.

—Me lo hubiese dicho antes para poder besarlo en Londres. No me haga caso. Ya quiero llegar a Carlisle y ver a mi amadísimo Matthew —espetó molesta.

Subió al carruaje sin esperar la ayuda del conde. No quería saber nada de él en ese momento hasta que se le pasara el malhumor.

Durante el trayecto, ambos estaban en silencio, observándose de reojo. Charles leía el libro que había comprado y ella estaba aburrida y desganada, con la rodilla supurando un líquido amarillento.

—Si quiere podríamos compartir su libro —habló la joven.

Lord Tyne levantó la mirada y sin decir nada se lo entregó. No quería alimentar a la fiera que estaba dentro de ella.

Capítulo 14

Compartir el libro fue una buena idea. Ella se ofreció a leerlo y deleitó a Charles con su voz hasta llegar a Carlisle.

Lo habían logrado, estaban en el pueblo, buscando una posada para que ambos pudieran pasar la noche.

Como había temido, Camila no estaba feliz de estar ahí, solo estaba resignada. De la joven que había dejado Londres días atrás, no había quedado prácticamente nada. Sus ilusiones y sus esperanzas se habían desvanecido para dar pie a las dudas y temor por el futuro. Las inseguridades copaban su mente para hacerla sentir peor.

Se hospedaron en una posada un poco más elegante que las anteriores. Al parecer aquel sitio era un poco más exclusivo.

—Iré a mi habitación. Le enviaré una carta a mi hermana para saber cómo está la situación en Londres. Pediré que la lleven en diligencia. Necesito una respuesta pronto, ya que estoy cerca de regresar. Después de encontrar a su amadísimo Matthew, podré irme en paz.

—¿Cree que no será capaz de mantenerme? —cuestionó la joven a Charles que se acercó a ella para hablarle antes de ir a las habitaciones.

—No lo creo, estoy seguro. Con suerte puede ahorrar un chelín de su paga como mozo.

—Oiga, lord Tyne. Usted me está asustando.

—Ya era hora de que consiguiera asustarla con algo.

—No se burle, es verdad. Usted ha destruido mis sueños de manera paulatina con sus dichos.

—No he pronunciado una sola palabra descabellada y usted lo sabe.

—No me refiero a eso. Me asustó y ahora no tengo claro qué hacer. Usted ni me conseguirá otro esposo.

—Mi teoría está demostrada. Es un hecho, usted no ama al mozo.

—¡Por supuesto que sí! Le temo a la pobreza y es por su causa. Me compró vestidos finos y eso lo único que ha hecho es alentar a la víbora codiciosa que tengo en mi interior.

—No es mi culpa. Lo único que sé es que, si pongo un pedazo de seda en mi mano, podré manipularla a mi antojo. Excelente dato.

—Mejor iré a descansar antes de saber lo que me espera...

Los dos siguieron el camino en silencio, pero Charles cogió un poco de tela del listón que

llevaba la joven y después se desvió hacia su dormitorio. El problema no era que Camila fuese amante de las telas caras, sino que él también lo era. Con ella tenía cierta intimidad que no había conseguido con nadie más, ni siquiera al estar desnudo. Cuando estaba en su compañía, era un completo granuja, no se amoldaba para recibir algo a cambio, a él le gustaba ser una persona alejada de los demás. No quería saber los infortunios absurdos de las personas y menos relacionados con el matrimonio. Como había dicho antes, para Charles era igual cualquier dama, al menos pensaba de esa manera hasta que conoció a una dama desesperada que decía estar enamorada de alguien; sin embargo, el amor la ponía a prueba y eso le demostraba que el dinero era más importante que un sentimiento que prometía muchas cosas, pero que entregaba pocas.

No podía decir que todas las mujeres y los hombres fueran igual a ellos, pero la gran mayoría actuarían como Camila y él. Charles se esforzaba por ser merecedor de la herencia de su padre. Podría tener incontables defectos, pero uno de ellos no era dilapidar el dinero. Le gustaba ser quien era: una joven apuesto, acaudalado y codiciado. No se imaginaba mereciendo menos que eso.

Al llegar a su habitación cogió un papel y pluma y se dispuso a escribirle a Dorothea. Quería quitarse las dudas de que alguien pudiera relacionarlo con Camila de alguna manera y todo por culpa de su amigo. A Steven lo mataría como una cucaracha. No merecía un trato diferente para el pecado que había cometido.

Después de acabar con la carta, fue a dejarla en la bandeja. El posadero sabía que era urgente, ya que se le había dicho que se la entregaran a la primera diligencia. También, Charles tenía pendiente encontrar al hombre, al tal Matthew, y necesitaba más información sobre él y Camila era la única que podía darle esa información. La inteligencia superior de su querido amigo, Steven, no le dejó decir más, pese a que ya tenía todo planeado para dejarlo como el más tonto de los hombres.

El conde fue hacia la habitación de lady Camila y golpeó la puerta en varias ocasiones hasta que ella la entreabrió.

—¿Está muy aburrido por eso me busca? —curioseó, burlona.

—No, no estoy aburrido. Quiero que me diga todo lo que sabe sobre el tal Matthew. Debo buscarlo ahora que tengo tiempo.

—Está urgido por deshacerse de mí.

—¿Por qué inventa cosas? No estoy apurado, pero no estaría mal que conozca al susodicho para que podamos hacer la entrega de la dama, ¿o no?

—Pues sí. Él es alto, de cabellera crespa de color negro, atlético, curtido por el sol, de espalda amplia, cintura de...

—¡Suficiente! —expresó Charles, enfadado. No quería saber lo atractivo que era el mozo, le daba roncha—. No me refiero a sus preferencias, ni al aspecto físico de un pobre diablo. Necesito su nombre y apellido.

Camila guardó silencio. ¿Nombre y apellido? Sabía el nombre, pero no el apellido.

—Solo sé cómo se llama, milord...

—Oh, por favor, ¡lo que me faltaba! Si usted estuviera enamorada de un aristócrata, sabría todos sus nombres, apellidos, títulos y antepasados. No es mucho pedir que me rodeen seres pensantes.

—Soy un ser pensante.

—Usted es solo un ser andante. Ahora debo enfocar mi búsqueda a Matthew, el mozo.

—Puede decir que es atractivo, de cabellera negra, joven y fuerte...

—Volvimos al punto de inicio: sus preferencias.

—Es la única manera en que sabrá si es el Matthew correcto.

—Iré con usted a buscarlo. Lo mejor es empezar con la propiedad de mi familia en Carlisle.

—¿Por qué no dijo eso antes de que me enfadara?

—Porque usted no me ha dejado decirle que dejara de ponerse verde al escuchar sobre Matthew.

—Esta vez tiene razón. Tendré que memorizar sus observaciones inapropiadas sobre un hombre en caso de que nadie en esa propiedad lo recuerde.

—De hecho, no sé si saben de él. No pertenecía a la servidumbre de aquí, pero como lord Northland dijo que le dijeron que lo habían traído aquí... Es lo más evidente, ¿o no?

—Lo buscaré ahí primero.

—¿Quiere que le diga en dónde queda?

—No, puedo averiguarlo solo. Descanse, se ve pálida —alegó el conde antes de retirarse para comenzar su búsqueda.

Camila cerró la puerta y fue a sentarse a la cama. En aquel lugar se le habían ocurrido muchas cosas, desde la más probable hasta la extrema. Lo único que quedaba era resignarse o escapar, pero lo último era improbable. ¿Con qué dinero podría hacerlo? No existía oportunidad de nada. Lo único que podía era quedarse con un mozo, al que quizá, en realidad no amara como decía el mismo conde.

Con la esperanza de no encontrar al dichoso mozo, Charles indagó sobre la propiedad del padre de Camila y quedaba bastante alejada de la zona en la que se encontraban hospedados, pero era su deber ir y buscarlo. Estaba tentado a no hacerlo por lo que había dicho la joven sobre sus temores y dudas que él había implantado en su cabeza, solo Dios sabía la razón por la que no dejaba de repetir que sería infeliz siendo pobre. La encrucijada era resignarse a estar con lo que escogió o hacerle saber que estaba dispuesto a mantenerla por compasión a su situación. Al menos podía decir que con lo que hacía, tenía el cielo ganado.

Partió de la posada para buscar un destino para la joven a quien acompañaba.

Él era un hombre de presentimientos y algo le decía que se sentía perturbado, no sabía si era por lady Camila y sus descripciones del mozo. Charles se sentía bastante atractivo, capaz de hacer que cualquier mujer cayera en sus redes. Sí, podía hacer que la misma Camila enloqueciera por él, pero eso ni siquiera debía pasar por su mente, aunque los celos eran traicioneros. Oírla dar tantos detalles del hombre, solo lo ponían de peor humor y le revolvían el estómago. Esas descripciones eran impropias de una dama, aquella lo había observado sin remordimientos, con indecencia. Con solo recordarlo, se sentía molesto.

Llegó a la propiedad, mas no se acercó a la residencia para no levantar sospechas. Hasta ellos pudo haber llegado la noticia de que Camila escapó de su casa, entonces, él no se convertiría en un delator involuntario. Fue caminando hacia las caballerizas y se acercó a un hombre de edad avanzada.

El señor, que cogió un cepillo para cepillar a un caballo, levantó la mirada para observar al extraño que apareció en la propiedad. Notó que aquel era un caballero elegante y creyó que podría estar perdido.

—¿Puedo ayudarle en algo? —preguntó el señor.

—Buenas tardes. Sí, ¿conoce usted a Matthew?

Aquel quedó en silencio y se puso a pensar.

—No conozco a ningún Matthew.

—Es un mozo, alto, de cabellera oscura y encrespada y de complexión atlética...

De nuevo el silencio se había hecho presente entre ambos. Charles comenzaba a creer que este asunto de la búsqueda era una pérdida de tiempo, al menos en esa propiedad.

—Ah... Recuerdo a un tal Matt. Lo trajo milord, el hijo del marqués.

—¿Ese hombre sigue aquí?

—No, aquel no duró mucho aquí. Milord solo lo trajo para humillarlo, pues le había dicho un par de cosas...

—¿Sabe la razón por la que lo trajeron aquí?

—No. Nadie habla de eso. Milord nos ha prohibido oír la conversación que tuviese con el susodicho.

—¿Sabe algo de él?

—No, no lo sé. Estuvo aquí un día y el nombre del hombre lo supe por el cochero.

Estaba en un punto en el que seguir hablando con ese señor no le daría ningún beneficio o le permitiría tener una pista sobre el paradero de Matthew.

Después de que intentara que aquel sirviente recordara cosas que nunca pasaron, regresó a la posada sin ningún avance importante.

Durante la hora de la cena, tanto a la joven como al conde le habían servido aquello en sus habitaciones. No habían tenido la oportunidad de compartir.

Cuando Charles oyó el sonido de la puerta, creyó que era una de las doncellas del lugar que quería llevar la bandeja de la cena. Abrió y después fue a coger un cigarro para encenderlo.

—Me gusta el aroma de su cigarro —confesó Camila que entró y cerró la puerta a su espalda.

Lord Tyne giró la cabeza al escuchar la voz de la joven. Sintió un extraño estremecimiento relacionar las palabras de ella con placer.

—¿Qué hace en mi habitación?

—Usted va a la mía cuando le apetece. Puedo hacer lo mismo.

—Vino a curiosear, ¿no es así? Se la ve tan ansiosa por correr a los brazos de un miserable...

—Quería saber si ya ha encontrado a Matthew.

—La hubiese cargado para darle vueltas con volandas, milady, pero no lo he hallado aún.

—¿Qué le dijeron de él?

—Nada que no supiéramos. En efecto, lo enviaron aquí en compañía de su hermano. Aquel lo humilló y echó de la propiedad.

—Sabía que el corazón de Julian estaba podrido. No me sorprende.

—La búsqueda continúa, pero sin una sola pista sobre él. Antes al menos sabíamos que estaba aquí, ahora es imposible saberlo si no preguntamos por cada Matthew de la región.

—Pues es lo que debemos hacer, aunque considero que podríamos dejarlo para la próxima vida.

—Lo encontraré y me aseguraré de que usted no se quedará solterona.

—Yo quizá piense que la soltería no es tan mala después de todo.

—Si no encontramos a Matthew, ese será su destino. Criará gallinas y tendrá una huerta pequeña de la que vivirá. En cada invierno pasará hambre y morirá de frío, ¿le parece algo bueno?

—No era eso lo que había pensado, pero gracias por desanimarme más. Saldré a buscar a Matthew. ¿En dónde estará?

Capítulo 15

Londres...

Harry llevaba la bandeja de cartas a la oficina de Adam para que pudiera abrir su correspondencia.

—Traigo algo interesante en la bandeja, milord —comentó el sirviente.

—¿Qué puede ser? ¿La invitación a la boda de Steven? —replicó Adam, curioso.

—No. Es una carta de su cuñado.

—¡Oh! —exclamó sobándose las manos como mosca—. Quiero saber qué tiene que decir el sinvergüenza. Busca a Dorothea. Es evidente que la carta está a su nombre. Jamás me enviaría algo.

—Voy en este momento, milord.

El sirviente salió, mientras Adam cogía el abrecartas. Estaba a punto de abrir él mismo aquel escrito, pero debía esperar a su esposa.

De repente, la puerta de su despacho se abrió con violencia.

—¿Dónde está esa carta? —increpó Dorothea que entró como tromba.

—Aquí está. Te ahorré el trabajo de buscar el abrecartas, querida…
Ella le arrebató ambas cosas y se apresuró a romperlo.

Mi querida Thea,

Sé que he desaparecido, pero no se debe a mis deseos. Ha sido a causa de Steven, que me ha obligado a un viaje en compañía de su prometida. Recurro a ti para saber si, por algún milagro, mi nombre no ha sido relacionado con el de lady Camila Winchester.

Quiero regresar lo más pronto posible después de dejarla en Carlisle junto al hombre que ama. No creas que soy yo, ella y yo solo somos extraños. Lo único que nos une son las ganas de dejar de vernos en este trayecto. Sabes cómo soy, no soy dado a muchas otras personas. Convivir con esta dama es difícil para mí, pues me han asignado la tarea de niñero de una mujer que, pese a que ha sufrido, se comporta como alguien que nunca hubiese pasado peripecias.

Un abrazo para ti y mis sobrinos. Dile a tu esposo que puede irse al demonio.

Atentamente, Charles.

—Cómo siempre, me ha mandado junto a su mejor amigo. Charles me quiere tanto…

—Sabía que mi hermano era inocente. Todo lo que se dice sobre que él le robó la prometida a su amigo es una absoluta locura.

—Eso ya no importa ahora. Lo importante es que cuando vuelva, esperarán que lo haga

casado con la joven. Imagina a Charles como el esposo de alguien. Pobre mujer. No se lo deseo a mi peor enemigo; sin embargo, no me molesta que me liberen de su presencia...

—¿Cómo puedes desearle mal a mi adorado hermano?

—¿Y todavía se te ocurre preguntar eso? Tu hermano es un demente que merece casarse de esta manera.

—Aquí dice claramente que no tienen relación de ningún tipo.

—¿Un hombre y una mujer en un carruaje en un viaje largo? Cariño, no seas ilusa. Tú sabes que quizá la dama hiciera muchas cosas para conquistarlo o si no lo consigue por las buenas, es probable que lo comprometa por las malas. Tu hermano caerá en el mismo juego en el que caí y me alegro de que lo cazaran.

—Pues le responderé a esta dirección que dice aquí, al menos están en Carlisle, querido. Lo que significa que volverá pronto.

—¿Y qué le dirás para que regrese?

—Le diré la verdad. Le contaré todo lo que la gente dice sobre él. Para la mayoría, esa joven es una inocente paloma, pero, en realidad, el único inocente es mi querido Charles.

—Déjalo crecer, Dorothea. Tu hermano debe pasar por esto por todo lo que me ha hecho. El destino se lo está cobrando y yo me siento satisfecho. Espero que venga casado para que pueda burlarme de él. Me lo merezco por ser paciente con ese desgraciado.

—Gracias a él no he acabado casada con otro que no fueras tú, Adam. Ahora, si me permites, debo responder una carta importante.

Dorothea fue hacia donde Adam se encontraba sentado y con un gesto de la mano le ordenó que abandonara el sitio para que pudiera sentarse y escribir la carta para contarle a su hermano los rumores que corrían sobre él en Londres.

***

Pasaron cuatro días de su estancia en Carlisle y aún no habían dado con el dichoso mozo. Había la posibilidad de que aquel ya no se estuviese en el condado o se hubiese movido a otro lugar.

Mientras tanto, tenía que seguir en la compañía de lady Camila, a quien trataba de evitar la mayor parte del tiempo, pues cada vez que estaba cerca de ella, más la conocía y convivían. La separación podría ser algo difícil que a él no le agradaría. Lo bueno era que no habían encontrado a Matthew. En verdad no sabía si eso era bueno o malo.

Desde su habitación, comiendo su cena, él se sentía un poco solo, no tenía esa interacción que habían tenido en las otras posadas en las que estuvieron. Este lugar los mantenía alejados. No había excusa para verse si no existían novedades sobre el paradero del mozo.

La mente de Charles comenzó a pensar en una forma de acercarse a Camila para conversar.

Por más que intentara mantenerse lejos, algo dentro de él le pedía que se acercara.

Terminó su cena y se arregló un poco para ir a buscar a la joven en su habitación.

Camila, también había acabado su cena y no podía pensar en nada más que en que no sabía qué pasaría con ella en el futuro. Matthew no aparecía y eso le daba cierto alivio. Lo único preocupante era su pierna, que no la dejaba tranquila con las molestias. Antes de cambiarse la ropa para dormir, oyó unos leves golpes en la puerta.

Al abrir, ahí estaba la figura de lord Tyne, con aquel rostro desinteresado de siempre. Ese hombre parecía evitarla a toda costa, como si ella tuviese lepra. En cambio, Camila disfrutaba de su compañía, tanto, que apreciaba con frecuencia el retrato que había hecho de él.

—Buenas noches, lord Tyne —saludó.

—Buenas noches, milady —correspondió.

—¿Qué lo trae por aquí esta noche? ¿Quiere compartir su whisky?

—Qué malos hábitos tiene para ser una dama... —dijo enfurruñado.

—Si ni es para invitarme a beber, entonces, ¿qué desea?

—Pues... —Él consideró que esa no era la pregunta correcta, pues lo que deseaba era besarla hasta que quedaran sin aliento—. Quería decirle si no quiere ir a comprar algo del pueblo. Podríamos ir juntos por la mañana.

—Es la primera vez que saldremos sin la obligación de buscar a alguien... —comentó la joven.

—Pues todo parece apuntar a que el tal Matthew no se encuentra en Carlisle.

—Entonces eso significa que él se pierde de algo tan hermoso como yo —bromeó confiada.

—De lo que se ha salvado —agregó el conde con el mismo tono burlón que usaba Camila en ocasiones.

—Qué maldad de su parte, milord, aunque acepto que soy un poco insufrible en ocasiones...

—¿Así le llama a cada momento de la vida?

—Exagera, mi querido conde. ¿No gusta pasar a beber un poco de vino?

—¿Está ebria?

—No, solo he bebido una copa.

—No es apropiado que estemos bebiendo juntos en una habitación…

—¿No ha dicho con orgullo su mentira de que soy su esposa en esta ocasión?

—Sí, pero…

—Entonces, es normal que los esposos compartan habitación de vez en cuando. Es lo que mis padres hacían.

El conde sintió que la sangre se concentraba en sus mejillas y eso hacía que ardiera. Con esa impulsividad de Camila, siempre lograba avergonzarlo de manera increíble, pero divertida.

—Solo una copa —concedió Charles, sonriente, entrando a la habitación de ella.

Camila se alejó y cogió la copa en la que ella bebía y sirvió un poco más para que él también bebiera.

—Me disculpará, pero tengo una sola copa para ambos...

—Eso puede ser una ventaja de acuerdo con la situación...

—¿Cómo puede ser posible?

—Son cosas que usted no entenderá.

—Ah, se trata de algo que solo puede hacer con su amante...

—Pues, ¿se imagina bebiendo vino de los labios de su esposo? Eso no suena excitante.

—Eso suena un poco limitante.

—¿Por qué?

—Porque cree que una dama no puede ser capaz de ofrecerle lo mismo que una mujer de la vida alegre, siendo que esa decisión es propia. Depende de cada uno poder cumplir sus fantasías. Una joven como yo tiene varias y he tenido más desde que lo conocí.

¿Qué estaba diciendo esa mujer? Dentro de sí se estremeció al saber que ella fantaseaba con él de alguna manera. Deseaba saber cuál era esa forma en la que Camila pensaba sobre su persona.

—Supongo que sus fantasías conmigo son algo como que me hace callar, ¿no es así? —se burló con la intención de conocer su versión, por supuesto que esperaba que lo contradijera.

—Tal vez en ocasiones esa fue una fantasía, pero me refiero a otras… —Ella sorbió la copa de vino para después dársela a él—. Esa idea que ha dicho es inquietante, y con la fantasía de que somos esposos, eso tiene aún más sentido. Cuando lo imagino, algo en mi vientre revolotea. En mi mente, el vino cae de mis labios, y usted pasa su lengua por mi cuello como una delicada servilleta…

Charles había quedado boquiabierto y sin poder pasar el sorbo de vino que había quedado en su boca. Camila lo había dejado completamente anonadado. No podía más que imaginar esa escena y con eso, su entrepierna comenzó a arder como si estuviese a fuego fuerte en un brasero. Estaba tan erecto como una espada inglesa, lo que solo significaba sufrimiento porque no podría

enterrar aquello en ningún cuerpo y menos en el de una mujer virgen que le estaba contando sus fantasías sexuales que bien podrían ser las del mismo Charles.

Carraspeó su garganta para poder responder, pero terminó derramando un poco de vino de la comisura de sus labios. Cuando estuvo a punto de limpiarse con su propia lengua, Camila le ofreció un pañuelo impoluto.

—Antes que ensuciar eso, debería mejor limpiarlo con su lengua… —dijo de manera disparatada.

Y lo más desatinado era que Camila había cortado la distancia con él de forma atrevida. Ella era decidida.

Una copa de vino era tan mala compañía como el whisky. A Camila no le importaba nada. Si no encontraba a Matthew, su vida sería más miserable que solo ser pobre a su lado. Charles era como la comida que ella no volvería a probar después de dejar de pertenecer a la clase pudiente. Era el manjar que no había podido ver por no tener oportunidad.

—Las oportunidades y las fantasías solo se cumplen una vez… —alegó Camila que levantó su mano para llevarla hacia los labios del conde y limpiar lo que salía de sus labios. Limpió con aquella tela el líquido y con un poco de atrevimiento acarició la zona cercana a su boca.

En medio de su locura, Charles abrió la boca, atenazó el dedo audaz de la joven y lo succionó, pasando su lengua una y otra vez por aquella parte de su cuerpo. La vio cerrando los ojos y abriendo la boca como si lo que hacía la excitara. Aquello hizo que un hombre comedido como él, perdiera la cabeza. Aprovechando que ella estaba cerca, dejó la copa en un rincón y con su mano que estaba libre la acercó a su cuerpo y abandonó el dedo de ella, para centrarse en devorar su boca.

Camila estaba emocionada con lo que ocurría entre Charles y ella, sentía que el cielo estaba en la tierra cuando sus labios tocaban los de él. Al estar en contacto, todo a su alrededor se detenía. Cuando pensaba y comparaba las situaciones, se daba cuenta de que no quería ser la esposa de un mozo, sino que deseaba ser la esposa de un conde que se convertiría en marqués; no obstante, que se besaran no significaba nada. Él estaba decidido a continuar con su vida de amantes y soltería de la que tan bien hablaba, ninguna esposa se encontraba en las periferias de sus gustos. Ambos aprovechaban la oportunidad para alguna fantasía prohibida y, eso que, para una mujer de su clase, ser feliz era como un fetiche.

Se dejó llevar por la fuerza abrasadora de ese hombre que la besaba con la intención de que en verdad llegara al paraíso, porque estaba a punto de matarla por falta de aire.

Charles la llevó hacia la cama en donde se acostó sobre ella y comenzó a degustar la piel del cuello de Camila.

Capítulo 16

Esa locura que ambos estaban viviendo los llevaba hasta el lecho, en donde cualquier cosa podría acontecer.

—Imagine que le llegara a caer vino en el escote —pronunció el conde que abandonó el cuello de ella por un segundo para publicar sus ideas más ordinarias, pues él sabía que cuando la excitación mandaba, la educación sobraba.

—Eso mancharía mi vestido, ¿no es mejor que imaginemos que no tengo nada? —replicó Camila, provocadora. Respiraba con dificultad mientras intentaba seguirle el juego a Charles.

—Milady, usted no sabe lo que está haciendo. No me provoque de esta forma, pues lo que hago no es correcto.

—Desde un principio ha hecho lo correcto conmigo, milord. Le aseguro que esto que cree que es malo, en realidad es bueno. Hace cosas que son buenas, pero que parecen malas… —aseguró recordando la frase del conde.

—No use mis palabras en mi contra… —susurró antes de descender hacia el escote de Camila y hacer que ella gimiera de placer ante el contacto de sus labios, llegando al valle de sus senos.

Aquello era lo más inapropiado que había hecho en su vida. Su preceptor había sido un hombre extremadamente regio, que siempre le decía que nunca debía siquiera fijarse en una dama si no pensaba convertirla en su esposa alguna vez. Él estaba haciendo lo contrario de aquellas enseñanzas que siempre lo mantenían a salvo; sin embargo, Camila era una joven que se podría decir que abandonó a su prometido. Podía usar eso para limpiar su conciencia de las cosas que dentro de sí quería hacerle. Poseerla era como algo que necesitaba, pero que le impedía la reputación de ella. Estaba segado por lo que le esperaba si llegara a clavar su espada en la carne de esa mujer.

Mientras recorría con su boca ese escote, una de sus manos subió por la cintura de Camila hasta llegar a uno de sus senos. Ahí estrujó uno con ansias, queriendo exprimirlo como si se tratara de un fruto poderoso y enigmático. Los gemidos de ella eran cada vez más intensos, tanto que le costaba mantener a la serpiente en la bolsa.

Los gimoteos de una mujer virgen eran distintos a los de alguien con experiencia como Wendy, aquellos eran más reales, no necesitaba exagerarlos, los sentía como si fueran una experiencia inolvidable.

La joven cogió una de sus manos y la mordió para soportar las sensaciones que la invadían. No sabía hacia dónde la llevaría esto que estaba viviendo junto al conde, solo concebía que era satisfactorio para su cuerpo. No tenía idea de cómo llamar a lo que ocurría en el cuerpo, de cómo algo recorría su interior dándole pinchazos que la llevaban a fantasear más allá de lo debido.

Si no hacía algo, pronto perdería el control y la vida de ambos se vería afectada para

siempre. No quería romper ese contacto, pero si no lo hacía, estaría pasando por alto las razones de su viaje hasta Carlisle. Le dolería no poder entrar bajo esa falda y hacer cosas que para ella quizá no tuvieran nombre.

Con lentitud fue abandonando el cuerpo de Camila. Cerró los ojos por tener que hacer lo correcto.

—Mañana iremos juntos al pueblo, no lo olvide —dijo como despedida, intentando ocultar su erección. Cogió la copa de vino que había dejado en un rincón y la bebió completa antes de escapar, porque eso era lo que estaba haciendo, escapando de aquella mujer que amenazaba su vida, que le hacía pensar en mil cosas sin sentido.

Al ver que el conde se iba con rapidez, ella se sentó en la cama sin entender lo que había ocurrido. Tal vez el vino fue capaz de volverlos valientes para hablar de temas impropios. Quizá lo que bebió antes estiró su lengua para confesar su verdad e intentar conseguir el interés de él para que no la dejara en brazos de Matthew, debía admitir que deseaba enamorar a lord Tyne y ser su esposa. Junto a él no solo tendría la vida que merecía, sino también sería feliz, tal vez peleando cada día de su existencia, mas prefería a ese caballero que la consentiría pese a estar en su contra cada minuto.

Resignada, se levantó para cambiarse la prenda, sintió que su pierna ardía y una estocada de dolor parecía atravesar su rodilla. Eso ya no era algo tan convencional. Nunca había sentido así esa parte de su cuerpo. Antes no le había querido dar importancia, pero suponía que debía pensar en hacer algo. Quizá en el pueblo alguien pudiera venderle algo.

Charles llegó a su dormitorio y estiró su cara con sus manos, distorsionándola una y otra vez, arrepentido por lo que había hecho. No debió quedarse como un volcán en erupción, debió ser un desalmado y aprovecharse de la situación para acostarse con una joven virgen, pero su interior honesto lo había cambiado todo.

Debió hacer lo que su cuerpo le decía, su mente solo le producía reproches que no lo llevaban a ningún lado. Camila estaba dispuesta a entregarse, lo sintió en cada roce de su boca. Esos gemidos de placer eran incapaces de ocultar su deseo.

Para Charles ya era el momento de proponerle que dejaran de buscar a Matthew, no sabían de su paradero, de hecho, solo una persona lo vio, después nadie conocía al mozo. Todavía pensaba en qué le ofrecería a Camila. La idea de mantenerla era algo honorable, pero no sabía con qué intenciones podría hacerlo. No tenía sentido convertirla en una amante exclusiva, pues podía tener el puesto de esposa; sin embargo, esa decisión era difícil de tomar y no por estar esperando a alguien mejor. Era como un miedo instaurado en su cabeza. Al parecer tenía el mismo miedo que Steven, no quería ser infeliz. ¿Cómo saber que no estaba siendo guiado por la pasión ardiente de un momento de lujuria? Eso podría condenarlo a vivir con alguien insoportable, por más que no considerara a la joven de esa manera. Le agradaba su compañía cuando no le llevaba la contraria.

Por la mañana, los dos se encontraron en la planta baja de la posada. Sus miradas se cruzaron con suspicacia, con cada uno de ellos recordando lo acontecido la noche anterior.

En la piel de Camila, los labios de Charles todavía seguían vigentes con aquel ardor. Verlo ahí significaba revivir lo que había pasado, pero entre ellos, existía como un código de silencio, si algo ocurría no podían mencionarlo. Debían fingir que nada había pasado.

Él mojó sus labios con su lengua, como si aún se encontrara saboreando su piel, y con eso confirmaba que era un tonto de verdad.

—Buen día... —saludó Camila que caminaba con un poco de dificultad.

—Buen día, milady, ¿por qué camina de esa forma? —curioseó el conde que, por primera vez en ese tiempo que llevaban conviviendo, cogió la mano de Camila y se la llevó a los labios.

—Creo que fue por el vino de anoche —insinuó al observarlo con su mirada penetrante—. Es mentira, tengo una herida sin importancia, pero un poco dolorosa.

—¿Cree que podrá caminar?

—Si no le molesta que cojee a su lado, por supuesto que sí.

—Iremos en el carruaje y caminaremos lo menos posible para que no se canse.

—Lord Tyne es un caballero excepcional —dijo con coquetería pasando junto a él.

—No soy excepcional, solo soy educado.

—No importa lo que piense, sino lo que yo pienso.

Charles le enseñó el brazo para que ella lo cogiera y pudieran ir juntos al carruaje. Ambos iban sonrientes, observándose como verdaderos enamorados. Él comenzaba a perder el miedo de que lo vieran con Camila, pues había dicho a medio condado que era su esposa sin serlo. Eso era una locura que lo orillaba a tomar ese camino si las cosas se ponían difíciles.

—Milord… —Lo llamó el posadero con una carta en la mano.

El conde volteó al escuchar que el posadero intentaba alcanzarlo.

—Dígame…

—Hace un momento ha llegado una carta para usted. —Aquel hombre se lo entregó.

—Gracias.

El dueño de la posada regresó al lugar y Charles observó la carta antes de llevarla a su nariz. Sin ver el sello sabía que era de su hermana por el perfume.

—¿No abrirá la carta? —indagó la joven con curiosidad.

—No, temo que arruine este momento. Sé que lo que puede contener es posible que me moleste mucho y termine diciendo cosas que no debería.

—Entonces regresaremos aquí y la leerá después de recorrer el pueblo. ¿Me contará lo que

dice la carta?

—Si oye un grito, ya sabrá que usted corre peligro.

—Ah, entiendo, milord…

La ayudó a subir al carruaje para partir.

Ciertamente, Charles quería revisar el contenido de la carta de su hermana; sin embargo, le importaba más estar en compañía de Camila. Verla sonriente, coqueteando, era algo que le agradaba. Distaba mucho de la imagen que había tenido aquel cercano primer día de viaje en que no dudaría en pasar sobre él para quedarse con el arma. Él también sentía que había cambiado al estar junto a ella, le había cogido cariño y había empatizado con su situación, aunque sin apoyar lo que ocurría.

Llegaron hasta una parte del pueblo en la que no podían seguir avanzando con el carruaje, por lo que tuvieron que hacerlo a pie.

Camila soportaba las molestias con una sonrisa. Cualquier dolor desaparecía en compañía de Charles, a quien no podía dejar de observar con admiración. Dentro de ella, una voz le decía que se arrojara a decirle que le agradaba más de lo deseable y que deseaba ser su esposa, mas le temía al rechazo porque sabía lo que él buscaría en el futuro para su compañera, quería una mujer sumisa y ella no era así, por algo estaba en esa situación.

—Mire, joyas… —comentó Camila al pasar frente al local de un artesano—. No podré aspirar a esas joyas. No tuve la oportunidad de lucir ninguna, ni de bailar en un salón viéndome espléndida.

—Venga… —Él la estiró para llevarla dentro del lugar.

—Pero…

—Venga —insistió.

Entraron al lugar y encontraron al artesano golpeando los metales valiosos para moldearlos y convertirlos en alguna joya imponente.

—Oiga, señor —lo llamó Charles con determinación.

Aquel señor levantó la mirada y fue con presteza para atender a esas dos personas elegantes.

—¿En qué puedo ayudarlo?

—¿Cuáles son las joyas más caras que tiene?

El joyero no le mostró ninguna de las que estaban exhibidas, sino que fue a la parte trasera de su tienda y llevó varias cajas de madera para que escogiera lo que le gustara.

Los ojos de Camila aún no podían asimilar lo que estaba viendo. El conde había enloquecido o tal vez quisiera comprar alguna joya.

—Milady, acérquese y escoja la que guste... —la invitó Charles. ¿Por qué luchar contra lo que le pedía su interior malgastador?

Ella se acercó a él y le habló junto al oído.

—No podemos pagar eso con el dinero que nos dio lord Northland.

—No lo haremos con esa miseria. Le obsequiaré lo que escoja. Mi administrador se encargará de todo.

—No me tiente de esa manera. Usted hace las cosas con una inusitada malicia, sabe que quizá pronto tenga que vivir en la pobreza…

—¿Acaso encontramos al mozo? No, y considero que debería ir teniendo otro plan en caso de no hallarlo.

Ignoró eso último y comenzó a mirar las joyas. Todas eran maravillosas y para ella era imposible escoger solo una, aunque se arriesgó por los zafiros.

—Este collar es hermoso… —comentó.

—Entonces, señor, coja todo lo que sea de ese material y haga un juego.

—Me llevará unos minutos. ¿Esperarán o regresarán después?

—Milady y yo recorreremos el pueblo, pues estamos de paso.

El hombre asintió y ambos salieron de la joyería.

—Solo escogí el collar, milord —le reprochó.

—¿Por qué no puedo agregarle más cosas a su obsequio?

—Porque ni siquiera sé en donde las usaría.

—Tal vez escapemos a alguna velada y podamos bailar —alegó Charles.

Los dos rieron, hasta que Camila dejó de hacerlo al ver a alguien conocido entre la gente.

Lord Tyne miró hacia donde ella también lo estaba haciendo y por la descripción tan zafada que había hecho del mozo, supo que aquel era Matthew.

Capítulo 17

Ninguno de los dos esperaba encontrar ahí a Matthew, al menos Charles estaba resignado a que ese hombre se había ido y todos le perdieron el rastro.

—Me parece que está bien vestido para ser un mozo —opinó Charles—. ¿Cómo lo ha reconocido? No ha guardado nada en su imaginación.

Ella no sabía qué hacer, si salir corriendo o quedarse ahí y hablarle a ese hombre que, como había dicho lord Tyne, no parecía un mozo. Camila observó a Charles y sabía que, pese a todo ese acercamiento, era inalcanzable. Debía olvidarse de él e ir a hablar con Matthew.

Cuando el conde sintió que ella lo soltó y fue hacia el hombre, algo dentro de él se quebró. No creyó que lo dejaría tan pronto y de esa manera tan abrupta. Ella lo dejaba como si no valiera nada, pero de todas formas la siguió para protegerla.

—Matthew —lo llamó Camila, pues él parecía no haberla visto.

Matthew se quedó petrificado al oír la voz de Camila.

—Milady… —dijo con voz temblorosa, retrocediendo.

Al notar eso, Camila entendió que aquel no era tal como lo recordaba en el aspecto sentimental. Ella no sentía nada al verlo, ni siquiera reconocía esa mirada.

—He venido a buscarte —confesó—. Pensé que estabas en peligro. La señorita Clapton dijo que cualquier cosa que hiciera podría causarte la muerte.

—Yo debo irme…

—Espere, ¿está oyendo lo que dice? —interfirió Charles, indignado, al notar que aquel la evitaba.

—No estoy interesado en saber de ella.

Aquello no fue solo un golpe duro para Camila al oírlo hablar así, sino también para Charles, cuya indignación se desbordaba por sus poros.

—¿Cómo se atreve a decir semejante cosa? —increpó Charles que se acercó para cogerlo de la ropa—. Ha hecho todo lo inimaginable para llegar aquí junto a usted.

—Eso no es asunto mío —masculló tratando de soltarse del agarre de Charles.

—¿Por qué, Matthew? —preguntó Camila, sorprendida.

—Porque no la necesito. Estoy bien así. He cogido el dinero que no era nada despreciable que me dio su hermano y ahora me casé con una dama acaudalada. Suélteme…

Los rostros incrédulos de Charles y Camila eran difíciles de ocultar. Estaban consumidos

por la confusión de la situación.

—Joseph —lo llamó una mujer elegante—, ¿todo está bien?

—Sí, querida. Son viejos conocidos de Londres. Fue un placer… —se despidió Matthew y se retiró en compañía de su esposa.

Camila se quedó inmóvil, viéndolo irse y Charles se acercó, colocó ambas manos en los hombros de ella y la joven se desmoronó entre lágrimas. Lo peor para él era ver llorando a una dama. No sabía consolar a nadie, no la conocía para poder saber lo que podría animarla.

—No llore por él, es evidente que su amor no era correspondido. Son cosas que suelen ocurrir, milady… —citó como consuelo para Camila.

—No lloro por eso, sino porque todos tenían razón, él solo quería mi dinero. Ahora se casó con una heredera rica. Julian le dio lo que esperaba sacar de mí. No sé si me salvó por amor o por obligación.

—La forma de actuar que tenemos los hermanos mayores a veces es un misterio.

—Ahora no tengo un horizonte de vida, no hay nada que pueda hacer. Usted sabe que mi esperanza era ese matrimonio, pero se ha perdido. He huido por nada, tomé una mala decisión al abandonar Londres, debí mantenerme firme y no confiar en alguien como Matthew…

—O Joseph, no sabemos cómo se llama en realidad. Es esa la razón por la cual no lo hemos podido encontrar en este lugar. Él sabía bien lo que deseaba y lo consiguió.

—Me duele saber que no significo nada para muchas personas. No tengo un lugar en el mundo. Me he quedado sin oportunidades, sin prometido y sin dinero… Creo que haber encontrado a este mozo hizo que por fin pisara tierra y dejara esa nube en la que vivía. La realidad me hace daño.

—Regresemos a la posada para conversar y le llevaré las joyas después…

—No quiero hablar, deseo estar sola un momento. Lo veré en la posada.

Tuvo que dejar que ella se fuera sola. La vio perderse entre la gente, cojeando. Él no podía desentenderse de ella, debía ayudarla y no sabía cuál era la mejor manera sin comprometerse a nada, sin ilusionarla. Era evidente que ella deseaba un matrimonio y quizá no lo consiguiera.

Continuó haciendo lo suyo en el pueblo, pero sin dejar de pensar en Camila y en la expresión de derrota de su rostro. La desolación en su mirada había sido algo que nunca imaginó que le ocurriría.

Subió al carruaje con las joyas que le había comprado a ella y también unos listones, tal vez eso la animara un poco en medio de su angustia y se dirigió a la posada, no sin antes darle la orden al cochero de que mirara por los alrededores para encontrar a la joven y llevarla si hiciera falta.

Tenía con él la carta de Dorothea. Sin más dilación la abrió para leer.

Mi querido Charles,

No puedo creer lo que ha ocurrido y lo lamento por ti. Tu buen nombre ha caído en desgracia y es señalado por haber sido desleal con tu amigo, lord Northland. En Londres no se ha dejado de hablar de tu envidia hacia él y que por eso te robaste a su prometida, seduciéndola con palabras que solo un verdadero sinvergüenza diría.

Regresar aquí, soltero, no te servirá, salvo que ella aparezca casada con otro. Tal vez lo mejor sea que vayas a Bath hasta que las aguas calmen. Sería insensato ser expuesto al escrutinio público, de la misma forma en la que nos ha afectado a Adam y a mí.

Espero noticias tuyas muy pronto, querido hermano. Adam te manda un abrazo fraternal de esos que les encanta darse.

Atentamente.

Thea.

Lo sabía, siempre lo supo. Había arruinado su vida acompañando a esa mujer. Sentía rabia, ira y desprecio hacia Camila por condenarlo a ser señalado por sus pares. Lo juzgaban por desleal, cuando él estaba ahí por lealtad.

Quería coger a la joven e increparla, decirle que él siempre había tenido la razón sobre lo que había ocurrido. Deseaba olvidar toda la compasión que sentía por ella y señalarla como la única culpable de su desgracia. Tal vez una discusión fuera lo que Camila necesitara para olvidar a desgracia que había descubierto ese día.

Llegó a la posada un poco enfadado, pero tuvo que calmarse para no enloquecer.

—¿Milady ha llegado? —preguntó al posadero.

—No, milady salió con usted.

—Sí, pero me dijo que me adelantara y que nos veríamos aquí.

—Pues ella no ha regresado…

—Le diré al cochero que la busque por la ciudad.

Respiró antes de ir junto al cochero. Estaba un poco agotado por lo que había leído.

—Oiga, ¿puede ir a buscar a milady? No ha regresado.

—La buscaré, milord. No se preocupe.

—Sabe que le pagaré todo este tiempo que le hago perder aquí, solo quiero asegurarme de que esa criatura insensata pueda salir adelante.

—Lo sé, milord. Estoy aquí para seguir sus órdenes. Lo que ha mandado lord Northland se ha cumplido.

—Gracias.

Regresó a la posada y fue a su dormitorio con las joyas. No sabía si hacía bien o mal al dárselas, pero creía que lo merecía y más después de lo que se había enterado.

***

Camila vagaba por las polvorosas calles del pueblo. Al menos sabía a la perfección en dónde se encontraba la posada, y podría llegar junto a lord Tyne. Se sentía mal al notar que había sido torturada en vano, por un amor que nunca existió y que su sacrificio de ir hasta ahí fue sin beneficio alguno, arrastrando al conde hasta ahí solo para hacerse ella misma otra herida en el corazón.

El dolor de su pierna se hacía cada vez más insoportable a medida que se acercaba a la posada. Comenzaba a sentir escalofríos y su visión se distorsionaba. Cayó al suelo en medio de unas personas perdiendo la conciencia.

El cochero que envió el conde pasaba por el lugar y vio a una multitud reunida alrededor de algo. Cuando fue a curiosear, vio a la dama en el suelo y se apresuró a abrirse paso entre ellos.

—¡Milady! —exclamó cogiéndola en brazos—. ¡Que alguien me abra la portezuela!

Otros curiosos lo ayudaron a subir a la dama en el carruaje y aquel a toda prisa la llevó hasta ahí.

Charles estaba en su habitación, ajeno al revuelo de lo que ocurría con el cochero y el posadero al encargarse de la joven. Los dos la llevaron al dormitorio y después el dueño del lugar golpeó la puerta con presteza.

El conde miró con malos ojos hacia la puerta por la violencia que alguien ejercía en ella. Al abrirla, encontró al posadero.

—¿Se le ofrece algo?

—Es su esposa. El cochero la ha traído desmayada, milord.

—¿Cómo desmayada? ¿En dónde está?

—En su habitación…

Sin dudarlo ni un segundo, Charles fue al dormitorio de Camila, abrió la puerta y la encontró tendida y pálida en la cama. Sus planes de reclamarle algo podrían quedar para otro día.

—¿Qué le ha pasado? —indagó confundido.

—No lo sé, milord, la encontré en la calle. Un montón de curiosos estaban reunidos en círculo y fui a ver, la encontré desmayada. Su piel arde…

Tocó la piel de la joven y lo que había dicho el cochero era verdad. Giró sobre sus talones y miró al posadero.

—Necesito un médico ahora mismo... —mandó.

—Le digo a su cochero en donde encontrarlo.

—Hágalo.

Estaba preocupado por ella. Quería saber la razón de su repentina enfermedad. ¿Qué podía ser? Después recordó que ella había dicho algo de su rodilla. No quería levantarle la falda, pero hacía falta que lo hiciera para corroborar aquello. Al observar una compresa húmeda en esa parte de su cuerpo, supo que esa debía ser la razón por la que había caído enferma.

Temía seguir averiguando más, pero lo importante era asegurarse y dar la mayor información a quien la trataría. Quitó la compresa y vio con horror una herida que estaba en carne viva, con mucho líquido. No conocía a personas que sobrevivieron a heridas similares, por lo general, los individuos morían por la fiebre. No había esperanza para esa clase cosas.

Dejó la herida al descubierto y fue había donde estaba la parte superior del cuerpo de ella.

—Milady, despierte —dijo intentando despertarla, pero ella no reaccionaba.

—Le traeré unas sales, milord. —El posadero miró la herida y después fue a buscar lo que había dicho.

Se tomó el rostro sin saber qué hacer. ¿Qué haría con ella en esas condiciones? Solo le quedaba que el posadero le llevara lo que había dicho para mantener despierta a la joven. Después de unos minutos, aquel hombre regreso con lo que le había dicho. Charles tomó las sales y las pasó por la nariz de Camila.

Cuando abrió los ojos, Charles notó en ella la mirada de enfermedad, aquel brillo y las pupilas dilatadas.

—Milady... —murmuró cerca de ella.

—¿Qué ha pasado? Me duele todo el cuerpo y más la rodilla. Estaba yendo a la posada...

—Cayó desmayada. Debió decir algo sobre esa herida. Hicimos un largo trayecto y ni siquiera lo mencionó.

—Todo estará bien, yo puedo...

—Usted no puede nada. Vendrá un médico a verla. Con suerte saldrá con vida de esta situación.

El posadero cerró la puerta y se retiró para que aquellos pudieran conversar.

—Lo mejor es que me muera, lord Tyne. No tengo nada que hacer. Mi vida no vale nada. No tengo un candidato, no puedo regresar a Londres con mi familia...

—Yo tampoco puedo regresar por su culpa. Todos piensan que yo la rapté por envidia a Steven. He quedado como el ser más desleal y traicionero que nació en este país.

—Por mi culpa usted sufre. ¿Se da cuenta de que es mejor que me muera? Si esta herida lo

hace es porque está en mi destino. No hay nada para mí una vez que usted y yo separemos nuestro camino.

Capítulo 18

—Deje de decir tonterías. Hablaremos de eso una vez que la vea un médico. Quédese despierta —ordenó Charles que trataba de mantener la calma.

Ella guardó silencio, pero al poco tiempo volvió a quedar inconsciente. Charles deseaba que ese médico apareciera lo más pronto posible para que le dijera qué hacer con ella.

Una vez que el hombre se presentó en el dormitorio, también quedó sorprendido por la herida que aquella tenía en la rodilla. Él la revisaba ante la atenta mirada de Charles. Al conde le torturaba ver que el hombre negaba con la cabeza a cada paso que daba y en cada lugar que tocaba.

—¿Puede decir algo de cómo está? —inquirió el conde que necesitaba saber algo.

El médico fue caminando hacia la puerta y Charles lo siguió.

—Quizá su esposa no pase la noche, milord. Esa herida está infectada y eso se ha esparcido por todo su cuerpo. ¿Cuántos días lleva de esa manera?

—No lo sé, tal vez más de una semana.

Aquel hombre volvió a negar con la cabeza ante la mirada de Charles que comenzaba a molestarse por ese gesto.

—Es demasiado tiempo. Puede morir esta noche o mientras le corto la pierna, ¿qué prefiere usted?

—¿Cómo que qué prefiero? ¿Qué pregunta es esa? ¡La quiero viva, sana y entera! ¿Le quedó claro?

—Soy médico, no Dios. No hago milagros.

—¿Cuánto dinero quiere para hacer ese milagro?

—Milord, no es cuestión de dinero.

—Probará todo lo que sabe y gastará todo lo que se tenga que gastar para que ella se salve con cada parte de su cuerpo intacto.

—Haré lo que pide, pero no estoy seguro de poder lograrlo.

—Haga todo lo que esté a su alcance.

Se alejó del médico y fue a tomar la mano de Camila para después dejar un beso al dorso. Aquel contacto estuvo a poco de quemarle los labios. No quería perder a la joven de esa manera tan triste. No al menos sin decirle que él se encargaría de ella y que siguiera adelante. No había soportado tanto para morir en esas condiciones.

La limpieza de la herida fue lo que más tiempo le había llevado al médico porque lo hacía con mucho cuidado de no despertar y hacer sufrir a la joven, pese a que le dieron láudano.

Charles, mientras tanto, tenía un paño húmedo con el que recorría la frente de ella y para ayudar a bajar la fiebre. Tenían muchas cosas alrededor como romero, miel, ajo y caléndula. Todo eso debía servir para preparar emplastos para la herida. Al menos no le cortarían la pierna. Eso ni siquiera pensaba discutirlo, pues no tomaría una decisión semejante que pudiera arruinar la vida de ella si llegara a sobrevivir.

La miraba abrir los ojos con frecuencia, pero no decía nada. Era probable que con esa mirada pidiera que la dejara morir, aunque no lo haría. Prefería escucharla enfadada, reprochándole eso que había hecho para mantenerla en el mundo de los vivos.

Sin que él se diera cuenta, se hizo de noche. Las velas eran las únicas compañeras de Charles y del médico. A ese hombre le dieron una habitación, mientras el conde, como el esposo más abnegado del mundo, permanecía ahí controlando su temperatura.

Nunca imaginó estar haciendo algo así por una dama. Con eso se dio cuenta de que sus pensamientos cambiaron sobre lo que debía ser una esposa para él. Esa joven estaba arruinada en casi todos los aspectos, pero él permanecía a su lado, deseando que viviera, que no lo dejara. ¿Qué significaba eso? ¿Que debía proponerle matrimonio y esperar que eso no fuese un error garrafal? Tal vez así fuera.

En el momento en que sintió que la piel de la joven tenía una temperatura normal, él pudo estar tranquilo, aunque también eso sirvió para que se percatara de que ya había amanecido. Pasó toda la noche despierto, sin sentir el esfuerzo. El médico regresó a la habitación de Camila y volvió a empezar con la limpieza de la herida, al igual que proporcionarle un preparado del boticario para que pudiera ayudar a la recuperación.

—La fiebre parece haber retrocedido —dijo el médico.

—Es una buena señal, ¿no es así?

—No podemos saberlo hasta que usted deje de ponerle las compresas de agua.

—Usted debería darme esperanzas...

—Milord, en ocasiones las personas que amamos se van. Sé que es devoto de su esposa, pero que la fiebre descienda, no significa que estará a salvo, debemos esperar un par de días a ver cómo evoluciona. Ahora debería ir a dormir para ayudar después. No puede estar desvelado o al próximo que atenderé será a usted.

No confiaba en dejar a Camila con absolutamente nadie. No quería que ella muriera y para él, dejarla sola significaba abandonarla. No quería hacerlo. Comenzaba a extrañar su sarcasmo y sus burlas. La mujer que le habló con tanta fiebre ni siquiera podía ser la misma dama decidida, optimista y soñadora que conoció en aquel accidentado viaje en carruaje. A ella la habían condenado sus ideales y un amor no correspondido. Lo que había notado era que un mal amor podía ser capaz de arruinar la vida ajena. Camila lo arriesgó todo por nada, una simple ilusión, un engaño y la codicia de un ser humano que se vio recompensado sobre el dolor de una inocente

mujer engañada.

Fue a su habitación, pero no podía dejar de pensar en ella y las injusticias que había vivido. Él no podía ser tan miserable para dejarla a la deriva. Se casaría con ella apenas saliera de este terrible episodio de su vida. No podía tenerle más miedo al matrimonio que a la muerte. Tampoco sería el peor sacrificio del mundo si se sentía demasiado atraído hacia ella, solo que no debía hacer que Camila notara su interés por su persona. Prefería que pensara que era amable porque era una dama y eso le dejaría claro más adelante: que el matrimonio que tendrían no sería por amor, sino por conveniencia para ambos. Ella necesitaba un esposo y él tarde o temprano debía escoger una.

Cuando el cansancio pudo más que sus pensamientos, Charles se rindió y descansó un par de horas antes de regresar a cuidar de Camila.

Pidió un poco de comida que comió tan rápido que ni siquiera había sentido el sabor de lo que metió en su boca.

—¿Cómo sigue? —preguntó al médico antes de acercarse a ella y volver a tomar su mano.

—No ha empeorado y eso sí es una buena señal. Lo mejor es no despertarla para que no sienta molestias en cada una de las limpiezas que le hago.

—Entonces hay esperanzas de que mejore. Me tranquiliza un poco más que usted lo asegure.

—Debe tener paciencia. Iré a comer y después regresaré, milord.

—Hágalo, yo la cuidaré.

El hombre se retiró y Charles se sentó junto a ella.

—Mejórese, milady, tengo una buena noticia para usted. No sé si le gustará o quizá pueda asustarle. Le diré que quizá sus fantasías y las mías se concreten. Si logra salir de esta situación echaré tanto vino en su ombligo que dejaré que caiga a su monte de Venus, en donde lo beberé con gusto...

Mientras Charles le contaba aquello para hacerle sentir mejor, Camila se encontraba en medio de un sueño largo. Parecía ser una simple observadora de las acciones que ocurrían a su alrededor. Paseaba por su casa, bajó corriendo las escaleras como si aquel lugar fuera un oasis de paz. Se sentía feliz y no comprendía la razón.

Fue hacia el jardín y ahí distinguió la elegante figura de lord Tyne. Ella suspiró y tragó saliva antes de dirigirse a él.

—Lord Tyne... —habló con calidez.

—Milady...

—¿A qué se debe su grata visita?

—Quería darle un anillo de compromiso. Usted y yo nos casaremos.

—Pero no cree en el amor...

—No creía en eso hasta que la conocí.

—No estoy cerca de ser lo que espera...

—Para mí es más importante los sentimientos que tengo por usted. La amo...

—No me diga eso, siento tanta vergüenza, porque yo también lo amo y no quería decírselo por temor a ser rechazada.

—Ha sido una tonta al pensar en eso. ¿Quién es aquella persona?

En su sueño, Charles señaló hacia la puerta de la casa. La sombra negra y de ojos rojos correspondía a su institutriz, la señorita Clapton.

—Es mi institutriz, huya ahora mismo.

—No, no la dejaré aquí.

—Ella es muy mala. Lo golpeará...

Al girar sobre su eje, Charles había desaparecido y todo a su alrededor se oscureció.

—Es momento de regresar a su habitación y arrodillarse para que aprenda a ser obediente. Ese hombre no le conviene, es un libertino, un mujeriego que lo único que quiere es jugar con un usted.

—¡No es cierto!

—Venga conmigo... —Aquella sombra la cogió y ella no podía escapar.

—¡No! ¡Suélteme!

—¡Milady, milady! —exclamó Charles al intentar atajarla. Aquella se movía en la cama como si alguien le estuviera haciendo daño. Cuando aquella abrió los ojos, en ellos había notado el horror de una pesadilla—. ¿Está bien?

—La señorita Clapton me atrapó y me hará arrodillarme hasta que me duelan y sangren mis rodillas...

—Fue solo una pesadilla. Está aquí, conmigo. —Él le tocó la mano y supo que la fiebre había regresado y esta vez con más fuerza.

—Siento frío...

Después la soltó y le acercó el láudano para que ella volviera a descansar y después la cubrió con una manta hasta el cuello.

—Aquí me quedaré para abrigarla, descanse, milady.

—¿No cree que si se recuesta a mi lado me dará más calor?

—No es momento de fantasear conmigo y querer aprovecharse de la situación.

—Lo leí en un libro de botánica...

—Definitivamente no pudo haber leído eso en un libro así, debió ser uno de biología.

—Los dos empiezan con la letra B. Pude confundirme... —Ella hablaba con los ojos cerrados.

Él no pudo resistirse al pedido de ella y fue a acostarse junto a Camila. Le puso uno de sus brazos encima para reconfortarla.

—¿Se siente mejor? —curioseó Charles.

—Sí...

Al terminar de responder, ella había caído en los brazos de Morfeo otra vez. Lo mejor para la joven era mantenerla dormida. El conde se quedó en esa posición un largo rato, hasta quedarse dormido junto a Camila.

En los cuatro días que siguieron, el doctor le había dicho que Camila pronto estaría recuperada. Para ese tiempo, también había llegado su administrador para pagar todas las cuentas que tenía en los pueblos y le dejó una fuerte cantidad de dinero para que siguiera gastando. Con lo que tenía en sus bolsillos podría comprar una casa y hasta un carruaje. Charles estaba previendo cualquier necesidad que pudiese tener su acompañante.

Cuando fue a la habitación de ella, como todos los días para cuidarla, la encontró vestida, sentada frente al tocador, tratando de darle forma a su cabello.

—Me veo un poco desmejorada —comentó la joven que tapó su rostro para que Charles no la viera. Lo había distinguido por el reflejo en el espejo.

—Tal vez solo está un poco pálida. ¿Qué hace levantada?

—Me siento muy bien y considero que puedo estar despierta...

—No es lo que ha dicho el médico.

—Se me entumece el cuerpo en esta cama. ¿Puede dejar que me arregle un poco? No quiero que me vea así.

—Ha perdido mucho peso y está pálida, eso no lo puede mejorar ni si se sienta dos horas en ese tocador.

—Quiero que me recuerde hermosa.

—Usted sigue siendo muy hermosa. No ha perdido el encanto, aunque la próxima vez

podría lavarse la herida con el whisky y no bebérselo. Se hubiese evitado todo esto y la opción de cortarle la pierna.

—¿Cómo que cortarme la pierna? —inquirió exaltada.

—Eso quería hacer el médico en caso de que fuera necesario salvar su vida, pero no lo permití. Preferí que aquel hombre experimentara cualquier otro tratamiento.

—Usted es mi ángel, lord Tyne. He soñado tanto con usted.

—No soy ningún ángel. No quiero que me cuente sus sueños. ¿Tengo ropa en ellos?

—En cada uno... —Rio al contarlo—. Quiero bajar a desayunar en su compañía.

—Es mejor que desayune aquí.

—Iré con o sin usted, ¿lo sabe?

—Lo sospechaba.

Capítulo 19

El conde fue a esperar a lady Camila en el comedor. Debía aprovechar que ella se sentía con vida. Al sentarse para desayunar, Charles vio a un hombre joven acompañado de muchos sirvientes. Aquellos parecían buscar a alguien. Algo dentro de él le indicaba que los estaban buscando, al menos a Camila.

Se levantó con lentitud y sin llamar mucho la atención para dirigirse a la planta alta y coger su arma. Era un tonto por no estar acompañado de algo tan importante si estaban en plena huida.

Por el camino encontró a Camila.

—¿Por qué regresa? —curioseó la joven que había logrado arreglarse.

—Porque tengo un presentimiento… ¿Cómo logró tener color en las mejillas?

—No querrá saberlo —replicó al recordar que se había pellizcado las mejillas muchas veces para que tuviera ese sonrojo.

—Regresando a lo que estaba diciendo. Hay un grupo de personas recién llegadas, un joven elegante con sus lacayos.

—¿Cómo es ese joven?

—Ojos ambarinos...

—Entonces es mi hermano. ¿Qué haremos? Debe estar buscándome para matarme.

—Venga a mi habitación...

Él la cogió de la mano para llevarla hacia ahí, mientras tanto, Camila no dejaba de mirar hacia atrás. Se sentía nerviosa.

Una vez dentro del dormitorio, ella recorrió el lugar, alterada. Apenas había salido viva por una herida mal curada.

—No dé tantas vueltas, me pone nervioso...

—Es que yo también lo estoy. Él nos matará.

—No soy ningún estúpido y menos un novato. —Cogió su arma que estaba cargada.

—Espero que no piense matar a mi hermano.

—Me importa más defender nuestra vida. No pasé noches en vela solo para verla morir. No pasaré por tal absurdo.

—¿Le importo, lord Tyne?

—Usted sabe que de vez en cuando cogemos cariño a cosas que nos molestan.

Ella se sonrojó y se sintió halagada. Esas palabras eran mucho para lord Tyne que no acostumbraba a tratar con personas que le imponían.

—Me hace sentir tan bien...

Charles se sonrojó por lo que ella le decía y trató de ocultarlo para que Camila no lo notara.

—No sé cómo escaparemos. Hay una sola salida y ellos están ahí. Abriremos fuego en caso de necesitarlo. Mi administrador me ha traído más balas.

—¿Su administrador?

—Sí, han pasado cosas mientras usted casi tarda una semana en reponerse. También tengo las joyas que eligió...

—Oh... ¿Si llego a morir me hubiese enterrado con las joyas?

—No, a los gusanos solo les sirve usted y no las joyas.

—Es usted un patán, pero muy inteligente. Creo que aquí nos encontrarán sin duda. El posadero sabrá que no soy su esposa y comenzará a correr un río de sangre.

—Basta de su imaginación, ¿está bien? Aquí no pasará nada de eso. Usted y yo seguiremos nuestro camino.

—Milord, no hay ningún camino. La búsqueda ha sido en vano. Matthew no es quien decía ser. Ahora estoy peor que antes, aunque no me permito desfallecer, porque sería una carga aún más pesada para usted que me soporta.

—No intente congraciarse conmigo. Hay salidas. He pensado en que podríamos negociar.

—¿Con quién cree que negociará? Esta gente no habla, solo golpea. Tenga cuidado de no confiarse demasiado. Piense bien en lo que hará cuando tenga frente a frente a alguien como Julian.

—¿Puede confiar en mí? No pienso entregarla por nada del mundo, ¿escuchó?

—Solo no quiero que le hagan daño.

—Puedo defenderme, créame... —Él le entregó una sonrisa confiada y la vio sonreír con ánimo y orgullo.

—Entonces confiaré en usted. No me ha dejado dudas de que es un verdadero caballero al servicio de una dama...

Oyeron que golpeaban la puerta de Camila, entonces Charles se acercó a la suya para intentar oír. Camila tenía ambas manos en el pecho, esperando que no ocurriera algo terrible. Después de unos minutos, les tocó el turno a ellos. Esas personas habían llegado hasta ellos con

solo Dios sabía qué intenciones.

—¿Negociación o enfrentamiento? —preguntó el conde con el arma en la mano.

—Negociación... —Ella miraba a Charles con la mirada de la esperanza. Confiaba en lo que él le decía y por eso abrirían la puerta.

El conde se arriesgó y entreabrió.

—¿Qué desean?

—Buscamos a Camila. Sé que está aquí. Solo ella puede hacer tantas tonterías para llamar la atención hacia ella misma —contó Julian.

—Julian —pronunció con valentía.

Su hermano empujó la puerta y entró a largas zancadas. Le dio una fuerte bofetada a Camila y eso la tiró al suelo. Charles tenía los ojos tan abiertos que al reaccionar él solo quería sangre.

Sin mediar palabra le dio un puñetazo con fuerza.

—¡Mientras yo viva, nadie tocará a milady!

Pese a su dolor, ella seguía sintiendo aún más admiración por Charles. Él tan valiente que no podía más que sentirse seducida por todo el conjunto de lo que él era.

Aquel joven se limpió la comisura de los labios, pues estaba sangrando.

—No puedo creer que abandonaras a tu prometido por venir aquí en compañía de este... —Julian lo miró con desprecio.

—Vine aquí creyendo que me encontraría con el amor de mi vida...

—¿Quién? ¿Matthew? Por favor... Estaba enamorado del dinero que podría quitarnos por ti. Es una rata. Menos mal que me deshice de él.

—¿Por qué no me lo dijiste? No hubiese dejado lo que tenía en Londres por una ilusión.

—Si hubieses usado tu sentido común, no hubieras hecho tal tontería.

—Deje de insultar a lady Camila. Ustedes no han sido honestos y ella ha tenido que descubrir la verdad que les fue tan difícil de decirle —escupió Charles que no toleraba que insultaran a la joven.

—Sé quién, sinvergüenza. Usted junto a ese otro conde no son más que escoria. No estaba de acuerdo con el compromiso para ella en el pasado y ahora, por su culpa, Camila no podrá regresar estando en la boca de todo el mundo relacionada con el amigo del prometido. Es vergonzoso. No puedo creer todo esto. No hay forma de salvarte, Camila.

—¿Crees que no lo sé? ¡Por supuesto que sí! No tengo nada ni a nadie, pero no moriré, ahora dime, ¿por qué estás buscándome si no tengo solución?

—No hablaré frente a este caballero —alegó Julian.

—¿Teme que le coloque bien la boca para recordarle que está hablando con una dama? —increpó Charles que tenía a ese hombre atravesado en la garganta después de haber golpeado a Camila.

—No es un asunto de su incumbencia, es algo familiar —escupió Julian que tampoco era un gran devoto de lord Tyne.

—Milord, quédese cerca, por favor —pidió Camila que con eso le indicaba que podía retirarse para que ella pudiera hablar con su hermana.

A Charles no le había gustado esa idea, pero acató el pedido de la joven y, en efecto, se quedaría cerca por si necesitaba ayudarle con algo.

Una vez que el conde se retiró, Julian miró a su hermana.

—Has decepcionado a nuestra familia, hundiste nuestro buen nombre para huir con este hombre para encontrarte con otro. No tienes moral —arremetió en contra de Camila.

—No tendré moral, pero tengo corazón.

—¿Y de qué te sirve? El mozo solo quería dinero, te has quedado sin nada. ¿A qué aspiras a hora? ¿Te convertirás en una prostituta, modista, doncella o institutriz? O quizá pretendes que quien te acompaña se case contigo… —Julian rio.

—Tal vez pueda ser cualquiera de las cosas que has dicho con anterioridad; sin embargo, no puedo aspirar a tanta felicidad deseando casarme con lord Tyne.

Detrás de aquella puerta Charles oía todo lo que aquellos estaban diciendo y no le importaba que los lacayos del hermano de Camila estuviesen observándolo mientras lo hacía. Lo que ella había dicho, era una señal de que el matrimonio debía llevarse a cabo por el bien de ambos.

—¿Casarte con ese mujeriego, libertino, arrogante e ignorante? Por favor…

—No lo conoces para decir esas cosas. Lord Tyne me ha cuidado con tanta devoción estos días en los que casi muero por culpa de una herida que me ha causado la tortura de la señorita Clapton. Dejaron que ella hiciera conmigo lo que quisiera. Me odiaban tanto que creo que haber muerto era lo mejor para mí.

—¿Es por lo que estás pálida y delgada?

—Estuve a punto de morir o de que me cortaran una pierna gracias a todos ustedes.

—Yo no apoyaba eso. Quería que entendieras que lo mejor era alejarte del mozo.

—No es momento para justificarte. No me ayudaste porque temes perder tu lugar privilegiado en la casa. Te horroriza pensar que nuestro padre pueda dejar de considerarte lo mejor y que terminaras siendo, como yo, un fracaso.

Julian guardó silencio por un instante, sopesando lo que su hermana le había dicho. Era cierto que no había sido capaz de defenderla y que, de hecho, era parte de ese mundo cruel en el que ella vivió.

—Toma. Te traje dinero. Lo mejor es que lo tomes y te vayas de Inglaterra. Mi padre ha previsto hacer un funeral para ti, entonces me ha enviado a buscarte para darte esto y que no intentaras regresar. Todo será muy conveniente…

Camila rio con decepción. Su familia no cambiaría. Preferían su reputación a la vida de su hija.

—Lo tomaré para que sean felices. Nada me haría regresar ahí. Menos mal que solo estás aquí para darme el dinero y no para matarme o que alguien más lo hiciera.

—Nadie quiere matarte. Saca eso de tu cabeza. Sabes lo importante que es el buen nombre para mi padre. Está decepcionado con lo que has hecho, no estaba ilusionado con la idea de un yerno, pero sí con las buenas relaciones que un matrimonio tuyo podría llevar para él.

—Lo sé. Gracias por tu sinceridad. —Ella cogió la bolsa de dinero que aquel le entregaba.

—Recuerda que no puedes aparecer por Londres para pedir nada nunca. Si tienes necesidad escribe una carta a mi nombre. Me quedaré aquí unos días para descansar y regresar a casa.

—Correcto. Espero no necesitar de ustedes más adelante.

El hermano de ella salió de la habitación y ahí se encontró con el conde de Tyne.

—No se quede con ella en una habitación, es inapropiado —alegó el hermano.

—Pues pronto dejará de serlo. Es mejor que no se meta en mis asuntos si no quiere tener un adversario de peso.

—No será necesario. De hecho, he salvado su reputación. Regresará como si nada a Londres para continuar con su vida.

Aquel le dio la espalda a Charles y se retiró hacia la planta baja de la posada.

El conde no perdió el tiempo, entró a su dormitorio y vio a Camila sentada en la cama con una bolsa de dinero en la mano. Él había oído todo y no podía decirle que sabía lo que significaba eso.

—Su hermano todavía tuvo el descaro de decir que es inapropiado que estemos solos en una habitación —comentó para romper el hielo a la vez que se acercaba a ella.

—No le haga caso. Considero que mis preocupaciones económicas se han terminado, lord Tyne. Creo que con este dinero que me ha dado mi hermano para que desapareciera de sus vidas resolverá mi problema…

—No la escucho tan contenta.

Notó que la joven bajó la cabeza y comenzó a sollozar. Charles se arrodilló frente a ella para levantar su mentón.

—¿Qué ha pasado? —preguntó con tranquilidad.

—Hubiese dejado que muriera. Una cosa es sospechar que no me querían, pero otra muy distinta es confirmarlo. Nadie de mi familia me quiere, lord Tyne. Estoy cansada de ser fuerte, de fingir que nada me afecta. Estoy muriendo por dentro al saber que no tengo a nadie. Soy tan pobre que ahora solo tengo dinero. —Camila se abrazó a él.

Lord Tyne se asustó cuando Camila se abalanzó hacia su cuello. Dejó que ella se desahogara.

—No tenga miedo de mí, solo necesito un hombro para llorar. Pronto seré yo de vuelta. No hace falta que diga nada…

Para Charles ese era el momento ideal para decir lo que quería.

—Hace falta que diga algo muy importante. Lady Camila Winchester, ¿aceptaría ser mi esposa? No puedo ofrecerle mucho en lo que se refiere al amor, pues sabe lo que pienso; sin embargo, le ofrezco mi compañía y una familia que será suya.

Capítulo 20

Camila dejó de sollozar y de abrazar a Charles para mirarlo. No podía creer lo que escuchaba. Necesitaba asegurarse de que fuera cierto. Era algo que solo en sus sueños podría ocurrir.

—¿Lo dice en serio?

—¿Acaso escucha que sea muy chistoso?

—Esa es una gran respuesta, pero ¿en dónde quedan sus sueños de una esposa obediente, que sea intachable y de buena familia?

Él suspiró como si estuviese cansado.

—No puedo tener todo lo que quiero. ¿Está contenta con eso? Me resigno con que usted sea mi esposa. Sabe que eventualmente terminaría casado con una mujer de mi clase. Usted es la hija de un marqués, ¿no le parece conveniente? ¿Me responderá o no?

—Por supuesto que sí, lord Tyne. ¿Cómo podría rechazar esa propuesta? Es lo mejor que me ha pasado en la vida.

—Entonces no toque una sola moneda de lo que le ha dado su hermano. Se lo tiraremos en la cara al llegar a Londres.

—Usted estaba enfadado conmigo por el asunto de que lo relacionaron con la prometida de su amigo.

—No recuerde eso, pues puedo retirar mi propuesta.

—Agradezco su sacrificio.

—No es un sacrificio cuando sé que saldré ganando. Me respetarán más al tener esposa e hijos, eso me ayudará a poseer un mejor estatus.

—No es el más encantador de los hombres, pero me gusta que sea tan convincente. ¿Cómo nos casaremos, milord? No tiene la aprobación de mi padre.

—Eso es sencillo. Iremos junto al artesano, pediremos unas alianzas y cruzaremos la calle.

—¿Cruzar la calle?

—Gretna Green está a unos pasos de aquí. Usted sabe que es la ciudad en la que todos pueden casarse sin que se exija demasiado. Creo que ni siquiera hay que desear casarse para que a uno lo casen aquí. Si está de acuerdo, podemos irnos hoy mismo y regresar mañana temprano.

Eso era un sueño que se hacía realidad. Sería la mujer más feliz del mundo si se casaba con el conde de Tyne, y no solo porque tendría su casa y una nueva reputación, sino porque juraba

que estaba verdaderamente enamorada de él. Podría hacer la vista gorda si aquel no la amaba con tal de estar a su lado y tener todos los beneficios de sus besos y sus caricias. Moría por tenerlo para ella y saber lo que se sentían esas promesas fantasiosas que habían vivido antes.

Lo que hablaban servía para que sus lágrimas y sus ganas de morir se desvanecieran. Sus parientes no la querían, lord Tyne tampoco, pero el asunto era distinto. Conseguiría formar su propia familia, tener una casa y presumir de un esposo, no tan encantador, pero sí muy atractivo.

—Prepararé mis baúles —dijo animada.

—Lo único que necesitaba para que estuviera sonriente era una sencilla propuesta de matrimonio —habló el conde, burlón, que se hizo a un lado para que ella comenzara a moverse para salir de la habitación.

—A personas como yo no le caen matrimonios del cielo, lord Tyne. Usted es mío y no se escapará. Me mantiene animada saber que golpearé a mi padre con su maldito dinero…

—Vaya con cuidado, aún no está recuperada del todo.

—No pienso morirme. Tendrá esposa por mucho tiempo.

Aquella salió de su habitación y regresó a la suya. Charles se quedó con una media sonrisa en el rostro. Por un lado, se sentía satisfecho y por el otro temía que él no pudiera encajar en los ideales de matrimonio de Camila, pues sentía que ella estaba más ilusionada de lo debido, al menos para algo por conveniencia. Debía ser solo por eso. Lo que debía era mantener distancia sentimental para no involucrar sentimientos con ella, tal como lo hacía con Wendy. Podían pasar un buen rato en la cama e incluso la tendría cuando la deseara. Eso sí era tener un beneficio real.

Al recordar la noche en que casi perdió la cordura al besarla y acariciarla, sabía que su unión estaría llena de esas noches, pues necesitaba saber lo que significaba estar con Camila. Si él hubiese querido salvarse, debió quedarse en la primera posada y despedir a la joven, darle el dinero y seguir su camino; sin embargo, el beso que compartieron lo persuadió. Dentro de Charles se hacía inminente la necesidad de cuidar de esa mujer desorientada y lo había logrado con éxito. Cuidó su cuerpo, pero no de su corazón al descubrir el engaño del hombre al que alguna vez amó. No sabía cómo estaba dentro de su pecho. Lo único que les quedaba era disfrutar de lo que ella le daba sin esperar nada, ya que él creía que no sentiría un sentimiento parecido al amor, puesto que consideraba que eso podía ser controlado. Estaba convencido de que a él lo impulsaba el honor, la empatía y la lástima hacia Camila. Desde un principio estuvo en desacuerdo con cómo habían procedido Steven y la joven, por los peligros para ella.

En el dormitorio contiguo, Camila no podía dejar de pensar en la propuesta de matrimonio. Suspiraba y se quedaba quieta, enamorada de sus anhelos y de la vida que comenzaba a imaginar. En tan poco tiempo había abandonado la idea fatalista de morir porque sus padres no la querían, mas todo eso se desvaneció con la emoción de un compromiso. Se sentía lista para lo que viniera. Había alcanzado la libertad de la mano de un ogro de buen corazón. Lord Northland fue lo mejor que le pasó en la vida, porque gracias a aquel tendría al mejor esposo de Inglaterra.

Pidió que todas sus cosas fueran llevadas a la planta baja en donde desayunarían antes de salir para ir al joyero. En aquel comedor vio a su hermano comiendo junto a uno de sus sirvientes

de confianza. Ella irguió su espalda y esperó que el conde fuera a su encuentro. Julian la vio, pero tampoco quiso ir en su dirección, él cortó toda relación con ella al darle ese dinero que, como dijo lord Tyne, devolverían, pues no tocarían una moneda de él.

El conde fue a desayunar y se sentó junto a Camila. También le tocó la poca agradable visual al distinguir al hermano de ella, el que sería su próximo cuñado.

En parte entendía lo que Adam sentía al tener un cuñado odioso y conflictivo, aunque la diferencia era que a este hombre no tendrían que tolerarlo. Aquel no quería saber de su hermana, entonces no tenía derecho de preguntar por sus sobrinos o algo similar. Charles no perdonaría una bofetada a Camila. Con solo recordarlo su sangre hervía.

—El cochero me dijo que había llevado todo al carruaje —comentó sentándose junto a la joven.

—Sí. No puedo esperar para dejar este lugar y más sabiendo que Julian se quedará aquí.

—Lamento decirle que regresaremos aquí mañana, después de la boda. No será como alguna vez lo esperamos.

—¿Ha soñado con su boda?

—Mmm... Soñar no es la palabra correcta, tal vez imaginar. Eso sí lo hice, tal vez en alguna conversación indiscreta con Wendy.

—Sobre Wendy...

—¿Qué ocurre?

—Considero que, al ser su esposa, usted tendrá la decencia de abandonar a esa dama...

Él frunció el ceño como si no hubiese pensado en que debía dejar algo de lado estando casado.

—Pues... Eso debería considerarlo a solas. Todavía no nos hemos casado y me pone condiciones...

—No lo estoy condicionando, milord, solo le comento que sería bueno que la dejara por su propia reputación. —Camila no quería decir que ella no estaba dispuesta a compartirlo con nadie. No era alguien posesivo, pero tampoco estaba interesada en ponerse a prueba para saber si podía ser celosa.

—Tal vez… solo tal vez, tenga razón. Lo hablaré con mi almohada, pero debería intentar no sentir envidia de mi amante.

—No siento envidia de ella. Esa mujer debería envidiarme, pues quien se casará con usted, compartirá su riqueza y tendrá una familia, seré yo.

Era cierto. En esa ocasión, la joven tenía razón, no podían comparar ambas suertes. Camila no tendría que recurrir a ningún tipo de vida distinta a la de una esposa y tampoco se le ocurrió

ser compañía de un caballero que la mantuviera. En Londres tendría que hablar con Wendy, ya que la relación que tenían más de compañía que económica. Él pagaba algunas cosas, pero como ella era una mujer adinerada, no le haría falta el dinero, aunque tal vez sí la compañía, ya que era una poco mezquina y exigente. La idea de compartirlo con Juliet la enloquecía, por eso ni siquiera deseaba que la mirara.

Los sirvientes del posadero sirvieron el desayuno para que ellos pudieran ir junto al joyero y pasar las fronteras naturales de Inglaterra para ir a Gretna Green.

Charles liquidó la cuenta y fue al carruaje en compañía de la joven. Ayudó a Camila a entrar. Aquella necesitaba más ayuda, pues todavía estaba débil por su recuperación de una grave infección que casi la mata. Llegaron hasta donde comprarían las alianzas. Estaban apurados, pero no tanto para querer argollas de matrimonio hechas por un herrero. Ellos eran gente rica, no podían usar esos anillos, merecían cosas mejores. No comenzaría su vida matrimonial siendo tacaño con su esposa.

—¿Qué quiere como obsequio de boda, milady?

—¿Obsequio de boda? Me ha dado joyas y vestidos, considero que eso es suficiente.

—Eso es poco. ¿Quiere un caballo? Imagino que después de su enamoramiento de un mozo, le han dejado sin caballo y sin poder salir a montar.

—Está en lo correcto. Son penurias por las que lastimosamente he debido pasar.

—Pues le daré eso: un caballo imponente.

—Es usted muy generoso. Me gustaría obsequiarle algo.

—No hace falta.

—Pero yo espero hacerlo. Usted ha sido muy bueno conmigo, ha cuidado de mí sin que sea su obligación.

—No se ponga sentimental, milady. Usted y yo sabemos que es por conveniencia. Que existan agradecimientos de su parte no es incorrecto, pero con agradecer es suficiente.

A ella no le gustaba que le dijera que se casarían por conveniencia, por más que sabía que así era. Debía admitir que la única encantada y enamorada de la idea de casarse era ella y no él. Aquel lo hacía por lástima, porque la había visto llorar y ser humillada. Lo más probable fuera que él estuviera enamorado de Wendy, su amante, y que ese amor no se pudiera realizar por la vida que ella llevaba. La sombra de esa mujer la perseguiría por siempre. Lo único que debía hacer era ignorar y ser feliz con lo que tendría. Jamás pasaría hambre ni miseria. Tendría una vida acomodada, ¿qué más podía querer? Aspirar al corazón de Charles era ambición mezclada con codicia.

Una vez que escogieron las alianzas, Camila votó por el más caro y Charles se lo concedió. Ella pensaba que, si no lo tendría a él, al menos que le diera todo lo más valioso cada vez que quisiera, de esa manera Charles evitaría gastarse el dinero en mujerzuelas, pues lo más

importante era mantener contenta a su esposa, pues sería su propio reflejo.

Después emprendieron el camino a Gretna Green. Ella se casaría como estaba vestida y él de la misma manera. Iban elegantes y sobrios, aunque Camila se había quedado dormida.

Charles notó que la cabeza de Camila se balanceaba y, entonces, fue a sentarse a su lado para que no se golpeara o despertara con un fuerte dolor de cuello. La recostó en su hombro, cuidándola del traqueteo del carruaje. Suspiró al darse cuenta de que dejaría su soltería por ella. Aquella no sabía lo que significaba para él dejar su forma de vida. Si quería ser feliz y no tener nada que temer, lo mejor era ser alguien íntegro que cumple con su esposa. Esperaba que ella fuera maravillosa en la cama para dejarlo encantado y que nunca más tuviera que buscar algo que tenía en casa; sin embargo, sabía que las jóvenes educadas como Camila eran más bien frígidas en el lecho, por lo que debía disminuir sus expectativas para no tener que decepcionarse después.

Capítulo 21

El cochero los llevó hasta Gretna Green y ahí comenzaron la búsqueda de un lugar en el que pudieran casarlos.

Camila todavía estaba somnolienta, mientras se percataba que el conde estaba a su lado.

—¿Siente frío, por eso ha venido a mi lado? —curioseó con una media sonrisa.

—No, solo evité que usted tuviera un fuerte dolor de cuello a causa de su mala postura, milady. Me ha usado como almohada buena parte del camino.

—Lo lamento, me siento un poco cansada. Aún no me he recuperado para un viaje.

—Pediré alguna habitación para nosotros para que pueda descansar.

—No hace falta. Tal vez esté cansada, pero podré soportar el regreso luego de nuestro matrimonio.

—Está bien. Esperemos que el cochero consiga un lugar para casarnos y que usted pueda seguir durmiendo al terminar.

La ventana de comunicación del carruaje se abrió y el cochero se asomó.

—Milord, aquí hay una herrería en donde pueden casarlos ahora mismo —comunicó.

—Perfecto, bajaremos ahora —correspondió y cerró la ventanilla. Sus ojos se dirigieron a los de Camila—. Ha llegado el momento. ¿Quiere ponerse las joyas para que no digan que es demasiado sencilla para ser una condesa?

—Tal vez el collar estaría bien. El resto es demasiado opulento para una herrería.

—Le prometo que podrá lucir sus joyas en un gran banquete en Londres…

—No sea sentimental, milord. Usted y yo sabemos que esto es por conveniencia —alegó casi recitando las propias palabras del mismo Charles.

El rostro de él había cambiado de estar tranquilo a ser cauteloso. Camila no era una dama que aceptaba cualquier trato. Era decidida y cuando algo se le metía en la mente debía atenerse a las consecuencias. En el afán de proteger su persona o al menos su intimidad, había salido perdiendo. Si Charles tenía mal humor, esa joven le ganaba al menos por una cabeza.

Él salió del carruaje y esperó que ella se pusiera el collar para verse más elegante, como una condesa. Colocó su mano para que pudiera descender para acompañarla dentro de la herrería llena de caballos, esperando que también les colocaran las herraduras.

—Un detalle soberbio… —comentó Camila al ver el yunque cerca de los caballos. Ahí, un hombre de aspecto curtido y desaliñado los esperaba con un papel con muchos dedos marcados

en él. No imaginó casarse así, aunque era mejor eso a ser la esposa de alguien que solo la quería por su dinero. Al menos lord Tyne era sincero en cuanto a lo que los unía.

—Lo bueno es que compramos las alianzas, si no lo hacíamos, quizá el herrero nos colocará unas herraduras.

Los dos sonrieron y continuaron su camino.

—¿Quieren casarse? ¿Han huido desde Londres? —preguntó el herrero.

—Sí. Estamos aquí para eso —respondió el conde tratando de no ser antipático por una pregunta con una respuesta obvia.

—Menos mal han llegado a tiempo, antes de que mi esposa y mi hija fuesen al mercado, ellas serán los testigos.

—Muchas gracias… —dijo la joven que sintió que un caballo se acercó a ella.

—¡Largo, Cliff! —escupió el hombre para que el caballo se fuera. Su acento escocés era muy marcado—. Podemos comenzar.

La ceremonia había sido muy corta. Estaban casados y nadie los podría separar. Cuando Charles le colocó el anillo en el dedo, sin perder de vista los ojos de la joven, supo que debía dejar atrás muchas cosas. Él parecía ver una luz de esperanza en medio de eso que habían hecho. Tenía que intentar no ser tan hostil, ella no lo merecía.

La felicidad que sentía en su interior era imposible describir. Llevaba semanas creyendo que terminaría infeliz casada con lord Northland, después, creyó que sería feliz con Matthew, pero no sabía lo que era la felicidad hasta que lord Tyne se cruzó en su camino. Estaba enamorada como una tonta, esperando migajas de afecto que a él se le cayeran del plato de su amante. Era mejor esto que casarse con alguien con quien no deseaba compartir nada.

Al subir al carruaje se sentía como si fuese otra persona, alguien poderosa y tal vez un poco malvada que deseaba que su familia pagara lo que había hecho. Si bien, de una u otra forma consiguieron que se casara con alguien conveniente, eso no los facultaba a ser personas gratas en su vida. Ellos no le dieron ese matrimonio, lo consiguió con sangre, sudor y lágrimas. El dolor del rechazo era grande en su pecho y lo único que hacía que olvidara lo infeliz que había sido era lord Tyne.

—Se siente diferente… —habló Camila al acariciar el anillo en su dedo.

—Sé que le debo un anillo de compromiso… —Charles también miró su dedo—. Ahora usted es lady Tyne, y próximamente una marquesa.

—Eso será una bofetada para mi familia.

—Querrán aprovecharse de usted cuando sepan que se casó conmigo. Prepárese para tener a esos zalameros en nuestro salón.

—Los echaré. No se quedarán a contaminar mi vida. Si ellos no me quieren, no tengo

razones para quererlos tampoco, milord.

—Ya estamos casados, puede llamarme Charles y yo le llamaré Camila.

—Tiene un nombre muy bonito…

—Qué amable. Su nombre también lo es. Ahora debemos decidir cuál será nuestro siguiente paso.

—Regresar a Inglaterra es la prioridad.

—Sí, pero hay algo que debemos acordar entre nosotros. Quiero avisarte que no estoy dispuesto a pasar por alto mis beneficios de esposo. Lo que significa que visitaré tu lecho, tal vez no en estos días en los que debes recuperarte, pero sí en los próximos. Hemos dejado un par de cosas pendientes.

Al oír esas palabras, ella se sonrojó. Sí, por supuesto que recordaba el asunto pendiente al que se refería.

—No pienso esconderme, y si eso me da una ventaja sobre tu favorita, me sentiré satisfecha.

—Piensas en tonterías, querida. ¿Quieres que te llame querida?

—Sí, suena como si leváramos mil años de casados cuando llevamos menos de medio día.

—¿Me avisarás cuando estés dispuesta o prefieres que lo tantee?

—Prefiero las sorpresas…

—Mmm... Me parece justo, así dependeré de mí y no de ti.

—¿Qué beneficios tengo como esposa aparte del buen nombre, el dinero y la familia? ¿Qué más puedo sacarle a mi esposo?

—Es una buena pregunta. Me tendrás cuando gustes. ¿Eso no te satisface? Soy agraciado cuando lo deseo, Camila.

—¿Eso incluye besarte?

—Por supuesto.

—Entonces deseo darte un beso. No pienso perder ningún derecho como esposa.

Charles no pensaba negarse a ese pedido. Claro que le daría todos los besos que pudiera, hasta que desfalleciera, mas no le demostraría que estaba muy interesado, no quería que pensara que se ponía fogoso y aprovechado.

—Por nuestro matrimonio, puedes proceder como gustes...

Camila tenía una sonrisa ladina que adornaba su rostro. Se complacería con ese beso. Acortó distancia con él y fue hacia los labios para obtener lo que deseaba. Al tocar los labios de

Charles movió los suyos con suavidad.

Aquello parecía un beso virginal que a Charles le tentaba más de lo debido. Su corazón palpitaba con emoción por culpa de la anticipación, pensando en lo que podría pasar. Sin pensarlo dos veces, abrió su cavidad para devorar la de ella con ahínco. No podía soportar ese acercamiento tan soso. Necesitaba sentir que ardía, que se quemaba en el deseo y la pasión de estar junto a esa mujer tan tentadora. Él se arrojó sobre ella para dejarla sin aire y también hizo que sus manos viajaran por la cintura de Camila para apretarla contra el asiento del coche. Había perdido su poco control del que se jactaba la mayor parte del tiempo. Al menos no se había mostrado como el esclavo perfecto, pues estaba tan cerca de serlo a causa de su servilismo, que casi era irreconocible su comportamiento.

Sus manos enloquecidas no abandonaban el cuerpo de su esposa. No existían inconvenientes para que él pudiera hacer lo que quisiera con ella, sin límite, sin vergüenza, sin miedo, sin nada de lo que siempre lo mantenía a raya. Camila despertaba todos sus instintos. Su viveza combinada con su ingenuidad era algo tan atractivo que lo mantenía en vilo. No sabía si de esa manera llegaría a soportar uno o dos días sin visitarla.

Ella gimió al sentir que el conde no dejaba de acariciarla, enloquecido. Se sentía tan bien que deseaba que avanzaran hasta donde habían quedado la última vez.

—¿Podríamos continuar en donde quedamos la última vez? —preguntó agitada, dejando un poco de lado la boca de su esposo.

—Es lo que desearía, pero tu salud solo nos dejará un beso ardiente.

—No es un beso ardiente, es la bienvenida a la vida de casada. —Lo volvió a coger del rostro para besarlo sin parar.

Aquellos no se quedaban quietos, mientras se besaban alocadamente.

Querían disfrutar de la cercanía que les daba ese pequeño momento de intimidad en el carruaje, pues no sabían qué esperar al regresar a la posada de la que habían salido horas atrás para casarse. Llegarían de madrugada y aún tenían mucho trayecto para distraerse y complacerse.

—Esto de viajar y estar casado comienza a gustarme —comentó Charles que estaba descendiendo por el cuello de Camila. Le mordió la yugular haciendo que ella diera un respingo, mas se quedó quieta al poco tiempo, era evidente que le encantaba la atención que le daba. Él estaba más que fascinado con la sensibilidad de ella y se sentía en las nubes al ser aquel que le proporcionaría placer por primera vez. Lo único malo era tener que esperar a que estuviera bien de salud, no quería matarla en el acto. Ella se notaba tan débil y dócil, aunque Charles sabía que ella no era así, por lo que tal vez no disfrutara de todo el potencial de una relación sexual.

—A mí también… —confesó arqueando su espalda para que Charles hiciera lo que quisiera con ella. Le gustaba sentir que sus labios bajaban por su largo cuello. Le daban unas cosquillas extrañas, placenteras y hasta lujuriosas. Que probara su carne con los dientes le hacía pensar en más fantasías—. ¿Cumplirás alguna de mis fantasías?

—Todas y cada una de ellas. Hasta ahora todas me han resultado convenientes… ¿Y tú

cumplirás con las mías?

—Siempre y cuando me complazcan…

—Todo lo que yo haré será pensando en cuánto te voy a complacer… ¿Sabes que eso hacen los libertinos?

—Hablas mucho y besas poco, querido.

La sonrisa que se dibujó en la boca de Charles cubría su cara al escucharla decir la palabra querido. Disfrutaba de esas idas y vueltas de frase con su esposa. Comenzaba a tener altas expectativas de su vida de casado junto a la nueva condesa.

El sonido de unos truenos amenazaba con romper la pasión que los embargaba, se resistían a creer que sobre ellos caería una gran tormenta hasta que oyeron el ruido de las gotas golpeando el carruaje y también los movimientos bruscos que hacía el cochero, indicaba que el camino estaba difícil de transitar.

Ante esas molestias, Charles tuvo que respirar y alejarse del escote de ella en el que deseaba morir asfixiado.

—Es inútil, llegaremos a la posada y acabaremos con este otro pendiente —masculló el conde.

Camila tenía tanto el cuello como la boca rojos, pero de todas maneras estaba satisfecha con lo que había conseguido de Charles. Cuando él se sentó a su lado, ella recostó la cabeza para sentirse querida y cuidada por ese hombre.

—Tenemos más asuntos pendientes que tiempo de matrimonio, Charles.

—No te escaparás de mí en la posada. Serás mía viva o muerta.

—Eso es encantador de tu parte. Para tu buena fortuna, pienso durar muchos años. He olvidado la idea de desear morir. Tengo más cosas por las cuales vivir.

—Entonces reconoces que he hecho milagros contigo.

—¿Milagros conmigo? No. Yo hice milagros contigo.

—Si hay algo que dejaré claro es que las riendas de este matrimonio las llevo yo y tú las de la casa.

—Cuando estemos en la casa serán mis dominios. Al menos es lo que he logrado entender por tu comentario, esposo mío.

Él se quedó pensando por un segundo y era cierto, le había dado la potestad de que lo aplastara como a una cucaracha.

Capítulo 22

Después de haber cometido la tontería de obsequiarle el control del matrimonio, Camila se quedó dormida y él la sostenía. Había sido testigo de cuánto había luchado por quedarse despierta. La temperatura dentro del carruaje descendía con rapidez, por lo que el cochero se detuvo y comenzó a encender el carbón para que pudieran calentarse dentro.

El conde también intentaba descansar, pero no lo lograba. Se sentía emocionado por el matrimonio y las expectativas que había jurado que no tendría, pero estaba animado. Pese a no haberse preparado mentalmente para este paso, no dudó en darlo y le daba miedo ahondar en las razones por las cuales le propuso matrimonio a la joven. No quería encontrarse con la desagradable sorpresa de que se había enamorado, algo que él creía imposible.

Había jurado por su vida que no encontraría a una mujer que le hiciera latir ese pedazo de carne que tenía como corazón. No sabía lo que era ilusionarse con algo que se relacionara con el matrimonio. Ese viaje junto a Camila había cambiado muchos de sus pensamientos y algunos se habían vuelto peores, como ser protector. Siempre lo fue con Dorothea, pero sentía que Camila necesitaba que él estuviera respirándole en la nuca todo el tiempo por ser tan delicada, al menos Charles la veía como alguien que requería de cuidados, como si fuera que no la hubiesen cuidado nunca. Su fragilidad lo desarmaba, aunque tuviera un carácter parecido al suyo.

La observaba mientras ella dormía, o más bien la contemplaba. Esa mujer era suya, la única que le pertenecería para siempre, quien le daría la descendencia y compartiría su cama. Tendría que conseguir una doncella para ella, no podía seguir arreglándose y vistiéndose sola, no era apropiado para su nuevo estatus de condesa. Si la gente sabía que no contaba con una doncella, serían más lapidarios que con sus pensamientos de que él pudo haberla enamorado para huir.

Cuando estuviera en Londres se encargaría de hacerle saber a Steven que sus acciones tendrían consecuencias.

La lluvia copiosa no duró mucho tiempo y pudieron continuar su camino sin inconvenientes. Llevaban tantos días lejos de un lugar que pudieran llamar hogar, que Charles comenzaba a sentirse más cansado de tanto recorrido. Lo único que deseaba era regresar a su casa, descansar, hacer el amor con su esposa y volver a descansar. Por el momento, dentro de sus planes, no estaba contemplado regresar a los brazos de Wendy. Se sentía demasiado apasionado con Camila, que la sola idea de dejarla sola le incomodaba. Comenzaba a parecerse a su cuñado, un hombre zalamero, estúpido y sentimental. Se burlarían de él si lo vieran cuidando tanto a su esposa. Ya imaginaba que sería la comidilla al regresar. Londres y Adam se alimentarían de su matrimonio.

Durante la madrugada, llegaron otra vez a la posada. El cochero le avisó al conde que estaba dormido en compañía de Camila para que bajaran.

—Camila, hemos llegado… —pronunció Charles que había conseguido otra vez dos habitaciones.

Ella miró a su alrededor y se desperezó.

—¿En dónde estamos? —curioseó.

—En la posada donde está tu hermano. Hemos regresado.

Trató de ponerse de pie para salir del carruaje, pero tantas horas en la misma posición hicieron que su pierna le doliera.

Charles no dudó en ayudarla a ponerse de pie, pero tan solo al pisar el suelo, la cogió en brazos.

—¡Charles! —exclamó asustada.

—Tardarás mucho tiempo en subir por tu propio pie, así que te ayudaré. Me lo agradecerás después.

Sonrió, encantada, con el detalle de su esposo. Se acomodó recostada a su pecho y de camino al dormitorio le acarició el rostro.

—Tendremos una cama para dormir… —dijo la joven.

—No, tendremos dos camas. Cada uno estará en su habitación.

—¿Por qué? Pensé que acabaríamos con los pendientes… —alegó avergonzada.

—Quedarán para otro momento en el que no sea un riesgo para tu salud. Te doy dos días para que te sientas mejor, si puedes antes —bromeó.

—Me siento perfecta…

—No estás perfecta, acéptalo.

Empujó la puerta para dejarla en el dormitorio. La depositó con cuidado en la cama y la observó.

—¿No quieres quedarte a dormir? —propuso Camila.

—No, haremos mucho ruido y despertaremos a los demás… te veré en el desayuno.

—Hasta mañana…

—Adiós…

—¡Charles! —lo llamó la joven antes de que saliera.

—¿Qué quieres?

—Un beso de despedida. ¿Qué pasa si llegaras a enviudar mientras duermes?

—¿Un beso lo evitaría?

—No, pero me haría feliz morir después de haberte dado un beso.

Él suspiró y no era de cansancio, sino que eso correspondía a una extraña ternura que ella despertaba. No pudo resistirse, cogió su mentón y le dio un beso húmedo.

—Esperaré que sobrevivas a la noche.

—Por supuesto que sí.

Su esposo se retiró y ella se quedó sola en aquel lugar, anhelando estar en sus brazos en esa primera noche de casados. Sin embargo, sabía que Charles era un caballero, que no la presionaría ni la obligaría a algo inapropiado o que la dañara. Estaba ansiosa de poder pertenecerle a su esposo y convertirla en su prioridad. De algo debían servir las clases que le había dado la bruja a la que había golpeado. Esa mujer por fin estaba fuera de su vida y de sus pesadillas. Tendría la vida que quería, pues no sabía si merecía ser tan afortunada al estar con lord Tyne. Sentía que, si quitaba a la amante del medio, él sería suyo totalmente. Quería desplazarla para que ambos pudieran enamorarse, al menos Charles. Le perturbaba saber que esa amante tal vez tuviera el corazón en su mano, por lo que nunca tendría la oportunidad de vivir un amor soñado.

***

A primera hora de la mañana, alguien golpeó su puerta. Ella pensaba que era Charles, entonces corrió con una sonrisa para abrir; no obstante, la figura de su hermano estaba ahí.

—¿Por qué regresaste? —increpó Julian.

—¿Por qué debería haberme ido? Soy libre y adinerada gracias al odio de mi familia.

—¿Sigues con ese hombre?

—Sí, ¿por qué?

—Te di el dinero para que vivieras una vida decente, lejos de aquí, y no para que parezcas la amante de lord Tyne.

—A mí me fascina ser su amante.

—No puedo creer tu desfachatez, pero no podía esperar menos de alguien que se enamoró de un mozo interesado.

La nueva lady Tyne le dio una bofetada a su hermano, para que aprendiera a respetarla.

—Aprecia esta bella joya que tengo en el cuello. Todo lo he conseguido siendo la enamorada de un mozo. Escandalízate, hermano, y cuéntaselo a tus padres. La gente en Londres pronto sabrá que estoy muerta, ¿qué más puede importarles mi vida?

—No tienes decencia para hablar de esta manera, estás perdida y nunca serás nadie. Él te desechará como lo ha hecho con todas. Es un hombre de mundo, ¿te crees especial?

—Soy muy especial para él.

—¿Te está molestando? —indagó Charles al ver al hermano de la joven en la puerta de la

habitación.

—Sí, ha venido a insultarme…

El rostro tranquilo de Charles cambió por uno que no quería ser amable. Deseaba arrancarle todos los dientes. De esa forma jamás conseguiría ni siquiera una esposa.

—Deja que me encargue. Él escogerá, si le echo con mi pie o se va con el suyo. Deje en paz a Camila.

—Ahora se tratan con tanta familiaridad, sucios amantes… —escupió Julian que se escabulló.

—¿Sucios amantes? Supongo que le dijiste que estamos casados —musitó el conde.

—Buen día, Charles…

—No me confundirás con tu saludo, ¿qué has hecho?

—Le confirmé que soy la amante de lord Tyne. ¿Por qué sacarlo de su error? No tiene derecho a reprochar nada. Además, quiero que mi familia se sorprenda con nuestro matrimonio, no deseo que estén avisados.

—Ajá… Tu malicia me agrada.

—Y a mí la tuya. Si fracasamos como esposos, podríamos no fracasar como colaboradores… ¿Está servido el desayuno?

—No soy cocinero. Debemos ir a ver. ¿Cómo es eso de que fracasaremos?

—Es un decir, si tienes una amante a cuestas, tal vez.

—Deja a Wendy en paz, ella ni sabe de tu existencia.

—Pero yo sé de la suya. Has tenido tiempo de conocerme un poco, sabes que no me gustará tenerla cerca.

—Ni siquiera sé si volvería a frecuentarla, todo depende de ti.

—Si depende de mí estoy salvada.

—Me estremece esa confianza ciega. Me asusta, pero a la vez me agrada que puedas defenderte.

—Me manipularon y torturaron por mucho tiempo. Debieron corregir mi camino con la verdad, pero lo hicieron de una forma mezquina, en donde se ensañaron con hacerme sentir culpable. Me amenazaban con matarlo, sabiendo que ellos le habían dado mucho dinero para que saliera de mi vida. ¿Eso no es una burla? Fueron malvados.

—Han sido malos parientes, pero dependerá de ti seguir adelante. Sé que te sentirás mejor después de tomar una maliciosa venganza. —Charles cogió la mano de ella y dejó un beso al

dorso—. Como un mal esposo que soy, te apoyaré.

—Te lo agradezco. —Ella apretó la mano de él, acto seguido cogió a Charles del antebrazo para que fueran juntos al comedor.

Con orgullo iba luciendo como lo que era: la condesa de Tyne. Su hermano tendría que seguir soportando su presencia hasta que él decidiera irse. Ella no descansaría hasta consumar su matrimonio antes de partir a Londres.

Al llegar al comedor, la mirada reprobatoria de su hermano la perseguía, a la vez que ella pasaba a su lado para sentarse a desayunar junto a su esposo. Podrían evitar verse, pero Camila quería poder confrontar a su hermano para que dejara de molestarla.

—¿No crees que se nos quedará atragantado el desayuno? —curioseó Charles en un tono cómplice.

—No, queremos que él se atragante, ¿o no? Mis pensamientos son bastante sencillos en ese aspecto. Ya no me dejaré amedrentar por ellos. Dejaré que sientan un poco de temor al verme llegar con ganas de contar lo que me hacían, pero quien no se salvará de mí, será la señorita Clapton. Esa mujer es el demonio. De verdad te lo digo.

—No me atrevería a dudarlo. Una herida en la pierna casi la mata.

—Tú solo pudiste ver mis rodillas, pero cuando veas mi espalda, dirás que lo que casi me mata me hacía feliz.

—Tendré la oportunidad de verte cuando estés dispuesta a pasar una noche conmigo.

—Haremos algo. Te invito a mi habitación mañana por la noche.

—Al menos mi esposa me ha dado fecha para disfrutar de su compañía más íntima…

Los dos no podían seguir ocultando que deseaban estar juntos. Cualquier cosa era razón suficiente para las indirectas y la picardía.

Para la suerte de ellos, el hermano de Camila se fue esa misma tarde. No tendrían que seguir soportando su cara un día más. Mientras que los recién casados esperaban el momento de tener intimidad, pasaban tiempo en las horas de las comidas. Ella dejaba que Charles hiciera las cosas solo. Al día siguiente, lo vio salir con el cochero, la joven quería guardar todas sus fuerzas para la noche. Había decidido tomar un buen baño y lavarse el cabello. Deseaba que cuando él recorriera su piel, le diera todo el placer que le había anticipado. Se colocó cerca de la chimenea para secar su caballo. De él se desprendía la esencia que le había dado el posadero para que pudiera tener un buen aroma.

Por un lado, se sentía nerviosa, pues no sabía qué más podía esperar. Besos y caricias era lo que conocía, pero ignoraba lo que ocurría en una habitación entre un hombre y una mujer.

Oyó unos golpes débiles en su puerta, entonces dejó la chimenea y fue a abrir. Una mujer de unos veinticuatro años estaba ahí.

—Lord Tyne me ha pedido que viniera a atenderla, milady —dijo la mujer que se sonrojó.

—¿De dónde conoce usted a mi esposo? —interrogó, por ser un poco celosa y por desconfiada.

—Milord ha dicho que necesitaba una doncella, como son recién casados, me contrató en el pueblo. Viajaré con ustedes mañana. Mi nombre es Lisette. —Aquella hizo una reverencia para presentarse.

—¡Tengo una doncella! Mi esposo es tan generoso… —Ella suspiró al pensar en Charles y en todo lo que hacía por ella. Jamás podría pagarle cada detalle que había tenido.

Capítulo 23

Camila no tardó en aceptar y estar feliz con la doncella. Charles pensaba en todo. Ella necesitaba agradecerle ese gesto lo más pronto posible.

—Apresúrate a terminar, quiero ir a agradecerle a mi esposo por tu presencia —dijo Camila, sonriente.

—¿No saldrá vestida adecuadamente? —cuestionó terminando de sacar las telas que formaban los bucles de la joven.

—Este camisón es apropiado. Quiero tentarlo... —Camila miró hacia la camisola que llevaba puesta y que era de algodón. Era muy poca ropa, por lo que le ahorraría trabajo a su esposo. Quería que fuera a su habitación para que empezaran a resolver esos asuntos pendientes tan deseables que compartían—. Quiero que este sea un matrimonio real. Charles ha sido paciente conmigo después de haber enfermado. Considero que soy demasiado afortunada por tenerlo en mi vida. Sin él estaría perdida.

—Las dos estaríamos desamparadas sin su esposo, milady. Se nota que la adora...

—¿En verdad lo crees?

—Absolutamente. Cuando se trata de algo que tiene que ver con usted, se pone muy exigente. Él quiere que siempre la cuide y la tenga hermosa.

Se sonrojaba y se enamoraba más de Charles. Aquel era alguien a quien en un primer momento no toleraba; sin embargo, con el pasar de las horas, días y semanas, las cosas habían cambiado. Él no quería mostrarse como era en realidad: un hombre preocupado, cariñoso, atento y compasivo. Para aquel todo eso era debilidad, por eso se mostraba más frío, duro, cruel y hasta poco educado, mas al convivir con Charles se dio cuenta de que todo era una fachada para ocultar su verdadera personalidad.

Una vez que su doncella terminó de arreglarla y dejarla «presentable», ella salió del dormitorio con cuidado de que nadie la viera, para ir y golpear la puerta de la habitación de él.

Charles, que estaba dormido, fue despertado por alguien que, según él, no tenía nada que hacer, pues por eso tocaba a una hora inapropiada. Guardaba sus energías para cuando tuviera que visitar a su esposa.

—¡Estoy descansando! —vociferó volviendo a cerrar los ojos.

Ella se alejó de la puerta, frunció el ceño y sonrió. Adoraba todo lo malo que él tenía.

—¡Tienes malos modales, esposo! —replicó la otra.

Él se levantó de la cama y se apresuró a abrir. Antes de hacerlo se arregló la ropa e intentó hacer lo mismo con su cabello, pero se rindió y lo dejó ser lo que quisiera.

Quedó sorprendido al verla. Estaba hermosa, arreglada como una dama, aunque para ir a dormir.

—¿Estás en camisón?

—Puedo quedarme aquí y que los demás también lo sepan.

Se hizo a un lado para que Camila pasara. Él aprovechó cada paso para desnudarla con la mirada. Su sonrisa lobuna hizo su flamante aparición imaginando todo lo que podría hacerle a ella con aquella simple camisola.

—No deberías andar mostrando tu belleza por los rincones de un lugar lleno de desconocidos, esposa.

—Desde que nos casamos, soy solamente tuya...

Cerró los ojos con fuerza y dejó escapar un poco de aire por su boca al escuchar aquella tentadora frase que ella había pronunciado.

—Vine a agradecerte que me dieras una doncella... —Camila acortó distancia con él y colocó sus manos sobre el pecho de Charles, para luego deslizarlas hasta la parte trasera del cuello.

Sin perder tiempo, él aprovechó para colocar sus manos en la cintura de Camila.

—Agradeces cosas que son mi obligación, exageras al halagarlo.

—Recuerda de dónde vengo. Un detalle puede cambiar mi mundo. Eres alguien a quien le debo todo y más mi futuro.

—No es honrosa la manera en que nos casamos, pero ambos fuimos beneficiados. —Charles comenzó a besar la tela que cubría uno de los brazos de su esposa.

—Me tratas como nunca imaginé que alguien me trataría, Charles. Estoy muy agradecida por que estés aquí, conmigo. —Camila apartó una de las manos del cuello de él y lo colocó en el rostro de aquel, sintiendo su barba incipiente picar su piel.

Sin mediar más palabras entre ellos, Charles perdió la cabeza, estaba cansado del juego de acercarse, tocarse y no poder hacer algo real más que amagar.

El silencio se convertía en el mejor amigo de ambos, pues se besaban con tanta pasión que por fin veían el momento perfecto para cumplir con el acuerdo de consumar el matrimonio.

Sin perder demasiado tiempo, Charles la llevó hasta el lecho para recostarla e intentó que todo su peso no la aplastara.

—Disculpa mi fogosidad, pero me has estado tentando durante mucho tiempo...

La joven no pudo decir nada, porque Charles regresó a devorar su boca sin compasión. La obligaba a que su lengua tocara con la de él en un desesperado intento de que ningún

desafortunado episodio los separara.

Estaba encantada con las intenciones de su esposo y no ponía resistencia para que aquel hiciera lo que quisiera con ella. La respiración agitada de él y una de sus manos deslizándose hacia su lugar oculto, hicieron que el corazón de Camila comenzara a palpitar como si quisiera abandonar su cuerpo. Las sensaciones que la recorrían eran devastadoras. Quería gritar por lo desconocido que era ese placer cuando su esposo acariciaba esa zona sobre su camisola de algodón.

El juego que Charles realizaba para excitarla funcionaba a la perfección. Le gustaba ver cómo disfrutaba de su acercamiento, retorciéndose, intentando cerrar sus piernas y rogando con sus tímidos gemidos que dejara de darle tanto placer a su intimidad.

Él apenas podía seguir pensando, pues lo único que deseaba era sacarse la ropa y penetrarla hasta que ambos dijeran basta.

Comenzó primero a desvestirla sin perder el ritmo que llevaban. Por nada del mundo quería que el fogón se apagara, debía poner a cocer el pan y para eso, todos debía ser con mucho cuidado. Para su buena fortuna, ella había ido hasta su habitación con la camisola y eso era suficiente para ayudarlo a que las cosas fueran más rápidas.

No perdió el tiempo para apreciar lo que estaba junto a ella. Era perfecta, solo su rodilla que comenzaba a curarse rompía la armonía de su figura.

Después de que Charles se desvistiera, quedaron carne con carne, ronzándose el uno con el otro, comenzando a mezclar sus sudores en ese contacto carnal. Sin darse cuenta, ellos no solo estaban involucrando su cuerpo, sino también sentimientos. Mientras que Camila aceptaba su sentir hacia él, Charles aún no quería admitir que toda esa amabilidad y preocupación no era porque solo fuera un esposo atento, sino que era motivado por un romance que él quería ignorar sin duda alguna, en función a su mentalidad de hombre soltero. El asunto era a conveniencia.

Cuando esa atracción y pasión tuvieron una salida, los dos estallaron en el éxtasis de una exitosa culminación. Ese matrimonio no podría romperlo nadie.

Camila se quedó dormida en la cama de Charles tapada con una manta, a la vez que Charles tenía en su mano un cigarro para disfrutar más de lo que había pasado. La intimidad que había tenido con su esposa era insuperable. Cada jadeo y gimoteo de ella, lo hundieron en la locura. Lo había disfrutado como nunca.

Dejó su cigarro en el cenicero y quitó con cuidado un poco de la manta que la cubría para acariciarla. Al tocar su espalda, se dio cuenta de que estaba más magullada de lo que había sentido durante la relación. Eso lo enfurecía, pues ella debió ser tratada como una persona que merecía respeto todo el tiempo. Su propia familia fue capaz de hacerle algo así, los encargados de protegerla. Ninguno de aquellos tenía un poco del afecto que se respiraba en su casa. Pese a que no le agradaba su madrastra, ella había cuidado de Dorothea como si fuera la joya más preciada de su vida. Tendría muchas razones, pero entre ninguna existía la de despreciar a su hija.

Su esposa se movió un poco y giró hacia él sonriendo. Colocó una de sus manos en su torso

velludo y lo acarició.

—¿Qué haces despierto? He quedado muerta. Considero que necesitaré que me lleves a mi habitación en tus brazos.

El conde le dio un beso en los labios y le sonrió de la misma manera.

—No irás a ningún lugar, has quedado atrapada en mi dormitorio. ¿Te duele la espalda?

—No, son cicatrices, o al menos es lo que creo, no siempre alcanzo a ver mi espalda si no tengo un espejo cerca.

—Son unos desgraciados por haberte hecho algo así.

—Ya son parte de mi pasado. Mi satisfacción será cuando vean que he ido a Londres a tirar la mentira que habían inventado.

—No estoy conforme con eso. Necesito verlos sufriendo.

—Charles, no se puede hacer nada por el pasado. Todo eso que sufrí parece que fue borrado por tu presencia.

—Eres adorable, pero no intentes tapar el sol con un dedo. Merecen un castigo igual de duro que todos los que recibiste. Los haré pagar.

—¿Cómo lo harías?

—¿Olvidas que serás marquesa? Soy un candidato valioso para ti. Quiero hacer valer ese nombre para hundir a tu padre y de paso a tu familia. Creen que pueden comprar tu vida o tu muerte, ¿por qué no prueban comprar indulgencias? Deben quedar humillados.

—Pensé que sería mal visto que yo propusiera la macabra idea de dañarlos, pero viniendo de ti, tienes mi apoyo. No sé por dónde podrás coger el asunto, puesto que mi padre es influyente y rico.

—Pese a que mi padre está retirado de sus responsabilidades, puedo mover lo que sea para que podamos hacer algo y tengo una idea en donde Steven tendrá que ayudarme.

—¿Lord Northland?

—Es un verdadero estúpido, lo sé, pero está enamorado de la sobrina de un conde influyente de la familia Fane y sus tías a la vez están casadas con hombres de toda clase, puedo conseguir mucho para hundir a tu padre, o al menos para mermar su credibilidad.

—Nunca se habían preocupado tanto por mí.

—Es mi obligación como esposo...

—Para ti todo es obligado. Comienzo a pensar que también acostarte conmigo ha sido un mandato.

—Ese es un placer que no me iba a negar. ¿Te enfadarás conmigo?

—No, no pienso hacerlo. Además, no has hecho nada para que eso ocurra. Eres un hombre rígido y lo entiendo.

—Hasta el momento eres más de lo que podría esperar para una esposa. Como te he dicho, no me imaginaba casado en tan poco tiempo.

—Lo entiendo. —Camila volvió a darle la espalda para dormir. No sabía si en realidad estaba enfadada o no, pero estaba callada para no armar un lío absurdo. Sabía que él no estaba listo para casarse y su esposo aún no aceptaba la idea de que era un hombre casado.

Para Charles era evidente que algo había molestado a Camila. A ella no le gustaba escuchar que todo era por obligación y él estaba cansado de oír que me diera las gracias por cada cosa pequeña que hiciera, pero ese punto lo entendía, lo que no comprendía era, ¿por qué le interesaba tanto que él tuviera otro objetivo distinto al de proveerle comodidades? ¿Qué buscaba Camila? Sabía que creía en el amor; sin embargo, él no esperaba nada de eso, ni recibir y mucho menos dar. Ese no era un requisito para alguien como Charles, pues tenía una idea distinta del matrimonio que era encontrar la conveniencia. Él no sabía si podría reclamar la dote de la joven, ya que el dinero que le había dado su hermano no alcanzaba a cubrir lo que valía. Esa podría ser una forma de molestar a la familia de ellos. Podrían empezar a hacerles la vida imposible por ese lado y de paso cargaba sus arcas con algo que le correspondía. Se casó con la hija virgen de un marqués, algo que en su círculo social era algo aceptado. Cuando llegaran casados a Londres, las personas olvidarían el escape, aunque si no lo hacían, lo justificaría con la vaga idea del amor, aquel sentimiento único que podía hacer perder la cabeza hasta al más cuerdo de los hombres, según decían sus amigos del círculo de los solteros.

Capítulo 24

Por la mañana, los dos despertaron abrazados. La primera en abrir los ojos fue Camila. No quería dejar a Charles, pero era momento de que ella regresara a su dormitorio. Echó una última mirada a su esposo y comenzó a vestirse con presteza. Quería ir a arreglarse para que la viera vestida a la perfección. Debía mantener constante la atención que recibía de él y tenía que ser una esposa perfecta. Comenzaba a vivir una felicidad desconocida y no pensaba compartir a Charles con nadie.

Salió de la habitación y entró a la suya.

—Buen día, milady... —saludó Lisette, sonriente, asustando a Camila.

—¡Oh, Lisette! —exclamó con la mano izquierda en el pecho—. ¿Qué haces en mi habitación?

—La estuve esperando. Mientras usted estaba con su esposo, aproveché ese tiempo para guardar sus prendas para poder partir. He dejado una ropa especial para viajes para que usted no tenga que preocuparse por eso. Es una mujer recién casada y debe concentrarse en ser feliz.

—Gracias. Si tú no lo hubieras hecho, me tocaría hacerlo. Es tedioso estar moviendo la ropa, aunque no tengo mucha por la urgencia con la que hemos salido de Londres.

—Le aseguro que cuando lleguen ahí, milord la llenará de las mejores sedas y de muchas joyas. Él no permitirá que su esposa pase penurias. Es un caballero amable.

—Lo sé. Espero que me compre todo lo que necesite.

—¿La preparo para el desayuno y después para partir? —curioseó la doncella.

—Sí, quiero que mi esposo me vea hermosa.

—Eso para usted no sería un esfuerzo, pues es bella de por sí, pero le arreglaremos el cabello un poco y le pondremos ropa de viaje.

Camila se sentía consentida por la doncella. Aquella tenía mucho ánimo para trabajar y ella quería ser bien atendida, por lo que se complementaban muy bien.

Después de que la arreglaran y que quedara como una verdadera señora, Camila fue al comedor de la posada a esperar a Charles, quería saber qué tenía pensado aquel. Lisette tenía órdenes de guardar todo en el baúl, por lo que podía presumir que partirían ese día. Lo único que habían hecho era dejar que Julian se adelantara para que sus padres creyeran que había hecho su trabajo a la perfección. Aquellos se golpearían contra la pared cuando supieran que se había casado con lord Tyne.

Estaba emocionada por regresar y ver sus caras. Lo más probable fuera que a sus padres no le interesara, porque ella no les importaba, pero sabía que se sentirían mal porque pudo progresar. Lo que Camila deseaba evitar con todas sus fuerzas era que la señorita Clapton

volviera a ejercer como institutriz de alguna niña y que la torturara de esa misma manera. Una cosa eran las directrices de los padres y otra era triplicar el sufrimiento por medio de un castigo. Estaba segura de que esa malvada mujer influyó en la impericia de sus progenitores. Ellos ignoraban la gravedad de lo que hacía la institutriz y pensaban que ella exageraba con sus dolores. Eran tan culpables como la otra que intentaba persuadirlos de que mentía.

Había pedido que le sirvieran el desayuno, aunque Charles aún no llegaba junto a ella. Cuando estuvo a punto de meter el tenedor dentro de su boca, lo vio entrando al lugar. Sin poder evitarlo, ella sonrió y recordó la noche que habían pasado. Se sentía avergonzada al recordar que lo había visto desnudo y él también la vio a ella.

Charles se había quedado dormido por más tiempo. Al darse cuenta de que estaba solo, dio un respingo de la cama y fue a lavarse la cara antes de higienizarse el resto del cuerpo.

Temía que su reciente esposa lo abandonara porque él no logró despertar a tiempo, pero durmió gracias a esa maravillosa noche en que había recorrido todo su cuerpo hasta el cansancio, pero en lugar de estar conforme con esa primera vez, estaba ansioso por la segunda y las demás noches que vendrían.

—Buen día, me has dejado solo —reprochó al sentarse frente a ella.

—Buen día, no quería molestarte, te veías feliz durmiendo. Después del desayuno pensaba ir a dibujarte cuando duermes.

—Nada de ponerme verrugas.

—Jamás lo haría. ¿Es cierto que partiremos?

—Sí. Considero que es suficiente de viajar. Debes conocer tu nuevo hogar, tu casa y también invitaré a mi padre y mi madrastra para que los conozcas, sin contar que, por supuesto conocerás a mi hermana, su esposo y mis adorados sobrinos.

—Eres alguien que quiere mantener una familia unida pese a no adorar a tu madrastra.

—Tal vez no la tolere por celos, pues mi padre reemplazó tan rápido a mi madre, casi no deja que los gusanos la devoraran para volver a casarse.

—¿Serás así?

—No, si ni siquiera quería casarme. No pienso volver a hacerlo…

—Lamento que el matrimonio no le agrade.

—No dije eso. No me he expresado bien. —Él extendió su mano para coger la de ella—. Lo que quise decir es que no pienso reemplazarte, para mí eres y serás mi única esposa.

—La única obligada tal vez, la otra quizá sea la que deseas.

—No quiero escuchar tonterías, es muy temprano, ¿por qué mejor no pensamos en cómo adornarás la casa? Estoy cansado de ver la mano de mi madrastra en la residencia. Ella pasará a

un segundo plano cuando mi padre muera.

—¿La dejarás abandonada?

—No, por supuesto que no. La he dejado con esa idea por todos estos años, pero jamás la dejaría, es la madre de mi hermana. Admito que la he dejado sufrir de forma absurda, por maldad…

—¿Confías que una persona que no ha bailado más de cuatro piezas en cenas privadas pueda hacer algo por la residencia?

—Estás preparada para eso, lo sé. Además, yo te llevaré a bailar a muchos lugares en los cuales bailaremos juntos. No seré un esposo que te atará a las labores de la casa. Tengo muchos sirvientes que te servirán con mucho respeto.

—No dudo que me consientas más de lo que deberías. Si me sacarás a bailar, necesitaré vestidos…

—Creo que debemos esperar para los vestidos, quizá quedes embarazada antes de la primavera.

¿Embarazada tan pronto? ¿Eso era posible?

—¿Eso puede pasar en una sola vez? —indagó la joven.

—Sí, pero espero que no para que sigamos compartiendo más noches. Lo que por lo general se acostumbra es a no volver a intimar después de concebir… —respondió el conde.

Camila no quería tener un niño tan rápido, pues una vez que su panza creciera, él iría a buscar en otro lugar lo que no se le había perdido. Estaría necesitado de afecto y correría a los brazos de su amante. Quería gritar al pensar eso. Ni siquiera conocía a Wendy y juraba que la odiaba por estar en el mejor concepto de Charles.

—Espero lo mismo que tú —pronunció—. No quiero que mi esposo no quiera visitar mi habitación o que no me deje visitar la suya.

—Jamás te lo impediría. Estoy pensando en nuestra próxima parada aun sin haber salido de aquí, ya deseo volver a estar contigo…

Ella se sonrojó al oír esas palabras, también deseaba regresar a la cama y disfrutar de todo lo maravilloso que tenía el matrimonio. Al parecer, su esposo estaba descubriendo que no era el mundo más horrible como lo había imaginado antes y por eso era tan amable con ella. Una esposa no significaba que sería el diablo.

Al acabar el desayuno, Charles fue a juntar sus pertenencias para partir. Lo de él era rápido, pues tenía muy poco.

Subieron al carruaje y partieron para tomar el camino de regreso a Londres, para conocer lo que había ocurrido con sus nombres. Charles sabía que él estaba hundido, aunque suponía que cuando el padre de la joven contara que su hija había muerto, estaría salvado; no obstante, al

llegar casado con ella, volvería a caer en la suspicacia, pero no le importaba y tampoco se arrepentía de su decisión de casarse. Steven perdió a una mujer apasionada, ardiente y entregada por una dama que apenas concordaba con él hasta en el aspecto físico.

La doncella de Camila iba en compañía del cochero y ellos dos iban solos. Camila tenía su concentración puesta en el cuadernillo y en el grafito que llevaba. No quería perderse de ningún detalle de Charles y su atractivo.

—¿Otra vez me estás dibujando? —curioseó al notar que no dejaba de mirarlo de reojo cada rato.

—Sí. Me hubiese encantado poder dibujarte con menos ropa.

—No, eso no pasará, pues si eso llegara a caer en manos de alguien, las damas me codiciarían…

Camila rio ante lo que había dicho su esposo. Le divertía que aquel tomara todo con mucho humor.

—Pues ellas tendrían que vérselas conmigo… Ninguna mujer más que yo compartirá tu lecho.

—¿No crees que eres demasiado posesiva, Camila? —preguntó al notar que aquella no usaba mucho tono de burla al decir que no lo compartiría.

—No, por supuesto que no.

—Deberías confiar en mi buen juicio.

—Te recuerdo que tienes una amante, señor del buen juicio.

—No voy a refutar eso, tienes razón, no confíes en mi buen juicio. ¿Te preocupa el asunto de Wendy?

—¿Preocuparme? No, en absoluto. Confiaré en que serás un buen esposo, honesto cariñoso, preocupado y fiel…

—¿No quieres cambiarme la nacionalidad? Por cómo hablas creo que crees que has comprado un perro, querida.

—Un perro no se preocupa. ¿Quieres ver tu dibujo?

—Sí, veré si me has puesto hocico.

Los dos se tiraban un par de indirectas que, pese a que trataban de ofenderse, terminaban por hacerse reír en aquel largo trayecto. Casi en la madrugada, llegaron a la otra posada, de la que partirían a la mañana siguiente.

Para ellos, quedarse en un lugar era una simple oportunidad para que pudieran acostarse otra vez y disfrutar el uno del otro. Así lo hicieron durante la noche, aunque en esta ocasión fue

Charles quien entró a la habitación de Camila.

A medida que pasaban más tiempo juntos, la complicidad entre ellos se acrecentaba, además de la condescendencia y el servilismo mutuo. Si uno era amable, el otro debía serlo el doble. Era una extraña relación la que tenían y, aunque en ese momento se basaba más en los aspectos carnales, porque su esposa aún experimentaba el placer, las cosas avanzaban hacia el cariño y el respeto. Lo que más temía Charles era que terminara como un tonto enamorado, pues de cierta forma pensaba que ella todavía podría sentir algo por el mozo y que él solo significaba placer para Camila. No debía sentirse ofendido, mas no le agradaba que los pensamientos de su esposa estuvieran puestos en un sirviente, siendo que Charles valía mucho más en todos los aspectos.

Después de que pasaran la noche partieron con buen tiempo. Los dos durmieron plácidamente en el carruaje, estaban exhaustos por la noche que habían tenido y que los había llenado de un increíble placer.

Estaban regresando a cada una de las posadas por las que habían pasado días atrás. Casi llevaban tres semanas lejos, lo que causaría gran revuelo cuando se supiera que habían regresado y para colmo, casados, dándole razón a todas las teorías conspirativas que los rodeaban. Esperaba que su padre aún no supiera del escándalo o quizá agravara su estado de salud que, durante los últimos años no había sido del todo perfecto.

Con el pasar de los días y con las paradas que hacían para caminar, trataban de sobrellevar lo tedioso de aquel viaje, que, pese a que se divertían, los mantenía tan agotados que solo deseaban ir a la casa.

Por un lado, Camila deseaba conocer los que serían sus dominios en Londres, en donde plantaría sus plantas favoritas y en donde pondría a prueba sus gustos, aunque también se enfrentaría en el día a día a las personas que hablarían a sus espaldas o los señalarían. Quería conocer su salón del té en el que pasaría tiempo tomando esa deliciosa infusión en compañía de Charles, por más que ella aún no supiera cuáles podrían ser sus actividades diarias. Lo más probable era que todo lo manejara un administrador y él solo se encargara de gastar su jugosa fortuna.

Capítulo 25

Después de varios días, por fin habían llegado a Londres. Sus rostros de cansancio tenían sonrisas de alivio al notar el frío paisaje. Las personas que se animaban a salir estaban cubiertas por abrigos más pesados, solo faltaba que la nieve se anticipara para que todo fuera distinto.

—Esto es la felicidad, hemos llegado… —anunció Charles, sonriente y orgulloso, al estar frente a su residencia.

—Es una gran mansión. Te puedo asegurar que es más bonita que la casa de mis padres —halagó. Camila se sentía satisfecha al ver esa residencia que sería su hogar hasta el día de su muerte. Su esposo era un hombre rico y acomodado. Nunca dejaría de agradecer que Matthew la decepcionara tanto. Charles siempre estuvo preocupado por ella, incluso sin conocerla y al final hizo lo impensable: darle un techo, comida y un hogar a su lado.

Él extendió la mano para que ella la tomara y pudiera bajar del carruaje para adentrarse en la casa.

—Te encantará por dentro. Ven… —La cogió del antebrazo para guiarla hasta la puerta, en donde golpeó para que le abrieran.

—¡Milord! —exclamó su sirviente al verlo de pie frente a la puerta.

—Bruce, ¿cómo has estado?

—Muy preocupado por usted. Se ha dicho de todo y han venido su padre y su madrastra. Están hospedados en la casa.

—Me han ahorrado un viaje a Bath. Ayuda al cochero con el baúl de mi esposa.

—¿Su esposa?

—Es una larga historia que podrás escuchar cuando se la cuente a mi padre y a mi madrastra.

Bruce no podía contener su asombro. Miraba a la joven que estaba agarrada del brazo del conde y no podía creer que fuera su esposa, era casi una niña.

—Por supuesto, sea bienvenida, lady Tyne. Mi nombre es Bruce y soy el ayuda de cámara del conde —se presentó.

—Gracias, Bruce. Ella es mi doncella, Lisette, puedes coordinar todo con ella.

El ayuda de cámara y la doncella se miraron y sonrieron con picardía, aquella era una ilusión a primera vista.

Los recién casados siguieron el camino hacia el salón. Camila caminaba perdida entre los detalles de la elegante y pomposa mansión. Aquel lugar gritaba por todas sus paredes que no

eran cualquier familia.

—¡Charles! —vociferó su padre que estaba sentado en su silla que utilizaban para moverlo de un lugar a otro.

—Edmund, viene con una mujer —comentó su esposa, la marquesa.

—No estoy ciego, querida. Es momento de dar explicaciones… —mandó su padre.

—La única explicación es que lady Camila Winchester y yo nos hemos casado.

La marquesa tapó su boca con ambas manos por la sorpresa.

—¿Entonces era cierto lo que decían? ¿La raptaste? —inquirió su madrastra.

—No, no la rapté. Tampoco traicioné a Steven ni fui sucio.

—Charles, considero que debería explicarles la situación —pronunció Camila con suavidad.

—No, yo seré el encargado de explicarlo, soy el caballero, el responsable de las habladurías absurdas sobre nosotros que, a fin de cuentas, terminaron por ser ciertas. Quien no deseaba casarse era Steven, por lo que pensó todo con mucha inteligencia para involucrarme. Me metió en un carruaje, me golpeó y me dejó a merced de esta dama a la que debía llevar a Carlisle para intentar encontrar al hombre que en ella en aquel entonces amaba… —Él hizo una pausa e invitó a Camila para que se sentara a su lado—. Lo hallamos, pero aquel se casó y no solo eso, la familia de ella le había pagado para que se alejara. Ante la incertidumbre de su vida, le pedí matrimonio, pues eventualmente me casaría, ¿no es así? Es la hija de un marqués, es conveniente para ser la futura marquesa.

A Camila no le sorprendía la frialdad con la que hablaba de ese matrimonio que mantenían. Charles solo era buena persona con ella. Debía entender que no podía esperar demasiado de él, aunque deseaba que la tuviera en un mejor concepto que una simple obligación.

—¿Escuchaste, querida? Charles es un hombre de buen corazón que ha acogido a una joven desamparada bajo las alas del matrimonio. Todavía no puedo creerlo. Llevo muchos años escuchando que eres un demonio, que oír esto es conmovedor —opinó su padre.

—Lo mismo digo, querido. Al menos sé que ya tengo reemplazo. Eres bienvenida a esta familia —habló la marquesa.

—Muchas gracias. Mi esposo ha sido muy amable conmigo y estaré agradecida por la ayuda que me ha proporcionado —musitó Camila.

—Sin embargo… —interrumpió el marqués—. ¿Por qué han dicho que ella está muerta? Ha salido en el periódico de hoy.

—Ahí hay más cosas que explicar —replicó Camila.

—Tú y yo iremos al salón del té a conversar como damas y dejaremos a los caballeros hablar sobre lo que les incumbe —dijo la marquesa que quería oír la versión de la joven, pues

Charles quería acaparar todo.

—Si te apetece puedes ir con ella —alegó Charles.

—Por supuesto…

Camila y la marquesa se levantaron para después perderse por un pasillo que las llevaría al salón del té.

—No es que no crea en mi hijastro, pero deseaba escuchar lo que tienes que decir.

—Su señoría, lo que él dice es cierto, aunque ha omitido las razones por las que fui hasta Carlisle, fui detrás de un mozo. Por causa de eso mis familiares me han torturado con golpes y heridas, la última tortura casi me lleva a la muerte. Hui de eso, no es culpa de lord Northland o Charles, mi familia hizo que huyera, pues mi institutriz estaba a punto de matarme.

—Oh, no imaginaba semejante cosa, pero, querida, ¿un mozo? ¿No había nada mejor?

—En mi caso no, solo él estaba cerca de mí cuando nadie en mi casa me quería. Me han tratado peor que escoria. Mis padres no querían tenerme, para ellos solo represento un gasto.

—Pues estás aquí y demostrarás tu dureza para exigir lo que le corresponde a Charles por ocuparse de ti. Nunca imaginé que él pudiera tener buen corazón.

—Lo tiene. Me ha hablado de usted y de la mala relación que mantienen.

—Él se ha dedicado a cerrarme la puerta de su vida desde que me conoció y no puedo obligarlo a que me quiera, solo lo ignoro por ser el hijo de mi esposo. Ahora vivo tranquila, pues mi querida Dorothea se encargará de mí cuando su hermano me eche a la calle.

—Charles es incapaz de hacer algo así.

—Tú le has agradado, a mí me odia desde que era un jovenzuelo sin barba. Escucha, es importante que tengas un hijo varón para que cuide de ti. Sé que una niña también lo haría, pero en mi caso he tenido que sufrir con Dorothea porque era una solterona hasta que le hemos puesto un tiempo para encontrar esposo. Las mujeres somos una carga, lo sabes, lo sé y lo saben ellos.

—Lo sé. Confío en que Charles siga siendo un buen hombre cuando le dé un hijo…

—Querida, ellos dejan la cama después de concebir. Así pasó con Dorothea, una vez que quedé embarazada, pocas veces volví a recibir una visita de mi esposo. Es lo mejor. Hay que aprovechar el abandono para pedir joyas y vestidos. Otras son las que tendrán que soportarlos con sus ardores. Después de parir a una criatura, no quedan ganas de volver a abrir las piernas, Camila. Toma mi consejo. Para ti debe ser un sacrificio compartir el lecho con alguien como Charles. Debes quedar embarazada pronto y tu vida será mucho mejor.

Esa mujer le daba un consejo contrario a lo que ella estaba pensando, pues lo que menos quería era alejar a Charles de su cama. Deseaba tenerlo ahí, atado.

—Trataré de que así sea —declaró en tono condescendiente.

—Ahora, ¿quieres que te muestre la casa? Tendrás mucho a tu disposición. Mi esposo siempre ha sido generoso conmigo y me ha consentido tanto que eso hace que lo adore.

—Charles también es muy preocupado y consentidor.

—Te repito que no sabía que mi hijastro era tan buena persona. Espero que siga siendo así. ¿Sabes que varios años pensé que estaba enamorado de su hermana?

—Sí, he oído eso, pero sé que la quiere mucho e hizo lo que creyó conveniente para resguardarla de los patanes.

—Te ha convencido con esa filosofía absurda, casi arruina la vida de Thea por egoísta, por un cariño malvado.

—Confío en que lo hizo por un amor infinito. Siempre habla bien de ella. Espero conocer pronto a mi cuñada.

—No te preocupes. Organizaremos una cena familiar con ellos para que te conozcan. Mi yerno se llevará una gran sorpresa cuando vea casado a su verdugo. Espero que no te ofendas si tienes metido en tu casa a lord Baltimore, pero te aseguro que estos dos tienen asuntos que arreglar por celos.

—No tendré inconvenientes con ellos. Espero que pueda agradarle a toda la familia.

—Por supuesto que sí. Dorothea es adorable y Adam también. Mis nietos son tan encantadores y uno de ellos ha prometido ocuparse de mí si llegara a necesitarlo. Es un pequeño caballero.

—Espero que cuando tenga hijos sean caballerosos.

—Eso debes enseñárselos tú, porque si lo hace Charles… —La marquesa negó con un gesto de la cabeza.

Mientras tanto, Charles y su padre estaban en el salón, hablando de todos los pormenores conocidos de la situación. Ante los ojos de Charles todo era perfecto para que Camila dejara a su familia mal parada. De hecho, había pensado en algo aún más maquiavélico: un baile para presentar a su esposa. Lo ideal era que ella no saliera de la casa hasta ese día. Pagaría por el silencio de cualquiera con tal de que Camila tuviera un poco de paz.

—¿Te agrada estar casado? —curioseó el marqués que dejó de lado los asuntos serios y quería cotillear. Era lo único que le entretenía al estar retirado de la vida social.

—Es mejor de lo que imaginaba hasta el momento. Créame que he demonizado eso demasiadas veces. Camila es agradable y una buena joven.

—Fueron de viaje por muchos días, ¿no te has enamorado de ella?

—Esa es una palabra fuerte para utilizarla con alguien que cuida mucho su soltería, padre. Sabe lo que pienso de esto, no creo en algo más allá del cariño por compartir el tiempo. Esta dama puede ser tan adecuada y querible como otras. No tiene algo que la haga especial.

—Deberías tener un poco más de corazón, Charles. Un matrimonio, si bien se sostiene con los convencionalismos, siempre es mejor cuando existen sentimientos de por medio.

—Tal vez tenga razón, puede ser que más adelante aprecie mucho más a Camila. Lo que quiero ahora es que se sienta feliz, libre y cómoda en esta casa. Deseo que no vuelva a pensar en tonterías.

—Entonces mantén a los mozos alejados, hijo. No sea que, ante un esposo frío, termines criando a bastardos de la servidumbre.

—Considero que aprendió a que un mozo no es la solución a sus problemas. Solo una vez aparecerá un tonto en su vida y soy ese tonto.

—Charles, te hemos criado bien, aunque no seas bueno con mi esposa. Tienes algo en esa piedra a la que muchos llaman corazón.

—No piensen que cambiaré. Así soy y así moriré…

—Hemos regresado. Le dije a Camila que prepararía una invitación rápida para que vinieran Thea y Adam para conocerla —interrumpió la marquesa que cogía del brazo a la esposa de su hijastro.

—Bruce, prepara la invitación para lord Baltimore, quiero aquí a toda la familia. Festejaremos la entrada de Camila a la familia Coldwell, será la próxima marquesa de Fremont. Charles, muéstrale las joyas que has heredado de tu madre —mandó su padre.

El sirviente fue a cumplir con la orden, mientras que los demás se quedaban en el salón.

—Se las enseñaré después de mostrarle la casa, salvo que mi madrastra ya lo hiciera.

—Dejaré que le enseñes las habitaciones y el área de servicio. Camila y yo solo fuimos al salón del té y a la biblioteca, en donde me dijo que le gustaban ciertos libros que tienen que ver con la jardinería...

—Entonces todavía ha quedado algo que pueda enseñarle. Ven, Camila, iremos a la parte superior de la residencia.

Ella fue y cogió el brazo de su esposo para que juntos fueran hacia la planta alta.

—Tienes muchos libros interesantes —comentó Camila.

—¿Cómo sabes que son los que te interesan?

—Tienen título. Te recuerdo sé leer... —bromeó.

Capítulo 26

Él le mostraba las habitaciones de la casa sin llegar a la de ella y tampoco a la del mismo Charles.

—Esta es la habitación de la que sería la marquesa —comentó el conde frente a la enorme puerta de manera.

—¿Aquí se hospeda su madrastra?

—Por respeto no lo hace, pues yo vivo aquí. Cuando ellos me visitan se hospedan en las cómodas habitaciones para invitados. Entra y ve si te agrada. Todavía está decorada como le gustaba a mi madre.

—Entonces no cambiaré nada… —Ella entró a la habitación y le parecía hermosa, muy lujosa. Todavía conservaba algunas cosas de ella sobre el tocador. Camila ni siquiera debería pensar en cambiar algo de esa casa—. Es amplia y ostentosa, preferiría una habitación de invitados para mí, no quisiera molestar en este dormitorio que te trae muchos recuerdos. Además, soy algo obligado en tu vida, no querrás que esté en donde estuvo tu madre.

—¿Qué tonterías estás diciendo? Esta recámara ha pasado de generación en generación a cada marquesa, salvo a mi madrastra porque no he sido amable con ella, pero te corresponde aquí como mi esposa.

—No, prefiero que no. ¿Puedes concederme otro lugar?

—¿Quieres pelear conmigo?

—No, por supuesto que no. Es solo por respeto. Lo que está aquí lo puedo desechar. Tengo sus retratos en la galería y sus pañuelos con su aroma, eso es suficiente para mí. No acostumbraba a entrar aquí, pues no deseaba recordar su partida en esta misma cama. De hecho, es mejor que cambiemos todo. Si tú no das la orden, yo la daré.

—Mientras tanto puedo quedarme contigo en tu habitación si no quieres darme otra…

Charles la cogió de la cintura y la arrimó a su cuerpo.

—Eres una pilla. Es más fácil dormir conmigo que sola en una enorme y lujosa habitación de tu propia casa.

—Puede ser que piense mejor las cosas en tu compañía…

Ambos comenzaron a besarse con ardor. Aquella llama de la pasión los mantenía sumergidos en una felicidad desconocida.

—Oh, lo siento… —los interrumpió la doncella que iba a preguntarle a la condesa si se le ofrecía algo.

Los dos se alejaron con lentitud y se sonrojaron.

—No te preocupes, Lisette. Mis cosas puedes llevarlas a la habitación de mi esposo. Pídele al ayuda de cámara que te ayude con eso cuando termine de enviar la invitación para esta noche.

—Sí, milady. Con permiso…

—Deberíamos esperar para estar juntos después de la cena —alegó Charles.

—Sí, creo que no tendremos mucha privacidad.

—Por supuesto que sí. Tu doncella es nueva y por eso es torpe, pero con Bruce se acostumbrará a cumplir con la intimidad ajena. Quería comentarte lo que me ha contado mi padre. Como sabes, ya saben que se supone que estás muerta. He tenido la magnífica idea de hacer un baile de otoño. Todos querrán venir aquí. Aprovecharé para presentarte como mi esposa.

Se sorprendió con la maravillosa idea de su esposo. Era el plan perfecto para humillar a sus padres en público.

—Tienes razón, es una magnífica idea. Me ilusiona ver sus caras cuando todos sepan que no he muerto.

—Para eso necesito que no salgas. Puedes ir hasta el jardín trasero. No recomiendo que vayas al frente de la casa.

—Hay personas que nos vieron al llegar.

—No te han visto el rostro. Imagino que eso puede ser algo bueno, hablarán de una dama misteriosa y eso nos favorece para que nadie falte. Creen que estás muerta. Mientras tanto, yo sí podré salir, tengo gestiones que hacer.

—Me agrada ese grado de malicia que tienes, es tan reconfortante.

—No es malicia, es justicia.

Ella le sonrió y continuaron su recorrido por las habitaciones. Una vez que terminaron, se quedaron en el dormitorio de Charles para descansar. Tenían una cena en la que tendrían que responder tediosas preguntas.

Por la noche, Camila pasó la puerta de comunicación para cambiarse en la habitación que era de la marquesa y el conde se quedó en la suya. Cuando la doncella terminó de arreglarla, Charles entró al lugar y la encontró a punto de levantarse del tocador que había sido de su madre.

—Ni siquiera te levantes —ordenó.

—¿Qué ocurre?

—Debo mostrarte las joyas que me dejó mi madre. Durante su vida acumuló muchas de ellas y mi padre las guardó lejos del alhajero de la marquesa actual. Ni siquiera se atrevió a

mezclarlas. Ahora serán tuyas. Ahí también está el anillo de compromiso de mis padres.

—Eso es muy valioso.

Él abrió el alhajero y enseguida encontró ese anillo que había dicho.

—Quiero que lo uses… Será nuestra tradición, cuando tengamos un hijo, él se lo entregará a su prometida y nuestro nieto a la suya…

La joven observó el anillo de zafiro que él le enseñaba y sonrió por las buenas cosas que deseaba con aquella joya.

—¿Me la pondrías?

No dudó ni un instante en colocarle aquello en el dedo. Después besó su mano.

—Es tan hermoso. Me gustaría verme mejor, con una ropa más elegante para conocer a tu hermana.

—A ella lo único que le preocupará es que tengas todos los dientes, después nada más puede hacerlo. Aquí tienes más joyas, todas las que desees lucir.

—Esto me dejará ciega. Son tan hermosas.

—Tal vez falta limpiarlas un poco, pero se siguen viendo tan brillantes como antes.

—No te gusta que te agradezca nada, pero de todas maneras lo haré, pues sabes que no soy obediente.

—Ni siquiera hace falta que lo digas. Te veré abajo.

—Iré en un momento.

Después de que su esposo saliera de la habitación, ella comenzó a hurgar entre las joyas y se probó una tras otra hasta encontrar una que le quedara bien o al menos que no fuera demasiado ostentosa. Al estar en esa situación de escoger joyas, recordó que podría no estar haciendo eso si por algún motivo el amor de Matthew hubiese sido real. Quizá estaría comiendo una presa de pan duro que era capaz de romper sus dientes. No se cansaba de pensar en lo afortunada que era.

***

—¡Oh, Charles! —exclamó Dorothea que llegó a su casa—. ¡Casi muero de preocupación por ti!

Su hermana abrazó a Charles con mucha fuerza, estuvo a punto de dejarlo sin aire.

—Estoy bien, ¿acaso no me ves?

—Lastimosamente te estamos viendo... —expresó Adam, su cuñado, con una reverencia.

—¡Adam! —reprochó su esposa.

—No te preocupes, Thea. Estoy acostumbrado a la falta de educación de este bípedo.

—Y yo a tus mordidas, áspid —replicó Adam.

—¡Aquí están mis adorados sobrinos!

Los hijos de su hermana corrieron a abrazarlo en las dos piernas. Cada uno quería apoderarse de él.

—¿Nos has traído algo? —curioseó el mayor.

—No hice un viaje de placer, queridos míos, pero les prometo comprarles los juguetes más grandes...

Pese a la primera decepción de los niños, saber que tendrían más juguetes los había enloquecido. Charles acarició la cabeza de ambos con cariño, dándose cuenta de que en cualquier momento él tendría sus propios hijos con Camila y eso lo llenaba de cierta ilusión, imaginando cómo serían. Imaginando si tendrían el color de sus ojos o su cabello.

—Menos mal que has vuelto y, para tu buena fortuna, al menos por tu reputación, lo mejor que podría pasarle a esa joven era morir. Imagino que tuviste que presenciar algo tan horrible —musitó Dorothea que se sentó en uno de los sillones del salón.

—¿De qué dicen que ha muerto? —preguntó.

—De fiebre —respondió—. ¿Es cierto?

Los marqueses aún no le habían contado nada a su hija y tampoco Charles le había adelantado nada.

—Quiero decirte que las cosas no son así, hermana.

—¿Cómo que no son así?

—Buenas noches... —El saludo de Camila era como una respuesta a la pregunta de Dorothea.

Charles se acercó a Camila y le mostró el brazo para que lo cogiera.

—Adam, Dorothea, ella es Camila Coldwell, condesa de Tyne, es decir, mi esposa.

La cara de lord y lady Baltimore era de completa estupefacción. No podían creer lo que escuchaban.

—¿Te casaste con la prometida de Steven? —increpó Adam.

—Considero que ese compromiso se rompió cuando me golpeó en la cabeza con una botella y dejó que me fuera a solas con la que debía ser su esposa.

—Pero si solo ibas a dejarla en Carlisle. —Thea estaba sorprendida. Se acercó un poco a su hermano y le susurró—: ¿Tiene todos los dientes, Charles?

—Sí, Thea. Es un requisito indispensable.

Al decir eso, su hermana parecía estar más tranquila.

—Ahora conoces a mi familia completa, Camila.

—Es un placer conocerla, milady... —correspondió Adam que se acercó para coger la mano de ella y dejar un beso cordial.

—El placer es mío, lord Baltimore. Mi esposo me ha hablado mucho de usted...

—Sé que no ha dicho nada bueno, pero es porque Charles es paranoico.

—Aléjate de mi esposa...

—Espero que lo mantenga encerrado en su casa, milady, así no lo deja escaparse e ir a la mía a molestar.

—No le des una mala impresión a nuestra cuñada, Adam. Es evidente que tú y Charles tienen una amistad genuina basada en la sinceridad.

—Tan sincera es nuestra amistad, que a Charles no le molestará tenerme muchas veces a la semana en compañía de su esposa… —siguió lord Baltimore.

—Puedes hacerlo hasta que mi paciencia se acabe…

Dorothea rio, nerviosa, y fue a coger del brazo a su cuñada.

—No debes hacer caso a las cosas que estos dos conversan. Se la pasan peleando desde el primer día, pero se llevan bien cuando están en mi contra. Me alegra mucho tener una hermana…

—Estoy feliz de que me reciban con tanto cariño, ese que en mi casa no existía. Agradezco que Charles sacrificara su tan preciada soltería por una desconocida. Si él no hubiese sentido compasión y lástima, otro sería mi destino.

Estaba molesto por las palabras de Camila. ¿Cómo se le ocurría decir tantas sandeces juntas? Compasión, lástima, su preciada soltería… ¿En qué demonios pensaba esa mujer al decir aquello? Existía cierta forma indefinida en la cual se casaron. No surgieron sentimientos, ni nada por parte de él. Ni siguiera Charles podía definir la razón de ese matrimonio, solo sabía que era feliz y su familia la quería.

—Mi cuñado no tiene esos sentimientos, ni siquiera tiene vergüenza, menos compasión y lástima, milady —agregó Adam—. Él debe estar muy enamorado.

Las palabras que decía lord Baltimore podían ser tomadas como una broma, pero para la familia eso era cierto. Charles jamás hubiese sido movido por un sentimiento ajeno a la venganza, el egoísmo o el enamoramiento. Solo existían esas tres maneras en que pudo llegar a casarse.

—¿Ya me han usado como el bufón de la corte? ¿Están contentos? —increpó con molestia.

—No seas aguafiestas, Charles. —Dorothea lo cogió del brazo y recostó su cabeza en él.

Camila observaba cómo se suavizaba el rostro de su esposo cuando estaba con su hermana. Su expresión era más jovial y su ceño dejaba de estar fruncido todo el tiempo.

—Entonces mantén a tu esposo lejos de mí. Ahora le presentaré a mi esposa con mis sobrinos…

Su esposo lo presentó con sus dos sobrinos que eran tan dulces. Aquel los miraba con cariño y los cargaba de la misma forma. En esa noche podía notar que mucho de lo que conocía de su esposo eran cosas reales. Él no sabía fingir el desprecio, ni el desagrado y menos el afecto hacia los suyos. Un hijo sería algo hermoso para él, pero algo un poco peligroso para ella, que deseaba ser la única mujer en la vida de Charles. Sentía la imperiosa necesidad de que ella en verdad se convirtiera en el amor de la vida de su esposo, por más que conociera sus pensamientos sobre eso. ¿Cómo podría enamorarlo? Con esa pregunta en la mente, miró a la hermana de aquel, Dorothea, ella podría tener la respuesta. Debía aprovechar algún momento para hablar de eso y conseguir un consejo de alguien que se había casado por amor con un hombre que la amaba. También quería sentir eso en su vida.

Cuando fueron hacia el comedor, ellos encabezaban la recepción, aunque Bruce era quien guiaría a los comensales a sus lugares.

—Estuve a punto de reprenderte, Camila —advirtió Charles con seriedad.

—¿Por qué?

—Nadie tiene que saber o suponer las razones de nuestro matrimonio, sean estas verdades o mentiras. Ahora el tonto de Adam le dirá a todos esa estupidez del enamoramiento…

Capítulo 27

Escuchar que Charles se refería así a lo que ella sentía, era algo horrible. No se lo decía directamente, pero era lo que le parecía.

—Pues si no es el enamoramiento, entonces es todo lo demás que dije, ¿no es así? Es la verdad y no debes sentir vergüenza de ella.

—¿De qué vergüenza hablas?

—Es cierto, tu cuñado dijo que carecías de ella.

Charles movió la silla para que su esposa pudiera sentarse. Quería matar a Adam por decir cosas que le servirían a Camila para tratarlo como su sirviente y limpiar el suelo con él. A su querida esposa era difícil sacarle de la cabeza algo que se le había metido.

Durante la cena, Camila se dedicó a contar su dramática vida y su salvación, para ella él era un verdadero héroe y eso no le gustaba a Charles, no quería ser alguien heroico, solo era alguien que cayó en el lugar incorrecto con la persona incorrecta. Lo único que podía decir a su favor era que desde un principio odió la idea de que ella abandonara todo por un mequetrefe. Se casó por justicia, por tonto y sin razones de peso para hacerlo. En sus cinco minutos de estupidez lo habían unido en matrimonio.

Después de que su hermana y su familia se retiraran y de que sus padres se fueran a dormir, ellos también habían tomado el camino a la habitación, los dos entraron, pero al ver a la doncella de Camila, Charles se hizo a un lado, aunque rápidamente recordó que su esposa se cambiaría en la otra habitación, por lo que se quedó en la suya a esperar a Bruce.

Camila y la doncella cruzaron la puerta de comunicación para que procedieran con el cambio de ropa.

El suspiro sonoro de Camila llamó la atención de su criada.

—¿Se encuentra bien, milady?

—Sí, solo es el cansancio. Fueron semanas de viaje y hoy una cena.

—Lord Tyne se ve un poco enfadado.

—No quiero recordar eso. Creo que tendré mi primera pelea y es a causa de que dije que se había casado conmigo por lástima. ¿En dónde crees que mentí? No le gusta que nadie lo sepa, pero con que yo esté al corriente es suficiente. Ahora que estoy en Londres y no puedo salir, temo que Charles busque a su amante, Wendy. Mi momento idílico ha terminado y ahora solo me espera lo desconocido.

—No se preocupe, milady. Si yo escucho algo, se lo contaré. Estaré pendiente del ayuda de cámara de milord. Bruce es amable.

—Sí, también puede ser tan malvado con su amo. No te fíes.

La doncella sonrió y comenzó a desvestirla para colocarle la camisola y acomodar sus bucles para que estos no se deshicieran. Para que no se notaran mucho, ató todo ellos en un rodete bajo que le permitiría a Camila moverse sin que su peinado se viera afectado al día siguiente.

Charles que estaba en compañía de su ayuda de cámara no entregaba ninguna sonrisa.

—¿Cómo le ha ido en la cena, milord? —curioseó Bruce.

—Bien, todos la han amado; sin embargo, me desagradaron algunas afirmaciones que hizo mi esposa. Sabes que soy un hombre que ama su privacidad, y ella no la ha respetado.

—Es algo normal, milord. Se están conociendo.

—De todos modos, me enfada que dijera tonterías. Ni siquiera sabe las razones que me llevaron a pedirle que se casara conmigo, ni yo mismo lo sé.

—Si usted no lo sabe, entonces, ella puede pensar lo que desee, milord.

—Es cierto, pero no me agradó y ahora estoy molesto. No le costaba omitir algunos detalles.

—Lo mejor es que conversen esta noche. Que descanse, milord.

—Buenas noches, Bruce. Por fin dormiré en mi deliciosa cama...

Una vez que su sirviente se retiró, él no sabía si acostarse o esperar de pie a su esposa. Prefirió estar en la cama. Sus ojos no dejaban de mirar hacia la puerta de comunicación esperando que ella entrara.

Oyó la manija de la puerta y vio a Camila entrar con su camisón sencillo de algodón.

—Creo que te sentará mejor la seda. Pediré que una modista venga a medirte para que tengas ropas más acordes a tu posición —habló Charles que, pese a seguir molesto con ella, no podía evitar desear lo mejor para su esposa.

—Me encanta la seda. Estaría muy feliz si pudiera poseer un poco de eso. ¿Hablaremos de lo que ha ocurrido hoy? —indagó la joven que se metió junto a él en la cama.

—No, no tengo razones para molestarme, al menos no de peso.

—No quise ser desagradable, mi deseo era contar lo que sentía y creía, nunca quise ofenderte.

—Pues estás equivocada. No es lástima.

—Tampoco afecto.

—Fue solo algo fortuito, sin ninguna explicación. No puedo explicar que vi la oportunidad

perfecta para salvarte y no me pareció buena idea dejar que hicieras más tonterías. Creo que fui oportunista para conseguir una esposa. No hay más explicaciones, es la realidad. —Él se acercó para besarla.

Ella sabía hasta dónde podían llevarla los besos de su esposo. Quería perderse en ellos y en la felicidad que la embargaba cada vez que estaba cerca de él y le pertenecía como mujer. Poco tiempo después, él ya se encontraba con las manos inquietas recorriendo lo largo y ancho de su cuerpo, buscando que ella muriera de placer en una verdadera cama caliente con una chimenea cerca. Aquello era una gran diferencia respecto a lo que habían vivido siendo nómadas en las posadas, aunque no le quitaba lo emocionante a todos los lugares.

Quería saber la razón por la cual podría gustarle un camisón de seda, pues lo que a él más le gustaba era desnudarla para llenarla de atenciones y hacerle tocar el cielo.

Ambos olvidaron el asunto que los mantuvo tensionados durante la cena y se entregaron a esa pasión que los unía y que no parecía esfumarse con nada. Se sentía bien conviviendo de esa manera, tanto que preferían ceder que perder el acercamiento.

Al día siguiente, cada uno de ellos se levantó para hacer sus actividades. Charles debía ponerse al día con el papeleo que había dejado pendiente y Camila tenía dos cosas importantes que hacer: conocer la casa y esperar a la modista.

—¿Dónde están los marqueses de Fremont? —indagó Camila al entrar al comedor.

—Ellos han preferido que todas las comidas del día sean servidas en sus habitaciones, no quieren molestarlos, milady —respondió Bruce.

—No son ninguna molestia. Qué tontería. Pídele a mi esposo que venga a desayunar.

—No hace falta que nadie me busque, Camila —dijo Charles que se presentó detrás de ella.

—Charles, tu familia no quiere comer con nosotros. ¿Crees que no les agrado? Me sentiría tan mal por incomodarlos en su propia casa.

—Dudo mucho que tengan algo en tu contra. Creen que hacen lo correcto, aunque, hablaré con ellos para demostrarte que no pasará nada. Bruce, pide que bajen —habló el conde que después le sonrió a su esposa. La paz reinaba entre ambos al terminar de conversar un poco y, por supuesto, pasar la noche juntos.

Después de ese momento, solucionaron cualquier malentendido que pudiera existir, pues conversaron con el marqués y su esposa. Ellos se quedarían en la casa hasta el día de la presentación que haría Charles para Camila.

La marquesa le ayudó a conocer toda la casa y el manejo de la misma. Aquella mujer era amable y trataba de que se sintiera como en casa. Para nada notaba mala actitud o alguna cosa que pudiera hacer que Charles tuviera razón al no desear tratar con ella.

El conde también estuvo en compañía de su padre, conversando sobre cómo sería la vida después del matrimonio. Para Charles todo podría ser metódicamente armado con Camila, pues

entre ellos convenían que las cosas se solucionaran pronto por el bien de la paciencia de ambos. Su esposa era colaborativa en todos los aspectos, también había comprobado que era dócil y sabía lo que le convenía. La joven merecía todo lo que él pudiera darle por mantenerlo interesado y en paz.

Con el pasar de los días, los preparativos comenzaban a notarse y las invitaciones habían sido enviadas para que pudieran compartir con ellos un baile en su casa. Sería una sorpresa para que todos conocieran a Camila.

Charles por fin se había puesto al día con sus pendientes, por lo que deseaba salir de la residencia.

—Voy a salir —comunicó a los presentes en el salón colocándose su sombrero.

—¿A dónde irás, Charles? —indagó Camila que no quería estar sola en compañía de los padres del conde.

—Iré a casa de Steven, tengo asuntos que conversar con él...

—Oh, entiendo. Envíele un saludo de mi parte. Sería bueno que viniera a vernos, Charles —habló un poco más tranquila.

—Sí, por supuesto que le daré un tierno saludo.

—Te perderás de un té con Dorothea, Charles —comentó su madrastra.

Él arqueó la boca, molesto. Quería salir de la casa para hablar con Steven, pero a su madrastra se le ocurriría una manera para mantenerlo atado a una silla durante el día.

—Usted hace esto con el malvado propósito de que no alcance a conversar con ella, pero después la buscaré en su casa si no llego para la hora en la que está aquí. Los veré más tarde.

Él se despidió de todos con una inclinación de cabeza y se retiró. Era la primera vez desde que llegaron a Londres en que podía salir. Estuvo ocupado y haciendo los planes para que su esposa pudiera tener un cierre de su vida anterior y una apertura para la nueva, sin mirar atrás, juntos. El próximo paso serían los hijos que tendrían y eso lo ponía de buen humor. No pensaba que hacer planes para el futuro pudiera ser tan reconfortante.

El día estaba nublado y frío, con vientos que podían quitarle el sombrero, era ideal para beber un té caliente. Por esa razón, su madrastra invitó a Thea para que pudiera estar en su casa y que ella también le hiciera compañía a Camila. Pese a que durante el tiempo que llevaba conociendo a la esposa de su padre, él la había evitado y, también rechazado, se daba cuenta de que era servicial y preocupada con Camila. Le recordaba al trato preocupado que siempre había recibido su hermana por parte de su madre. Aquella la estaba viendo como una hija y la cuidaba, pues lo que su esposa necesitaba era que la acogieran en una familia.

Llegaron hasta la casa de soltero de Steven, pero resultaba que aquel sinvergüenza había regresado a la casa de su madre. Tomaron ese rumbo para hallarlo ahí.

Golpeó la puerta por unos minutos hasta que el sirviente de Steven le abrió la puerta.

—Buenas tardes, milord. No sabíamos que estaba en Londres... —musitó el sirviente que ya había visto que no existía jovialidad en el rostro del visitante y temía por la seguridad de lord Northland.

—¿Se encuentra Steven?

—Sí, milord está en el salón.

—Gracias.

Pasó al lado del criado al que no le dio tiempo de detenerlo. Los ojos de Charles se encendieron al ver a Steven sentado en el sillón, pero su expresión calmada desapareció al notar la presencia de él.

Steven sintió que había llegado su hora de pagar por su obra. Se puso de pie y esperó un milagro; sin embargo, este no llegó. Charles le desencajó la quijada con un puñetazo.

—¡En qué demonios estabas pensando, Steven! ¡Qué clase de amigo eres! —lo reprendió Charles con firmeza—. Me dejaste en un carruaje con una mujer sabiendo que ambos éramos solteros.

Lord Northland se agarró el rostro y comenzó a quejarse del dolor.

—Lo hice porque solo tú podías ayudarme. Tenías tiempo para hacerlo, los demás están casados y yo necesitaba quedarme aquí por Berenice.

—¿Sabes cómo terminó esto?

—Lastimosamente dicen que murió, ¿cómo lo hizo? Ella estaba bien cuando se fue contigo.

—¿Intentas culparme?

—¡Por supuesto que no! No eres médico.

—Pues la única muerta aquí es mi soltería. Me casé con Camila.

Capítulo 28

—¿Cómo que has terminado casado con ella?

—¡No debiste dejarla sola conmigo! Arruinaste mi soltería.

—No puedo creer que te casaras antes que yo... ¡He perdido la maldita apuesta!

—Te removeré los dientes con otro golpe, Steven.

—Deja que asimile lo que está pasando. Si te has casado con ella, ¿por qué demonios dicen que está muerta?

—Es una artimaña de su familia. Su hermano nos encontró en una posada en Carlisle y le dio dinero a ella para que nunca regresara, eso fue antes de que le propusiera matrimonio. El mozo no era más que un farsante que estaba detrás de la dote. Intentó seducirla y por eso sus parientes le dieron dinero a ese hombre que, rápidamente hizo una nueva vida y se casó con una mujer rica.

—Qué pena por su amor no correspondido, pero no entiendo, si ella ya tenía dinero para vivir, ¿por qué le propusiste matrimonio? No me digas, Charles, estás enamorado de ella.

—No me provoques o te romperé el hocico, Steven. Esto no se trata de amor, romance o sentimentalismos baratos. Es un asunto serio: el futuro de una dama.

—Ahora le dicen así a enamorarse y no querer admitirlo…

Charles amagó golpearlo y su amigo se cubrió el rostro con presteza.

—No puedo esperar nada de alguien con tan poca honorabilidad. Vine a exigirte que hagas algo por Camila. Lo que te pediré es algo que tendrás a tu alcance con la familia Fane. Te comprometerás con esa joven y, en compensación por la infelicidad de mi esposa, harás que esa gente turbe los negocios del padre y del hermano de Camila. Quiero que esa gente sufra un poco de lo que ella ha tenido que pasar.

—Para no estar enamorado, ella te importa demasiado.

—No estuviste semanas oyéndola quejarse, sufrir y lamentar. Para ti todo ha sido fácil, mientras yo a su lado enfrentaba la muerte. Casi se muere, Steven. Una de sus rodillas se infectó y creo que fue en su lecho de muerte, que decidí que si vivía dejaría de sufrir. Me casaría en algún momento con cualquier dama adecuada, por eso perdí mi soltería.

—Oye, Charles, lo lamento. Te metí en esto y trato de pensar en el lado bueno. Te he perjudicado, pero a la vez te he ayudado a que te cases y yo pierda una apuesta. Todos lo sabían, sabían que tú te casarías primero. Debo dispararme en la entrepierna.

—No me importa lo que hagas con tus partes íntimas, lo que me compete es que mi esposa tenga lo que quiere y yo lo conseguiré al precio que sea.

—Como amigo eras un demente, pero como esposo no tienes nombre. Milady es una gran mujer, espero que no la engañes, no lo merece. Tu calzón ligero puede ser un problema y quizá la lastimes sin querer.

—No me hables de eso que sé que le inquieta que pueda regresar a los brazos de Wendy. Soy sincero, le dije que tengo una amante con la que soy feliz, pero al menos debo despedirme de ella y desearle mucha suerte después de todo este tiempo. Hemos sido buenos amigos y no es justo que solo desaparezca.

—Creo que Camila podrá entenderlo, pues no hay amor entre ustedes. ¿Puedo ir a verla? Quisiera felicitarla por cazar a un solterón.

—¡Suficiente de tus burlas! La verás en mi casa al igual que el resto. Disfrutarás aún más tu papel de víctima.

—¿De qué hablas?

—De que debes mirar tu correspondencia y aceptar la invitación para asistir a mi casa a un baile casual en el que dejaré mal parados a mis parientes políticos. No solo tendrán la reputación por el piso, sino también conocerán la desgracia si hablas con esa gente. Tú y yo sabemos que la familia de lady Berenice tiene mucha influencia.

—Tengo una buena relación con mi futuro suegro, con los demás no mucho, pero a lord Montgomery lo adoran todos, si pido un favor, sin dudas lo hará para mantener feliz a mi amada.

—Es lo que espero. Si no lo consigues, te dispararé en la entrepierna.

—¿Te apetece una copa?

—Me apetece una botella para golpearte.

Lord Tyne se quedó en compañía de Steven, para beber un poco, aunque no tardaron mucho en perderse en el tiempo como siempre. Un poco tomados, fueron a White´s, no sin antes citar a sus amistades.

—James… —Charles abrazó al sirviente de White´s.

—Lord Tyne, tanto tiempo sin verlo y tantos cotilleos que lo rondan —alegó el hombre, sonriente.

—Pues quédate con nosotros. Te daremos la buena nueva y necesitaremos de tu confidencialidad… ¿lo dije bien?

—Sí, milord. ¿Whisky o brandy?

—Todo, sírvelo todo —ordenó Steven que, con el rostro maltratado, abrazó a Charles para que pudieran continuar su camino al desastre.

Lentamente se iban sumando los demás. Algunos se creían demasiado serios por estar casados, incluso, Adam, su cuñado, fue hasta ahí y lo más probable fuera que él terminara

contando la historia, pues Charles tenía un pie en la inconsciencia.

Era evidente que ninguno de ellos había tragado el cuento de que Charles secuestrara por envidia a lady Camila Winchester, de hecho, Steven había confesado sus planes después de que estos se llevaron a cabo.

Charles era el último que había entrado al círculo de los solteros, por lo que ya no era el último soltero, sino que Steven todavía seguiría siéndolo al menos por unos días más, porque estaban terminando los detalles pertinentes para el matrimonio con lady Berenice.

El desfile de alcohol era inmenso y el salón privado en White´s parecía una fiesta. Charles había dejado de lado el cansancio y la preocupación por Camila, pues todo eso lo había tenido demasiado agobiado, era un pequeño momento para desatarse y disfrutar de la vida de soltero que había dejado atrás. Era como una despedida que no pudo hacer.

Horas después no solo algunos estaban dormidos, también otros estaban con las botas bañadas en vómito, algo que habían dejado de ver tiempo atrás, pero el descontrol había sido tal que no dejaba a nadie en su sano juicio.

James miraba aquel escenario conocido. Lo único que le quedaba era socorrerlos para que pudieran llegar a sus casas sanos y salvos.

***

Camila no podía dormir pensando en que su esposo no estaba en la casa. Tenía los ojos pegados a la ventana. Apenas salió y ese hombre se perdió, solo esperaba que no estuviese perdido en los brazos de su amante, porque de ser así, sabía que sufriría mucho. Sabía que él no la quería, pero ella estaba muerta de amor por él. En esa tarde, pudo conversar con su cuñada y la marquesa, ambas le daban consejos para que pudiera tener el cariño y la atención de Charles. Decían que él no era un caballero con secretos, por lo que enamorarlo no debía ser tan fácil. Le repitieron muchas veces que la rebeldía quizá no le gustara tanto, pero Camila no les hizo mucho caso a esos consejos, porque sin su forma de ser, ella no sería nada.

Otras ideas eran ser dócil y servicial. Esas tampoco eran sus formas de ser en realidad. Si se comportaba de buena manera era solo por conseguir su objetivo. Lo que ella más deseaba era que Charles la amara. No quería presionarlo, aunque esperaba que no le llevara cuarenta años saber si él la apreciaba más que como una esposa por conveniencia. No quería ser una carga por las que sí lo fuera.

Trataría de seguir los consejos de la mejor manera posible para poder obtener lo que deseaba. Pese a que distraía su mente con estrategias para atrapar de manera definitiva a su esposo, no podía evitar que las peores ideas pasaran por su mente. La idea de la amante la torturaba, prefería saberlo herido en algún lugar que compartiendo la cama. Él era un buen amante, por supuesto que se ponía del lado de cualquier mujer que lo deseara, pero no quería compartir a Charles con nadie.

De repente, vio el carruaje aparecer por la calle y también vio al sirviente de su esposo correr hacia el portón para hacer algo. Ante esas acciones, ella se apresuró a colocarse un par de zapatos e ir con presteza hacia donde los demás se encontraban.

Vio al cochero y a Bruce con el conde siendo llevado por ellos. Uno lo cogía de las piernas y el otro de los hombros.

—¡Charles! —exclamó corriendo hacia él, preocupada.

—No se preocupe, milady. Milord salió a beber con lord Northland. Usted debe saber que cuando ellos están juntos, el alcohol se vuelve dueño de sus acciones —alegó el sirviente.

—Solo fue a conversar.

—Siempre es así. Milord se enfada con lord Northland, discuten, pero después el conde llega de esta manera. Es su forma de reconciliarse.

Su esposo ni siquiera estaba consciente y el olor nauseabundo que se desprendía de él distaba mucho de la imagen de caballero respetable y serio que le había vendido durante el largo trayecto. En ese momento solo parecía un ebrio del montón, alguien sin control sobre sus acciones.

Los acompañó hasta la habitación y ahí presenció como Bruce lo cambiaba de ropa con agilidad. Charles se asemejaba a una muñeca de trapo.

—Ten cuidado, Bruce... —habló Charles que despertó un poco de su borrachera, aunque no abrió los ojos.

—Lo tengo, milord...

—Me refiero a mi esposa —habló arrastrando las palabras—. No quiero que me vea así.

—Es muy tarde, Charles. No solo te veo, también te huelo.

Eso hizo que él abriera los ojos, pero no por esa sorpresa sus mareos se irían.

—Tengo una explicación... —alegó levantando una mano, pero pronto esa cayó sobre la cama.

—Me la dirás mañana.

—Le recomiendo que duerma en la otra habitación, milady. No sabemos lo que puede ocurrir...

—Oh, entiendo.

—Camila... —pronunció antes de volver a la inconsciencia.

Ella tuvo que ir a dormir sola en la otra habitación, pues era por su seguridad. Tampoco iba a poder tolerar todos los aromas mezclados que tenía su esposo en su cuerpo. Eso le hacía pensar que no estuvo con otra mujer, entonces era bueno que estuviese borracho.

A la mañana siguiente, Camila empezó su día con ánimo. No importaba que su esposo estuviese conservado en alcohol, lo importante era que estaba vivo y en su casa. Ni siquiera se

animó a entrar en la habitación, se quedó en la que debía ser la suya y que fue de la madre del conde.

Lisette, que la estaba arreglando, la miraba con cierta diversión.

—¿Está mejor después de ver que milord solo fue a emborracharse? —curioseó sonriente.

—Pues de cierta forma sí.

—Los criados me dijeron que acostumbra a volver de esa manera, al menos desde que es amigo de ese tal lord Northland, dicen que no es una buena influencia para él.

—Créeme que no lo es. Por su culpa estamos casados.

—Vi que estaban cambiando todas las ropas de cama y las mantas. Creo que fue muy acertado que no durmiera en la habitación con él.

—También lo creo. No quiero destruir la imagen que tengo de mi esposo como un hombre serio que no puede amar. Verlo tan vulnerable puede hacerle un daño irreparable.

Las dos oyeron el sonido de la puerta de comunicación. Era Charles que parecía un ser renovado.

La doncella se retiró sin decir nada, dejándolos solos.

—Si dije algo malo, lo lamento —musitó Charles, que tenía la imagen de un hombre perfecto e inalcanzable.

—No has dicho nada, pero tengo algo que reprochar. ¿Cómo pudiste jugar que yo bebiera?

—Porque las damas deben mantener la compostura en cualquier lugar. Yo fui a White's, le conté a mis amigos sobre el matrimonio y el asunto se descontroló.

—Ya me han informado de tus andanzas, para la próxima ya sabré que cuando vas con lord Northland te pierdes.

—Fueron pocas veces... —Él se acercó a ella y la cogió de la cintura para darle un beso—. Me sentí solo al despertar sin ti a mi lado...

—Y yo me sentí aliviada de no estar a tu lado con el riesgo constante de que algo me pasara. Casi no pude dormir pensando en que algo pudo haberte ocurrido.

—Fui un incordio y, además, me perdí el té con Dorothea.

Capítulo 29

Ella no le daba tanta importancia al té, sino a su presencia en la casa.

Se dieron un beso y después bajaron juntos a desayunar. El día sería perfecto para Camila, pues tenía a Charles con ella, disculpándose por su mal proceder de la noche.

En su vida de casada no le iba mal y tampoco en la compañía de sus suegros, ya que Camila consideraba a la marquesa como si fuera su suegra. No le había dado ni un pésimo consejo o demostrado que Charles no debería ser respetado, sino todo lo contrario, aunque de vez en cuando se le escaparan algunas opiniones sobre la actitud de su hijastro.

Gracias a esa dama conocía el jardín a la perfección y le gustaba saber lo que eso significaba. Mientras estaban ahí, Camila se fijó que su esposo estaba en el despacho y la observaba desde ese lugar a través de la ventana. Le gustaba sentirse observada por él, puesto que parecía interesado en ella.

El ayuda de cámara del conde preparaba la bandeja de la correspondencia para el señor y lo hacía ordenando aquellos papeles con minuciosidad.

—¿Qué haces, Bruce? —indagó Lisette que miraba sobre los hombros del sirviente para saber lo que este hacía.

—Nada que te incumba. ¿No tienes nada que hacer? Si te hacen falta actividades, pediré una para ti.

—¿Por qué eres tan severo? ¿Quieres parecerte a lord Tyne? Sé que todos los sabuesos se parecen a sus amos.

—¿Te pareces a milady?

—Ya quisiera ser tan bonita como ella, Bruce, pero tengo mi propio encanto.

—Seguir órdenes definitivamente no es parte de tu encanto. —Bruce la hizo a un lado con cuidado y fue hacia donde se encontraba su patrón.

—¿Por qué apartaste esa carta? —preguntó siguiéndolo.

—¿Cuál carta? —replicó el sirviente.

—La que no tiene sello y está volteada.

—No es asunto tuyo, es de milord. Tampoco es una correspondencia para milady. El día que le envíen algo te lo daré.

Aquel golpeó la puerta del despacho y Lisette fingió irse, pero cuando Bruce entró, ella se pegó como mosca a esa abertura para oír lo que el sirviente diría.

—Milord, tiene correspondencia...

—¿Mucha?

—Mmm... Bastante. También hay una que puede interesarle...

—¿De quién?

—De la señorita Wendy.

Fuera del despacho, Lisette estaba a punto de trepar por las paredes como una araña, pero debía seguir escuchando.

—Ah, Wendy. La tengo un poco abandonada. La visitaré pronto...

Para ese momento la doncella de Camila fue corriendo a contarle lo que había oído, sin quedarse a escuchar todo el chismorreo.

—Tenga en cuenta que su esposa está en casa.

—Le diré que saldré otra vez junto a Steven. Iré solo a despedirme de ella. A Camila le pone de mal humor que siquiera la mencione. No quiero tener problemas innecesarios en mi casa. Mi esposa es buena en la cama y es para lo que Wendy me servía. Lo único que extrañaré serán nuestras conversaciones jocosas. Responde esa misiva por mí, pero no le digas cuándo iré, puede ser en cualquier momento.

—Por supuesto, milord.

—Gracias, Bruce. —Charles abrió la carta que decía.

Queridísimo, Charles.

Supe por otras personas que has vuelto a Londres. Cariño, te espero, me tienes tan abandonada que solo pensar que pudiste haberte casado me revuelve el estómago. Lo bueno es que has enviudado, según lo que leí.

Te espero para que puedas contarme todo. Te haré muy feliz.

Tuya, Wendy.

—Pues no soy viudo, cariño, y lo que te diré no te gustará.

Él cogió el resto de la correspondencia, agarró su abrecartas para continuar con la lectura.

Lisette seguía corriendo hasta que llegó a donde se encontraban Camila y la marquesa.

—¡Milady! ¡Milady! —exclamó la doncella.

—Qué modales tiene tu doncella, querida —la reprendió la marquesa.

—Ella es muy auténtica, su señoría —justificó Camila.

—¡Milady!

—¿Qué ocurre, Lisette?

—¡La tal Wendy le ha escrito a milord!

Esa sí era una noticia horrible para Camila. Estaban en Londres y esos no eran sus dominios.

—¿En verdad? No puede ser... —expresó desanimada.

—¿De qué están hablando? —cuestionó la marquesa, confundida.

—¡La amante de milord! —respondió la doncella, alterada, como si fuera la esposa.

—¿Qué dijo, Lisette? ¡Dímelo!

—Ay, milady...

—¡Me desmayaré!

La marquesa colocó las manos cogiendo a Camila, pues aquella en verdad parecía que se desmayaría.

—Dijo... Dijo que iría a verla, milady. Lo siento.

Camila sentía que la temperatura de su cuerpo subía sin parar. Se había puesto pálida del susto. De esa manera no podría luchar por conseguir el amor de Charles.

—¿No has oído mal, jovencita? —interrogó la marquesa al ver que Camila estaba a punto de perder la consciencia a causa de la comunicación que había dado la doncella y la madrastra de Charles quería que aquella lo negara para que Camila no se sintiera mal.

—No he oído mal, su señoría. Dijo que la tenía abandonada y que la visitaría.

—¡Me falta el aire!

Con el delantal de su vestido, la doncella intentaba darle aire a Camila para que esta no desfalleciera, aunque los colores de su rostro decían que pertenecía más al otro lado que a este.

—¿Por qué te mortificas por una amante, Camila? Eres la esposa, tienes el lugar que cualquiera de esas vagabundas desearía...

—Tendré el lugar, pero creo que esa mujer tiene el corazón de Charles. No quería que esto fuera un simple matrimonio obligado, por conveniencia, por lástima o por lo que fuera, señoría. Deseaba amor, algo que por años he deseado y mendigando bajo el techo de mi familia. La primera persona que me habló diferente se llevó mi corazón que vivía desesperado a causa de la soledad y el poco afecto que me profesaban mis padres. La rebeldía se apoderó de mí como una forma de protesta por no quererme. He cometido locuras por lo que creía el amor, pero estaba equivocada. Antes no lo había conocido, pero Charles, con su carácter arrogante y desinteresado, me mostró el lugar real en donde encontraría algo por lo cual vivir.

—No te hagas ilusiones con él. Las amantes tienen una función importante, son las que nos ahorran el trabajo de cumplir en el lecho, pues ellos se acercan con embarazo o sin él.

Eso que le decía la marquesa a ella, no era una opción. Camila no estaba dispuesta a compartir a Charles. Le fascinaba estar a su lado y no podía creer que no disfrutara a su lado de la misma manera.

—Él piensa que las damas somos frígidas y yo le demostraré que no es así. Si con todo esto no consigo que Charles me ame, me haré a un lado. Quizá no soporte estar cerca sabiendo que va a visitar a esa mujer cada día. Moriré de pena.

—Querida, no debiste encariñarte con Charles. Es inmaduro y egoísta para algo sentimental. Le pides mucho a alguien que cree que el placer es la cima del mundo. No piensan como nosotras. Durante muchos años no quise encariñarme con el marqués porque no pude darle otro hijo varón, pero después de que Dorothea se casó, las cosas cambiaron, aunque los tiempos ya no son los mismos. Ninguno de los dos es joven para andar en cosas apasionadas. Tú eres una niña y él todavía sigue siendo un atractivo joven. Charles no te valorará hasta que no le des un varón, después de eso te respetará.

—¿Y cuándo me amará?

—No es seguro que te ame alguna vez. Si no puedes soportar ver a tu esposo con su o sus amantes, lo mejor que puedes hacer es irte a Bath con nosotros. Yo me encargaré de ti como si fueras mi hija. Eres tan adorable. Bath es un buen lugar para criar un niño. Esto es así, querida. Las esposas tenemos dos funciones en la vida: mantener la casa en orden y dar hijos. La felicidad es algo que nadie dijo que vendría incluida. Tú debes enfocarte en tener un hijo y cumplir con eso. Es la forma más rápida para librarte de él.

—¡Pero yo no quiero librarme de él! Deseo tanto no ser una carga o una obligación para Charles, que creo que moriré intentándolo.

—Haz lo que creas conveniente, eres la esposa. Cuando las cosas no funcionen, ven conmigo y lo solucionamos. Te apoyaré en todo lo que creas que es beneficioso, Camila.

Camila le dio un abrazo a la marquesa, aquella mujer en tan poco tiempo le había demostrado más preocupación y cariño que su propia madre a lo largo de sus dieciocho años. Incluso pensaba que ella dejó que la amamantaran las hienas por su maldad.

Después de eso, tuvo que dejar el jardín para ir hacia su habitación y recostarse un poco para pensar en cómo hacer para que su esposo no fuera tras ella.

—Camila... —pronunció Charles al ver que su esposa iba hacia las escaleras con el rostro serio—. ¿Estás bien? ¿Alguien te ha molestado? ¿Fue mi madrastra?

Ella lo observó queriendo decirle que lo único que le hacía daño era saber que no la amaba.

—Charles... —Camila lo abrazó con fuerza y después lo cogió de ambas manos—. Tu madrastra es encantadora, no sé cómo puedes despreciarla.

—Son cosas mías. ¿Por qué tienes el semblante un poco extraño?

—Me siento un poco mal, tal vez me quede en la habitación durante toda la noche. ¿Me harías compañía?

—Creo que te lo debo. ¿Estás segura de que puedes subir las escaleras?

—No creo que pueda, me siento debilitada...

Él no dudó en coger a Camila en brazos. La consideraba frágil y que necesitaba muchos cuidados que podía proporcionarle. Que ella fuera de esa manera, le daba la satisfacción de sentirse un gran proveedor, un varón de verdad que veía por el bienestar de su mujer. Le agradaba Camila, cargarla, besarla, tocarla... Todo eso era algo que Charles comenzaba a añorar cuando la tenía lejos, por más que estuvieran bajo el mismo techo.

—El perfume que te compré huele maravilloso —comentó Charles que no dudó en meter su nariz cerca del cuello de ella cuando la llevaba en brazos.

—Dime qué más te agrada de mí, Charles.

Charles rio al oírla decir eso. Era evidente que ella deseaba escuchar halagos para después burlarse de él. La conocía y sabía que sus momentos de fragilidad eran contados para que los aprovechara, pero la mayor parte del tiempo Camila era un pequeño demonio prepotente.

—Mmm... Déjame pensar.

—No pienses mucho, me encontrarás defectos —bromeó recostándose en el pecho de él.

—Eres hermosa...

—Creo que eso me lo dice el espejo cada mañana. ¿Qué más?

—¿Por qué mejor no le preguntas al espejo si no quieres escuchar lo que tengo que decir?

—Esto es lo que me encanta de ti. La educación y tú no pueden andar de la mano, querido.

—Sabía que buscabas burlarte de mí. Desde que estuvimos en ese desafortunado viaje...

—¿Sigues pensando que fue desafortunado?

—A las cosas podríamos ponerles nombres bonitos, pero siguen siendo cosas malas.

—A mí me ha encantado conocerte...

—No me hagas quedar mal. Esperas que diga lo mismo que tú, y considero que sospechas que no soy así.

—Lo sé, no existen los milagros. Si estoy embarazada, ¿qué pasará con nosotros?

El conde abrió los ojos al escuchar esa palabra. Sintió un vuelco en el estómago y una emoción repentina. Un embarazo sería algo bueno, un heredero en camino y muy pronto.

—Descansarás... ¿te sientes bien? ¿Quieres que busque a un médico? ¿Consideras que puedes estar embarazada? —Esas preguntas salían como disparos de su boca. Le emocionaba pensar en eso.

—Estoy bien, no necesito nada. No creo estar embarazada, pero pregunto por curiosidad. ¿Cómo descansaría?

—Por tu bien y por el del bebé, no dormiríamos juntos. Es lo que se acostumbra. No puedo ser un hombre fogoso y lastimarte.

—¿Entonces ya no estaría en tu lecho?

—Exactamente...

Por nada del mundo deseaba quedar embarazada o se iría corriendo a los brazos de su amante, Wendy.

La bajó en la cama y él pretendió alejarse un poco, pero ella lo cogió de un brazo.

—Charles... ¿crees que soy una buena esposa?

—¿Te encuentras bien? —insistió—. No te exijo nada, Camila, ni siquiera al heredero. Sabes que nuestro matrimonio es una farsa agradable. No te sientas presionada por mí o por mi familia. Cuando tengas tu pequeña venganza, te sentirás más tranquila y segura. Traeré un libro y pediré que nos traigan té a la habitación...

Su esposo se soltó de su agarre y se fue.

Capítulo 30

Aquel intentaba decirle de mil maneras posibles que ella no significaba nada en su vida, solo una recogida a la que convirtió en condesa. Camila ambicionaba ser una mujer amada, ya había conseguido ser esposa y condesa, pero no era suficiente.

La vida le decía que se resignara al lugar que tenía, que era demasiado para lo que en realidad merecía. Estaba destinada a ser la esposa de un mozo, pero en algún momento sería la marquesa de Fremont gracias a la lástima de Charles, a su sentido de justicia y a su seguridad de que cualquier joven era buena como esposa. En realidad, Camila no hacía la diferencia en nada. ¿Por qué retrasar lo inevitable? Tarde o temprano correría a los brazos de su amante. Debía centrarse en cumplir y vivir su vida de la mejor manera posible. Su codicia podría llevarla a su propia ruina.

Un tiempo después, Charles regresó con dos libros en las manos y la doncella tenía una bandeja en la mano llevando un té.

—Mi esposa se siente mal, Lisette. Estaré pendiente y quiero que tú también lo estés para llamar a un médico —habló el conde.

—No estoy enferma, solo me siento cansada.

—Entonces pasarás menos tiempo en el jardín. Deja que la marquesa se encargue de la casa mientras tú descansas.

—Me tratas como si debiera reposar, Charles.

—¿Hay otra cosa que puedas hacer cuando estás cansada?

—No...

—Bien, silencio. Leeré en voz alta, aunque te dejaré elegir una lectura.

—¿Saldrás esta noche?

—No, me quedaré contigo. Además, sigo un poco cansado por haber tomado demasiado la noche anterior.

Al menos esa noche lo tendría a su lado, sabría en qué lugar estaría.

Charles leyó una parte del libro, a la vez que tomaba su té. Camila lo contemplaba con los ojos brillantes. Ese no parecía ser el hombre grosero del primer día al que había besado. Se sentía tan plena y atendida que era evidente que todo estaba justificado para la joven, sus celos y sus ganas de ser amada.

Con los días, Camila desarrolló la terrible costumbre de mentir con que se sentía mal cuando se acercaba la noche, aunque siempre terminaba retozando en los brazos de Charles. A toda costa intentaba evitar que aquel saliera por la noche. La forma que encontraba para retenerlo

era acostándose con él o simplemente fingiendo molestias.

Siguieron pasando los días y estaba a punto de llegar el momento del baile en el que su esposa dejaría el anonimato. Cada día pasaba más tiempo con ella y ya había pasado un mes del matrimonio. La verdad que él era feliz con Camila, pero le preocupaba su precaria salud, la recordaba más saludable, por lo que le pidió a Bruce que buscara un médico para que la atendiera.

Camila salía menos al jardín para que eso sirviera como excusa para sustentar su cansancio. Se levantó y sintió un fuerte mareo que la regresó al suelo ante la mirada de Charles que la contemplaba desde su ventana.

—¡Camila! —exclamó desde su silla. Abandonó su lugar para salir corriendo con rumbo al jardín. Su camino parecía eterno hasta llegar a ella. Los sirvientes también corrieron al oír su grito—. ¡Camila!

Se agachó y movió el rostro de ella hasta que apenas abrió los ojos.

—¿Qué pasó? —preguntó confundida.

—¡Demonios, Camila! Ahora no hay forma de que te salves de que te vea un médico. Estás enferma.

—Estoy bien... ¡Ay, mi cabeza!

—¿Qué ocurrió? —inquirió la marquesa.

—Se desmayó. ¿En dónde estaba usted que no la acompañaba? —reprochó Charles a su madrastra.

—No le hables así a la marquesa, Charles. No es su culpa, es mía. No hace falta un médico. Deben ser secuelas de mi rodilla.

—Eso casi te lleva a la muerte. Definitivamente, te verá un médico y es mi última palabra.

—Charles...

Su esposo no dudó en llevarla consigo hasta la habitación. No le habló ni le dirigió una sola mirada. Solo la colocó sobre la cama y salió de ese dormitorio, enfurecido.

—¡Quiero al maldito médico aquí ahora mismo! —gritó en los pasillos.

Los sirvientes se metieron entre los escondrijos de la casa, chocando entre ellos, buscando una solución para el conde furioso.

Lisette no podía esconderse, pues el rostro del esposo de su patrona era de pocos amigos.

—¿Por qué no estabas cuidándola? Si algo le ocurre, cortaré cabezas... —advirtió colocándose frente a ella.

—Charles, cálmate. Tu esposa se cree bastante independiente en lo que hace. Si hay alguien a quien deberías culpar es a ella. Deja que nos ocupemos y consigue el médico. Rugiendo como león dudo que aparezca uno.

—Bruce fue a buscar a uno y espero que lo traiga.

Charles pasó a un lado de la marquesa y de la doncella. Ambas se miraron con suspicacia antes de entrar a la habitación.

—Camila, esto de fingir estar enferma ha ido demasiado lejos —la reprendió la marquesa.

—Este desmayo no fue fingido, todavía me siento mareada. Charles no entiende que no necesito un médico. Le dirá que no tengo nada y que solo soy celosa.

—De tanto fingir le ha caído una enfermedad real —se burló la doncella.

—Debo hablar con Charles...

—No lo provoques, Camila. Está muy enfadado. En estos momentos es mejor mantener distancia con él.

—Señoría, no puedo tolerar su alejamiento...

—Le diré a milord que quiere verlo —pronunció la doncella.

Unos minutos más tarde, Charles regresó y entró a la habitación, sentándose cerca de Camila. Ella extendió su mano para tomar la de su esposo, pero él le dio un ligero golpe.

—No oses tocarme, mujer desobediente —espetó molesto.

—No te enfades, Charles. No tengo nada. Puedo regresar al jardín y no pasará nada.

—El médico ha llegado.

—Dirá que no tengo nada.

—¿Cómo lo sabes?

—He mentido para tener tu atención antes de ese desmayo que sí ha sido real.

Miró a su esposa con desconcierto.

—¿Por qué mentías?

—No quería que fueras con tu amante. Sabía que ella te envió una carta. No quiero que la veas.

—¿Quién se supone que eres tú para prohibirme algo y para colmo de males, mentirme? Este matrimonio es solo una fachada para no dejarte abandonada a tu suerte. Esto lo haría por cualquier otra mujer que estuviera en tu situación. Eres manipuladora, Camila. —Él se alejó de ella, molesto.

—Entiendo cuál es mi lugar en tu vida, Charles. No hace falta que lo repitas siempre como si quisieras convencerte a ti antes que convencerme a mí. Discúlpame por meterme en tus asuntos. —Ella bajó la cabeza.

—Espero que no vuelvas a hacerlo.

Su esposo salió de la habitación y después de unos minutos llegó el médico que Charles había pedido.

La marquesa acompañaría la revisión de Camila. El médico le hizo varias preguntas a la joven y ella respondió a todo, mientras aquel revisaba las heridas y también tocaba su abdomen.

—Ya le he dicho a Charles que no tengo nada —manifestó ante el médico.

—Pues es cierto, usted no tiene nada. Está muy sana —respondió el médico.

—Me alegro al saber eso...

—Está tan sana, que tendrá un hijo.

Tanto el rostro de Camila como el de la marquesa eran un poema. Ninguna de ellas podía creer lo que ocurría.

—¿Está seguro? —interpeló la marquesa con un toque de emoción.

—Por supuesto, señoría. Tiene el vientre duro.

Esa noticia parecía hundir aún más a Camila. Su esposo estaba enfadado porque le había contado que había mentido para tenerlo en casa. Con el hijo en el vientre, lo peor se acercaba: dejaría el lecho y él iría a los brazos de su amante.

—Por favor, no se lo diga al conde, quisiera darle una sorpresa —se apresuró a decir la joven.

—Entonces le diré que hable con usted sobre lo que le acabo de decir. Lord Tyne tiene mal carácter, le aseguro que querrá que le diga todo y querrá ponerme cabeza abajo.

—No se preocupe. Ella sabe lo que hace. Charles estará feliz —secundó la marquesa.

—Está bien...

Después de que el médico salió, Camila se convirtió en un mar de lágrimas.

—¿Por qué estás llorando, Camila? —inquirió la marquesa. No recibió respuesta, solo un abrazo fuerte de Camila, a quien tuvo que consolar con unos golpes en la espalda—. ¿Me dirás lo que ocurre?

—No quiero perder a Charles. Siento que lo amo demasiado para tener que compartirlo con otra mujer. Cuando sepa que estoy embarazada, irá corriendo a los brazos de su amante.

—Oh, querida. Solo tú puedes ver eso como algo horrible, pero entiendo que estás

enamorada en este momento, tanto, que no sabes que la amante es una bendición. ¿Por qué no quisiste que el médico le dijera nada a Charles?

—Se lo dije, porque ya nunca lo volveré a ver en la habitación si llegara a saberlo.

—Créeme que lo sabrá y esto que hace solo acrecentará la brecha entre ustedes.

—Ya está enfadado conmigo por haber confesado que mentí sobre sentirme cansada en varias oportunidades. He sido una tonta, señoría.

—Las mujeres enamoradas hacen cosas tontas, es comprensible, querida. Ahora lo que debes hacer es contar la verdad.

—Tendré que hacerlo, pero sé que se irá de mi lado.

—Lo que debes entender es que tú estás enamorada, no él. No puedes obligar a un libertino a que te quiera. Sabemos que, pese a que te ha pedido matrimonio, no has sido su elección. Eso es suficiente para que solo cumplas con lo que te corresponde, sin mayores expectativas. Mientras menos lo busques, menor será tu sufrimiento. Te aprecio y quiero lo mejor para ti. Tal vez mis palabras parezcan crueles, pero soy mujer como tú, y las enseñanzas que nos han dado las institutrices no han sido en vano. Si algún día él decide que te abrirá su corazón, acéptalo, pero mientras no esperes nada.

Le entristecía pensar que se haría a un lado al contarle lo del bebé a su esposo. El consejo de la marquesa no era malo, aunque tampoco era el mejor. La alentaba a que fuera solo una esposa sin aspiraciones.

En la planta baja, Charles esperaba al médico. No dejaba de mirar hacia las escaleras hasta que lo vio acercándose. Él acortó distancia con aquel de manera presurosa.

—¿Cómo está ella? —inquirió con preocupación, pese a que le había mentido, seguía estando al pendiente de Camila.

—Milady es una de las mujeres más saludables de Londres. Sus marcas en el cuerpo no revisten gravedad alguna. No se preocupe...

Él suspiró, aliviado. Entonces, podía seguir molesto con ella. Sus mentiras lo habían llevado a buscar a alguien que, sin querer, la estaba desmintiendo pese a haber confesado sus fechorías. Camila quería manipularlo para tenerlo siempre a su merced, pero eso no era algo que Charles haría. Era bastante adulto para seguirle el juego a una niña como ella.

—Gracias. Mi ayuda le pagará por sus servicios...

Una vez que el médico se retiró, Charles se quedó en el salón, sentado. Debía poner su cabeza en orden para poner las cosas en su lugar dentro de esa casa. Fue muy considerado porque la apreciaba. Disfrutaba de su compañía y de que ella hiciera todo lo posible por consentirlo y él correspondía a esa acción de la misma manera. Le encantaba tenerla en sus brazos, llenarla de besos o solo tocar su mano para dejar un beso casto en él. Sin embargo, Camila pretendía cambiar su mundo por celos de Wendy, una persona a la que no veía y no porque no lo deseara,

sino porque la había olvidado, pero le enseñaría una lección. Seguía teniendo el control de su vida y se lo demostraría. No haría nada malo, solo iría junto a Wendy, aunque no con intenciones de acostarse, sino más bien para que Camila supiera que no lo tenía comiendo de su mano. La apreciaba de una forma que no comprendía, mas ella debía entender que no podía atarlo sin que él quisiera estarlo.

Entraría a la habitación solo para anunciarle a su esposa que no podría detenerlo si él quería hacer lo que se le venía en gana.

Capítulo 31

Al entrar al dormitorio, vio a Camila que estaba cerca de la ventana, mirando hacia el jardín.

—¿Y bien, manipuladora? —escupió con cierta burla y molestia.

—Debo hablar contigo —manifestó la joven que no se atrevió a mirar a Charles.

—Dime lo que quieras, te escucharé —replicó Charles que fue a sentarse en uno de los sillones de la habitación.

—Estoy embarazada, Charles. Voy a tener un bebé —contó.

—¿Es otra de tus mentiras? —preguntó juguetón.

Ella giró sobre sus talones para mirarlo. El tono mordaz y burlón que utilizaba no le gustaba a Camila. Él se notaba muy molesto con ella, pero no tenía razones para soportar sus burlas.

—¿Por qué mentiría con esto?

—¿Quieres que te responda yo o te respondes tú misma? No eres la persona más honesta del mundo. Te aprovechaste de mi atención para tenerme encerrado en tu pequeño mundo egoísta, Camila. Un hijo es la forma de dejarme en esta casa para siempre. ¿Después qué vendrá? ¿Más dolores, más desmayos, más teatro? No abuses de mi afecto, querida. Soy bueno, pero no tonto.

—¿No crees lo que te estoy diciendo solo porque confesé mi pecado? No puedo ocultar mis celos hacia tu amante y eso era algo sabido antes de casarnos.

—No tienes nada que reclamar. Este matrimonio no es más que una forma de que ambos tengamos ventajas. Cuando estés realmente embarazada lo festejaremos, pero ahora no le veo el sentido a que mientas. Te descubriste y ahora no puedes seguir manipulándome, jovencita. Por lo que, hoy no estaré en la casa por la noche.

—¿Irás con lord Northland?

—No.

—¿Te irás con ella?

—Puede ser. Te dejaré pensando en eso. Quiero que entiendas que no puedes tenerme en tus manos, Camila. Nuestra relación no se basa en eso. Lo estábamos haciendo bien, no hacía falta que quisieras morder más de lo que puedes masticar. No seré un capricho más. No quiero que esto que tenemos se desvanezca por tu locura.

—¿Querer más que un matrimonio por conveniencia para ti es una locura?

—No te ofrecí más que esto y es cómodo. No busques problemas, eres una buena esposa, bella y encantadora, no necesitas más.

—Necesito saber que me quieres, Charles. No quiero que esto se convierta en vivir con mis padres, sin amor, sin afecto...

—¿Quieres que te diga si siento algo por ti?

—Necesito saberlo.

—Te quiero, pero invades mi espacio. —Él se levantó del sillón y le dio un beso en la frente antes de salir de la habitación.

Charles se quedó frente al dormitorio después de cerrar la puerta. ¿En verdad solo quería a Camila o la amaba? Ni siquiera podía hacer un acto maléfico sin pensar en el daño que podría hacerle. Ella necesitaba un poco de zozobra para recordar qué los había llevado a estar juntos. Sus celos en verdad lo halagaban, pero no lo veía necesario, pues él no se arrojaría a los brazos de nadie si ella cumplía con todo. Era perfecta, la esposa perfecta. De un tiempo a esta parte, no imaginaba a otra mujer a su lado que no fuera Camila. Dentro de todo, su pequeño juego era capaz de divertirlo. Mañana las cosas serían distintas y regresaría junto a ella al lecho. La llenaría de besos y continuarían haciendo planes. De hecho, le compraría un par de joyas y unos lienzos para que se pusiera a pintar para despejar su mente.

Camila todavía no podía creer que Charles ni siquiera hubiese considerado lo que ella le había dicho. Ignoró al hijo de ambos y eso la entristeció. No sabía lo que él haría esa noche, pero se aseguraría de saber el lugar al que iría. Si iba a casa de la tal Wendy, ella se haría a un lado en compañía de su bebé, aceptando el trato de la marquesa. Lo que ella le ofrecía era algo con lo que había soñado alguna vez. Podría poner sus habilidades aprendidas para criar a su hijo lejos de su padre, mientras que aquel se divertía con cuanta mujer existía.

Ella no siguió en la habitación del conde. Prefirió ir a la habitación contigua y comenzar a acomodarse para que pudieran tener lugares separados.

—¿Está segura de que ya no quiere compartir la habitación de milord, milady? —indagó la doncella que llevaba algunas cosas del dormitorio de Charles hacia el de Camila.

—Sí. Esta noche lo seguiré y eso será determinante para que continúe. Le agradezco este matrimonio, pero en verdad no sabía en lo que me metía. No soy una persona destinada a estar con alguien que no me ama. Con el bebé en camino habré cumplido con lo único que se esperaba de mí, ¿qué más tengo que hacer? No serviré para nada, solo seré una molestia en su vida.

—Pero si usted no puede salir. Solo falta una semana para la fiesta que organizó milord para agasajarla.

—No me importa, haré mi duelo si hace falta y le diré que como esto es un matrimonio por conveniencia, no hace falta que se preocupe por nada. Veremos si le gustan sus propias palabras.

—Es vengativa, milady.

—Me he cansado de mendigar atención y cariño. No me lo dieron en casa y no me lo darán aquí. Parece que mi destino es ser una persona cruel. Si quieren que no sienta amor y no tenga sentimientos primitivos, así será.

Estaba decidida a hacer lo que fuera para salir del hoyo. No se convertiría en la mendiga de su esposo.

Por la noche, Charles salió de la residencia en carruaje, mientras que Camila estaba en compañía de su doncella que fue a buscar un carruaje de alquiler para seguirlo. Vería si Charles solo la amenazó como broma o era algo real.

El carruaje mantenía una distancia prudente con el de su esposo. Su corazón palpitaba al pensar en lo que podía encontrar. Hasta el momento estaban en un barrio elegante y eso le sorprendía. El coche de él se detuvo frente a una residencia elegante. Desde lejos lo vio descender.

—No veo nada —masculló Camila.

—Traje el monóculo del marqués. Creo que le servirá —dijo la doncella que estaba pegada a la misma ventanilla que Camila.

La joven cogió el monóculo y observó que alguien abría la puerta y se arrojaba a los brazos de Charles. En ese momento, Camila sintió un vuelco en el estómago que le dio muchas náuseas. Abrió la puerta del carruaje y vomitó, mientras temblaba. Lisette se había quedado de piedra al ver así a su patrona.

—¿Se encuentra bien, milady?

—No. Esa mujer con ropa vulgar es su amante. Charles ha venido junto a ella. Mi miedo se ha hecho realidad.

—Usted es la esposa, milady. Tiene la ventaja.

—¿La ventaja del dinero y del título? ¿Y qué hay de su amor y de su corazón, Lisette? He nacido destinada a ser miserable, a nunca ser amada. —Acarició su vientre, pues ella jamás dejaría que su hijo pasara por algo así. En tan poco tiempo su vida había cambiado tanto, que no sabía si para bien o para peor. Ver a Charles, siendo abrazado por esa mujer, la había devastado, ni siquiera quería imaginar lo que pasaba en ese lugar. Le haría lo mismo que a ella—. Soy una ingrata, tengo más de lo que merezco, debería conformarme; sin embargo, no puedo, pero este es el momento de decir basta y ser lo que él espera que sea: una esposa convencional. No desearé cosas que jamás tendré. Vámonos.

Ella inhaló y exhaló para evitar volver a vomitar. El embarazo y la decepción no deberían ir juntas a ningún lugar.

La doncella la ayudó a subir y trató de no hablar demasiado, pues pese a que la condesa intentaba parecer fuerte, estaba destrozada por dentro. Ella amaba locamente a lord Tyne y sufría por lo que creía un engaño. La marquesa le advirtió que no buscara más de lo necesario y era por esto.

***

En la casa de Wendy, ella abrió la puerta y abrazó a Charles con alegría.

—Querido, me has tenido tan abandonada... —Ella intentó besarlo, pero él puso la mejilla de por medio.

—¿Cómo estás, Wendy?

—Ansiosa de estar a tu lado, Charles. —Ella se pegó al pecho de él y lo acarició, aunque era extraño que no correspondiera a su apego—. He oído muchas cosas de ti.

—¿Como cuáles...?

—Dicen que te llevaste a la prometida de tu amigo...

—Esa es una vil mentira...

—Otros dicen que te casaste y la mataste...

—¿Quién inventó eso último?

—Algunas personas han venido de visita aquí. Además, no has dejado de ser la novedad en los salones en cuanto a cotilleo se refiere. Saben que regresaste, me enteré por ellos. Tú has estado ignorándome, cariño. ¿Qué ocurre contigo? —Wendy volvió a intentar besarlo, pero él tomó la mano de ella y dejó un beso.

—Hay algo que tengo que contarte...

—¿Qué puede ser? Espero que solo sea que no me has traído un solo obsequio de tu viaje...

—Desearía que así fuera.

—¿Qué es? No me digas —musitó Wendy, sospechando de qué se trataba—. ¿Te casaste?

—Sí, con la prometida de Steven.

Wendy, que tenía una sonrisa burlona, escondió el rostro detrás de un gesto para que él no la viera. Le dolía saber que aquel se había casado.

—¿A qué has venido? Espero que, pese a que tienes esposa, puedas seguir viniendo aquí. Eres a quien siempre espero.

Charles hizo un sonido con la boca. Se sentía apenado por lo que escuchaba. De cualquier forma, una de las dos mujeres sufriría y prefería que fuera Wendy y no Camila.

—Vine a despedirme...

—¿Despedirte? ¿Qué te ha hecho esa mujer para que te alejes de mí?

—A Camila no le agrada que tenga una amante.

—Considero que tiene que agradarte a ti y no a ella. Te aseguro que es una mujer sosa y cansina. Te aburrirás de ella y correrás de nuevo a mis brazos en poco tiempo. No es una despedida definitiva.

—Para mí lo es. Ella es especial...

Escuchar esas palabras le dolían mucho a Wendy, pero como no tenía oportunidad de nada más, ni siquiera podía ponerse a llorar.

—Oh, querido, entonces tendré que buscar a un nuevo amante, alguien que me haga tan feliz como tú —habló con la intención de que él dijera que estaba diciendo tonterías y que jamás se iría de su lado.

—Es bueno para no sentirse sola. Lo siento, Wendy, Camila se ha vuelto alguien importante para mí y tu presencia la perturba. Debes entenderlo, es una niña. Eventualmente, esto pasaría.

—No pensé que fuera tan pronto. Siéntate y cuéntame cómo te enamoraste de ella.

—No sé si estoy enamorado.

—¿Te atreves a dudarlo después de dejar uno de tus mayores hábitos en años? —Ella rio sin emoción—. Quieres mentirme, pero para engañarte a ti mismo. Espero conocer a tu amada esposa en alguno de los salones. Debe ser extraordinaria, bella e inteligente para hacerte cautivado, Charles. No cualquiera conseguiría entrar entre tus preferencias.

—Ni siquiera ella se halaga tanto como tú lo haces.

—Debo agrandarla para no sentirme superior. Quiero escuchar todo por más que eso pueda producirme dolor...

En verdad Charles no quería hacerle daño a Wendy, pero ella insistía en escuchar todo lo que habían tenido que pasar con Camila. Recordando a su esposa, deseaba saber qué estaba haciendo o en qué estaría pensando. La imaginaba trepando las paredes creyendo que se estaba acostando con Wendy. Eso estaba muy lejos de ser una realidad para él. No sentía deseos carnales por ella, Camila tenía en sus manos hasta su libido y eso comenzaba a preocuparlo.

Después de contar su historia y beber un poco, él regresó a su residencia temprano. La casa estaba en silencio y la oscuridad cubría cada rincón.

Su sirviente, sorprendido, al verlo llegar tan temprano, fue con la lámpara caminando frente a él. Abrió la puerta con cuidado, creyendo que ahí estaría su esposa, pero no había rastro de ella.

—¿Y mi esposa?

—Supongo que en la habitación de la condesa, milord.

—¿Por qué no está en este sitio? Ella debe estar aquí.

Con determinación, Charles intentó abrir la puerta de comunicación y no pudo hacerlo. Entonces, observó a su criado.

—Creo que está enfadada. Necesito joyas o algo que la alegre...

Capítulo 32

Camila oyó voces del otro lado de la puerta. Su esposo quería entrar por el lugar de comunicación de las habitaciones. La manija se movía con violencia. Entonces, ella fue hasta la puerta de entrada a la habitación que estaba en el pasillo y también giró la llave para que no pudiera entrar.

Esa noche había decidido ser una esposa convencional, de coraza dura y sin piedad. Si quería un matrimonio ventajoso, lo tendría. Pondría en práctica las enseñanzas de la malvada señorita Clapton. Como una mujer casada, debía ocuparse de lo más importante: el embarazo y eso ya lo había conseguido. Además, debía evitar a su esposo por su propia seguridad, mantener el orden, exigir un trato condescendiente y pedir dinero, joyas y muchos lujos extravagantes. Podía ser la hija odiada de un marqués, pero a fin de cuentas tenía cuna y no cualquiera. Su esposo, al igual que su progenitor, era un marqués, por lo que debía saber lo que eso significaba. Lo miraría por encima del hombro, no se humillaría al seguir rogando para que la amara. Tampoco dejaría que la amante le sacara dinero, ella lo haría primero. A Charles no le gustaba una buena dama a su lado, quería una verdadera víbora.

Lo que vio fuera de aquella casa solo hizo que su dolor se convirtiera en una forma de vivir. Ya no quería ser la víctima que era maltratada y dejada en un rincón. Sería la mala y Charles tendría que lidiar con sus decisiones. Aprendería a vivir como creía que debía.

Al día siguiente, se levantó temprano y abrió la puerta para que su doncella la atendiera.

—Milord regresó temprano anoche —comentó la doncella.

—Lo sé. Intentó abrir la puerta y la encontró cerrada.

—Eso quizá no le agrade, milady.

—No me importa lo que le agrade a él, sino lo que me agrade a mí. Charles ha escogido lo que desea. Que corra a los brazos de su amante como lo hizo ayer. Averigua qué cosas no le agrada desayunar a mi esposo.

—¿Qué tiene pensado hacer?

—Nada. Solo consigue eso que te he dicho.

—Sí, milady.

Lisette se apresuró a terminar el peinado de ella antes de irse y Camila cogió un par de joyas del joyero de la madre de él y se observó en el espejo. Se veía elegante y regia. Solo sería amable con sus suegros y la servidumbre. Con su esposo solo se limitaría a cumplir con lo que se esperaba de ella.

Después de unos minutos, Camila fue a la cocina para cambiar el menú que se serviría en el desayuno.

—¿Ya sabes lo que no le agrada a Charles?

—Sí, milady. No le gustan las salchichas y tampoco las judías.

—Señora Dawson, por favor, prepare salchichas y judías para el desayuno. Té con mantequilla y pan tostado para el que pida algo distinto.

—Milady, a lord Tyne no le gustan esas cosas.

—Lord Tyne comerá lo que me apetezca a mí porque soy su esposa. ¿Está claro, señora Dawson?

—Por supuesto, milady.

La señora se apresuró para que el desayuno estuviera servido lo más pronto posible.

La marquesa se presentó al comedor sin su esposo, aquel tenía días en los que prefería no ir ni siquiera a la planta baja.

—Qué elegante te ves, querida. Hoy noto un brillo especial en tus ojos, ¿en qué piensas? —curioseó la marquesa que la cogió de ambas manos.

—Ayer por la noche, vi a Charles en una casa de la que salió una mujer y lo abrazó. Ese fue el momento en que dije que dejaría de ser una mendiga, para ser una verdadera condesa. No quiere una esposa que lo ame con devoción como yo lo hago, quiere a una serpiente y lo seré para él. Quería una vida diferente.

—Estoy muy orgullosa de ti. Demuéstrale que contigo no jugará. Charles es un joven caprichoso, pero encontró la horma de su zapato contigo. Si esto te pesa más adelante, ven conmigo y con el marqués. Eres una persona sensible, Camila, y, sobre todo, amas a Charles con mucha vehemencia. No sé cuánto puedas soportar.

—He soportado torturas físicas, no me costará ser indiferente con alguien que amo.

Charles despertó esperando encontrar a Camila en la habitación; sin embargo, ni siquiera estaba su peine en la habitación. Se había comportado como un tonto. Se levantó e intentó abrir la puerta de comunicación.

—Milady está en el comedor, milord —anunció Bruce que lo vio a punto de tirar la puerta.

—Buen día, Bruce. ¿Crees que tiene la expresión de estar enfadada? ¿Por qué pregunto eso? ¡Soy yo el que debería estar enfadado por las mentiras de esa arpía!

—Estaba hablando con la marquesa y ambas reían. No creo que milady tenga algún problema, al menos no con el resto de personas de la casa. La he visto dando órdenes en la cocina y al resto de los empleados. Ha comenzado a tomar las riendas.

—Eso le ayudará a mantener su mente ocupada y no pensar en tonterías. He dejado a Wendy y eso no debería ser un problema para mi vida. Sé que Camila se ofende cuando la menciono y ayer, admito que fui malicioso porque ella me estaba manipulando con sus falsos

malestares. Incluso quiso inventar que estaba embarazada, cuando el médico dijo claramente que ella, mi querida esposa, era la mujer más sana de Inglaterra.

—Si usted cree que su esposa merecía esa pequeña maldad, tiene razón, milord.

—Por supuesto que la tengo. Ayúdame a quedar listo para el desayuno, tengo hambre.

Cuando Bruce terminó de arreglarlo, el conde fue al comedor. Ahí encontró a su esposa, elegante y sonriente. Él sonrió de felicidad al verla. No quería estar enfadado con ella.

—Buen día —saludó para llamar la atención de ambas mujeres.

—Buen día, Charles —correspondió su madrastra.

—Buen día, Charles. Siéntate para que te sirvan el desayuno —replicó Camila que quería ser fuerte para no hacer lo de siempre: colgarse de su brazo y desear que él fuera atento.

El tono serio de su esposa le advertía que estaba en un lío. Le tocaría averiguar eso después del desayuno. Ni siquiera se atrevería a acercarse, tal vez le quitara un ojo. Debía ser cauteloso.

—Pediré que sirvan el desayuno —dijo sonriente.

Camila agitó la campanilla para que la cocinera y los sirvientes pudieran servir.

Pese a que sabía que su esposa estaba enfadada, eso no le quitaba el hambre, observaba su plato, deseando ver lo que desayunaría. Cuando la cocinera le sirvió judías con salchichas, él la miró como si fuese a cocinarla.

La marquesa también miró su plato un poco sorprendida, pero cuando distinguió una sonrisa por parte de Camila, supo que ella en verdad había tomado el asunto de la amante como una guerra.

—¿Esto es una orden suya? —increpó a su madrastra.

—¿Qué dices, Charles? No tengo nada que ver. Tienes esposa, una que se encarga de dar órdenes —lo reprendió la marquesa.

—Es cierto, Charles. He sido yo. Pedí mi platillo favorito para nuestro desayuno. Es un antojo mío, ¿le llevarás la contraria a tu esposa embarazada?

Él negó con la cabeza. ¿Cómo podía saber ella que odiaba las judías y las salchichas en el desayuno? Debía mantener la calma y no matarla. Estaba seguro de que era solo un accidente, aunque odiaba que siguiera mintiendo con lo de su embarazo.

—Querida, sufres de falsa preñez. Quiero decirte que es mi culpa que no supieras que no me gustan las judías y las salchichas.

—Lo mejor sería que le dijeras a tu amante que te diera el desayuno y no solo la cena si no te gusta lo que prefiere tu esposa. Te recuerdo que soy la encargada del menú —masculló.

Los sirvientes agacharon la cabeza al darse cuenta de que se ventilaban intimidades del conde y su reciente esposa.

—Retírense —ordenó la marquesa con presteza—. Desayunaré con el marqués.

La marquesa se retiró al igual que los sirvientes y cerró la puerta del comedor.

—¿A qué viene esto, Camila? —increpó—. No solo dices tonterías de mí, sino que inventas cosas. No estás embarazada, el médico me lo habría dicho.

—Entonces dime, ¿a dónde fuiste anoche?

—¿Qué tiene que ver eso? —Él quería evitar un enfrentamiento con Camila.

—¿Por qué no respondes? ¿Por qué no dices que estabas en casa de tu amante?

Charles rio con nerviosismo.

—Estás siendo paranoica.

—¿Tengo razones para ser paranoica?

—Sé que dije que iría a verla, pero...

—Fuiste, y no se te ocurra mentirme.

—No fui a casa de Wendy.

—¡Cómo te atreves a mentirme de esta manera tan descarada!

—¡No estaba con ella!

—¡Estabas con ella porque te seguí! ¡Esa mujer se arrojó a tus brazos apenas te vio!

—¿Te atreviste a seguirme?

—Tanto como tú te atreves a negar que estuviste en su casa, pero no te preocupes, no pienso seguir siendo la tonta de esta historia. Vete con ella, haz lo que quieras. No puedo pedirte nada, solo cumpliré con mi deber. He cumplido con el primero que es embarazarme. Puedes hablar con el médico que vino si no me crees o esperar a que mi panza crezca. Desde ahora, no puedes entrar a mi habitación sin mi autorización y no habrá visitas hasta que nazca el bebé. Puedes irte con tu amante a la que tanto ensalzas y presumes —escupió con determinación. Esas palabras le dolían, mas no podía quedarse con eso atorado en la garganta.

—No puedo creer que lo hicieras.

—Y yo no puedo creer que lo niegues. Ahora eres libre, tu lástima ya ha hecho lo suyo, tendremos un hijo. Tienes una esposa que hará lo posible para que tu casa esté ordenada, tu hijo educado y cuidando de tu tranquilidad dándote un buen nombre para que tú puedas salir cada noche a ser feliz.

—Sí, fui a ver a Wendy, pero no para lo que piensas...

—Por supuesto. Si no quieres desayunar, puedes pedirle algo más a la cocinera. Mañana tendremos el mismo menú. Me ocuparé de saber todo lo que odies para que lo tengas servido, lo mejor es enfrentar las cosas que te molestan.

—¿Quieres enfrentarte a mí después de todo lo que he hecho por ti?

—Me has hecho tanto bien, como daño, pero creo que tengo una ventaja sobre ti: te daré un heredero, algo que vale más que cualquier cosa, Charles.

—Tal como te atreviste a chantajear a Steven, haces lo mismo conmigo. Eres una arpía.

—Siempre fue por defenderme. Ahora no solo tengo que defenderme yo, sino también a mi hijo. —Ella guardó silencio y comió con gusto lo que le habían puesto en el plato. Eso se le había antojado. El padre del niño odiaba ese desayuno, pero el niño parecía amarlo.

—Aquí será peor que un campo de batalla, Camila. No creas que soy dócil.

—Ni siquiera me atrevo a desafiarte. Te pongo las cartas sobre la mesa. No quieres una esposa que te adore, que te tenga en un pedestal. Quieres a una que te muerda hasta lograr matarte. Puedo ser ambas y tú escogiste lo peor.

—¿Ahora es mi culpa? ¡Víbora! ¡Me casé con una víbora sin saber lo que metía a mi casa! Ni siquiera la marquesa fue tan despreciable en su juego.

—Es que no me conoces. Te dije que tu amante no me agradaba y eso ha sacado lo peor de mí.

Charles golpeó la mesa con ambas manos y se levantó de su silla.

—No tengo que soportar esto, Camila. Iré junto a ese médico.

—¿Para qué ir tan lejos si la marquesa estuvo presente?

—Es capaz de mentir para hacerme daño.

—¿Un niño puede hacerte daño? No creo que más del que puede hacerle una mujerzuela a tu matrimonio.

—Fui a despedirme de Wendy, no a acostarme con ella. Si sabes el lugar en el cual está su casa, puedes ir a preguntarle. No tengo nada que ocultar.

—Pero sí te has atrevido a mentirme sin remordimientos, Charles. Me haces reír.

La miró con molestia y salió del salón echando humo por las orejas. Estaba seguro de que esto no se quedaría así. Parte de lo que ocurría era su culpa y la otra del incontrolable carácter de su esposa. Ella no andaba con rodeos y él lo sabía. Tendría que trabajar mucho para que Camila volviera a ser la criatura dulce y rebelde que conoció. Esta que estaba en su casa era el verdadero demonio.

Capítulo 33

Sin dudarlo fue a casa de su hermana a desayunar. Esperaba que su cuñado no estuviese dispuesto a alguna disputa, ya que tenía hambre. Camila no lo chantajearía de esa manera. Admitía que era su entera culpa haber despertado a su demonio interior; sin embargo, lo hizo solo con la intención de provocarla un poco para que dejara de ser manipuladora, pero el tiro le salió por la culata. Estaba conociendo el lado de una persona agradable que lo hacía feliz.

La dama dulce y frágil se convirtió en un caimán que quería devorarlo. Intentaría todo por recuperarla, aunque sin perder su dignidad. Ella debía entender que no podía tenerlo comiendo de su mano. Lo mantenía lo suficientemente interesado para evitar que corriese a los brazos de otra mujer. De hecho, dejó a Wendy sin remordimientos, sabiendo que en su casa sería mucho más feliz. Con Camila había proyectado un futuro casi sin desearlo. Era la dueña de sus pensamientos y sus acciones. La tenía presente y no quedaba indiferente a ella.

Golpeó la puerta de la residencia y el sirviente de su cuñado abrió.

—¿Tan temprano por aquí, lord Tyne? —curioseó el sirviente.

—Saludas como el mismo Adam. Vine a desayunar con ellos y lo más probable es que lo haga todos los días. Pon un lugar en la mesa para mí.

—Milord se enfadará.

—No lo hará, solo dile que le contaré una historia que le gustará saber antes que se lo diga su suegra o suegro.

El ayuda de cámara hizo lo que Charles le había pedido, pero no sin antes hablar con Adam de lo que había dicho su cuñado.

—Tienes un lugar privilegiado en mi mesa y es solo porque me contará un chisme, cuñado —pronunció Adam que deseaba saber lo que ocurría.

—Agradezco que gracias a lo chismoso que eres, puedo tener un desayuno decente y no como en mi casa.

—¿Qué ha ocurrido, Charles? —preguntó su hermana.

—Camila cambiará todo el menú de la casa por cosas que no me gustan solo porque le mentí y dije que no fui a donde está Wendy, pero ella me siguió y me enfrentó en casa.

—Oh, Charles. Eres un hombre indecente que no merece perdón —alegó Dorothea, molesta —. ¿Cómo puedes tener una amante con una esposa tan adorable como Camila?

—Me ha puesto de desayuno judías y salchichas. Eso es un caso de intento de asesinato, ¿ahora sigues pensando que es buena?

—¡Es una desalmada! —Ella cogió la mano de su hermano. Sabía qué cosas no le agradaba

y solo alguien cruel y despiadado le haría tanto daño.

—Dorothea... ¿De qué lado estás? Es evidente que tu hermano solo cosecha lo que ha sembrado.

—Charles, admito que te equivocaste y que me parece tan horrible lo que hace Camila contigo, pero mi esposo tiene razón. ¿Cómo pudiste correr a los brazos de una mujer de la vida galante?

—No fui corriendo a sus brazos. Solo he sido educado y me despedí de ella sin tocarla, ustedes saben en qué aspecto. ¿Qué puedo hacer para que deshaga ese castigo de querer ser una mala esposa? Soy impaciente y lo primero que se me ocurre es ir a tirar la puerta de su habitación y obligarla a que sea una buena mujer de nuevo.

—Tú eres el dueño de todo, puedes poner las cosas en su lugar, Charles —alegó Dorothea que defendía a su hermano como nadie más lo haría.

—Mejor guarda silencio, Thea, si no quieres que ponga esta casa en su lugar pasando por encima de ti porque soy el dueño de todo —habló su esposo—. A ti no te gustaría que fuera a buscar lo que no se me ha perdido ni que quisiera humillarte sacándote de tus deberes. No puedes ponerte del lado de un sinvergüenza. Tu hermano debe aprender de sus errores. Escucha, Charles, si te casaste solo para ser generoso, te has equivocado de razón.

—Camila está enamorada de ti. Ha estado hablando con mi madre y conmigo para conseguir que te enamores de ella.

—¿Enamorarme? ¿Qué demonios es enamorarse? Ni siquiera comprendo ese concepto. ¿No se conforma con tenerme todo el tiempo, con que la consiente, con que la piense, con que la acaricie? ¿Qué más quiere?

—Quiere que le digas que la amas, Charles. Lo que nos has dicho es un claro síntoma del enamoramiento. Estás enamorado de tu esposa y deberías decírselo para que su enfado desaparezca —le aconsejó su cuñado.

—A esa alimaña no le dedicaré un solo pensamiento más si hoy no abre la puerta para compartir la habitación y es todo. No puedo anular el matrimonio y, para colmo, dice estar embarazada. ¿Cómo puede pensar que le creeré si estuvo fingiendo para tenerme preocupado y arrodillado junto a la cama teniendo que otra vez pudiera morir? No dejaré que nadie me manipule.

—Estás más enamorado de lo que creía, Charles —alegó Thea—. Tú jamás dudarías de algo de lo que estuvieras seguro. Si tú querías evitar que te manipulara, lo hubieras hecho desde el primer día. Las damas deseamos ser amadas y más ella que no ha tenido eso. ¿Sabes lo importante que es para ella que tú le digas que la amas? Charles, deja el orgullo de lado y vive a plenitud con Camila y tu hijo. Dudo que intentara algo así.

—Me niego a ceder ante esa mujer... Le preguntaré al médico que la atendió para que corrobore esa información, aunque es obvio que no lo está. Es una persona que está acostumbrada a que los demás hagan lo que ella quiere. Me ha involucrado en sus locuras con

ese otro demente que es Steven. He sido adorable como nunca pensé serlo, solo para que me trataran como un títere.

—Tal vez Steven te ha tratado como un títere, pero no Camila. Te daría un mal consejo para hundirte, Charles, para poder desayunar en paz, mas una paz duradera es mejor que una mentira que te traiga de nuevo a mi puerta. Cómprale obsequios, no escatimes y pide disculpas si es necesario.

—¿Disculpas? Prefiero besar tus pies sucios antes que disculparme por algo que no me parece justo.

—No lo convencerás, Adam.

—Lo que veo es que prefiere humillarse antes que aceptar que ama a su esposa. No soy quién para juzgarlo. También fui un joven inmaduro y estúpido.

—Lo sigues siendo, Adam —agregó su cuñado.

Después de terminar con la conversación y con el desayuno, Charles fue a buscar la casa del médico que había ido a la suya para atender a su esposa. Parecía ser algo absurdo, pero no estaría tranquilo y conforme hasta conseguir una respuesta coherente.

El hombre lo recibió y lo observó con detenimiento.

—¿Tiene alguna dolencia, milord? —curioseó el médico.

—Sí, usted atendió a mi esposa. Quiero saber si es cierto que está embarazada. —El médico guardó silencio y fue a sentarse en su silla—. Es mentira, ¿no es así?

—Milady está embarazada. Ella dijo que quería darle una sorpresa. No quería que se lo dijera. Se notaba un poco preocupada diría yo, no sé si se ha tomado bien la noticia.

Charles no podía decir nada. Camila estaba embarazada, era verdad que su hijo estaba en camino y él no había creído en lo que le decía. Con eso se dio cuenta de que tenía más problemas de los que había creído. Se arrepentía de haber dicho tantas tonterías. Quizá comprar una joyería no le serviría de mucho, pero lo intentaría. Tampoco consideraba tan grave el asunto de Wendy, porque para él no lo era. Fue una simple despedida.

Se despidió del doctor y no solo fue a una joyería a empeñar su alma, sino que también quería obsequiarle un caballo al que montaría después de que naciera su hijo. Estaba desbordado de emoción al corroborar lo que ella le había dicho. No podía creer que de ser un soltero sin proyección de casarse, estuviera tan cerca de convertirse en padre. Un heredero lo llenaba de ilusión y más aún con Camila, la mujer que lo tenía ilusionado y ocupado. Era una criatura endemoniada, pero tan adorable cuando lo deseaba, que quería volver a aquel tiempo en el que peleaban en las posadas en las que iban. La convivencia era difícil, pero debía admitir que él tenía mucho de culpa en la actitud de su querida esposa por decir incoherencias.

Casi entrada la noche, llegó a su casa, exhausto, y fue a su habitación para prepararse y poder participar de la cena.

—¿Cómo ha pasado la tarde mi esposa? —inquirió a su sirviente.

—Ha estado riendo con la marquesa. No se despegaron en toda la tarde, milord.

—¿Crees que es mala influencia para mi esposa?

—Su esposa tiene suficiente nivel de maldad. Su madrastra ni siquiera ha dicho algo que vaya en su contra, de hecho, ha abogado por usted demasiadas veces. Milady está resentida con usted.

—Tiene motivos suficientes, pero no pienso dejar que esto se quede así. Mi hijo está en su vientre, por lo que lucharé por él si es necesario. El médico confirmó que ella decía la verdad. Presionaré a Camila para que perdone mi arrebato de venganza. Deseo tenerla conmigo en este cuarto. ¿Has probado abrir la puerta?

—Sí, milord, pero es inútil, esa puerta no se mueve ni un milímetro.

—Tendré que conversar con ella sobre las reglas de esta casa y si no las tengo, inventaré, pero aquí debe hacerse lo que yo mando.

Bruce asintió con vehemencia.

A la hora de la cena, él se acercó al comedor con temor a encontrar algo que le desagradara, pero para su buena fortuna al menos tenía pan, queso y una pata de cerdo.

Camila estaba en el comedor, viendo que todo estuviera listo. La marquesa había pedido que se le sirviera en su habitación.

—Menos mal que estaremos solos —dijo Charles que se acercó a Camila, casi asustándola, pues le había hablado cerca del oído.

—¡Charles! —exclamó, alejándose de él un poco avergonzada. Estaba perdida en sus cavilaciones, tanto que no había notado que su esposo estaba ahí.

—Te asustas porque tienes la conciencia igual que un gallinero.

—Siéntate, te servirán la cena.

—Te he comprado algo... —contó.

—No quiero baratijas —escupió para molestarlo. Sabía que él no le daría algo así, pero necesitaba humillarlo un poco.

—Tú dirás si son baratijas. —Cortó la distancia con ella y le acarició los brazos—. Jamás compraría algo de poco valor a mi condesa. Sin aún serlo he pedido lo más caro para ti.

—Harías eso mismo por cualquier otra y lo sé. No hay nada que me haga especial, tú mismo lo has dicho desde antes de casarte conmigo.

—Tienes una memoria privilegiada, pero que comienza a molestarme. He dicho cosas

estúpidas e inmaduras, me arrepiento de ellas. Eres una excelente compañera, Camila...

Esas palabras la derretían por dentro; sin embargo, no podía ceder con facilidad. Él la trataría así un día y al siguiente, estaría con su amante. Todavía no le creía lo del embarazo, pero cuando comenzara a notarse, Charles prácticamente viviría en casa de Wendy. Pensar en eso la hacía sufrir, mas con la coraza de mujer fuerte, lo soportaría.

—Te agradezco el cumplido. Es hora de cenar. —Volvió a alejarse de él.

El conde tuvo que aceptar que ella rehuyera a su contacto, hasta era comprensible; no obstante, él deseaba que su adorable esposa regresara y se llevara a esa malvada al infierno. Se sentó y esperó que le sirvieran la cena. Vio que ella hizo un gesto para que los sirvientes dejaran los alimentos en la mesa.

Su esposa no lo miraba, evitaba hacerlo, pues era evidente que no quería tratar con él. Esa actitud le resultaba dolorosa y estaba a un punto de volverse insostenible. No debió presionar tanto si no quería conocer en realidad a Camila. Ella era un ángel todo el tiempo, pero meterle el dedo en la llaga había sido un error mortal. Estaba arruinando la maravillosa vida que podrían tener junto a su hijo y eso lo sofocaba. No haría un escándalo como en la mañana, iría a su habitación para que pudieran entenderse, hablando o acostados en la cama.

Capítulo 34

Para su buena fortuna la cena no había sido igual que el desayuno. Su cuñado se enfadaría si iba a su casa para hacer las tres comidas. A Thea no le molestaría, pero Adam pegaría el grito al cielo.

Camila fue hacia su habitación, mientras él la dejaría que pensara que no haría por acercarse; no obstante, solo estaba dándole un poco de confianza a su mujer para que después, estando desprevenida, pudieran hablar de la relación. No estaba dispuesto a perder el contacto con ella y mucho menos con su hijo que crecía en su vientre. Sabía que lo mataría cuando lo mencionara, aunque Charles quería arriesgarse a lo que fuese por regresar al lecho con Camila. Amaba estar a su lado, cuidarla, soportar sus exageraciones y, sobre todo, escuchar su voz y cada cosa que quisiera decirle.

Las teorías sobre el amor que pudiera sentir cobraban fuerza en su interior, pero no estaba dispuesto a asumirlo porque no sabía lo que podía ser mostrarse vulnerable. Ese afecto podía superar por mucho el tipo de sentimiento que tenía hacia su hermana, él admitía amar a Dorothea, pero lo que sentía por Camila era distinto. Con ella iba más allá del afecto fraternal. Podía consolar a su esposa como a cualquier otra persona, pero esa empatía que lo llevó a casarse en Gretna Green, no era para cualquiera. Camila lo sedujo y como tonto cayó en su influjo. Desde que subió a ese carruaje con Steven supo que nada volvería a ser igual y estaba comprobado que así era. Se encontraba sufriendo por la falta de atención de la persona que le había demostrado no solo agradecimiento, sino un amor desprendido.

Sin poder soportar la distancia entre ambos, fue a su dormitorio e intentó abrir la puerta de comunicación sin éxito.

Camila estaba en compañía de su doncella que trenzaba su cabello.

—Ahí está… ¿Cree que puede ser Bruce otra vez? —curioseó la doncella.

—No. Conozco los pasos de mi esposo, es él quien desea entrar.

—¿Y lo dejará entrar?

—No, porque soy débil cuando estoy cerca de él. Si quiero ser la esposa perfecta para Charles, debo ser fría, cruel y arrogante. No le gustaba mi cariño ni mis atenciones, ¿para qué caer en eso otra vez? No quiero que me vuelva a humillar mencionando que se irá con su amante.

—Sé que estás ahí, Camila. Hablemos… —pronunció Charles pegado a la puerta.

—Terminé, milady, es mejor que me vaya.

—Sí, vete. Yo cerraré con llave.

Dejó salir a su doncella y cerró con presteza.

Él oyó el sonido de la otra puerta de la habitación. Entonces, se apresuró a ver quién era.

Sacó parte de su cabeza y vio a la doncella que se retiraba raudamente, mirándolo con desconfianza. Regresó a su lugar junto a la división de las habitaciones.

—Todos pueden entrar, menos tu esposo, ¿no es así, Camila? He admitido mi error y no estás contenta con eso —alegó para que ella respondiera, pero no pasaba nada. Ni siquiera se oía un sonido del otro lado.

Ella miraba esa puerta y se mordía la lengua para no responder.

—Quiero que seas como antes, Camila. Tus manipulaciones las puedo tolerar sin inconvenientes, no puedo cambiar lo que eres y tampoco quiero que cambie nada de ti.

Bajó la cabeza para fingir que no escuchaba lo que él decía. No quería abrir esa puerta y correr a sus brazos, suplicando por un beso. Se quedaría callada.

Lord Tyne dejó escapar un suspiro sonoro. Las palabras dulces no parecían ablandar el corazón duro de Camila. Su paciencia comenzaba a verse afectada por la falta de respuesta a sus palabras.

—En esta casa hay reglas, Camila, y una de ellas es que las puertas no tienen seguros. Eres mi esposa y tu obligación es atenderme —espetó con prepotencia.

La joven quedó boquiabierta con lo que escuchaba. Las palabras que su esposo había dicho antes fueron artimañas para que le abriera la puerta. Era evidente que no sentía culpa o remordimiento por su comportamiento.

—¡Abre esta maldita puerta o la voy a echar! —gritó dándole una patada a la madera.

—¡Soy tu esposa y esta casa es mi territorio! ¡Lárgate a la casa de tu amante, que ella te soporte! —replicó Camila acercándose a la puerta.

Hizo un gesto con la boca antes de cubrir su rostro con sus manos. Había perdido el control y Camila replicaba sabiendo que eso era lo que habían acordado sobre la casa. Solo quería que le abriera la puerta y que dejaran esa tontería.

—Querida, ábreme. He enloquecido por tu causa. No me dejas estar contigo, me privas de tus atenciones y me doy cuenta de que no puedo vivir sin ti. Es cierto que fui a la casa de Wendy, pero solo a despedirme. Ella me recibió, animosa, creyendo que pasaríamos una noche juntos, pero ignoraba que yo iba a decirle que no volvería porque en ti tengo todo lo que necesito. Te hablé de ella sin saber que nos casaríamos tiempo después, sabías que disfrutaba de la compañía de ella, pero no siempre es como lo imaginas. Si fui es por educación, por el tiempo, por los años y en agradecimiento... —Esperaba que ella le diera una respuesta después de todo lo que le había dicho.

Esperó con paciencia, pero ella no contestaba y eso le desconcertaba. No quería perder la cabeza, pero estaba a punto de hacerlo a causa de que su esposa lo ignoraba. Quería arreglar el malentendido, pero ella no cooperaba.

—¡Qué demonios quieres, Camila! ¡Qué más quieres de mí si te digo la verdad! —exclamó

con impotencia.

¿Cómo que qué quería? Era una pregunta hasta ofensiva. Quería el amor de Charles, pero eso no podía obligarse, mas debía ser sincera y decirle lo que deseaba sabiendo que él podría reírse en su cara. Corrió hacia la puerta y la abrió con violencia.

—¡Quiero tu maldito amor, Charles! ¡Te amo tanto que he decidido aislarme de tu indiferencia hacia mis sentimientos! Quiero ser amada, pero me doy cuenta de que nunca lograré que me ames.

La observó con paciencia, recordando todo el dolor que ella había vivido. Camila no era una mujer que soportara la indiferencia. Venía de un hogar que nunca la amó. Él no podía guardar esos sentimientos. Era momento de admitir que su debilidad, no la dejaría sufriendo. Sin esperar más, se apoderó de la boca de Camila, mientras ella derramaba lágrimas por su reclamo.

Ambos se besaban con locura, como si nunca antes sus labios se hubieran tocado. Se ansiaban, se adoraban y no podían vivir el uno sin el otro después de haberse conocido. El destino los había juntado y lo aceptaron.

—Camila, no me apartes de tu lado. Si saber que estás lejos me pone como un carcamán insoportable, también sabes que cuando estás cerca eres tratada como una reina. Contigo el mundo es diferente. No me importan tus defectos, porque todos me resultan encantadores, solo quiero verte sonreír. Me asusta la idea de que enfermes o mueras, ¿eso no es el amor? ¿Para ti no lo es? Pides que te diga simples palabras cuando me tienes de cuerpo y mente, Camila. Hoy me han dicho que eso era el amor, si es así, entonces, te amo...

Lo miraba perdida en esos ojos que ella amaba. Charles no era alguien que diría que amaba, él lo demostraba, pero Camila, en su afán de oírlo, olvidó que el amor tomaba muchas formas y la de su esposo era a través de su servicio y su atención.

—Estaba tan celosa y con mucho miedo de perderte, Charles. Quería ser la esposa común que tú deseabas.

—Por favor, ese fue otro error de mi parte. ¿Cómo puedes cambiar para ser algo tan simple como eso cuando tú eres maravillosa? Tus inseguridades han sido por mi causa, por mi capricho de creer que puedo hacer lo que deseo. Soy un hombre casado y me debo a la familia que tendremos. —Él hizo descender su mano hasta el vientre de ella—. Lamento no haber creído en la existencia de nuestro hijo. No sabes lo feliz y orgulloso que me siento al saber que me darás un heredero. Sé que puede ser una niña, pero no me molesta, pues puede ser tan hermosa como su madre.

Su esposa lo abrazó y aquello era como una reconciliación. Eso era lo que ella necesitaba para liberar el peso de sus hombros.

—He sido un mal esposo al no comprender lo que necesitabas. Tú necesitas las palabras para vivir y yo solo sé hacer cosas. Prometo intentar ser mejor para ti y nuestro hijo. Este Charles, ya no es soltero, es un hombre de familia y debe dedicar su vida al bienestar de ellos y en especial de ti, mi querida esposa...

—Cuando me hablas así siento que no tengo nada que reprochar, porque es así como te conocí y solo he deseado ser codiciosa contigo, Charles. Perdóname por ser tan inmadura, no conozco lo que hay fuera, en el mundo, y apenas aprendo a ser una esposa por más entrenada que esté para ello.

Él besó su frente.

—Aprenderás mucho con mi madrastra. Hasta sus peores trucos, lo sé. No vuelvas a pensar que iré junto a otra dama, cuando tú eres mi mundo ahora. El joven soltero que subió al carruaje antes que tú, se quedó en Escocia. Otro hombre ha regresado contigo a Londres, dispuesto a enfrentar todo a tu lado, empezando por tus torturadores. Esas personas no tendrán paz mientras nosotros dos estemos con vida.

—¿Crees que merezco ser amada, Charles?

—Debiste ser amada desde que abriste tus ojos al mundo. Tu cuerpo nunca debió ser marcado por la crueldad y el rechazo. Eres la flor que ha crecido entre las sombras y ha sobrevivido. En esta nueva tierra florecerás más hermosa.

Camila cogió de una mano a su esposo, cerró la puerta a espaldas de aquel y lo llevó hasta la cama.

—Todavía estoy asustada al pensar en el bebé y en que tú ya no querrás compartir la cama conmigo, Charles.

—Pensé que sería más cómodo para ti no tener que soportar mi fogosidad en ese estado tan incómodo. He visto a mi hermana pasar mal esos meses en los que estuvo embarazada. No era con la intención de apagar el fuego de nuestro lecho. Sé que he atentado contra tu paciencia y también he pecado de cizañero por inmadurez hablándote de Wendy. Ella dejó de ser importante desde el día que comprendí que tu compañía es el éxtasis de mi vida. No concibo un día de mi vida sin escuchar tus burlas y tus ánimos de negociar. Siempre buscas dar la vuelta lo que hago para que puedas salir victoriosa, ¿y sabes qué? Siempre lo logras.

—Te compensaré con una noche apasionada, Charles.

—Esto es exactamente lo que me faltaba, Camila...

Ellos volvieron a unir no solo sus labios, sino también sus cuerpos. Aquel malentendido que amenazaba con separarlos era solo una sombra que nunca los alcanzaría, porque ambos estaban dispuestos a tomar ventaja para que eso nunca ocurriera.

Después de acostarse esa noche, hablaron de la fiesta que seguía en pie y que sería en dos días. Su casa debía estar impecable para recibir a los indeseables. Durante esos días habían recibido muchas confirmaciones de asistencia, entre ellos los de la familia de Camila.

—¡Oh, he olvidado el presente que te compré! —exclamó Charles que sobresaltó a su esposa que estaba recostada en su pecho.

Lo vio levantarse de la cama e ir desnudo a la otra habitación. Su esposo era aún más

atractivo sin ropa que con ella. Su blancura era capaz de dejarla ciega. Sus vellos eran oscuros y contrastaban a la perfección con su tez. Aquel regresó con un estuche de terciopelo.

—Espero que dejaras el valor de una dote en esto —bromeó la joven.

—No te quedas atrás. Quizá toda la cosecha de mis propiedades esté empeñada para ti, para recuperarte...

—No me hagas sentir mal...

—Ábrelo, tu otro obsequio llegará en otro momento y lo usarás con supervisión.

Al abrir el estuche, dentro se encontraba una tiara de flores con diamantes incrustados y una gargantilla similar, ambos valiosos.

—¡Charles! —lo reprendió.

—Medidas desesperadas para estar a tu lado. ¿Ha funcionado?

—Me encantan las joyas y estas las luciré en nuestra fiesta.

—Esa es la idea. Tus padres verán como una muerta, resucita.

Capítulo 35

Había llegado el día del baile en casa de lord Tyne. Él estaba en el recibidor de su casa en compañía de su padre y su madrastra. Por primera vez no rechazaba estar junto a la marquesa, porque ella era la persona que más cuidaba y aconsejaba a Camila para llevar ese título en el futuro. Podía ser condesa, pero con una educación superior y personalizada.

—He visto que tu esposa ha quedado deslumbrante, Charles. Espero que puedan quitarle a esa familia hasta el pensamiento —dijo la marquesa, sonriente.

—Es lo que esperamos. No quedará nadie con vida bajo ese techo cuando la gente vea la mentira que le han hecho creer a todos con la supuesta muerte de Camila.

—Menos mal que todavía estoy vivo para ver este espectáculo —expresó el marqués que se mantenía de pie ayudado por un bastón.

La mayoría de los asistentes lo miraba esperando descifrar el secreto que llevaba consigo, la gente no creía que fuera una fiesta cualquiera, algo debía esconder o tal vez quería aclarar la confusión que se formó a su alrededor después de la desaparición de Camila y la inmediata asociación entre la prometida de Steven y su amistad con él. La presencia de lord Northland en ese lugar no podría darse si el conde de Tyne hubiese secuestrado a la que sería su esposa.

Charles reconoció a los que, para su pena, eran sus suegros y su cuñado. Entraban a ese salón sin saber lo que les esperaba.

Julian estaba reacio a ir aquella velada, pues sabía que lord Tyne fue quien la llevó hasta Carlisle para convertirla en su amante. Esa era la vida que había escogido su hermana. Lo más probable fuera que ese hombre se había cansado de ella y la dejó a su suerte con el dinero que le habían dado para que desapareciera.

—¿Por qué crees que lord Tyne nos invitó? —indagó la madre de Camila

—Porque invitó a toda la buena sociedad, ¿qué más puede ser? —respondió su esposo.

—Este hombre no me da confianza. Nos mira como si estuviéramos en su mira, como un cazador a su presa... —alegó Julian—. Tal vez desea burlarse al contar que se ha acostado con Camila, si les dije que ella ha decidido seguir por el camino fácil de la compañía.

—¿Qué más podría esperarse de esa niña rebelde? Huyó dejando a un buen partido. Ahora está comprometido con lady Hendricks. Por supuesto que es una candidata mejor que tu hermana, esa no le dará problemas, se ve tan frágil y maleable —opinó la marquesa.

—Es lo que pariste, mujer. Las niñas son un error —alegó el marqués.

Ellos tuvieron que acercarse a saludar a Charles y su familia. La incomodidad de Julian era notable. Aquellos ni siquiera se habían dedicado una venia para mantener viva la educación.

La madrastra de Charles sabía fingir muy bien, era aduladora y nadie se atrevería a pensar

que ella ocultaba algo. Era todo un modelo a seguir. En cambio, su padre, no les había dedicado más que un saludo crudo. De hecho, se sentía ofendido porque esa gente pisaba su casa. Él había comenzado a querer a su nuera, pues Camila era tan encantadora que nadie podía resistirse a su forma de ser. Los únicos que nunca la tuvieron en cuenta fueron sus propios familiares.

—Me alegra verlo —declaró Charles dirigiéndose a Julian.

—No puedo decir lo mismo —replicó el otro.

—No me guarde rencor por cosas que usted y yo sabemos que son insignificantes, como las amantes... —Charles veía que los ojos del conde se encendían con furia contenida.

El hermano de la joven decidió perderse entre los demás invitados para no seguir viendo el rostro burlón de Charles.

La noche seguía avanzando y Camila solo observaba que los presentes se paseaban por el salón de su residencia. Ella estaba arreglada, vestía un elegante y costoso vestido de satén y muselina, también, tenía puestas las últimas joyas que su esposo le había obsequiado.

—Estoy esperando a que Charles me dé una señal, Lisette, ¡estoy muriendo de nervios!

—Cálmese, milady, o me matará de nervios a mí. Se ve tan hermosa. No veo a ninguna dama tan bella y perfecta como usted. Le aseguro que dejará ciegos a los invitados con tanto brillo.

—No quiero dejarlos ciegos, solo quiero que mis padres vean que no estoy arruinada y que los arruinados serán ellos. Debes prepararte para cuando mire hacia ti...

—Sí, milady, estoy lista.

Ella le sonrió a su doncella que la apoyaba en todo lo que hacía.

El conde de Tyne creyó que ya era momento de llamar la atención de los presentes. Le hizo un gesto con la mano a la orquesta, esa misma con la que Camila había tocado cuando estaban camino a Carlisle.

Aquel movimiento hizo lo que buscaba.

—Queridos invitados, quisiera agradecer la presencia de todos ustedes. Sé que muchos quieren saber la razón por la que están aquí. Siéntanse afortunados de tener algo de primera mano, que no se enterarán por cotilleos malintencionados, sino por la propia fuente —manifestó teniendo la atención de todos, incluso del mismo Julian—. Saben que he sido vinculado con cierta dama tiempo atrás, alguien que, hoy en día, ya no está con nosotros. Lady Camila Winchester no huyó conmigo, ni yo hui con ella. Sé que era fantasioso, pero lo que sí debo decirles es que esa misma joven está muerta y enterrada. Sin embargo... —tenía a todo ese público expectante por lo que tenía que decir—, quisiera presentarles a mi esposa. —Él extendió su mano hacia lo alto de la escalera para la entrada triunfal de su amada. Al verla descender se quedó sin aliento. Podía considerarse su esclavo para siempre. Era la más bella de todas las mujeres. Con orgullo diría lo que debía—. Lady Camila Coldwell, condesa de Tyne y futura

marquesa de Fremont...

Camila tenía miedo de pisar su vestido en aquel descenso. Se estremecía por los sentimientos en su interior, pero las palabras de su esposo le daban valor. Aquel la había llevado a otro nivel de halago, uno que no conocía límites. Cuando cogió la mano de él se sintió segura. Lo observó a los ojos y Charles le transmitía la fuerza y confianza que necesitaba para dejar atrás todo lo que un día le hizo daño.

Los padres de Camila, su hermano y el público en general tenían la mandíbula en el piso.

—Buenas noches a todos... —saludó deslumbrante—. Mi esposo ha hecho los agradecimientos correspondientes, ahora considero de vital importancia que conozcan mi historia. No soy un fantasma, soy la misma joven que escapó de su casa gracias a la ayuda de mi prometido, lord Northland. Escapé porque no podía seguir sufriendo más bajo los malos tratos de una familia que nunca me quiso. Todos los rumores de maltrato y tortura son ciertos. Se han turnado para hacerme daño. Si aman a sus hijas, si para ustedes son valiosas, jamás las dejen en manos de la señorita Clapton. Esa mujer casi me mata a golpes por órdenes de mi familia y mis hermanos, personas que debían protegerme. Aquí cayó la mentira de mi muerte... —Ella miró hacia su doncella que descendió un par de escalones y arrojó la bolsa de dinero que le había dado Julian. La sala ahogó un grito y los cuchicheos comenzaron a hacerse con más frecuencia—. ¡Este es el dinero que me dio mi hermano, Julian, para que desapareciera de la vida de todos ellos fingiendo mi muerte! ¡Estas monedas no cubren mi dote que deben entregar a mi esposo! ¿Sabían que no la han entregado? Tan vez no solo sean personas horribles, sino también codiciosas para no pagarle a lord Tyne lo que le corresponde.

El padre de Camila estaba a un paso de morir, mientras su madre se abanicaba con fuerza. Julian se limitaba a observar cómo el nombre de la familia se hundía merecidamente. Este era el destino de los Winchester.

Charles miró a su esposa un poco confundido, pues su familia apenas se enteraba de que estaba casada, en ningún momento habían negado una dote, pero él entendía lo que ella deseaba. Quería hundirlos en todos los aspectos. Con lo que ella había declarado, ni siquiera hacía falta que Steven hiciera algo, la sociedad se encargaría de cerrarle puertas y hasta ventanas a esa familia.

Los murmullos se acrecentaban, mientras su madre se rompía frente a Camila. Eso era suficiente para ella. El golpe fue dado, solo estaban agonizando.

—¡Qué sigan disfrutando de la fiesta! —anunció Camila.

Su esposo hizo otro gesto con la mano para que la orquesta continuara tocando.

—No puedo creer lo bella y valiente que eres. Deslumbras con tanta belleza. Quiero gritar que estoy enamorado de mi esposa. —Él cogió su mano y la besó con locura hasta casi subir hasta su clavícula. No podía con tanta gracia.

—No puedes decirlo, porque te juzgarán. Creo que lo hemos hecho bien, Charles. Espero que, con esto, nunca más vuelvan a hacerme daño.

La marquesa, enfadada con su hija, fue hacia ella y levantó la mano para darle una bofetada, pero Camila atajó aquella extremidad y la arrojó a un lado.

—Tenga cuidado, que Camila está muerta, pero lady Tyne está más viva que nunca. No se atreva a tocarme, porque si antes solo pensaba darle una lección, ahora no me detendré hasta destruirla y se dará cuenta de que solo estoy empezando. Ya no vivo bajo su techo y no tiene poder sobre mí. Ahora tengo un esposo que me cuida y me ayudará a que paguen toda la maldad que han hecho contra mí.

—Eres una malagradecida. Al menos has logrado llegar a ser alguien, no todo lo que hicimos estuvo mal. Estás aquí gracias a nosotros —espetó la marquesa.

—Se equivoca. Camila está aquí porque la amo y no por otra razón. Nada tiene que ver su educación o el hecho de que ustedes cumplieran con el mínimo que era darle comida. Se arrepentirán de haberla marcado como lo hicieron. Puede irse o escoger quedarse y que los demás ojos sigan contemplando su caída —replicó Charles.

Aquella mujer miró a su alrededor y decidió que lo mejor era retirarse. Los demás la miraban como si fuesen a lincharla.

—No se olvide de la dote, madre. Ahora todos saben que le deben a mi esposo...

Golpeó su falda contra sus piernas y escapó con prisa del lugar.

—Lo de la dote ha sido una genialidad, Camila —la felicitó.

—Lo sé, Charles. Se me ocurrió sobre la marcha...

—Quisiera felicitar a mi antigua prometida por mencionar mi ayuda. Aquí el único que no puede admitir que gracias a mí es el hombre más feliz del mundo es Charles... —habló Steven que se acercó a ellos dos.

—Lord Northland... Usted me ha salvado. Estoy tan agradecida... —Ella lo cogió de las manos.

—Escucha a tu esposa, Charles. Es inteligente.

—Lárgate y no toques a Camila. Y ni siquiera me pidas ser el padrino de mi hijo.

—¿Están esperando un...? —No terminó de preguntar cuando vio que la joven asentía con la cabeza—. Debo dispararme la entrepierna. ¡No puedo creerlo!

Charles y Camila se miraron y sonrieron. De esa noche en adelante, sus vidas cambiarían porque ya no tenían asuntos pendientes con nadie, solo ser felices estaba en el horizonte.

Epílogo

Cinco años después...

Charles consideraba la decisión de haberse casado con Camila como lo mejor que había hecho en su vida. Verla montar sobre un caballo en Bath después de un par de años, era revitalizante. Era bella y graciosa sobre la yegua que él le había obsequiado por la boda. Tuvo que esperar que pariera a sus dos hijos para poder tener la libertad suficiente para hacerlo, pero Charles no permitía que se acercara a nada de cuatro patas que pudiera hacerle daño.

Robert y Katherine eran los preciosos hijos que le habían dado y su hija era su mayor encanto, pues estaba decidido a cuidarla como nadie cuidó de Camila. Jamás tendría que pasar peripecias, ya que fue deseada y amada desde el primer momento, sin contar que era tan parecida a Dorothea cuando era una niña.

La vida de libertinaje nunca le había dado satisfacción real como la que tenía siendo un hombre felizmente casado.

—Mi yegua se ha cansado lo suficiente para querer esconderse de mí —dijo Camila que se acercó a Charles que la estuvo observando desde una cerca en la que estaba recostado.

—Si ella ya no quiere estar contigo, encantado tomo su lugar para que me montes, querida —habló jocoso.

—¡Charles! —exclamó avergonzada, mirando a su alrededor por si algún sirviente pudiese haberlos oído—. Deberías tener un poco de decoro.

—Lo tengo, pero en ocasiones no puedo controlarme, te ves espectacular cuando montas...

—¿En dónde están los niños? Deberías estar viéndolos.

—Déjalos con la marquesa, ella está feliz con ellos, los adora.

—Me alegro de que alguien ame a nuestros hijos por más que no lleve su sangre. En cambio, mi familia nunca lo hubiese hecho. No importa que ahora estén desesperados por atención, porque tú y yo sabemos que eso no es porque quieran estar con ellos, es porque la situación de ellos no es buena, los negocios familiares no prosperan y lo poco de producción de las propiedades nadie las quiere comprar después de todo lo ocurrido. Julian los abandonó para estar tranquilo, prefiere tener un título quebrado que salvarlos. Es así como terminaron ellos. También, ahora que tenemos una hija, no me preocupa que la señorita Clapton pueda hacerle daño a los demás. Nadie más la contrató como institutriz. Lamento el desperdicio de conocimientos, pero ella estaba dispuesta a matar a una inocente por cumplir con quien le pagaba. Eso no era fidelidad, era locura.

—Debes olvidarte de eso. Para Katherine tendremos una buena institutriz. Además, nadie dará una orden que pudiera hacerle daño, ni por más que se enamore de un mozo. Eso lo soluciono despidiendo a ese hombre.

—No habrá necesidad de tal cosa, ella tendrá cariño y no lo buscará en otro lugar. Me siento tan feliz a tu lado, Charles. Sin ti no sé qué hubiese sido de mí...

—Lamento decirte que en mis planes siempre estuvo que estuvieras bien, pero opté por la mejor decisión, que es tenerte como esposa. Me convenciste casi desde el principio que debía tenerte en mi vida, Camila.

—Lo que me faltaba... Que todo lo tuvieras planeado —se burló y lo tomó del brazo antes de acercarse para besarlo.

—El golpe hizo que muchas cosas cambiaran dentro de mí, hay que agradecerle eso a Steven...

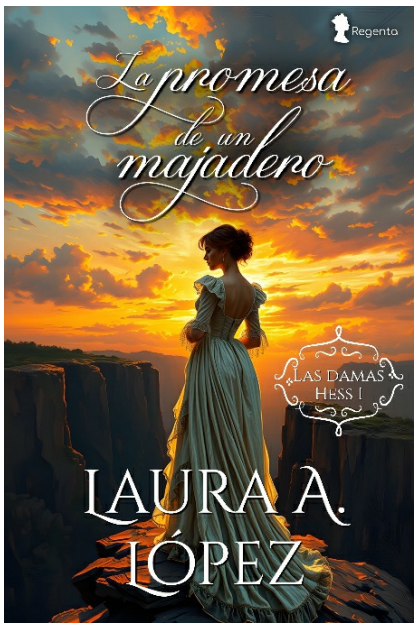
Ella pegó sus labios a los de él para después separarse y mirarlo sin perder detalle de su sonrisa.

—Te amo, Charles...

—Yo también lo hago, a mi manera...

Fin.

Conoce la próxima serie Las damas Hess



Lady Mildred Hess, pensaba que el amor de su vida pronto regresaría para casarse con ella; sin embargo, con un desahucio para abandonar la propiedad familiar después de la muerte de su padre, su vida ya no se tratará de esperar, sino de actuar por el bien de sus hermanas.

Daniel Cooper, conde de Cholmondeley, nuevo dueño de Autum Hall, quería tomar posesión de aquel lugar para dedicarlo a ser una residencia solariega para sus diversiones de libertino; no obstante, la aparición de una de sus residentes lo lleva a hacer una promesa a cambio del sacrificio de la joven.

¿Mildred esperará por una ilusión o terminará cediendo ante sus deseos prohibidos por Daniel?

Si te gusta el romance contemporáneo, podría gustarte…



Disponible en Amazon.

«Gloria se sonrojó con rapidez. No podía creer que su jefecito se sintiera atraído por ella. Era increíble, porque no podía creer que al menos en algo era correspondida.

—Mmm... Señor...

—Henry —la corrigió. Él estaba en el momento más importante de su coqueteo.

—Sí, sí, Henry... No sé qué decir.

—El sonrojo dice que quizá yo también te gusto, Gloria. Para mí no es fácil admitir que me gusta mi secretaria, en verdad es... complicado.

—Muy complicado. Yo creo que es mejor que...

Henry no pensaba perder a la presa que había caído en sus garras. Abandonó la ventana y fue hacia ella para rodearla. Con discreción, pegó su mano a la de Gloria y apretó sus dedos con delicadeza.»

Si te gustó El último soltero, podría gustarte…



Frederick Case, conde de Melbourne, había sido víctima de su primera decepción amorosa, por lo que decidió abandonar su visita a Londres para adentrarse en su otro origen: el escocés.

Catriona Crawford, era la hija de un antiguo jefe de clan, que se encontraba en el dilema de la probable muerte de su padre que quería enviarla a Inglaterra, convencido de que su futuro sería mejor por ser la nieta de un duque.

Las Highlands no representaban un problema para Frederick, mas no contaba con encontrarse a la criatura más grosera y abominable en su forma de ser y que lo llevaba a considerar de nuevo la idea de matrimonio: Catriona, quien lo despreciaba por su lado inglés que él también acostumbraba a menospreciar.

¿Qué le depara el destino a un caballero y una salvaje de las Highlands? ¿Podrán los dos superar sus prejuicios para vivir un gran amor?

Novela relacionada con El querido enemigo, serie Extraños y con la Familia Fane.

Biografía

Mi nombre es Laura Adriana López, soy de nacionalidad paraguaya, nacida el 05 de Julio de 1988, estoy casada y tengo una hija. Estudié Ciencias contables y Auditoria en la Universidad Americana.

Desde el año 2016 me encuentro escribiendo lo que realmente me apasiona, que son las novelas de romance de época, ambientadas en la época victoriana, regencia, etc.

También he escrito novelas contemporáneas, pero más ambientadas antes de la revolución tecnológica que tenemos actualmente, pues tengo la creencia de que la tecnología ha entorpecido de cierta forma las relaciones sociales, y más aún el romance. Es una razón, porque más me agrada soñar con un romance a la antigua.

En el 2018, empecé a publicar de manera seria, con dos editoriales. Selecta, que es del grupo Penguin Random House y que se dedica a publicar novelas románticas en digital, y con la editorial Vestales de Argentina. Con Selecta he publicado, seis títulos de una saga, comenzando por: *Rescatando tu alma perdida, Belleza y Venganza, Amor y dolor, Entre las sombras, Obligándote a amar y Te deseo para mí*; todas de romance histórico esta editorial es la que me abrió las puertas para que la gente me conociera. En el 2019 se publicaron una novela contemporánea de nombre *Un romance real*, y otra para novela histórica: *Tan perversa como inocente*. En 2020 salió a la venta *Desavenencias del amor*.

Con la Editorial Vestales de Argentina, tengo publicado en físico y digital las obras de nombres: *Una perfecta señorita, La ventana de los amantes y Mi amada señorita Angel.*

También he incursionado en la auto-publicación en Amazon, con*: Los mandatos de Rey*, que es un cuento corto y *Una dama infortunada*. Otros títulos: *Corazón de invierno, Una heredera obstinada, Una beldad indomable, La esquiva señorita Millford, Las peripecias de los amantes, Nuestro tiempo perfecto, La dama de Sandbeck Park, Las oscuras intenciones de lord Coventry, El amante de Londres, Anhelos de primavera, Una candidata inadecuada, El silencio de los amantes, Amantes en la eternidad, Amantes en guerra, La prometida desconocida, Enamorar a un lord inglés, La acompañante del marqués, El candidato perfecto, La joven matrona, La herencia del duque de Gloucester, El esposo ausente, Una forajida cautivadora, El preceptor, La justicia de un canalla, El domador, La nueva esposa, Una solución para lord Nottingham, El prometido despreciado, Un beso irreverente, El querido enemigo, Un compromiso accidentado, Un caballero misterioso, Un seductor afortunado, Una diablesa enamorada, Su encanto inglés, Una elección peligrosa, Una casadera incorregible, Una decisión imperturbable, Mi inocente secretaria, Una situación escandalosa, Un duque codiciado, La dama adecuada y El último soltero.*

Me manejo también con el alias de Leah Heart, donde publiqué: *Mi gran sueño londinense, Nuestro tiempo perfecto y The elusive miss Millford*, la traducción en inglés de la novela corta *La esquiva señorita Millford.*